JANE GOODALL

EN LA SENDA DEL HOMBRE

BIBLIOTECA CIENTIFICA SALVAT

JANE GOODALL

EN LA SENDA DEL HOMBRE

Vida y costumbres de los chimpancés

SALVAT

Versión española de la obra original norteamericana *In the shadow of man* de Jane Goodall y publicada por Houghton Mifflin Company de Boston.

Traducción: Julio Rodríguez Puértolas y Carmen Criado

Escaneado: thedoctorwho1967.blogspot.com
Edición digital: Sargont (2018)

ISBN 0395-33145-5 Edición original
ISBN 84-345-8246-5 (Obra completa)
ISBN 84-345-8370 4 Depósito legal NA-42-1986
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 – Barcelona
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra)
Printed in Spain



Para Hugo, Vanne y *Louis,* y *a la memoria*
de David, el de la barba gris.

Índice de capítulos

Agradecimientos

Me hubiera sido imposible escribir este libro sin la ayuda y el aliento de muchas personas que admiro de corazón y a quienes debo expresar, siquiera sea inadecuadamente, mi más profundo agradecimiento. En primer lugar, y como no podía ser menos, mi gratitud al Dr. L. S. B. Leakey. Fue él quien sugirió que yo llevara a cabo este trabajo, quien encontró los fondos necesarios para financiar mis primeras investigaciones de campo y quien hizo posible que los resultados de mis estudios se transformasen en una tesis doctoral de la Universidad de Cambridge. Por último, pero no de menor importancia para mí, gracias a su recomendación, Hugo pudo venir al Gombe para fotografiar a los chimpancés.

Estoy también enormemente agradecida al gobierno de Tanzania, a su presidente Mwalimu Julius Nyerere y a muchos de sus funcionarios por habernos autorizado a llevar a cabo nuestra investigación en el valle del Gombe, así como por prestarnos en todo momento su ayuda y asistencia. Inicialmente, conté con el apoyo del director y funcionarios del Departamento de Caza de Tanzania; estoy en deuda, de forma particular, con David Anstey, que nos atendió a mi madre y a mí cuando establecimos nuestro primer campamento, y con los guías africanos Adolf, Saulo David y Marcel, destacados en el Gombe cuando este territorio era reserva de caza. Más recientemente, al transformarse el Gombe en Parque Nacional, recibimos ayuda del Dr. John Owen, ex director de los Parques Nacionales de Tanzania, así como de su sucesor, el señor S. ole Saibul, quienes cooperaron en todo momento y amablemente con nosotros. Vaya también mi agradecimiento a otros funcionarios de los Parques Nacionales de Tanzania, especialmente al señor J. Stevenson, director de los Parques Nacionales del Sur y a los guardas africanos destacados en el Parque.

Doy también las gracias a las autoridades de Kigoma y a muchos amigos residentes en esta ciudad, quienes, a lo largo de varios años, han hecho tanto por ayudarnos en nuestra investigación, asistiéndonos personalmente de muy diversas formas.

Estoy asimismo muy agradecida al señor Leighton Wilkie, quien en 1960 me proporcionó los fondos necesarios para continuar mi trabajo y quien, recientemente, hizo una nueva donación al Centro de Investigación del Gombe. Mi gratitud a la *National Geographic Society* es enorme y sincera: la Sociedad se hizo cargo de la financiación de mi trabajo en 1961, sosteniéndolo de forma exclusiva hasta 1968; hoy continúa contribuyendo anualmente con una generosa aportación. En particular, debo expresar mi más profundo reconocimiento al Dr. Melville Bell Grosvenor, presidente de dicha Sociedad hasta 1967, al Dr. Melvin Payne, su sucesor, y al Dr. Leonard Carmichel, presidente de la Comisión de Investigación y Exploración, por su continuo apoyo y aliento durante varios años, así como igualmente a los restantes componentes de la Comisión y de la Sociedad, especialmente al señor Robert Gilka y a las señoritas Joanne Hess y Mary Griswold, que en varias ocasiones se han excedido en el cumplimiento de sus funciones para ayudarnos.

En 1969 recibimos una importante ayuda del *Science Research Center* de la Gran Bretaña y, más recientemente, de la Fundación Wenner-Gren, de la *East African Wildlife Society,* de la Fundación L. S. B. Leakey y de la *World Wildlife Fund.* A todas estas organizaciones, así como a cierto número de personas que han hecho contribuciones ocasionales en apoyo de nuestra investigación, también nuestras expresivas gracias.

Mi reconocimiento más profundo, asimismo, para el profesor Robert Hinde, de la Universidad de Cambridge, quien no sólo supervisó el contenido y montaje de mi tesis doctoral, sino que también intervino con el fin de obtener algunas subvenciones para llevar adelante la investigación, dedicando mucho tiempo y esfuerzos para ayudarnos de diferentes maneras. Estoy también muy agradecida al profesor David Hamburg, de la Universidad de Stanford, que manifestó hace ya largo tiempo su interés por nuestros estudios, interés que ha hecho posible que el Centro del Gombe haya llegado a afiliarse a la Universidad. El profesor Hamburg ha sido de gran ayuda en el momento de obtener los fondos necesarios para el mantenimiento de nuestro Centro. Tanto él como el profesor Hinde han accedido a actuar como consejeros científicos de nuestra investigación. También aprecio en su valor el gran interés que ha mostrado por nuestro trabajo el profesor S. A. Msangi, decano de la Facultad de Ciencias del Colegio Universitario de Dar-es-Salaam.

Es difícil hallar palabras adecuadas para agradecer a Hugo todo lo que ha hecho por mí y por mi trabajo. No solamente ha reunido una magnífica colección de fotografías y un archivo documental único relativo a las actividades de los chimpancés, sino que también, y en buena medida debido a su constante ayuda, a su capacidad administrativa y a su persistencia, pudo crearse el Centro de Investigaciones del Gombe, hoy floreciente. Estoy segura de que nunca hubiera podido llevar a cabo tal proyecto por mí misma. La paciencia y comprensión que Hugo mostró en todo momento, tanto con los chimpancés objeto de nuestro estudio como conmigo, fueron realmente extraordinarias. Debo intentar, asimismo, agradecer a mi madre todo lo que ha hecho por mí a lo largo de los años, en especial por el ánimo, paciencia y alegría que mostró durante los primeros meses de trabajo, en que compartió conmigo las condiciones de vida más primitivas. En muchas ocasiones sus consejos y sugerencias resultaron de gran valor. Estoy también en deuda con Hugo y con mi madre por sus muchas observaciones y acertada crítica durante la redacción de este libro.

Muchas otras personas han contribuido, directa o indirectamente, a nuestra investigación, incluso con su ayuda personal, mas no es posible nombrarlas a todas. Quisiera, sin embargo, expresar mi agradecimiento al doctor Bernard Verdcourt, de los Reales Jardines Botánicos de Kew, que nos llevó por primera vez a mi madre y a mí al Gombe y que identificó después muchas plantas que sirven de alimento a los chimpancés, así como al doctor Gillet, del Herbario de África Oriental, que identificó asimismo para nosotros varios ejemplares de vegetales. Doy muchas gracias también a los laboratorios Pfizer, que tan generosamente nos proporcionaron, de forma totalmente gratuita, la vacuna contra la polio durante la terrible epidemia que azotó al Gombe. E, igualmente, al profesor Douglas Roy, a los doctores Anthony y Sue Harthorn, y al doctor Bradly Nelson, todos los cuales nos prestaron su asistencia para anestesiar y operar al chimpancé Gilka.

A renglón seguido he de expresar también mi agradecimiento a todos los empleados y ayudantes africanos que tanto han hecho, en estos años, para hacer nuestra vida más agradable, en especial, a Hassan y Dominic, Rashidi, Soko, Wilbert y Short, quienes, en los primeros años, fueron mis únicos compañeros en la selva. Y a muchos otros: Sadiki, Ramadthani,

Juma, Mpofu, Hilali, Alphonse, Jumanne, Kasim Ramadhani, Kasim Selemani, Yahaya, Aporual, Habibu y Adreano. Quisiera asimismo agradecer a Iddi Matata y a Mbrisho la cortesía que siempre tuvieron con nosotros y la forma en que nos dieron la bienvenida al llegar a su país, así como a Mucharia y Moro, que tanto me ayudaron cuidando de mi hijo mientras yo trabajaba en este libro.

Vaya mi reconocimiento a Kris Pirozynski, que cuidó del campamento en los primeros días, y a mi hermana Judy, que tomó algunas de las primeras fotos de los chimpancés en libertad. Y también a Nic y Margaret Pickford, que trabajaron en el Centro en calidad de administradores; al barón y la baronesa Godert y Bobbie van Lawick-de-Marchant et d'Ansembourg, que nos ayudaron de igual manera, y a Michael Richmond y a la señorita Dan por su colaboración, a nivel administrativo, desde Nairobi.

Debo agradecer a los doctores Peter Marler y Michael Simpson el llevar a cabo sus investigaciones privadas en nuestro Centro; el primero estudió y clasificó durante dos meses los gritos de los chimpancés; el segundo pasó año y medio dedicado a la costumbre social de la desparasitización entre dichos antropoides. El resultado de ambos estudios será de gran valor para nuestro trabajo. Muchas gracias también a Tim y Bonnie Ramson, a Leanne Taylor y a Nic Owens, cuyas observaciones acerca de los grupos de papiones del Gombe nos sirvieron para ahondar nuestros conocimientos acerca de los intentos predatorios de los chimpancés y a todo tipo de relación entre éstos y los papiones. Sus conclusiones nos fueron de gran ayuda cuando en 1968 cambiamos el sistema de alimentación de nuestros chimpancés. Mi agradecimiento, asimismo, para John McKinnon, que dedicó mucho tiempo a ayudarnos en nuestra tarea.

Finalmente, he llegado al punto en que debo intentar expresar mi reconocimiento a los estudiantes que, en calidad de ayudantes de investigación, tanto han contribuido al éxito de nuestro trabajo. Es difícil, en tan corto espacio, manifestar hasta qué punto estimo la paciencia y dedicación que han empleado en la compilación de innumerables datos sobre cada uno de los chimpancés estudiados, datos que he utilizado por extenso en el presente libro. Mi agradecimiento especial a Edna Konning, Sonia Ivey, Alice Sorem y Pat McGinnis por su ayuda y su difícil trabajo durante los primeros días del Centro.

Algunos de estos asistentes han permanecido con nosotros durante corto tiempo, pero han contribuido, sin embargo, largamente a nuestro programa. Entre ellos Sue Chaytor, Sally Avery, Pamela Carson, Patti Moehlman, Nicoletta Maraschin, June Cree, Janet Brooks, Sanno Keeler y Neville Washington. Otros han permanecido un año completo ayudando a reunir datos con destino a los ficheros que, lentamente, se iban formando: Caroline Coleman, Cathleen Clarke, Carole Gale, Dawn Starin y Ann Simpson.

Otros estudiantes, tras un año de trabajo como los anteriores, continuaron con nosotros para llevar a cabo sus propias investigaciones acerca de diferentes aspectos de la conducta de los chimpancés. Alice Sorem trabajó sobre las relaciones entre madre e hijo; le estoy particularmente agradecida por su trabajo durante aquellos días difíciles en que hubimos de administrar a cada chimpancé, por vía oral, su correspondiente dosis de la vacuna de la polio. Geza Teleki ha terminado ya un informe acerca de las aficiones carnívoras de los chimpancés y trabaja activamente en una investigación sobre las diferentes áreas de acción de estos antropoides en el Gombe. Lori Baldwin estudia las relaciones entre hembras adultas y David Bygott las que unen a los machos, deteniéndose especialmente en los aspectos relativos a la jerarquía dominante y a la agresividad. Tanto Lori como David presentarán sus tesis doctorales en la Universidad de Cambridge bajo la supervisión del profesor Hinde. Como ellos, Patrick McGinnis presentará una tesis relativa al comportamiento reproductor de los chimpancés. Sean para Pat mis gracias más expresivas; ha trabajado en el Gombe cerca de cuatro años y en numerosas ocasiones no sólo se ha encargado de la investigación, sino que ha mantenido en marcha el Centro casi por sí sola cuando los otros estudiantes se hallaban enfermos o ausentes. El valle del Gombe se transforma en un lugar distinto cuando Pat está en Cambridge.

Recientemente, cuatro nuevos estudiantes se han incorporado a nuestro equipo de trabajo: Harold Bauer, Ann Pugey, Margaretha Hankey y Richard Wrangham. Todos ellos piensan prolongar su estancia en el Gombe un año más para especializarse en diferentes aspectos de la investigación. Les agradezco desde aquí su dedicación y cooperación, así como de manera especial al doctor Helmut Albrecht, que se ha unido a nosotros en calidad de investigador jefe y que ha demostrado ser la persona ideal

para tan ardua tarea. Estoy convencida de que su estancia de dos años entre nosotros será muy agradable para todos.

Llego ahora al momento más difícil en esta lista de agradecimientos: el de intentar expresar mi deuda de gratitud para con Ruth Da vis, que perdió su vida mientras colaboraba en nuestra tarea.

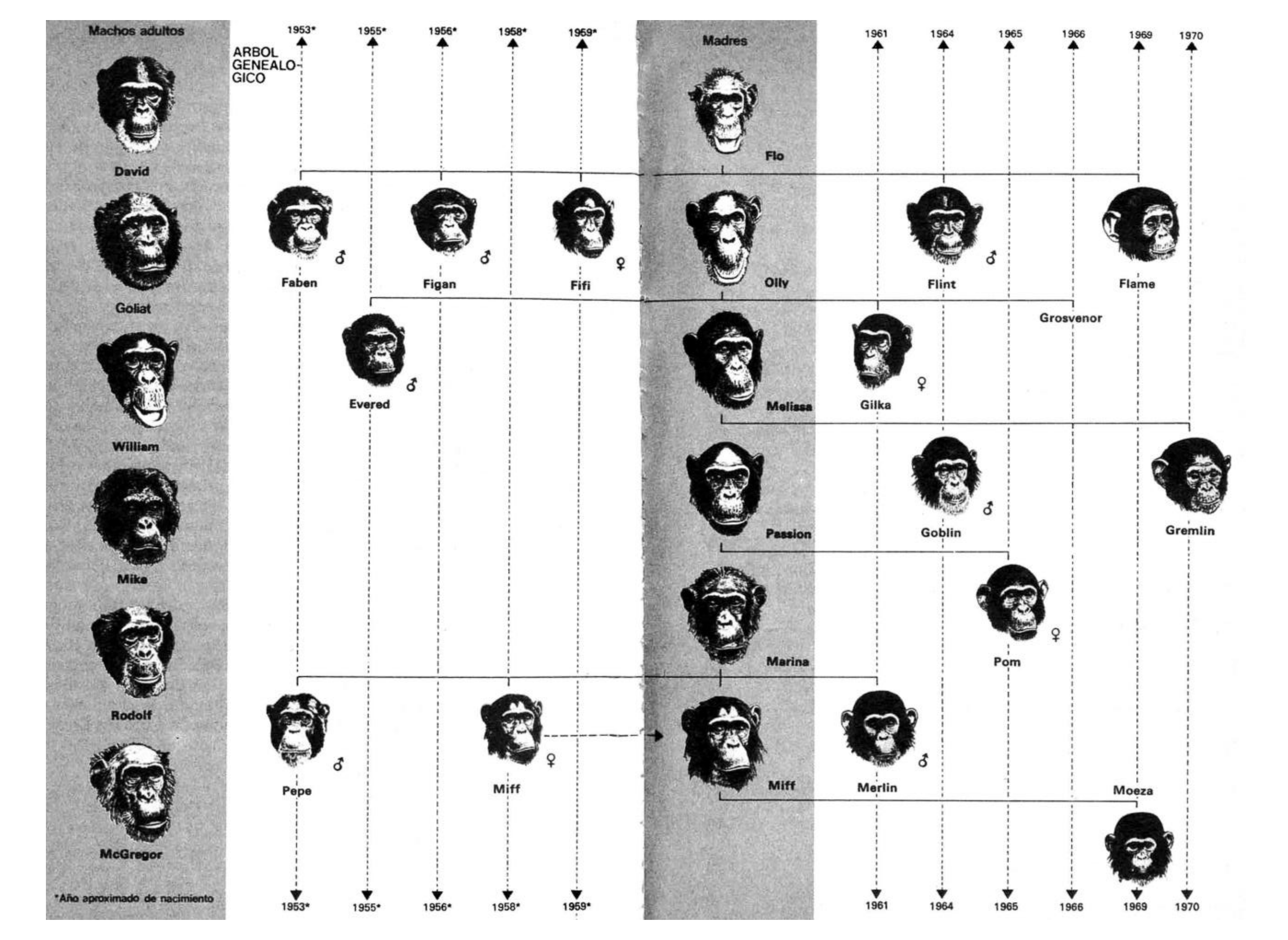
Ruth, que no era muy fuerte, se convirtió en una de las trabajadoras más activas que hemos tenido, llegando en ocasiones al borde del agotamiento. Decidió estudiar el individualismo de los chimpancés machos adultos y pasaba largas y penosas horas en las montañas observando y siguiendo a los diferentes individuos tema de su estudio; muchas veces mecanografiaba sus notas hasta altas horas de la noche. Es muy posible que fuera este agotamiento físico lo que provocara su caída por un precipicio un día de 1968, muriendo instantáneamente. Su cuerpo no pudo ser hallado sino al cabo de seis días, tras una laboriosa búsqueda en la que participaron muchas personas, incluyendo la policía de Kigoma, funcionarios de los Parques Nacionales y numerosos voluntarios de los poblados vecinos. A todos ellos les estamos inmensamente agradecidos.

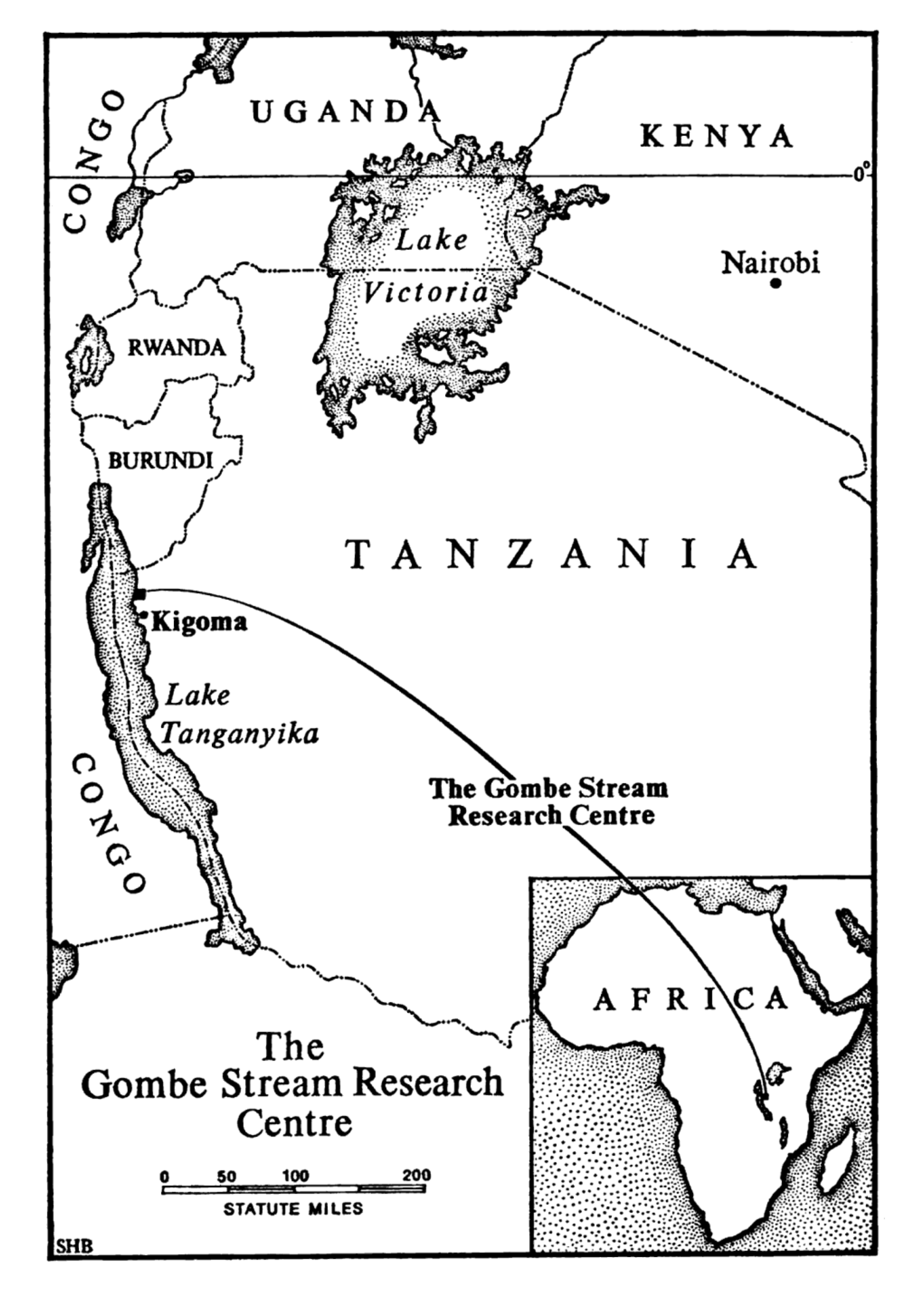
Es imposible encontrar palabras apropiadas para expresar mi profundo dolor y tristeza ante tan terrible tragedia. La muerte de Ruth constituyó una gran pérdida personal para todos los que la conocíamos, y particularmente para su prometido, Geza Teleki. Fue inhumada en el Parque Nacional, en la tierra que tanto amaba; su tumba se halla rodeada de selva y desde ella se escucha el eco de los gritos de los chimpancés.

Quiero manifestar aquí mi mayor admiración y simpatía por los padres de Ruth, que visitaron el Gombe por primera vez en tan trágica ocasión como fue el entierro de su hija. A pesar del dolor que les embargaba, pudieron asegurarnos que no nos consideraban responsables en absoluto por lo ocurrido; Ruth, nos dijeron, había conocido en el Gombe los momentos más felices de su vida, hallando en sus estudios la mayor satisfacción.

Ruth murió trabajando en las montañas salvajes que tanto amaba; su paciente estudio nos ha iluminado en la comprensión de la personalidad de algunos de nuestros chimpancés. Sé que Ruth desearía que yo terminase estas páginas de agradecimiento con un tributo a estas sorprendentes criaturas que tanto pueden enseñarnos sobre lo que somos y que, al propio

tiempo, nos fascinan más y más por lo que son. Nuestra gratitud especialmente a Flo y a David, *el de la barba gris.*


ARBOL GENEALOGICO
Machos adultos
David
Goliat
William
Mike
Rodolf
McGregor
*Año aproximado de nacimiento
1953*
1955*
1956*
1958*
1959*
Madres
Flo
Olly
Melissa
Passion
Marina
Miff
1961
1964
1965
1966
1969
1970
Faben ♂
Figan ♂
Fifi ♀
Flint ♂
Flame
Evered ♂
Gilka ♀
Grosvenor
Goblin ♂
Gremlin
Pom ♀
Pepe ♂
Miff ♀
Merlin ♂
Moeza



UGANDA
KENYA
CONGO
0°
Lake
Victoria
Nairobi
RWANDA
BURUNDI
TANZANIA
Kigoma
Lake
Tanganyika
CONGO
The Gombe Stream
Research Centre
AFRICA
The
Gombe Stream Research
Centre
0
50
100
200
STATUTE MILES
SHB

1. Los comienzos

Desde el amanecer había recorrido numerosas veces la empinada ladera de la montaña y me había abierto camino a través de la intrincada selva que cubría el valle. Una y otra vez me había detenido a escuchar o a observar, sin resultado, con mis prismáticos los alrededores. Eran ya las cinco de la tarde y aún no había podido localizar a un solo chimpancé. Dos horas más tarde caería la noche sobre la abrupta reserva de *Gombe Stream*. Me instalé en mi punto de observación favorito, el Pico, esperando poder ver al menos, antes de terminar la jornada, a un chimpancé preparando su nido.

Estaba mirando un grupo de monos en la selva que se extendía a mis pies cuando, súbitamente, oí el grito de un chimpancé joven. Rápidamente enfoqué mis prismáticos hacia los árboles de donde procedía el sonido, pero éste se había apagado antes de que pudiera hallar el lugar exacto. Finalmente, a los pocos minutos de búsqueda, pude localizar a cuatro chimpancés que comían pacíficamente unas frutas amarillas de aspecto parecido a la ciruela. Estaba demasiado lejos para llevar a cabo una observación detallada y decidí tratar de aproximarme a ellos. Con este fin estudié cuidadosamente los árboles de los alrededores. "Si pudiera acercarme a aquella higuera sin asustarles —pensé—, conseguiría una excelente vista." Cuando con enorme cautela alcancé el nudoso tronco del frutal, me di cuenta de que los chimpancés habían huido; las ramas del árbol estaban vacías. El desánimo me invadió de nuevo. Una vez más habían escapado. En ese preciso momento mi corazón dejó de latir. A unos quince metros de distancia, dos chimpancés machos, sentados en el suelo, me miraban de hito en hito. Casi sin respirar esperé la huida que seguía normalmente a encuentros de esta clase. Nada ocurrió; los chimpancés continuaban observándome. Me senté muy lentamente y momentos más tarde los dos animales comenzaron a acicalarse uno a otro. Mientras les contemplaba, casi sin poder dar crédito a mis ojos, divisé dos cabezas de chimpancé que me observaban desde el otro lado de un claro de la selva. Uno era una hembra, el otro un ejemplar joven. Cuando volví

la cabeza se ocultaron, pero pronto reaparecían uno detrás del otro, encaramados en las ramas más bajas de un árbol situado a unos cinco metros de distancia. Al poco se sentaban, casi inmóviles, a mirarme.

Durante más de seis meses había tratado de vencer ese temor inherente que me mostraban, temor que les obligaba a escapar cada vez que se encontraban conmigo. Al principio habían huido cuando me aproximaba a unos quinientos metros, o, incluso, al divisarme al otro lado de un barranco. Ahora los dos machos estaban tan cerca que casi podía oír su respiración. Sin lugar a dudas, nunca me sentí más orgullosa de mí misma. Las dos magníficas criaturas que se aseaban ante mí habían, por fin, aceptado mi presencia. Yo les conocía a ambos: uno era David, *el de la barba gris,* el que siempre había manifestado menos miedo; el otro era Goliat, no un gigante como su nombre sugiere, pero sí poseedor de un espléndido físico y el que parecía dominar al grupo. Su negra piel resplandecía a la luz incierta del atardecer.

Durante más de diez minutos, David y Goliat permanecieron acicalándose hasta que, inmediatamente antes de que el sol se escondiera tras de mí, el primero se puso en pie y permaneció en esa posición contemplándome. Entonces me di cuenta de que la sombra alargada de mi cuerpo se proyectaba sobre él. El momento ha quedado grabado en mi memoria: el entusiasmo de mi primer encuentro con un chimpancé salvaje, unido a la curiosa coincidencia de que mi sombra cayera sobre David mientras éste parecía mirarme directamente a los ojos. Tal hecho ha adquirido después para mí un significado casi alegórico, ya que de todas las criaturas vivientes que se conocen hoy día sólo el hombre puede, con su nivel de inteligencia muy superior, decidir el destino de estos animales, ensombreciéndolo con sus rifles y la creciente expansión de las áreas de cultivo. Pero en aquel momento no pensé en todo eso. Ante David y Goliat sólo sentí entonces una inmensa admiración. La depresión, el desespero y la ansiedad que tantas veces me habían embargado durante los meses anteriores habían desaparecido ante el enorme entusiasmo que sentía una vez que, ya desaparecido el grupo, me apresuraba a descender la montaña en dirección a mi tienda, a orillas del lago Tanganika.

Todo había comenzado tres años antes, cuando conocí en Nairobi al famoso antropólogo y paleontólogo Louis Leakey. O quizá todo empezó en mi más temprana infancia. Cuando tenía poco más de un año mi madre

me regaló un chimpancé de juguete, un enorme muñeco peludo fabricado para conmemorar el nacimiento de uno de estos animales, el primero en el zoológico de Londres. La mayoría de las amigas de mi madre se horrorizaron ante el regalo y predijeron que me proporcionaría horribles pesadillas, pero Jubileo (pues así le había bautizado, tomando el nombre del chimpancé que remedaba) se convirtió en mi juguete favorito y me acompañó en todos mis viajes. De hecho, aún lo conservo hoy día.

Aparte del episodio de Jubileo, los animales comenzaron a fascinarme desde el momento en que aprendí a gatear. Uno de los primeros momentos que recuerdo de mi vida es cuando me escondí en un gallinero para averiguar cómo ponía un huevo una gallina. Cuando cinco horas más tarde salí de allí triunfante, me enteré de que toda la casa había estado buscándome; mi madre había, incluso, llamado a la policía.'

Fue aproximadamente cuatro años después, a los ocho, cuando decidí que algún día habría de ir a África y vivir entre animales salvajes. Aunque cuando salí del colegio cumplidos los dieciocho años hice un curso de secretariado y trabajé después en dos empleos distintos, mis deseos de viajar por el continente negro no habían desaparecido. Y tanto era así que el día que recibí la invitación de una de mis compañeras para visitar una propiedad de su familia en Kenia, dejé mi empleo el mismo día y abandoné un trabajo fascinante, aunque mal pagado, en un estudio de documentales cinematográficos, para colocarme de camarera durante todo el verano en Bournemouth, mi ciudad natal, y ganar así rápidamente el dinero necesario para el viaje, pues resultaba más barato vivir en casa.

Un mes después de llegar a África, alguien me dijo: “Si le interesan los animales, tiene que conocer al doctor Leakey.” Para entonces había ya aceptado un aburrido trabajo de oficina, pues no quería abusar de la amabilidad de la familia de mi amiga. Me sentí ansiosa por establecer algún contacto con los animales, que, para mí, representaban África. Acepté, pues, el consejo y fui a visitar a Louis Leakey al Museo de Historia Natural, donde en aquel entonces ejercía el cargo de director. Indudablemente debió darse cuenta ya entonces de que mi interés por los animales era auténtico, porque en el curso de la entrevista me ofreció el puesto de asistente y secretaria. En el Museo aprendí mucho: todos los que allí trabajaban eran naturalistas natos, llenos de entusiasmo y deseosos de comunicarme su ciencia. Pero lo mejor que me ocurrió entonces fue que

me ofrecieran acompañar junto con otra muchacha al doctor Leakey y a su esposa, Mary, a una de las expediciones que hacían anualmente a la garganta del Olduvai, en las llanuras del Serengueti. En aquellos días anteriores a la apertura de la región al turismo y anteriores también al descubrimiento en Olduvai del *Zinjanthropus*, el *hombre cascanueces*, y el *Homo habilis*, la región estaba totalmente aislada del resto del mundo. Nadie podía soñar que algún día la atravesaría una carretera y volarían sobre ella aviones de turismo, como ocurre hoy.

El trabajo de excavación me pareció fascinante. Aunque a veces parecía rutinario el escarbar durante horas en la vieja roca para extraer los restos de criaturas que habían vivido allí hacía millones de años, súbitamente me asaltaba un sentimiento de terror. Este hueso, éste que tenía en mi mano, había constituido parte de un ser viviente que había comido, dormido y propagado su especie. ¿Qué aspecto habría tenido? ¿De qué color habría sido su cabello? ¿Cuál el olor de su cuerpo? Me obsesionaban estas preguntas que, probablemente, la ciencia nunca será capaz de responder.

Eran las noches, sin embargo, las que tenían para mí especial encanto. Alrededor de las seis de la tarde, cuando el arduo trabajo del día había terminado, Gillian, mi compañera, y yo regresábamos al campamento atravesando las áridas llanuras que rodeaban la garganta donde habíamos sudado durante todo el día. Olduvai es, en la estación seca, casi un desierto, pero, a veces, al pasar junto a los espinosos arbustos, podíamos vislumbrar algún *dik-dik, ese* gracioso antílope miniatura, poco mayor que una liebre. Otras veces era un grupo de gacelas o de jirafas lo que salía a nuestro encuentro, o incluso, en ocasiones memorables, algún rinoceronte, que atravesaba trabajosamente la garganta que se abría a nuestros pies. Un día nos hallamos cara a cara con un león; se hallaba a menos de doce metros de nosotras cuando oímos su rugido y nos volvimos para encontrarlo al otro lado de un seto. Por primera vez en mi vida comprendí el sentido de la frase “dejó de latirme el corazón”. Estábamos en lo más hondo de la garganta, allí donde la vegetación es relativamente densa en algunos lugares; retrocedimos muy lentamente mientras el león nos vigilaba moviendo la cola. Después, y supongo que por curiosidad, nos siguió mientras trepábamos por la ladera en dirección a las llanuras abiertas y sin

árboles. Luego, desapareció entre la vegetación y no volvimos a verle más.

Creo que fue entonces cuando Louis Leakey decidió que yo era la persona que había estado buscando durante casi veinte años: una persona suficientemente interesada en los animales y sus costumbres y capaz de prescindir durante largo tiempo de las comodidades que ofrece la civilización. Y supongo que fue entonces porque hacia el fin de nuestra estancia en Olduvai comenzó a hablarme de un grupo de chimpancés que vivía a orillas del lago Tanganika.

El chimpancé se encuentra solamente en África a lo largo de un cinturón de selva ecuatorial que se extiende desde la costa occidental hasta un punto situado al este del mencionado lago. El grupo al que Louis se refería comprendía chimpancés de la variedad oriental o de pelo largo, la que los zoólogos denominan *Pan troglodytes schweinfurthi.* Louis me describió su hábitat: agreste, montañoso y absolutamente apartado de la civilización. Durante unos minutos me habló de la vocación y paciencia que se requerían para tratar de estudiarlos. Sólo una persona, me dijo, había intentado observar al chimpancé en estado salvaje, el doctor Henry Nissen, que únicamente había podido pasar dos meses y medio dedicado a esta tarea en la Guinea francesa.[1]

Según Louis, no se podía hacer nada interesante en tan poco tiempo. En aquella primera conversación averigüé muchas cosas. Louis se mostraba especialmente interesado en la conducta de un grupo de chimpancés que vivían a orillas de un lago porque en estos lugares es donde se han encontrado por lo general restos de hombres prehistóricos y, posiblemente, el estudio de aquellos antropoides podría arrojar alguna luz sobre la vida del hombre neolítico.

Creo que mientras Louis hablaba adiviné lo que iba a proponerme y, sin embargo, cuando me preguntó si estaría dispuesta a emprender la tarea, no podía imaginar que hablase en serio. Aunque eso era lo que siempre había querido hacer, no estaba preparada para realizar un estudio del comportamiento de los animales.

Pero Louis sabía lo que hacía. Creía firmemente que en este caso una educación universitaria no sólo era innecesaria, sino que podía llegar a

---

[1] Nissen, H. W. (1931), A Field Study on Chimpanzee, Comp. Psychol. Monogr., 8, 1-22.

ser, en muchos aspectos, perjudicial. Quería una persona de mente abierta, libre de prejuicios teóricos; alguien que realizase la investigación llevado solamente de un afán de conocimiento y que sintiera, al propio tiempo, una gran simpatía por los animales.

Una vez que accedí entusiásticamente a hacerme cargo del trabajo, el doctor Leakey emprendió la ardua tarea de recaudar fondos suficientes para la expedición. Tuvo que convencer al donante no sólo de que el estudio era absolutamente necesario, sino también de que una joven inexperta era la persona más adecuada para llevarlo a cabo. Finalmente, la Fundación Wilkie, de Illinois, Estados Unidos, accedió a colaborar con una suma suficiente para cubrir los gastos más fundamentales: una pequeña lancha, una tienda de campaña, el importe de los billetes de avión y seis meses de estancia en el lugar de la investigación. Estaré siempre inmensamente agradecida al señor Leighton Wilkie, quien, confiando en la opinión de Louis, me dio ocasión de demostrarme a mí misma que era capaz de llevar a cabo la tarea encomendada.

Para cuando llegó la respuesta definitiva yo había regresado ya a Inglaterra, pero, apenas tuve conocimiento de ella, hice las oportunas gestiones para volver a África. Las autoridades gubernamentales de Kigoma, zona donde iba a trabajar, estaban de acuerdo con mi propuesta, pero se mostraban inflexibles respecto a un punto: no estaban dispuestos a permitir que una joven inglesa viviese sola en la selva sin un acompañante europeo. Así pues, mi madre, Vanne Goodall, que había pasado ya en África varios meses, se prestó a acompañarme en mi nueva aventura.

Al principio, cuando llegamos a Nairobi, todo fue bien. La *Reserva de chimpancés de Gombe Stream* (ahora *Parque Nacional de Gombe),* donde se encontraba el grupo de antropoides objeto de mi estudio, caía dentro de la jurisdicción del Departamento de Caza de Tanganika, cuyo director se mostró dispuesto a ayudarnos en todo lo necesario y me envió el oportuno permiso para trabajar en la reserva, junto con unos datos de gran utilidad acerca de la zona, en especial referentes a la temperatura, fauna, tipo de terreno y vegetación. Pronto me llegó la noticia de que la pequeña lancha de aluminio que Louis había comprado había llegado sana y salva a Kigoma. El doctor Bernard Verdcourt, director del Herbario del África Oriental, se prestó a llevarnos a Vanne y a mí hasta aquella ciudad; así

podría recoger algunos ejemplares en el camino y también en la zona de Kigoma, muy poco explorada en el aspecto botánico.

Cuando estábamos a punto de partir surgió la primera dificultad. El comisario del distrito de Kigoma nos informó de la existencia de cierta inquietud entre los pescadores africanos de las playas de la reserva. El inspector de caza de la región había acudido allí para informarse de la situación, pero mientras tanto no se me permitiría comenzar mi tarea. Afortunadamente para mí, Louis me sugirió entonces la idea de emprender el estudio de un grupo de micos en una isla del lago Victoria, estudio que me serviría de ensayo general para mi trabajo posterior. A los pocos días, Vanne y yo nos encontrábamos a bordo de una motora atronando las cenagosas aguas del lago en dirección a la isla de Lolúe. Nos acompañaban Hassan, capitán de la lancha, y su asistente, ambos africanos de la tribu kakamega. El primero, que más tarde habría de acompañarme a la reserva, es una persona extraordinaria. Tranquilo y noble, honrado y digno de toda confianza, posee además una inteligencia y un sentido del humor que le convierten en un magnífico compañero. En aquellos días llevaba trabajando para Louis más de treinta años.

Permanecimos en Lolúe tres semanas, al cabo de las cuales recibimos por radio un mensaje llamándonos de nuevo a Nairobi. Fueron aquéllos unos días encantadores. Por la noche dormíamos en la lancha anclada a poca distancia de la isla, mecidas por el suave oleaje del lago. Cada mañana, justo antes de la salida del sol, Hassan me llevaba a tierra en una chalupa; allí permanecía observando a los monos hasta el anochecer o incluso más tarde, si había luna. Después, me recogía de nuevo para volver al barco. Mientras consumíamos nuestra parca cena —unas judías cocidas, un par de huevos o salchichas de lata era lo más habitual—, Vanne y yo cambiábamos impresiones acerca de lo ocurrido durante el día.

No es éste el lugar para hablar de los dieciséis monos que comprendían mi pequeño escuadrón ni de su fascinante conducta, ya que lo que estoy escribiendo es un libro sobre chimpancés. Pero el breve estudio que hice me enseñó mucho acerca de cómo tomar notas directamente desde mi observatorio, el tipo de ropa que debía vestir, los movimientos que un mono salvaje está dispuesto a tolerar en un observador humano y los que no, etc. Aunque los chimpancés en muchos momentos reaccionan de

modo diferente, lo que aprendí en Lolúe me fue de gran utilidad cuando comencé a trabajar en Gombe Stream.

No dejé de sentir pena cuando una noche llegó el esperado mensaje, pues significaba dejar los micos precisamente cuando estaba comenzando a familiarizarme con su conducta y una vez que había llegado a distinguir a los diferentes componentes del grupo. Nunca es agradable dejar un trabajo a medio hacer. Una vez llegados a Nairobi, sin embargo, no podía hacer sino pensar en el viaje de mil trescientos kilómetros que nos esperaba y en los chimpancés. Casi todo había sido preparado ya antes de nuestra salida para Lolúe; así pues, fue un asunto de escasos días el emprender nuestra jornada hacia Kigoma, acompañada por Bernard Verdcourt.

El viaje transcurrió sin incidentes, si bien tuvimos tres pequeñas averías; por otra parte, el *jeep* iba tan enormemente cargado con todo nuestro equipo, que oscilaba peligrosamente cuando marchábamos de prisa. Cuando llegamos a Kigoma después de tres polvorientos días de carretera, encontramos la ciudad en estado caótico; después que salimos de Nairobi, el Congo —a unos cuarenta kilómetros al oeste de Kigoma, al otro lado del lago Tanganika— había estallado en violencias sangrientas y la ciudad se hallaba invadida por refugiados belgas llegados en barcos. Era un domingo cuando marchábamos por primera vez a lo largo de la avenida de mangos que sombrean la calle principal de la población. Todo estaba cerrado y no encontramos funcionario alguno que pudiera ayudarnos.

Por último conseguimos que el comisario del distrito nos atendiera; nos explicó, sentida pero firmemente, que era imposible pensar en continuar mi viaje a la reserva de chimpancés. Era necesario, en primer lugar, esperar cuál sería la reacción de los africanos del distrito ante la noticia de los desórdenes y motines del Congo. Era un duro golpe, pero no había tiempo para descorazonarse.

Tomamos un par de habitaciones individuales en uno de los dos hoteles de la ciudad, pero este lujo no duró mucho. Aquella misma noche llegó otro barco lleno de refugiados y fue preciso habilitar hasta el último rincón. Vanne y yo nos replegamos, apretujándonos en el poco espacio libre que quedó después de haber trasladado todo el equipo desde el *jeep* a nuestra habitación. Todos los hoteles estaban hasta los topes, pero los acogidos en ellos se encontraban en el paraíso en comparación con aque-

llos refugiados que habían sido albergados provisionalmente en un gran almacén que se utilizaba para depositar las mercancías que se transportaban a través del lago. Allí dormían en largas hileras de colchones o en mantas sobre el suelo de cemento, y cientos de ellos hacían cola para conseguir la escasa comida que Kigoma podía proporcionarles.

Vanne, Bernard y yo entramos muy pronto en relación con cierto número de residentes de la ciudad. Nos brindamos para ayudar en la distribución de alimentos y nuestra oferta fue inmediatamente aceptada. Durante la segunda noche, nosotros tres, junto con otras pocas personas, preparamos dos mil bocadillos de jamón en conserva, que seguidamente fueron almacenados en grandes cajas de hojalata y protegidos cuidadosamente con telas secas. Más tarde, ayudamos a distribuirlos entre los refugiados, junto con sopa, algo de fruta, chocolate, cigarrillos y bebidas. Desde aquel día, me resultaba imposible soportar la vista del jamón enlatado.

Dos noches después, la mayor parte de los refugiados habían ya desaparecido, camino de Dar-es-Salaam, la capital de Tanganika, gracias a un servicio de trenes especiales. La febril actividad había terminado, pero, aun así, no se nos permitió todavía iniciar nuestra expedición hacia la reserva de chimpancés. Nuestro presupuesto nos obligó a dejar la habitación del hotel, y decidimos acampar al aire libre en cualquier lugar. Cuando preguntamos dónde podríamos instalarnos, se nos dijo que en los terrenos de la cárcel de la ciudad. La cosa no resultó tan mal como podía esperarse, pues el lugar estaba extraordinariamente cuidado, tenía una estupenda vista del lago y en aquella época del año los abundantes árboles gemían suavemente bajo el peso dulce y perfumado de las naranjas y las mandarinas. Por la noche, sin embargo, los mosquitos hacían el sueño imposible.

Durante este período de forzada inactividad llegamos a familiarizarnos a fondo con la pequeña ciudad de Kigoma, más bien una aldea para escala europea o americana. La actividad se centra a orillas del lago, allí donde el puerto natural ofrece refugio a los barcos que surcan las aguas hacia el Este en dirección a Burundi, Zambia y Malawi, y hacia el Oeste, camino del Congo. Cerca del lago se encuentran asimismo los edificios oficiales, la comisaría de policía, la estación de ferrocarril y la oficina de correos.

Uno de los aspectos más fascinantes de cualquier pequeña ciudad africana es el colorido mercado de frutas y verduras, donde la mercancía está expuesta para la venta en pequeños montones, cada uno de los cuales ha sido cuidadosamente pesado y marcado con su correspondiente precio. Vimos en el mercado de Kigoma que los comerciantes más prósperos operaban bajo una cubierta de piedra; los demás, sentados sobre la roja tierra de la plaza, con sus artículos asomando limpiamente de los sacos colocados sobre el suelo. Plátanos, naranjas verdes y amarillas, granadillas arrugadas y de un púrpura oscuro se desplegaban profusamente ante nosotros, así como jarros y botellas de un aceite rojo encendido, producto de las nueces oleaginosas de las palmeras.

Kigoma se enorgullece de su calle principal, que sube desde el centro administrativo y corre a lo largo de buena parte de la ciudad, flanqueada por altos y umbríos mangos y un sinnúmero de pequeñas tiendas, llamadas *dukhas* en todo el África Oriental. Nos sorprendió, paseando por Kigoma, que tantas tiendas, aparentemente vendiendo los mismos productos, pudieran sobrevivir a la competencia. Veíamos continuamente pilas de ollas y cacharros de loza, zapatos de lona y camisas, linternas y despertadores. Alegraban la mayoría de estos pequeños comercios unos grandes cuadrados de tela de colores brillantes que compran por pares las mujeres africanas y que se conocen con el nombre de *kangas.* Con uno de ellos se envuelven el cuerpo por debajo de los brazos, llegando hasta cubrir las rodillas; el otro sirve de tocado. A la puerta de algunas de las *dukhas* un sastre cosía utilizando una máquina que accionaba con los pies. Un anciano indio, sentado en el umbral de una minúscula zapatería, cosía, clavaba y engomaba su mercancía utilizando los pies, como si de dos manos más se tratase, para sostener la piel. Era tal su habilidad que no pudimos por menos de detenernos a contemplarle con verdadero placer.

Durante nuestra estancia en Kigoma hicimos amistad con algunos de los residentes de la ciudad, especialmente con empleados del gobierno y sus esposas, que se mostraron extremadamente amables y hospitalarios. Nunca olvidaré el día en que Vanne, no queriendo ofender a ninguna de nuestras nuevas amistades, aceptó dos ofertas para tomar un baño caliente en la misma tarde. Bernard, para entonces ya completamente convencido de que las dos andábamos un poco locas, la condujo estoicamente de una casa a otra sin delatarla.

Cuando llevábamos en la ciudad poco más de una semana regresó David Anstey, el inspector de caza que había sido enviado por el gobierno para informar sobre todos los problemas surgidos entre los pescadores de la reserva. Mantuvo con el comisario del distrito una larga entrevista cuyo resultado fue la concesión de un permiso oficial para nuestra partida hacia el Gombe. Para entonces yo había perdido ya la esperanza de ver alguna vez a un chimpancé y estaba convencida de que, de un momento a otro, se nos ordenaría regresar a Nairobi. Así pues, cuando me encontré a bordo de la motora que los representantes del gobierno habían puesto a nuestra disposición para transportar todo nuestro equipo, incluyendo también la lancha de cuatro metros de largo, la expedición comenzó a parecerme un sueño.

Mientras el motor se ponía en marcha y levábamos anclas, dijimos adiós a Bernard; pronto nos encontramos fuera del puerto de Kigoma y viramos hacia el Norte, para bordear las costas orientales del lago. Recuerdo que en aquel momento, mientras miraba el agua increíblemente limpia, pensé: "Ahora se hundirá el barco, o me caeré por la borda y me devorará un cocodrilo." Pero nada de esto sucedió.

2. Los primeros días

Durante todo el recorrido desde Kigoma al lugar donde habíamos de montar nuestro campamento (unos veinte kilómetros) me invadió la extraña sensación de estar viviendo un sueño. Mediaba la estación seca y la línea costera del Congo, situada a unos treinta kilómetros de distancia en dirección Oeste, no podía siquiera distinguirse. La frescura de la brisa y el azul profundo de las aguas del lago, surcado por olas suaves coronadas por crestas de espumas, contribuían a darnos la sensación de hallarnos en alta mar.

Miré hacia la costa Este. Las empinadas laderas que se elevan entre Kigoma y la reserva de chimpancés, en ocasiones a más de setecientos metros de altura, se mostraban en muchos lugares desnudas y erosionadas a causa de la continua caída de árboles. Entre las montañas, unas estrechas fajas de selva cubrían los valles, recorridos por rápidos riachuelos que descendían hacia el lago. La línea costera presenta una serie de bahías alargadas separadas, generalmente, por pequeños promontorios rocosos. Nuestra lancha seguía una línea recta, pero pronto nos dimos cuenta de que las canoas de los pescadores se ajustaban en su marcha a la sinuosidad de la costa. David Anstey, que nos acompañaba en nuestro viaje para presentarnos a los habitantes africanos de la zona, nos explicó que de vez en cuando se levanta un viento impetuoso que barre los valles y embravece las aguas hasta convertirlas en una turbulenta masa de olas y espuma.

Cerca de la orilla se divisaban pequeñas aldeas de pescadores refugiadas en la falda de la montaña o en la embocadura de los valles. Las viviendas consistían generalmente en chozas de barro y hierba, aunque, ya en aquel entonces, podían verse algunas construcciones de mayor envergadura cubiertas de tejados metálicos acanalados que brillaban al sol, tejados que, para cualquier amante de la belleza natural del paisaje africano, constituyen poco menos que un sacrilegio.

Cuando ya llevábamos unos doce kilómetros de camino, David nos señaló la enorme cresta rocosa que marca el límite meridional de la reserva. Más allá de este punto, el paisaje cambia súbita y espectacularmente.

Las montañas, cubiertas de arbolado, aparecen cortadas por franjas de densa selva tropical. Sobre la arena blanca de las playas y a cierta distancia unas de otras se distinguían aún algunas chozas de pescadores. Por David supimos que se trataba de construcciones provisionales; durante la estación seca disfrutan los africanos de un permiso especial para pescar y desecar allí mismo los peces capturados en las playas de la reserva. Cuando llega la estación de las lluvias, regresan a sus aldeas, situadas al otro lado de la reserva de chimpancés. Los recientes disturbios se habían producido precisamente aquí, a causa de cierta discusión entre los habitantes de dos aldeas distintas acerca de quién tenía derecho a un determinado trozo de playa.

Desde ese día me he preguntado a menudo qué fue exactamente lo que sentí cuando vi por primera vez aquella región salvaje en que tan pronto me iba a instalar. Vanne admitió mucho después que había quedado secretamente horrorizada ante lo escarpado de los declives y el aspecto impenetrable de los valles; por su parte, David me dijo meses más tarde que en aquel momento se hallaba convencido de que yo habría de abandonar la empresa en un plazo máximo de seis semanas. Recuerdo no haber sentido ni agitación ni nerviosismo, sino únicamente un curioso sentimiento de frialdad hacia aquello que se ofrecía a mi vista. ¿Qué relación había entre aquella muchacha que permanecía en pie en la lancha y aquella otra que en breves días estaría explorando las montañas en busca de chimpancés salvajes? Y sin embargo, cuando esa misma noche cerré los ojos para descansar, ya se había operado la transformación.

Después de un viaje de dos días, la lancha ancló en Kasakela, donde residían dos guías del Servicio de Caza, junto a cuyas chozas, siguiendo la sugerencia de David, habíamos de acampar hasta familiarizarnos con la zona. Mientras la lancha se acercaba a la playa divisamos una verdadera multitud que se había reunido para presenciar nuestra llegada, y que estaba integrada por los dos guías, los escasos africanos que tenían permiso para vivir permanentemente en la reserva con objeto de que los dos primeros no estuviesen totalmente aislados, y los pescadores de las chozas cercanas. Desembarcamos chapoteando en las aguas rutilantes del lago y recibimos el saludo, en primer lugar, de los dos guías y después el más ceremonioso del jefe honorario de la aldea, el anciano Iddi Matata, un tipo pintoresco con su turbante rojo, chaqueta europea, también roja,

sobre la suelta túnica blanca, zuecos y barba canosa. Nos obsequió con un largo discurso de bienvenida en *swahili,* del cual comprendí únicamente algunos fragmentos; por nuestra parte, le ofrecimos un regalo que traíamos preparado, siguiendo de nuevo el consejo de David.

Terminadas estas formalidades, Vanne y yo seguimos a Anstey unos treinta metros a lo largo de un estrecho sendero flanqueado de espesa vegetación, y que conducía desde la playa a un pequeño claro natural. Con la ayuda de David y de lo« guías africanos, la gran tienda que íbamos a compartir mi madre y yo estuvo pronto dispuesta. Junto a ella corría un arroyo murmurador, a la sombra de las altas palmeras de nueces oleaginosas que circundaban el claro. Era un lugar perfecto para acampar. A unos cuarenta y cinco metros de distancia, en la playa y bajo un grupo de árboles, levantamos una tienda más pequeña para Dominic, el cocinero que traíamos desde Kigoma.

Cuando el campamento estuvo completamente organizado, me escabullí para llevar a cabo una primera exploración. Un incendio reciente había quemado la hierba en la ladera inferior de la montaña y el terreno estaba muy resbaladizo. Eran ya las cuatro de la tarde, pero el sol abrasaba todavía. Sofocada y sudorosa, pude llegar a un lugar lo suficientemente alto como para divisar las aguas tranquilas del lago y el amplio valle verde y lujuriante, en contraste con el terreno ennegrecido en que me encontraba.

Me senté en una gran roca plana, caliente del sol, y poco a poco me sentí revivir tras aquella deprimente semana en Kigoma. Muy lentamente salí del estado de trance en que me encontraba desde que abandoné la ciudad. En aquel momento pasó cerca de mí un grupo de unos sesenta papiones buscando restos de insectos carbonizados por el fuego. Cuando se dieron cuenta de mi presencia, unos cuantos treparon a un árbol y comenzaron a sacudir violentamente las ramas, al tiempo que hacían gestos amenazadores, mientras dos de los machos mayores daban agudos gritos de alarma. Los más, sin embargo, no se mostraron demasiado impresionados por mi persona y muy pronto se entregaron de nuevo a su tarea. Pude ver también lo que los africanos llaman un *boosbog,* un gracioso animal de pelo castaño poco mayor que una cabra y provisto de macizos cuernos en forma de espiral. Me miró asombrado y, súbitamente, huyó

dando brincos, ladrando como un perro y mostrando a intervalos, como fogonazos, el blanco brillante del envés de su cola.

Solamente permanecí en la montaña unos tres cuartos de hora, pero cuando regresé al campamento, casi tan negra como las *laderas* que había estado explorando, ya no me sentía una intrusa. Aquella noche arrastré el catre fuera de la tienda y dormí al aire libre, bajo las estrellas que centelleaban a través del follaje murmurador de las palmeras.

A la mañana siguiente me levanté deseosa, como es natural, de lanzarme a la búsqueda de chimpancés. Pero pronto caí en la cuenta de que, al menos por el momento, no podría actuar a mi antojo. Siguiendo las instrucciones de David Anstey, acudiría aquella misma mañana al campamento un grupo de africanos con el fin de conocernos a Vanne y a mí. David me explicó que los habitantes de la zona se habían mostrado preocupados y recelosos ante mi llegada; no podían creer que una muchacha viniera expresamente desde Inglaterra sólo para ver un puñado de monos, y se había corrido el rumor de que, en realidad, era una espía del gobierno. Me mostré, desde luego, muy agradecida a David por solucionarme de antemano los problemas que más tarde podrían surgir, pero se me cayó el alma a los pies al escuchar la totalidad de los planes.

Había acordado, en primer lugar, que me acompañaría en todo momento el hijo del jefe de Mwagongo, un pueblo de pescadores situado al norte de la reserva. Su tarea consistiría en asegurarse de que si yo veía un chimpancé no escribiría en mi libro de notas que había visto diez o veinte. Más tarde me enteré de que los africanos reclamaban los setenta y ocho kilómetros cuadrados acotados para la reserva; si yo afirmaba que habitaban allí más chimpancés de los que en realidad había, pensaban los nativos, el gobierno se encontraría en sus manos con un poderoso argumento para continuar protegiendo la zona. En segundo lugar, David creía que debía acompañarme un africano para llevar mi mochila, ya que tenía que mantener mi prestigio.

Me disgustó la idea de marchar siempre seguida por aquella verdadera escolta, pues estaba convencida de que únicamente sola podría entrar en contacto directo con unos animales conocidos por su timidez. Pero aún me faltaba recibir el golpe de gracia. Vendría también conmigo un guía de caza. Cuando me acosté aquella noche, estaba triste y deprimida.

Sin embargo, al despertar a la mañana siguiente todo me pareció nuevo y estimulante; mi pesimismo había desaparecido. Había quedado en encontrarme con el hijo del jefe de Mwagongo en un valle cercano al límite de la reserva, ya que mi guía, Adolf, había afirmado haber visto varios chimpancés en aquella zona el día anterior. David tenía que atender a varios asuntos en el poblado y así embarqué junto con Adolf y Rashidi, mi “mozo de cuerda”, en su lancha y desembarcamos los tres en el lugar convenido.

El hijo del jefe se aproximó a nosotros seguido de cinco o seis africanos; en aquel momento me asaltó el temor de que todos ellos insistieran en acompañarme, pero afortunadamente no fue así. Me preguntó adonde quería ir, y como respuesta le señalé un repecho del valle cubierto de densa vegetación. Pareció bastante sorprendido y comenzó a hablar en voz baja con sus compañeros en *kiha*, la lengua de las tribus de la Ha. Momentos después regresaba para comunicarme que no se encontraba muy bien y no podría acompañarme aquel día. Después supe que su idea era que yo me limitaría a recorrer simplemente las aguas del lago en mi lancha, contando los chimpancés que se asomaran a las orillas. El trepar por las montañas no pareció atraerle lo más mínimo, porque no volví a verle más.

Cuando abandonábamos el lugar aparecieron dos pescadores que nos rogaron que les siguiéramos hasta su poblado, no muy lejano. Nos condujeron hasta un árbol situado a espaldas de una de las cabañas provisionales; la madera aparecía hendida en ciertos lugares. Nos dijeron que allí un búfalo había atacado a uno de los pescadores la noche anterior. El pescador había logrado ponerse a salvo trepando al árbol y el animal se había ensañado entonces en el tronco. No sé si los pescadores trataban simplemente de informar al guía o intentaban atemorizarme haciéndome ver los peligros de una región que no conocía, pero lo cierto es que el recuerdo del tronco destrozado estuvo presente en mi mente durante muchas semanas en mis excursiones por la selva.

Después de este incidente nos dirigimos al valle de Mitumba, y pronto me encontré rodeada de aquella selva africana con que siempre había soñado: árboles enormes festoneados de lianas y, acá y allá, flores de un blanco y rojo brillante resplandeciendo sobre el oscuro follaje. Continuamos nuestro camino siguiendo el curso de un riachuelo, vadeándolo una y

otra vez, buscando la orilla más transitable. De vez en cuando un martín pescador o cualquier otro pájaro de la selva cruzaba ante nosotros como un relámpago; en una ocasión un grupo de monos de cola roja saltó una barranca sobre nuestras cabezas, con sus colas cobrizas reluciendo al sol. Las copas de los árboles, a más de treinta metros de altura, no permitían pasar sino una luz muy escasa y, en consecuencia, la maleza era poco abundante.

Cuando habíamos caminado ya unos veinte minutos, Adolf dejó de seguir el curso del río y nos condujo hacia la ladera de la montaña. Inmediatamente el terreno se hizo casi intransitable. Los árboles eran ahora más bajos y la maleza mucho más espesa y entremezclada con enredaderas, de forma que en muchas ocasiones nos vimos obligados a arrastrarnos. Adolf se detuvo al pie de un enorme árbol. Miré hacia arriba y vi que estaba cargado de frutas pequeñas de color naranja y oro; en torno al tronco se veían innumerables ramas rotas y frutas mordisqueadas. Era el *msulula* donde había visto los chimpancés el día anterior.

No quise trepar al árbol y, con la esperanza de no haber provocado la huida de ninguno de mis animales, comuniqué al guía mi intención de vigilar desde un lugar más apartado.

Diez minutos después estábamos instalados en un pequeño claro situado a la misma altura del *msulula* y frente a él. Más tarde descubrí que éste era el único lugar abierto desde el que podía observarse cómodamente el árbol; Rashidi, acostumbrado a estos parajes, lo había localizado instantáneamente, mientras que yo nunca habría sido capaz de encontrarlo. Era un lugar tranquilo y silencioso, lejos del ruido de las aguas. Sólo se oía el incesante canto de las chicharras, el trino de los pájaros y, de cuando en cuando, el grito de algún papión.

De repente, en el valle que se extendía a nuestros pies oí la llamada de un grupo de chimpancés. La había escuchado repetidas veces en los zoológicos, pero aquí, en la selva africana, me impresionó indescriptiblemente. Se trata de una serie de resuellos o jadeos interrumpidos por inhalaciones de aire y que van creciendo en intensidad hasta convertirse casi en un grito. Comenzó un solo chimpancé; cuando se hallaba a la mitad de la llamada, se le añadió otro. Uno por uno, todos siguieron el ejemplo. Había leído previamente en el informe del doctor Nissen que los chimpancés utilizan como tambores los troncos de los árboles; ahora podía escuchar

por mí misma este extraño sonido resonando en el valle, mezclándose con los gritos de los animales.

El grupo se hallaba muy cerca del *msulula* y esperé, tensa y alerta, sin apartar los ojos del árbol. Lo mismo hizo Rashidi, el primero en descubrir a un chimpancé que trepaba a una palmera y desde allí saltaba al gigantesco árbol. Sus compañeros le siguieron en ordenada procesión; eran en total dieciséis, de diversos tamaños. Uno de ellos, una madre, transportaba una cría aferrada a su vientre.

A pesar de mi entusiasmo, no pude por menos de sentir cierto desaliento al comprobar que, aunque los chimpancés permanecían en el árbol durante más de dos horas, no podía ver desde mi punto de observación más que algún brazo que surgía de entre el follaje para arrancar un fruto, y ocultarse de nuevo. Transcurrido este tiempo, uno tras otro y en absoluto silencio descendieron del árbol utilizando otra vez el tronco de la palmera y se perdieron entre la vegetación. Lo que más me sorprendió en aquella ocasión es que pudiera haber dieciséis chimpancés en un árbol sin hacer un solo ruido, exceptuando los gritos que habían anunciado su llegada.

Minutos después de que el último animal hubiera desaparecido, cuando todavía trataba de localizar algún otro en el valle, Adolf y Rashidi me anunciaron su deseo de regresar al campamento para comer. Todas mis súplicas fueron en vano. Para entonces aún no me atrevía a ordenarles que permanecieran conmigo y tampoco quería disgustar a David quedándome sola, sin escolta, en la selva, pero mientras caminábamos en dirección a las tiendas me propuse interiormente que las cosas habrían de cambiar en el futuro.

El *msulula* continuó dando fruto diez días más y durante ese tiempo Adolf y Rashidi se turnaron para acompañarme, llevando consigo la comida del mediodía.

De hecho, llegamos a dormir tres noches en aquel lugar; los dos hombres acurrucados junto a una pequeña hoguera y yo, algo más lejos, envuelta en una manta.

Durante esos días vi muchos chimpancés alimentándose de las frutas del *msulula*, unas veces en grupos muy numerosos y otras en parejas o de tres en tres. Dos veces pude ver a un macho comer completamente solo durante más de una hora. Pronto pude constatar que la formación de los

grupos era muy variada; en una ocasión, por ejemplo, llegaron juntos catorce chimpancés, pero partieron en dos bandas diferentes, la segunda media hora después que la primera y en dirección contraria a aquélla a juzgar por los ruidos posteriores a su partida. Otro día vi cómo dos grupos poco numerosos se reunían en las ramas del árbol entre gran escándalo y gritería, comían pacíficamente y, por lo que pude observar, abandonaban juntos el lugar. Comprobé también que algunas bandas estaban formadas exclusivamente por machos adultos, otras por hembras y ejemplares jóvenes, y otras, finalmente, por una mezcla de los tres.

Sin embargo, no estaba ni con mucho satisfecha. El follaje del *msulula* era tan espeso que no permitía observar ningún acto de relación social entre los chimpancés. Las dos veces que traté de acercarme a ellos fracasé: en la primera ocasión me vieron cerca del árbol y huyeron; en la segunda, todo lo que pude atisbar de los cuatro machos que permanecieron encaramados en las ramas durante una hora casi encima de mi cabeza, fue una parte de su ascenso y su bajada por el tronco de la palmera.

A pesar de todo, más tarde me di cuenta de lo afortunada que había sido; probablemente aprendí más durante aquellos diez días que en las ocho semanas que les siguieron, en que, por más que buscamos, no pudimos hallar un solo árbol con fruto. Recorrimos la mayoría de los valles de la reserva, pero la maleza era espesa y si, por una parte, el rumor del agua apagaba cualquier ruido que pudiéramos hacer en nuestro camino, también servía para camuflar perfectamente los sonidos que podían delatar a los chimpancés. Los pocos que vimos estaban, por lo general, tan cerca que cuando los hallábamos huían instantáneamente. Ahora puedo imaginarme en cuántas ocasiones debieron vernos llegar sin que nos apercibiéramos de su presencia.

Algo más de suerte tuvimos al escalar los riscos que separaban los valles, pero también aquí huían al divisarnos, aunque fuera a quinientos metros de distancia o incluso al otro lado de un barranco. De otra forma, estaban tan lejos de nosotros que era imposible observarlos con detalle. Al principio supuse que su temor se desvanecería si me vieran completamente sola, pero cuando dejé a mis acompañantes en un lugar prominente desde donde podían vigilarme y traté de aproximarme a un grupo que se hallaba a corta distancia, la reacción fue exactamente la misma: la huida.

Junto a estos días en que veíamos a los chimpancés, o bien demasiado lejos o bien demasiado cerca, hubo otros, aún más tristes, en que no llegamos siquiera a divisarlos. Cuanto más pensaba en la tarea que me había impuesto, más me desesperaba. Y, sin embargo, aquellas semanas me fueron de gran utilidad, porque conseguí familiarizarme con el terreno. Mi piel se endureció al contacto de la áspera maleza y mi sangre se hizo inmune a la picadura de la mosca tse-tsé, de forma que no me producía ya inflamación alguna. Aprendí a caminar con pie seguro por aquellas pendientes igualmente resbaladizas estuvieran completamente desnudas, medio carbonizadas o alfombradas de hierba seca y amazacotada. Poco a poco llegué a diferenciar también las sendas que seguían los animales en los cinco valles que llegaron a constituir el escenario de mis investigaciones.

A lo largo de nuestras diarias excursiones trabé conocimientos, además, con muchos otros habitantes de la reserva: enormes cerdos salvajes con su plateada cresta dorsal; bandadas de mangostas que hacían crujir hojas en busca de insectos que devorar; infinidad de ardillas; las musarañas-elefantes, rayadas o moteadas, que se encuentran solamente en lugares de densa vegetación. Muy poco a poco también aprendí a distinguir las diferentes variedades de monos que habitan la zona del Gombe. Con frecuencia hallábamos grupos de papiones, que unas veces aceptaban resignados nuestra presencia, como el que me salió al paso mi primera tarde en la reserva, y otros chillaban aguda e incansablemente hasta que habíamos desaparecido de su vista. En cada uno de los valles había uno o dos grupos reducidos de monos de cola roja y unos cuantos monos azules. Los colobos rojos formaban bandas mucho mayores, a veces compuestas de sesenta o más individuos, cada una de las cuales tenía como radio de acción al menos dos de los valles. En ocasiones aisladas pude ver algún mono plateado, su cara negrísima enmarcada por una banda de pelo blanco. Junto a la orilla del lago había incluso algunos grupos de micos, que me trajeron inmediatamente a la memoria mis días en la isla de Lolúe.

Los colobos rojos eran mis favoritos. Son monos de gran tamaño y en ocasiones llegué a confundirlos por un momento con chimpancés, porque, a cierta luz, su pelo castaño oscuro parece negro y se sientan en las ramas como aquéllos, con la espalda derecha y una mano prendida de alguna rama que hubiese encima de sus cabezas. Su cola larga y espesa revelaba,

sin embargo, su verdadera identidad. Siempre que me acercaba a ellos y se asomaban entre las ramas para mirarme, sus rostros me recordaban al de una vieja solterona sorprendida probándose una grotesca peluca pelirroja.

Rashidi me enseñó muchas cosas acerca de la vida en la selva, así como a abrirme camino entre la densa vegetación, aparentemente impenetrable. A pesar de haberme sentido desilusionada al saber que no podría recorrer sola la reserva, le estaba realmente agradecida por su ayuda durante aquellos primeros días. Pero pronto tuvo que abandonarme para regresar a su aldea y, cuando me di cuenta de que Adolf no era capaz de soportar sin alimento largas horas de trabajo en la montaña, tuve que sustituirle durante varios meses con una serie de acompañantes. El primero fue Soko, original de Nyanza, cuyo nombre causó gran jolgorio entre los africanos de la reserva porque es la palabra que utilizan para designar al chimpancé. Le siguió Wilbert, altísimo y esbelto, siempre de aspecto inmaculado aún después de arrastrarse durante horas y horas por la senda de los cerdos salvajes. Y, finalmente, Short, que, como su nombre indica en inglés, era de muy corta estatura. Los tres eran hombres rudos y curtidos que habían pasado su vida entera entre los animales de la selva. Su compañía me fue de gran utilidad, pues fue mucho lo que aprendí en los días en que permanecieron junto a mí.

3. Observaciones iniciales

Unos tres meses después de nuestra llegada a la reserva, Vanne y yo caímos enfermas al mismo tiempo. Se trataba, indudablemente, de algún tipo de malaria, pero como nada menos que el médico de Kigoma nos había negado rotundamente que existiera tal enfermedad en la zona, nos encontramos sin las medicinas adecuadas para combatirla. Nunca he podido explicarme cómo aquel hombre podía creerse tamaña falacia, pero el caso es que fuimos lo bastante ingenuas como para confiar en él. Durante dos semanas permanecimos en nuestros catres, la una al lado de la otra, respirando la atmósfera asfixiante del interior de nuestra tienda y devoradas por la fiebre. De vez en cuando lográbamos reunir la fuerza suficiente para tomarnos la temperatura, único entretenimiento que podíamos permitirnos, porque ninguna de las dos se encontraba con ganas de leer. Vanne tuvo casi constantemente durante cinco días una temperatura de cuarenta y dos grados, que sólo descendía con el frescor de la noche. Después nos dijeron que podía considerarse afortunada de haber salido con vida de aquella enfermedad. Para acabar de arreglar las cosas, todo el campamento estuvo invadido en aquellos días por un espantoso olor como de col podrida. Se trataba de la flor de un árbol cercano; no puedo en este momento recordar su nombre, mas para mí se llamará siempre “el árbol de la flor de la fiebre”.

Dominic, nuestro cocinero, se portó magníficamente en aquella ocasión. Nos rogó que nos trasladáramos a Kigoma, donde seríamos adecuadamente atendidas, pero cuando le respondimos que nos sentíamos demasiado enfermas para emprender el viaje, suplió la falta de vigilancia médica con sus constantes cuidados. Una noche, Vanne salió de la tienda en pleno delirio y se desvaneció junto a una de las palmeras. Yo ni siquiera me di cuenta de su ausencia. Fue Dominic quien la encontró, a las tres de la madrugada, y la llevó de nuevo a la cama. Más tarde nos contó que había venido varias veces cada noche a nuestra tienda para comprobar que sus *mensahibs* seguían bien.

Tan pronto como me abandonó la fiebre, quise reanudar mi tarea. Habían pasado casi tres meses y me parecía que no había aprendido nada. Dos meses más y mis fondos se agotarían. Como no podía soportar la idea de que mis acompañantes africanos me vieran en tal estado de debilidad, me aventuré sola, arriesgándome a una reprimenda oficial, por la montaña a la que había trepado mi primera tarde en la reserva, la que se alzaba directamente sobre nuestro campamento. Partí a la hora habitual, cuando todavía hacía fresco y el sol comenzaba a apuntar en el horizonte. Después de diez minutos de marcha el corazón comenzó a latirme violentamente; sentí la sangre martilleándome en las sienes y tuve que detenerme para poder respirar. A duras penas pude alcanzar un pico situado unos cien metros sobre el nivel del lago y, al comprobar que desde aquel lugar podía dominar a la perfección la totalidad de nuestro valle, decidí instalarme allí para buscar con ayuda de los prismáticos cualquier signo de actividad de los chimpancés.

Tras unos quince minutos de vigilancia, un ligero ruido en la ladera carbonizada de la montaña atrajo mi atención. Al volverme me encontré con tres chimpancés que me contemplaban en posición erecta. Esperé resignada su inmediata huida, pues nos separaba solamente una pequeña barranca situada a unos setenta metros de distancia, pero en aquella ocasión los tres antropoides me miraron sin inmutarse y continuaron poco después su camino pacíficamente, hasta perderse entre la densa vegetación. ¿Había tenido yo razón, después de todo, al pensar que una persona sola les asustaría menos? Porque incluso cuando había dejado a cierta distancia a mis acompañantes, los chimpancés, indudablemente, se habían percatado de mi maniobra.

Permanecí en el mismo lugar y algo más tarde un nuevo grupo bajó entre gritos y resuellos la ladera de la montaña opuesta, para comenzar a comer de la fruta de una de las higueras que crecían a orillas del riachuelo que corría a mis pies. Llevaban allí unos veinte minutos cuando una tercera banda pasó exactamente por el mismo lugar donde horas antes había divisado a la primera. También estos chimpancés se percataron de mi presencia, ya que desde el lugar donde me encontraba era claramente visible, pero, aunque se detuvieron a mirarme y apresuraron un poco el paso, no huyeron atemorizados. Con gran griterío y saltando de rama en rama, se unieron al grupo anterior, que continuaba alimentándose de hi-

gos. Finalmente, descendieron todos juntos del árbol y se alejaron en ordenada hilera. Dos madres transportaban a sus crías a la espalda. Incluso pude verles detenerse a beber, cada uno por espacio de un minuto, antes de saltar la corriente.

Había sido, con mucho, el mejor día desde que llegué a la reserva, y aquella noche, regresé, exhausta pero entusiasmada, al campamento. Vanne, que había estado mucho más enferma que yo y guardaba cama todavía, se animó al verme tan alegre. De hecho, aquel día significó el comienzo de una nueva etapa en mis estudios. Las higueras crecen a todo lo largo del riachuelo, y aquel año dieron fruto abundante en nuestro valle durante ocho semanas. Diariamente regresaba al mismo pico y diariamente los chimpancés volvían a alimentarse en los frutales. Acudían en grupos grandes o pequeños, solos o en parejas. Generalmente pasaban cerca de mí, bien cruzando la ladera a un nivel algo más alto de donde yo me encontraba, bien siguiendo cualquiera de las sendas que atravesaban las lomas cubiertas de hierba que quedaban a mis pies. Debido a que mi aspecto era siempre el mismo y mis vestidos invariablemente de colores neutros, y debido también a que nunca traté de molestarles ni hacerles el menor daño, los tímidos chimpancés comenzaron a darse cuenta, al fin, de que aquella criatura no era tan temible como en un primer momento habían sospechado. Desde luego, pasaba la mayor parte del tiempo sola en mi pico; ya no había necesidad de que mis acompañantes me siguieran, puesto que sabían dónde podían localizarme en todo momento. Cuando Short tuvo que dejarme decidí no volver a utilizar los servicios de ningún africano, y aunque Adolf primero y más tarde Saulo David, el nuevo guía, subían generalmente al atardecer para comprobar que todo seguía bien, el resto del día lo pasaba sin compañía.

Mi pico se convirtió pronto en *El Pico.* Creo que constituye el mejor lugar de toda la reserva para observar a los chimpancés. Es cierto que desde puntos más altos se obtiene una vista mejor en todas direcciones, pero estos antropoides raramente trepan a la cumbre de los riscos porque su alimento se encuentra en niveles más bajos de la montaña. Desde el Pico podía divisar nuestro valle y también, caminando unos pocos metros hacia el Norte, el valle inferior del Kasakela, una hoya casi circular cubierta de espesa selva. Pronto descubrí que podía cruzar fácilmente el valle superior desde la altura a que me encontraba atravesando un bosque

relativamente poco espeso, donde en algunas ocasiones encontré un rebaño de dieciséis búfalos. Más al Norte, un nuevo risco despejado ofrecía una excelente panorámica del valle del Mlinda, angosto y empinado.

Transporté hasta el Pico un pequeño cajón de aluminio, donde guardé una tetera, café, unas cuantas latas de judías, un jersey y una manta. Cruzaba el Bosque de los Búfalos un pequeño riachuelo que, aunque casi inexistente en la estación seca, me permitía obtener, hundiendo un cuenco en la grava de su lecho, agua suficiente para cubrir mis reducidas necesidades. De esta forma, cuando los chimpancés pernoctaban cerca del Pico, yo lo hacía también para evitarme la caminata de la mañana siguiente. Con cualquiera de los guías que subían al atardecer enviaba un recado a Vanne para que estuviera siempre al tanto de mis planes.

Durante todo un mes pasé la mayor parte del día en el Pico o vigilando el valle del Mlinda, donde los chimpancés, después de hartarse de higos, acudían a comer una fruta color púrpura que tenía, como todos sus alimentos, un sabor áspero y amargo parecido al del endrino o la manzana silvestre.

Poco a poco comencé a formarme una idea de la vida de los chimpancés. En primer lugar, pude comprobar que, como en un principio había observado, los grupos que formaban no eran estables. Generalmente los veía evolucionar en bandas de cuatro a ocho individuos. Algunas veces, uno o dos de ellos abandonaban el grupo para continuar solos o agregarse a otro distinto. En otras ocasiones dos o tres bandas pequeñas se fundían en una sola. A menudo, cuando un grupo cruzaba los riscos que separaban el valle del Kasakela de las higueras que crecían en el nuestro, los chimpancés machos emprendían una carrera, unas veces en posición erecta, otras veces arrastrando una rama caída y otras, en fin, golpeando fuertemente con sus patas el duro terreno, pero siempre emitiendo agudos alaridos. Después trepaban a un árbol desde el que podían observar el valle en que se disponían a penetrar y permanecían en silencio aguardando, evidentemente, una respuesta a su llamada. Ésta no se hacía esperar, pues, por lo general, algún otro grupo se hallaba ya comiendo en las higueras y contestaba sin tardanza. Al fin, las dos bandas se reunían entre gritos de reconocimiento. Todo este alboroto tenía lugar solamente si en la banda de los recién llegados se encontraban uno o varios machos; en caso contrario, es decir, si estaba formada exclusivamente por hembras y jóvenes,

éstos se contentaban con trepar al árbol, saludar a los que allí se hallaban y comenzar a comer sin más ceremonias.

Aunque el denso follaje me impedía estudiar el comportamiento social de los chimpancés, me fue posible vislumbrar escenas verdaderamente sorprendentes. En una ocasión pude ver, por ejemplo, cómo una hembra que acababa de añadirse a un grupo corría hacia uno de los machos adultos y extendía su mano hacia él, mientras éste la tomaba en la suya para llevarla elegantemente a los labios. Vi también a dos machos abrazarse a modo de saludo; a un grupo de jóvenes jugar en las copas de los árboles persiguiéndose mutuamente y saltando de rama en rama, y a unas crías columpiándose alegremente durante largo rato, tocándose la punta del pie con una mano y girando lentamente de un lado a otro. Una vez contemplé a dos diminutos chimpancés enzarzados en gracioso torneo, tirando cada uno de un extremo de una larga rama. Con frecuencia encontraba a dos o más adultos en el calor del mediodía o en el sopor de la siesta entretenidos en acicalarse el uno al otro o en examinar cuidadosamente el pelo de sus compañeros.

En aquella época del año los chimpancés se acostaban generalmente muy tarde y, por consiguiente, hacían sus lechos cuando la luz era ya insuficiente para observarlos con ayuda de los prismáticos. Hubo, sin embargo, algunas ocasiones en que me fue posible contemplarlos dedicados a tal tarea y pude entonces comprobar que cada miembro del grupo, exceptuando las crías, que dormían con sus madres, se construía cada noche su propio lecho. La tarea les llevaba aproximadamente tres minutos. Comenzaban por buscar una base apropiada, tal como dos fuertes ramas paralelas o en forma de horquilla. Arrancaban después otras más pequeñas que colocaban transversalmente sobre las primeras, sujetándolas en el lugar oportuno con ayuda de los pies. Finalmente, antes de acostarse, afianzaban cuidadosamente cada una de estas ramas menores al borde del lecho. Con frecuencia, algún chimpancé, después de permanecer echado unos minutos, se sentaba de nuevo, arrancaba un puñado de ramas cubiertas de hojas y las colocaba a modo de almohada bajo la cabeza o cualquier otra parte del cuerpo antes de volver a instalarse, esta vez definitivamente, en su nido. En cierta ocasión, una joven hembra continuó apilando hojas hasta formar un enorme montón en el que, por último, se acurrucó.

Aunque, por lo general, los lechos se hallaban a gran altura, logré trepar a algunos de ellos cuando ya sus ocupantes los habían desalojado. Así pude comprobar que el entramado de las ramas era, en algunas ocasiones sumamente complicado y que los lechos se hallaban siempre perfectamente limpios. Más tarde, al poder vigilar de cerca a los chimpancés, observé como, aun en medio de la noche, cuidaban de orinar y defecar fuera del lecho, inclinándose sobre el borde de éste.

Fue durante aquellas semanas cuando realmente llegué a familiarizarme íntimamente con el terreno. Tomando el Pico como punto de partida, tuve que recorrer la reserva con frecuencia, unas veces buscando nidos que inspeccionar y otras recogiendo muestras de las plantas que los chimpancés utilizaban como alimento y que Bernard Verdcourt se había ofrecido a identificar. Muy pronto pude moverme por aquellos tres valles —el del Mlinda, el del Kasakela y aquel en que habíamos levantado nuestro campamento— con la misma facilidad que un taxista por las callejuelas de Londres. Son días que recuerdo intensamente, no sólo porque, al fin, mis trabajos comenzaban a dar fruto, sino también por el placer que sentía al verme completamente sola. Quienes aman la naturaleza me comprenderán sin necesidad de más palabras. Los que no comportan tal afición jamás podrán entender, por más que trate de explicarles, en qué consiste esa captación casi mística de belleza y eternidad que acompaña a ciertos momentos privilegiados. Y es curioso que esta sensación me asaltaba siempre de improviso: al contemplar, por ejemplo, el pálido rubor que precede a la aurora; al mirar, a través de las hojas de un árbol gigante, las sombras verdes, pardas y negras que enmarcan un trozo de azul; o al detenerme al atardecer, apoyada mi mano en el tronco aún caliente de un árbol, para contemplar el reflejo de la luna en las aguas susurrantes del lago.

Un día, a la vuelta de una de mis expediciones al valle del Mlinda, me hallaba sentada junto al riachuelo que recorría el Bosque de los Búfalos, disfrutando por un momento de su frescura, cuando descubrí un *boosbog* hembra que caminaba lentamente siguiendo el curso de la corriente. De vez en cuando se detenía a rumiar alguna planta. Me mantuve en silencio, sin hacer el más mínimo movimiento, de forma que no se percató de mi presencia hasta hallarse a menos de diez metros de distancia. Súbitamente se detuvo y permaneció tenso, una de sus patas delanteras aún en alto,

contemplándome. Al permanecer yo inmóvil, no pudo averiguar de qué se trataba; mi aspecto, sin embargo, le pareció extraño. Noté como su hocico aterciopelado se dilataba tratando de olfatear el aire, pero el viento soplaba en dirección contraria. Con infinita lentitud se aproximó paso a paso, con el cuello extendido, dispuesto siempre para la huida. Aun hoy me cuesta trabajo creer que su hocico llegara realmente a tocar mi rodilla, y, sin embargo, cerrando los ojos, todavía me parece sentir el calor de su aliento y el contacto sedoso de su piel sobre la mía. De improviso parpadeé y, en un abrir y cerrar de ojos, el animal huía como un rayo, lanzando ladridos de alarma, hasta desaparecer completamente en la espesura.

Muy distinta fue mi reacción el día que, estando sentada en el Pico, divisé un leopardo que, con la cola enhiesta, se dirigía en línea recta hacia mí. Se hallaba en un punto más bajo de la montaña y, evidentemente, no me había descubierto todavía. Desde el momento en que llegué a África he sentido un miedo hacia los leopardos tan arraigado como ilógico. Muchas veces, al poco de llegar a Gombe, tuve que hacer un tremendo esfuerzo para continuar mi camino cuando, al arrastrarme entre la maleza, percibía el inconfundible olor de estos felinos. Inútilmente me repetía que mi temor era infundado y que sólo los leopardos heridos atacan ferozmente al hombre.

Sin embargo, en esta ocasión, el animal desapareció de mi vista ascendiendo, precisamente, en la dirección en que me encontraba. Mi primera intención fue la de trepar a un árbol, pero, a medio camino, recordé que los leopardos pueden trepar también. Decidí emitir una especie de graznido. Lógicamente, pensé, al leopardo habría de asustarle mi presencia tanto como a mí la suya. Por el ruido de sus pasos pude detectar su sorpresa; después, silencio. Regresé al Pico, pero la sensación de que un par de ojos me vigilaban sin ser vistos, me atormentaba. Finalmente, decidí ir a observar chimpancés al valle del Mlinda... solamente por variar. Cuando horas más tarde volví al Pico, descubrí que el leopardo había defecado exactamente en el mismo lugar donde yo había estado sentada. Sin duda vio mi partida, examinó cuidadosamente el lugar donde se sentara tan horrible criatura y decidió eliminar mi hedor sustituyéndolo por el suyo.

Conforme pasaban las semanas, los chimpancés iban haciéndose más y más a mi presencia. En muchas ocasiones, en el curso de mis expedi-

ciones en busca de muestras de alimentos, me tropecé con algunos de ellos que toleraban mi presencia con tal que me hallara en un lugar de densa vegetación y no tratara de aproximarme a menos de cincuenta metros. Así, un mes después de instalarme en el Pico, cuando veía un grupo entretenido en alimentarse, solía acercarme con cuidado para observar con más detalle.

Fue entonces cuando comencé a diferenciar unos individuos de otros. Tan pronto como estaba segura de poder identificarlos en un nuevo encuentro, les daba un nombre. Hay científicos que afirman que los animales sólo deben numerarse; nombrarlos es, para ellos, "antropomórfico". Sin embargo, a mí siempre me han interesado, precisamente, las *diferencias* que existen entre los individuos, y un nombre es no sólo mucho más personal que un número, sino también bastante más fácil de recordar. Generalmente les daba nombres que, por alguna razón, parecían cuadrarles, o los bautizaba con el de algún conocido a quien por su expresión o gestos me recordaban. El más fácil de reconocer era el viejo McGregor. Tenía la coronilla, el cuello y los hombros casi pelados, pero en torno a la primera quedaba un círculo de pelo que recordaba vagamente la tonsura de un fraile. Era uno de los machos más viejos, pues contaría de treinta a cuarenta años, edad avanzada si tenemos en cuenta que la máxima longevidad de que se tiene noticia para un chimpancé en cautividad es de cuarenta y siete años. Durante nuestros primeros encuentros se mostró bastante agresivo; cuando me acercaba hacía gestos amenazadores con la cabeza y sacudía las ramas con fuerza antes de correr a ocultarse. No sé por qué me recordaba al jardinero del cuento de Beatriz Potter titulado *Pedro el Viejo.*

La anciana Flo era también fácil de recordar debido a su nariz bulbosa y deformada y a sus orejas rasgadas. Su cría más joven era en aquellos días Fifi, de dos años de edad, a la que aún transportaba a la espalda. Figan, otro de sus hijos, la acompañaba en todo momento. Tendría entonces unos seis años; en uno más llegaría, por tanto, a la pubertad.

Veía a Flo muy a menudo en compañía de otra madre aproximadamente de su edad, Olly, cuyo rostro de óvalo alargado era también imposible de confundir. Su pelo apelotonado en la nuca, por no citar otros rasgos, me recordaba a mi tía Olwen. Olly llevaba también siempre con-

sigo a dos de sus hijos: una hembra menor que Fifi y un adolescente alrededor de un año mayor que Figan.

Entre los inconfundibles estaba también William, que, sin duda, debía ser hermano de Olly. Nunca pude descubrir ningún gesto de especial afecto entre ellos, pero sus rostros eran increíblemente parecidos. Los dos poseían un enorme labio superior que temblaba cuando volvían de improviso la cabeza. William se distinguía, además, por una serie de pequeñas cicatrices que corrían desde el labio superior a la nariz.

David, *el de la barba gris,* y Goliat fueron otros dos chimpancés que llegué a reconocer a primera vista. Como sus homónimos de la Biblia, sus nombres se asociaron en mi mente por hallarse casi siempre juntos. Goliat, aun en aquellos días en que se hallaba en la cúspide de su poder, no era exactamente un gigante, pero poseía un espléndido físico y se movía con la agilidad de un atleta. Debía pesar unos cincuenta kilos. David, por su parte, se mostró desde el primer momento algo menos atemorizado que sus compañeros. Siempre constituía para mí una enorme alegría el descubrir su barba plateada en un grupo de chimpancés, pues sabía que la tranquilidad que infundía entre sus congéneres me permitiría llevar a cabo mis observaciones sin cuidado.

Antes de terminar mi período de prueba en la reserva hice dos descubrimientos tan sorprendentes que me hicieron dar por bien empleados mis días de desaliento y frustración. Ambos se los debo a David.

Un día, a mi llegada al Pico, hallé en las ramas de un frondoso árbol situado a mis pies un grupo de chimpancés, uno de los cuales sostenía en su mano un objeto de color rosado del que, de vez en cuando, arrancaba un trozo con los dientes. Se trataba de un macho adulto; a su lado, una hembra y un joven intentaban participar en el festín, llegando incluso a querer arrancar alguna piltrafa de la boca misma del macho. En cierto momento la hembra se hizo con parte del objeto rosado; fue entonces cuando me di cuenta de que era carne.

Después de cada dentellada, el poseedor de la presa tomaba unas cuantas hojas y se las llevaba a la boca para saborearlas junto con la carne. Tras masticar unos minutos, escupía unas piltrafas en la mano de la hembra, que esperaba anhelante. De repente, dejó caer al suelo unos pedazos, y como un rayo, el joven se lanzó hacia ellos. Estaba a punto de alcanzarlos cuando de entre la espesura surgió, amenazador, un cerdo

salvaje, que avanzó en dirección hacia él. Dando alaridos, el chimpancé volvió a trepar rápidamente al árbol, mientras el cerdo permanecía gruñendo y moviéndose de un lado a otro sin cesar. En la espesura pude distinguir entonces, aunque confusamente, tres crías que seguían al recién llegado. Al fin caí en la cuenta de que no era otra la presa que se disputaban los chimpancés. El tamaño del objeto rosado correspondía exactamente al de un cerdo salvaje recién nacido. Más tarde, cuando me di cuenta de que el macho era precisamente David y pude acercarme más al grupo, comprobé que no me había equivocado.

Durante tres horas pude observar cómo devoraban al animal. David permitía de cuando en cuando a la hembra arrancar algunas hilachas y, en una ocasión, llegó a depositar en la mano suplicante de ésta un pedazo de regulares proporciones. Cuando, al fin, descendieron del árbol, David aún apretaba en su mano unos restos de carne de la víctima.

Aunque, como es natural, no tenía forma de comprobar que hubiera sido David el cazador de la presa, el descubrimiento de que los chimpancés comieran carne me pareció por sí solo fascinante. Hasta el momento, la opinión generalizada entre los científicos era que la dieta de estos antropoides estaba compuesta fundamentalmente de vegetales y frutas, aunque en algunos casos podían llegar a alimentarse de insectos, roedores o alimañas de pequeño tamaño. Nadie sospechaba siquiera que pudieran capturar mamíferos de mayores proporciones.

Dos semanas después de llevar a cabo este hallazgo hice otro que me sorprendió más todavía. Estábamos ya en octubre, la época de las lluvias cortas. La hierba comenzaba a brotar de nuevo en las laderas carbonizadas y, en algunos lugares, el suelo se hallaba alfombrado de flores multicolores. Llamábamos a esta estación “la primavera de los chimpancés”. La mañana había sido descorazonados: largas caminatas y ausencia total de anotaciones. Me dispuse a subir un repecho del valle del Mlinda, en dirección al Pico; me fallaban las fuerzas y tenía la ropa empapada por haberme arrastrado largo tiempo entre la densa maleza. Súbitamente me detuve; algo se había movido entre la hierba, a unos cincuenta metros de distancia. Enfoqué los prismáticos en aquella dirección y descubrí que se trataba de un chimpancé, al que pronto pude identificar como David, *el de la barba gris*. Me acerqué cautelosamente: se hallaba en cuclillas junto a un montículo de tierra roja que delataba un termitero. Mientras le obser-

vaba, arrancó un largo tallo de hierba y lo introdujo cuidadosamente por un agujero practicado en el montículo. Después de esperar unos segundos, lo sacó y se lo llevó a la boca. Me encontraba demasiado lejos para observar todo con detalle, pero era evidente que el tallo estaba sirviendo como herramienta.

Sabía, desde luego, que en dos ocasiones distintas se había visto a varios chimpancés utilizar objetos como auxiliares en su tarea, ambas en África Occidental. En la primera se trataba de una piedra empleada a modo de martillo para cascar nueces; en la segunda, un grupo de chimpancés extraía la miel de unos panales ayudándose de palos que lamían después cuidadosamente. Pero nunca había soñado que podría ser testigo alguna vez de un hecho semejante.

Durante una hora permaneció David entregado a su trabajo. Cuando hubo desaparecido me acerqué a examinar el nido. En torno al agujero se veían varios insectos aplastados; una nube de termitas obreras se afanaba por tabicar las entradas que, evidentemente, David había ensanchado con su instrumento. Recogí uno de los tallos allí abandonados y lo introduje con cuidado en uno de los agujeros. Inmediatamente sentí un leve tirón; al sacarlo salieron a la luz, aferradas al tallo con sus mandíbulas, varias termitas obreras y unos cuantos soldados de enorme cabeza roja. Así permanecieron por espacio de unos segundos, formando sus cuerpos ángulo recto con el tallo y agitando las patas en el aire incansablemente.

Antes de abandonar aquel lugar me fabriqué un escondite rudimentario, atando varias palmas por su parte superior y sujetándolas a las ramas inferiores de un árbol. Allí pasé todo el día siguiente, esperando infructuosamente que la escena se repitiese. Había de transcurrir una semana completa antes de que tal cosa sucediera. Los chimpancés volvieron al lugar en dos ocasiones, pero en ambas me descubrieron y huyeron inmediatamente. En cierto momento pude contemplar cómo una nube de termitas fértiles —príncipes y princesas— emprendía su vuelo nupcial: sus alas blancas se agitaban frenéticamente en el aire mientras subían y subían hacia el cielo azul. Después averigüé que en esta época del año las termitas obreras alargan los pasillos del nido hasta llegar a la superficie y hacer así posibles estas migraciones. Tras largos intervalos de tiempo emergen, periódicamente, los enjambres. Es entonces, precisamente,

cuando los chimpancés, aprovechando estas circunstancias, asaltan los termiteros.

Llevaba una semana instalada en mi escondite cuando apareció de nuevo David, esta vez acompañado de Goliat. Ambos permanecieron dedicados a la captura de termitas durante dos horas, y esta vez pude observarles con mucho más detalle. Arañando la tierra con el índice o el pulgar practicaban una entrada a las galerías por la que introducían los tallos. Cuando éstos se doblaban, los mordían, utilizaban el otro extremo, o los sustituían por otros. La selección de herramientas era tarea delicada; Goliat llegó a alejarse en una ocasión al menos trece metros del termitero hasta encontrar una rama que le satisfizo. Ambos arrancaban generalmente tres o cuatro tallos a la vez y los dejaban a un lado cuidadosamente colocados como herramientas de reserva.

Me interesó sobremanera el ver que en algunas ocasiones arrancaban ramas de pequeño tamaño, a las que quitaban las hojas, dejándolas preparadas para su uso. Es ésta la primera vez que se ha podido observar a un animal salvaje no ya *utilizando* un objeto a modo de herramienta, sino incluso modificándolo, lo cual representa el estadio más primitivo de *fabricación* de utensilios, tarea que hasta el momento se atribuía exclusivamente al hombre, único animal superior capaz de llevarla a cabo. De hecho se definía comúnmente al ser humano como la criatura capaz de “fabricar herramientas de acuerdo con un modelo establecido”.

Si bien es cierto que los chimpancés no trataban de imitar ningún modelo, aun así mis observaciones llegaron a convencer a cierto número de científicos de la necesidad de establecer una nueva definición del hombre en términos más exactos y complejos. En caso contrario, nos veríamos obligados, como afirmó Louis en cierta ocasión, a considerar al chimpancé como hombre.

Al poco de este segundo descubrimiento envié un telegrama a Leakey, quien se mostró sencillamente entusiasmado. Sin duda que estas noticias debieron ser de importancia fundamental en lo que respecta a sus esfuerzos por encontrar una nueva ayuda financiera para mi trabajo, ya que poco después me escribía para comunicarme que la *National Geographic Society* de los Estados Unidos había accedido a costear un año más la investigación.

4. La vida en el campamento

"Mensahib Mensahib." La voz iba penetrando poco a poco en la profundidad de mi sueño. Me senté en el catre. "Por favor, vengan. Las necesitan" —continuó aquella voz que surgía de la oscuridad tras la pequeña lámpara de petróleo—. Era Adolf. Cuando le pregunté qué ocurría me respondió confusamente; sólo pude colegir que se trataba de algo relacionado con un niño enfermo. Mientras tanto, Vanne se había despertado también; ambas nos vestimos como pudimos y salimos de la tienda. Adolf nos condujo a través de la noche hasta la aldea situada en la playa, al otro lado del riachuelo. Allí vivían los dos guías de caza junto con el jefe honorario, el anciano Iddi Matata, la familia de éste y hasta una docena de pescadores que habitaban en cabañas provisionales durante la estación seca. Nos detuvimos ante la choza de Iddi, construida a base de barro y con techo de palma. Era más de medianoche, pero todos estaban levantados, hablando y riendo en la habitación principal, llena de humo. Dos pequeños corrieron a esconderse en la sombra al vernos entrar, mientras que la mujer de Iddi, que amamantaba en un rincón a sus gemelos, nos sonrió a modo de saludo. Adolf nos guió hasta el portal de otra habitación, más pequeña y oscura, haciéndose a un lado para dejarnos entrar. Al fin supimos para qué nos habían llamado. En el suelo de tierra yacía una mujer muy joven y a su lado un recién nacido, unido todavía a su madre por el cordón umbilical. Evidentemente la mujer no podía expulsar la placenta. Aparte del padre, que permanecía junto a su esposa visiblemente preocupado, y de una muchacha que se hallaba también en la habitación, nadie prestaba atención a lo que allí ocurría.

Vanne y yo nos dimos cuenta inmediatamente de nuestra situación: no teníamos la más ligera noción de ginecología y, sin embargo, si algo le ocurría a la madre ahora, nosotras seríamos las responsables. El niño había nacido cinco horas antes y la mujer era primeriza. Preguntamos cómo se sentía; no sufría mucho, pero tenía frío. Aconsejamos que se cortara el cordón y se envolviera al niño en una manta, pero la sugerencia

fue rechazada inmediatamente entre airadas protestas; tal conducta violaría una tradición ancestral.

Regresé al campamento con el fin de despertar a Dominic para que preparase té caliente y recoger una manta y un poco de coñac. Las bebidas devolvieron algo de energía a la pobre madre.

Vanne y yo sospechábamos que las mujeres de aquella familia tenían que saber mucho mejor que nosotras cómo actuar en aquella situación, y así, acompañadas de Adolf, que nos servía de intérprete, salimos a hablar con la esposa principal de Iddi, la cual se mostró dispuesta a ayudar en lo posible tan pronto como acabase de amamantar a sus hijos. Al fin apareció con una lámpara más potente y un poco de aceite de palma caliente, con el cual frotó el vientre y las ingles de la joven mientras tiraba suavemente del cordón. Diez minutos más tarde había sido expulsada la placenta. Sólo entonces Iddi penetró en la habitación, y con un par de tijeras ceremoniales cortó orgullosamente el cordón umbilical de su nieto e hizo el nudo con sus propias manos.

Pedimos a Dominic que hiciese una sopa para la madre, felicitamos al padre, que resplandecía de felicidad, y regresamos a nuestra tienda habiendo hecho en realidad muy poco, pero sintiéndonos como si hubiéramos salido vencedoras de una gran prueba.

Éste no es más que un ejemplo de los muchos casos semejantes que tuvo que solucionar Vanne. Como era costumbre en aquellos días, llegamos a la reserva, bien provistas de los medicamentos más sencillos: aspirinas, ungüentos, esparadrapo y sales de magnesia. Al poco tiempo mi madre se encontraba al frente de un dispensario que se abría cada mañana y disfrutaba de una nutrida clientela.

Antes de irse, David Anstey había dicho a los africanos de los poblados vecinos que Vanne y yo estaríamos dispuestas a atenderlos en cualquier ligera enfermedad. Los primeros días habían acudido bastantes, principalmente, sospecho, para contemplar de cerca a esas dos extrañas mujeres blancas que habían abandonado la civilización. Pero un día trajeron a nuestro campamento un hombre muy enfermo, con una pierna terriblemente inflamada. En la pantorrilla tenía dos profundas úlceras tropicales. Tras llevar a cabo una limpieza previa, Vanne se dio cuenta con horror de que la ulceración había comenzado a interesar el hueso. Rogó al paciente, sin resultado, que se dirigiera al hospital de Kigoma: allí solo se

iba a morir. Ante las circunstancias, se decidió a tratar las úlceras ella misma con una vieja cura, los baños salinos. Mañana y tarde el paciente permanecía sentado junto a un cuenco de agua templada y salada que vertía muy lentamente sobre su pierna enferma. A las tres semanas la hinchazón había desaparecido y las heridas estaban completamente limpias.

La noticia circuló rápidamente y, como consecuencia, un gran número de africanos acudía cada día al dispensario desde lejanos lugares, atravesando playas y montañas. Un hijo de Rashidi, Jumaine ("martes" en swahili), de ocho años de edad, se instituyó a sí mismo en ayudante de Vanne y pasaba con ella casi toda la mañana mezclando sales, llenando vasos de agua para las aspirinas y cortando esparadrapos. Su especialidad consistía en descubrir a los pacientes que al salir volvían a colocarse en la cola con la esperanza de recibir una segunda dosis. En pago exigía solamente una pequeña tira de esparadrapo, que se colocaba sobre alguna herida microscópica o incluso imaginaria.

La clínica de Vanne sirvió para mejorar la salud de muchos africanos y, lo que es más, para establecer inmejorables relaciones con nuestros vecinos. Pronto se disiparon los recelos que habían precedido a nuestra llegada. Los africanos continuaban creyendo, desde luego, que no andábamos muy bien de la cabeza, pero se mostraron dispuestos a ofrecernos su amistad al darse cuenta de que éramos sinceras. No había transcurrido mucho tiempo antes de que algunos de ellos comenzaran a interesarse por mi trabajo. Un día, Dominic me habló de un anciano llamado Mbrisho, que decía haber sido testigo de cómo cuatro chimpancés ahuyentaban a un león con palos.

Mbrisho habitaba en una aldea situada en las colinas, más allá del límite oriental de la reserva. Si quería hablar con él y acudir al lugar donde había ocurrido el incidente, sería bien recibida. La historia me pareció bastante improbable, pero sabía que varios guías habían visto leones en aquella zona y sentía, por otra parte, gran curiosidad por visitar la aldea de Bubango y la región que se extendía al otro lado de la montaña. Así pues, una mañana salí del campamento muy temprano, acompañada por un hombre del poblado que nos serviría de guía y de Wilbert, que haría el papel de intérprete, pues su inglés era excelente y mi swahili todavía muy deficiente.

Fue una larga caminata de cuatro horas, cuesta arriba y bajo el agobio de un calor agotador. En cierto momento nos cruzamos con una procesión de mujeres africanas que bajaban hacia las chozas de la playa balanceando graciosamente unos enormes bultos que transportaban en sus cabezas, charlando y riendo como alegres pájaros multicolores. Poco más allá, al detenerme para observar un grupo de colobos rojos, vi pasar a seis hombres que subían hacia la aldea. Uno de ellos era ya viejo; tenía el pelo blanco y la espalda encorvada, pero el calor del sol y la áspera subida no parecían molestarle lo más mínimo. Todos ellos caminaban con esa agilidad de movimientos tan peculiar de los montañeses, y cada vez que tocaban el suelo con sus recios cayados, exhalaban una bocanada de aire con un extraño sonido aflautado.

El paisaje iba cambiando conforme ascendíamos. Cada vez eran más frecuentes los árboles festoneados del liquen gris verdoso y peludo de las alturas; en los espacios abiertos, el suelo aparecía alfombrado de una hierba primaveral que me hacía recordar las praderas de Sussex. Desde lo alto del pico la vista era magnífica. En aquellos días, grandes bosques cubrían las colinas ondulantes hasta donde alcanzaba la vista. Hoy han desaparecido en su mayoría, sustituidos por terrenos cultivados y poblados indígenas.

La aldea de Bubango se divisaba a nuestros pies, justo al otro lado de la cumbre de la montaña. Era mayor de lo que esperaba. Incrustados en la verdura del valle, se abrían huertos de palmeras. En las laderas podían verse pequeños plantíos de mandioca, que los nativos llaman *muhoge*. La raíz de esta planta, molida hasta que se transforma en una harina blanca, y cocida en agua como las gachas, constituye un elemento fundamental en la dieta de los indígenas de la región. Las cabañas eran en su mayoría de reducidas dimensiones y de construcción bastante sencilla: paredes de barro cubiertas con techos de palma. Un laberinto de senderos abiertos entre la hierba por el paso de innumerables pies conducía desde el poblado al riachuelo y a los campos cultivados. Algunos niños de corta edad pastoreaban unas cuantas cabras y ovejas, e incluso se veían vacas pastando por los alrededores.

La cabaña del viejo Mbrisho se alzaba junto al sendero principal que, bajando desde el pico de la montaña, atravesaba el centro de la aldea. El anciano nos dio la bienvenida, nos obsequió con unos deliciosos dulces

africanos y, resplandeciente de contento, con una voz lenta y susurrante, me contó la historia del león. Salpicaba la narración de continuos *naaaahm,* una palabra que utilizaba arrastrando mucho las vocales y que nunca he podido averiguar qué significa exactamente. Pronto me di cuenta de que no era Mbrisho quien había presenciado el suceso, sino un pariente suyo muerto hacía tiempo, de forma que la información no me fue de gran utilidad. Sin embargo, desde aquel momento Mbrisho me honró con una fiel amistad; cuando bajaba de la montaña para visitar nuestro campamento, nunca olvidaba traerme unos cuantos huevos envueltos cuidadosamente en un lienzo. Y cuando un hombre es viejo y vive de la tierra, unos cuantos huevos constituyen un valioso presente que se debe recibir con orgullo.

Mbrisho, como la mayoría de los hombres sanos de la aldea, fue pescador hasta que le llegó el momento de "retirarse". Lo que más abunda en aquella zona es el *dagaa,* del tamaño de una sardina, que se pesca de noche con unas redes teñidas de rojo y en forma de mariposa. En cada canoa, equipada con dos o más lámparas de parafina que dan una luz muy brillante, van dos hombres. Los peces, atraídos por la claridad, suben a la superficie y son apresados en la red. Cada vez que los pescadores vislumbran un banco de *dagaas,* comienzan a cantar y a golpear rítmicamente con los remos o las asas de las redes en las canoas, con objeto de animar a los peces a emerger. Cuando la presa es abundante, parece como si todos los habitantes de la región, en kilómetros y kilómetros a la redonda, estuvieran celebrando una tremenda fiesta en la playa.

Cuando la canoa está llena, los dos hombres reman hasta la playa, donde les esperan sus compañeros para extender la pesca en unos secaderos de fina grava previamente preparados. Si la pesca es buena, cada canoa hace dos o tres viajes, de forma que al amanecer los rayos del sol naciente se reflejan en millones y millones de escamas y las playas parecen de plata.

Durante el día, los pescadores, sus mujeres o sus hijos recorren periódicamente los secaderos, dando vueltas a los peces con un palo con objeto de que se sequen igualmente por ambos lados. Al atardecer se guardan en grandes sacos, mientras que los hombres que saldrán en las canoas de palma y las mujeres preparan una cena de *ugali,* o gachas de mandioca mezcladas con *dagaas* secos y fritos en aceite de palma.

Cuando hay luna y, por tanto, los peces no se sienten atraídos por las luces de las canoas, los pescadores aprovechan para llevar a vender el producto de su trabajo al mercado de Kigoma en pequeñas motoras de unos diez metros de largo que recorren el lago periódicamente con este fin. Mediada la estación seca pueden verse estos taxis acuáticos, como los llaman en la zona, cargados de sacos y sacos de pescado, pues la del *dagaa* es una industria de gran rentabilidad. Parte de la mercancía se consume localmente, pero la mayoría se envía por ferrocarril a otros lugares del África Oriental e incluso a las minas de cobre de Nyanza, situadas al sur de Tanganika.

Los pescadores que no acuden a Kigoma visitan en esos días a sus familiares y así, diez días aproximadamente de cada mes, las playas de la reserva permanecen desiertas. Era entonces cuando me gustaba caminar por la orilla del lago, en aquellas ocasiones en que, a causa de mi trabajo, tenía que desplazarme a algún valle distante. Al amanecer me encontraba a veces con algún hipopótamo que regresaba al agua caminando pesadamente, después de haberse alimentado durante la noche de la jugosa hierba que crecía a orillas del lago. Los *boosbog* y cerdos salvajes frecuentaban aquellas playas, que se abrían entre los valles. En una ocasión distinguí un pequeño rebaño de búfalos; sobre la arena blanca parecían enormes y de un negro profundo. En mis largas y solitarias caminatas tenía casi siempre ocasión de ver también animales más pequeños: alguna mangosta, quizás una gineta elegante y esbelta o un rechoncho gato salvaje.

Una tarde, cuando chapoteaba con los pies desnudos a la orilla del lago, se me paralizó el corazón al distinguir en el agua el perfil oscuro y sinuoso de una serpiente. Medía unos dos metros de largo y por el tamaño de la caperuza y las rayas negras del cuello adiviné que se trataba de una cobra acuática de la variedad *Storm,* reptil mortal en aquellos días en que no se conocía remedio para su picadura. Mientras la contemplaba horrorizada, una ola depositó suavemente parte de su cuerpo sobre mi pie. Permanecí inmóvil, incluso sin respirar, hasta que otra ola volvió a arrastrar a la serpiente hacia el lago. Con el corazón martilleándome en el pecho, escapé tan rápidamente como me fue posible.

Pocas semanas antes de este incidente había tenido ya otro encuentro con una cobra, esta vez de la variedad de *labios blancos,* que se caracteri-

za por su habilidad para escupir veneno en el ojo de su víctima a una distancia de hasta dos metros, causando ceguera temporal e incluso permanente. Me encontraba mirando hacia el valle, y una vez que dirigí la vista hacia abajo la vi deslizarse entre mis piernas. Se detuvo un momento para examinar con su lengua ondulante y sensitiva la lona de mi zapato, pero en aquella ocasión no sentí ningún miedo porque allí no había olas que pudieran asustarla al arrojarla contra mi cuerpo ni corrientes que pudieran enredarla en torno a mi tobillo. Una serpiente en el agua resulta siempre terriblemente inquietante.

El lago Tanganika es una de las pocas masas de agua dulce en África Oriental que se halla prácticamente libre, al menos en las zonas de Kigoma y el Gombe, del temible caracol *bilharzia.* Sus aguas son frescas y transparentes, y excelentes para practicar la natación. En aquellos días, sin embargo, nunca tenía tiempo para practicar tal deporte y, si he de decir la verdad, tampoco muchos deseos después del incidente de la cobra y de lo ocurrido a Chiko. Chiko era la mujer de Dominic, que, acompañada de su hijita, se nos había unido a poco de nuestra llegada a la reserva. Un día que se hallaba en el lago haciendo la colada, allí donde el agua es aún poco profunda, vio formarse un súbito remolino a pocos pasos de donde se encontraba. Con un escalofrío corrió hacia la orilla sin apartar la vista del lugar, donde pocos segundos antes había visto un cocodrilo. No era muy grande (yo misma lo había visto algunas veces nadando en el lago), pero aun así no me habría gustado encontrarme frente a frente con él en el agua. El incidente de Chiko se convirtió en broma obligada entre los habitantes del lugar; no hubo africano que durante las semanas siguientes al suceso no riera recordando al cocodrilo que estuvo a punto de devorar a la mujer de nuestro cocinero. El mismo Dominic lloraba de risa cuando me narraba lo sucedido.

Es en estos períodos de luna llena en que los pescadores abandonan sus cabañas cuando los papiones se hacen dueños y señores de las playas. Los grupos se concentran en torno a las chozas y los secaderos, buscando piltrafas de pescado o alguna pizca de mandioca. Los africanos se llevan consigo todo lo que pueda tener algo de valor, pues los papiones son animales altamente destructivos. Les he visto deshacer en poco tiempo el techado de una cabaña para buscar insectos entre las palmas, y entrar y

salir de las chozas como en terreno propio, devorando todo lo comestible y destruyendo todo lo que no lo fuera.

Los papiones llegaron incluso a invadir nuestro campamento, y Vanne tuvo que aprender a no dejar nunca nuestra tienda sin vigilancia. Unas dos semanas después de nuestra llegada salió un día a dar un paseo. A su vuelta encontró todos nuestros enseres desperdigados por el suelo y un papión macho sentado junto a una mesa volcada, dando las últimas dentelladas al pan que Dominic había estado cociendo aquella misma mañana. Pero lo que más le indignó fue el modo en que los otros papiones del grupo le ladraron desde los árboles vecinos, como discutiéndole el derecho a su propia casa. Al poco tiempo de este incidente, durante una visita a las letrinas (o *choo,* como las denominan en el África Oriental), se encontró en cierto momento con cinco enormes papiones machos que, sentados en semicírculo en torno a ella, la miraban fijamente. Aquella noche me confesó que, por un momento había sentido una enorme vergüenza.

Ya no fue tan divertido el hecho de que una mañana Vanne, que estaba todavía adormilada después de mi temprana partida, oyó un súbito ruido en la tienda. Abrió los ojos. Contra la claridad de la puerta se recortaba la silueta de un enorme papión. Ambos permanecieron inmóviles unos segundos, hasta que el animal abrió la boca como en un bostezo amenazador. Sus dientes resplandecieron a la suave luz del amanecer y Vanne creyó que había llegado su último momento. Dando un grito, se incorporó en la cama y comenzó a agitar los brazos hasta que el inoportuno visitante desapareció. Era aquél un papión temible, un enorme macho adulto que anduvo rondando nuestro campamento a todas horas, buscando la ocasión de apoderarse de un pedazo de pan o de cualquier otro alimento. Le llamábamos *Shaitani*, que en swahili significa “demonio”, y todos respiramos tranquilos cuando un buen día desapareció para no volver.

En aquel entonces la comida tenía para nosotras un gran valor, no sólo por lo reducido de nuestro presupuesto, sino también porque tanto mi madre como yo odiábamos los “días de Kigoma”, en que bajábamos a la ciudad para hacer provisión de alimentos y recoger el correo. Tratábamos de evitarlos en lo posible, pero cada tres o cuatro semanas nos veíamos obligadas a repetir la expedición. Acostumbrábamos a salir hacia las seis de la mañana, cuando el lago estaba en calma, y desayunar en el hotel a

nuestra llegada. Una vez repuestas del viaje, comenzábamos la peregrinación habitual haciendo la compra, regateando en los puestos de fruta y verduras, encargando los alimentos envasados para el mes siguiente y haciendo cola en el correo. A mediodía hacíamos una pausa en nuestra enfadosa tarea para almorzar con alguno de los amigos que habíamos hecho durante nuestra estancia inicial en Kigoma y que invariablemente nos invitaba. Algunos de ellos trataron incluso de persuadirnos para que pernoctáramos en la ciudad, y muchos llegaron a considerarme poco sociable cuando les respondía que no podía dejar mi trabajo por más de veinticuatro horas.

Al principio, Dominic nos acompañaba en estos viajes. Era increíblemente fiel y regateaba incansablemente en el mercado para que no pagáramos ni un céntimo más. Pero, con el tiempo, nos dimos cuenta de que era mejor dejarle en el campamento de vigilante. La cerveza que se fabrica en Kigoma a base de plátano fermentado es fortísima, y beber constituía la única debilidad de nuestro cocinero.

Generalmente no acudía al lugar señalado a la hora de partir y, en una ocasión, no volvió a aparecer hasta después de una semana, durante la cual tuvimos que arreglárnoslas sin él. Nunca olvidaremos el día en que, si bien después de una larga búsqueda pudimos encontrarle para regresar, era tal su estado de alegría que en vez de entrar en la lancha puede decirse que cayó en ella. Es un hombre inteligente y, cuando ha bebido, también muy divertido. Al poco, Vanne y yo le acompañábamos en sus carcajadas mientras abandonábamos felizmente la bahía de Kigoma. Oscurecía ya, porque la búsqueda de Dominic había retrasado la partida. Generalmente íbamos bordeando la costa, pero en aquella ocasión las aguas estaban sembradas de canoas que se dirigían al interior del lago y que, dada la hora, no eran fáciles de distinguir. Decidí, por tanto, alejarme aproximadamente un kilómetro de las playas. Repentinamente, cuando nos faltaban tres cuartas partes del camino, el motor se detuvo. Tratamos de ponerlo en marcha de nuevo, sin resultado; ninguno de nosotros sabía nada de mecánica. Todo lo que podíamos hacer era remar hasta la orilla. Dominic anunció con orgullo que él se encargaría de hacerlo. Se instaló en el centro de la lancha, empuñó los remos y dio un fuerte tirón. Un segundo después yacía sobre un enorme cesto de fruta; la risa le impedía levantarse. Finalmente, pudimos arrastrarle de nuevo hasta el banco y decidí que

esta vez remaría yo, pero esto pareció ofender a Dominic, que insistió en tomar al menos uno de los remos. Durante los diez minutos siguientes dimos vueltas y más vueltas en torno al mismo lugar. Por último conseguí persuadirle de que, en verdad, el remo constituía mi deporte favorito.

Al llegar a la otra orilla descubrimos con alegría un taxi acuático anclado junto a la playa. Pronto nos rodeó una serie de pescadores y se organizó la búsqueda del taxista, el cual, después de largas discusiones, se avino a remolcarnos hasta el campamento. No contábamos con Dominic, que, indignado ante el precio que habíamos de pagar, nos ordenó esperarle, y sin darnos tiempo a detenerle desapareció en la noche. Le aguardamos largo rato; no queríamos partir sin él y, por otro lado, le estábamos agradecidas por cuidar así de nuestra economía, ya bastante precaria. A la media hora volvió, acompañado de cuatro fornidos africanos. Estos hombres, nos dijo, remarían hasta el campamento. Eran amigos suyos y se contentaban con la cuarta parte de lo que pedía el taxista. La solución nos pareció excelente, hasta que nos enteramos de que incluso con el doble de remeros tardaríamos al menos ocho horas en llegar a nuestro destino. Creo que Dominic nunca nos ha perdonado el que rechazáramos la oferta de sus amigos y nos dejáramos robar descaradamente.

Poco después Vanne tuvo un incidente mucho peor que el mencionado, una vez que bajó a Kigoma sin que yo la acompañara. Iba con ella en aquella ocasión Wilbert, que necesitaba también hacer algunas compras. Los dos salieron por la mañana y acordaron encontrarse de nuevo en la lancha a las cinco de la tarde. Cuando Wilbert apareció por fin, media hora más tarde de lo convenido, Vanne se encontró con desesperación enfrentada con otra víctima de la cerveza de Kigoma. Wilbert se acercó tambaleándose a la lancha y una vez allí, ante el horror de Vanne, sacó un cuchillo que comenzó a blandir en el aire al tiempo que murmuraba amenazadoramente algo relativo a asesinatos y venganzas. Mi madre admitió después haber pasado un buen susto, pues Wilbert, a pesar de su delgadez, era un hombre fornido, y con los ojos inyectados en sangre y la hoja del cuchillo relumbrando al sol del atardecer ofrecía un aspecto terrorífico. A pesar de todo pudo conservar su serenidad; le habló reposadamente pidiéndole que le permitiera cuidar de su cuchillo para evitar que se hiriera con él. Ante su sorpresa, Wilbert se le quedó mirándola a los ojos con expresión de infinito asombro. Se acercó a ella dando traspiés, le alargó

su cuchillo y, sin decir una sola palabra, entró en el bote. Durante todo el viaje permaneció en silencio. Nunca supimos qué le había ocurrido y él nunca volvió a pedirnos su cuchillo.

¡Qué suerte la mía de tener una madre como Vanne! Mujeres como ella no son fáciles de hallar. Su presencia me fue de ayuda inestimable en aquellos primeros días en la reserva. Dirigía el dispensario y me aseguraba así la amistad de nuestros vecinos; mantenía el campamento limpio y en orden; secaba y planchaba las muestras de los alimentos vegetales de los chimpancés que yo recogía y, sobre todo, me ayudaba en todo momento a recobrar el optimismo durante aquellas primeras semanas de frustración en que no podía siquiera acercarme a los chimpancés. Era reconfortante regresar a la noche al campamento para encontrar una alegre bienvenida y poder comentar los acontecimientos del día, tristes o alegres, al calor del fuego durante la cena, así como escuchar el cotilleo del campamento. Vanne supo adaptarse sin una queja a las condiciones de vida más primitivas. Al principio no teníamos frigorífico y nos manteníamos a base de cecina, judías cocidas, carne y vegetales enlatados. Por la noche nos bañábamos en una pequeña "bañera" de lona sostenida por un armazón de madera y en una escasa cantidad de agua, que estaba demasiado caliente cuando entrábamos y demasiado fría cuando salíamos minutos después. A veces nuestras tiendas servían de refugio a unas gigantescas arañas peludas; en dos ocasiones Vanne se encontró, al despertar, el cuerpo horrendo y aplastado de un ciempiés de picadura mortal trepando al techo de su tienda por encima de su cabeza. Por si todo esto no fuera suficiente, había algo en el agua de la reserva que nunca llegó a entenderse con su estómago, siempre delicado, de forma que en ningún momento se sintió completamente bien.

Cinco meses después de nuestra llegada, Vanne tuvo que regresar a Inglaterra. Las autoridades locales no ponían ya objeciones a que yo permaneciera sola en el Gombe. Formaba ya parte del paisaje y, gracias al dispensario de mi madre, mantenía excelentes relaciones con mis vecinos. Poco antes de que Vanne partiera llegó Hassan, nuestro viejo amigo del lago Victoria. Nuestra alegría fue inmensa al volver a verle, y Vanne pudo irse tranquila sabiendo que yo quedaba en buena compañía. Hassan se encargaría de la lancha y de aquellos horribles "días de Kigoma" por sí solo, y en caso de que algo le ocurriera, sabría cómo arreglárselas. Duran-

te los treinta años que llevaba al servicio de Louis siempre había demostrado su eficacia en momentos de emergencia.

Mi hoguera me pareció más triste cuando Vanne se fue. Incluso Terry, el sapo que se había convertido en nuestro acompañante nocturno, me hacía recordar cuántas veces había reído mi madre al verle engullir insectos junto a la lámpara. Y cuando Genet, la gineta, venía al atardecer a nuestra tienda reclamando su plátano, me encontraba de súbito deseando que Vanne estuviera allí para poder compartir con ella mi admiración por los movimientos del animal.

Sin embargo, conforme pasaron las semanas, me fui acostumbrando a mi soledad hasta ignorarla totalmente. Estaba demasiado absorta en mi trabajo, demasiado interesada en los chimpancés, demasiado ocupada en mis notas durante la noche, como para echar de menos a nadie. De hecho, si hubiera llegado a estar sola más de un año me habría convertido en una excéntrica, porque al poco de marchar mi madre los objetos inanimados comenzaron a cobrar para mí su propia identidad. Un día me encontré diciendo “buenos días” a mi cabaña del Pico y “hola” al riachuelo que me surtía de agua. Llegué a sentir también una íntima comunicación con los árboles; el tacto de la piel rugosa de un tronco o la fresca suavidad de una corteza joven me producía la extraña sensación de conocer sus raíces y de palpitar con su savia. Anhelaba poder columpiarme en las ramas como un chimpancé más y dormir en sus copas arrullada por el rumor de las hojas movidas por la brisa. Me gustaba, en particular, sentarme en la selva cuando llovía y escuchar el sonido de las gotas de agua martilleando en las hojas. Me sentía entonces sumida en el seno de un mundo sombrío y difuso, hecho de verdes, marrones y humedad.

5. Las lluvias

Poco después de la marcha de Vanne, la primavera de los chimpancés dio paso a la estación de las lluvias. Los chaparrones se convirtieron en verdaderos diluvios, que duraban a veces más de dos horas sin disminuir su furia. Nunca olvidaré una de aquellas tormentas, que sobrevino unos ocho días después del cambio de estación. Había observado durante más de dos horas a un grupo de chimpancés que comía encaramado en una enorme higuera; había estado muy nublado toda la mañana y se oía tronar a distancia.

Hacia el mediodía comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Los chimpancés descendieron del árbol y en fila india comenzaron el ascenso en dirección al claro que se abría en lo más alto del risco. El grupo estaba formado por siete machos adultos, entre ellos David y Goliat, así como por algunas hembras y unos cuantos jóvenes. En aquel momento estalló la tormenta. Caía una lluvia torrencial y el fragor súbito de un trueno me sobresaltó. Como si de una señal se tratase, uno de los machos se puso en pie y comenzó a balancearse rítmicamente, apoyándose primero en un pie y luego en el otro, emitiendo al mismo tiempo alaridos *in crescendo* hasta dominar al ruido de la lluvia. De repente arrancó en veloz carrera cuesta abajo, en dirección a los árboles que acababa de dejar. Corrió unos veinte metros y después, tras columpiarse en torno a un árbol para frenar su carrera, trepó a una de las ramas más bajas y allí permaneció, sentado e inmóvil. Casi inmediatamente otros dos machos le siguieron.

Uno de ellos arrancó una rama al pasar junto a un árbol y la blandió unos momentos en el aire antes de arrojarla al suelo, ante sí. El otro, al llegar al fin de su carrera, se mantuvo en pie y comenzó a sacudir unas ramas hasta desgajar una de ellas, precipitándose después, arrastrándola, monte abajo.

Un nuevo chimpancé se unió a los anteriores; trepó a un árbol y a gran velocidad arrancó una rama y siguió a su compañero. Mientras los dos últimos machos descendían la ladera, el que había comenzado el espec-

táculo bajó de su árbol y regresó al punto de partida. Los otros le imitaron. Al llegar a la cumbre repitieron su actuación con renovado vigor.

Las hembras y los jóvenes habían trepado a unos árboles cercanos en los que permanecieron sin moverse hasta que todo terminó. Mientras tanto, la lluvia caía cada vez con más fuerza; los relámpagos fulgurantes iluminaban sin tregua el cielo plomizo y el retumbar de los truenos hacía retemblar las montañas. Yo sentía un intenso entusiasmo, y esta vez no puramente científico, al contemplar el espectáculo desde el otro lado del barranco, cubierta con una sábana de plástico. Debido a la lluvia y al viento no podía tomar notas ni utilizar los prismáticos; sólo podía observar y pasmarme ante las magnificencias de aquellas espléndidas criaturas. Indudablemente eran una fuerza y un vigor semejantes los que había desplegado el hombre primitivo para desafiar a los elementos.

Veinte minutos después del comienzo de lo narrado, los chimpancés subían la cuesta por última vez. Las hembras y los jóvenes se unieron a los machos y el grupo entero desapareció de mi vista al trasponer la cumbre, no sin que antes uno de los adultos mayores, apoyara su mano en el tronco de un árbol, volviera la cabeza hacia el escenario de su proeza: un último saludo al público antes de que cayera el telón.

Permanecí sentada unos momentos mirando, sin dar crédito a mis ojos, las blancas cicatrices de los troncos y las ramas abandonadas sobre la hierba, única prueba de que aquella "danza salvaje" no había ocurrido solamente en mi imaginación. Aún habría sido mayor mi asombro de saber que en los diez años siguientes sólo en dos ocasiones podría presenciar un espectáculo semejante. Es, sí, frecuente que el macho reaccione ante el comienzo de la lluvia, pero, en general, individualmente y no en grupo, como en esta ocasión. Sólo tengo que cerrar los ojos para revivir en mi mente con todo detalle aquella primera danza espectacular.

Conforme la estación de lluvias avanzaba, la hierba seguía creciendo hasta alcanzar alturas de más de tres metros en algunos lugares; incluso en los claros de las cumbres llegó a medir casi dos metros. En el momento en que me alejaba de los senderos conocidos —si es que, para empezar, los encontraba— perdía la noción de hacia dónde caminaba y me veía obligada a subir a un árbol para orientarme. Tampoco podía sentarme cuando me detenía a observar un grupo de chimpancés, porque la hierba me obstaculizaba la vista. Nunca he sido capaz de utilizar los prismáticos

durante largo rato estando de pie; por lo tanto, me veía obligada a mantener apartada la hierba con una mano o a trepar a un árbol. Esto último terminó resultándome más factible, aunque también tenía sus inconvenientes, pues perdía mucho tiempo buscando un árbol adecuado a mis deseos y rompiendo las ramas que me impedían observar a los chimpancés.

En muchas ocasiones, una vez instalada, no podía utilizar los prismáticos a causa del viento, que en aquella ocasión era muy frecuente...

Por otra parte, era también muy difícil proteger los prismáticos de la lluvia. Me fabriqué una especie de tubo de plástico que los conservaba bastante secos, y cuando me detenía por largo tiempo, tiraba del plástico con que me cubría hasta formar una especie de visera. Aun así hubo muchos días en que no pude utilizarlos por estar los cristales continuamente empañados.

Incluso cuando no llovía, la hierba permanecía mojada todo el día a causa del rocío nocturno o de la lluvia del día anterior. Creo que nunca en mi vida he pasado un frío mayor que en aquellas horas en que, sentada, observaba a los chimpancés con las ropas mojadas en medio de un viento helado. Llegó un momento en que me horrorizaba la idea de subir al Pico al amanecer; aún no era de día cuando dejaba el cálido lecho y tomaba una taza de café y una tostada a la luz de la lámpara de petróleo. Era necesario hacer un verdadero esfuerzo para abandonar la tienda y adentrarse en aquel mar de hierba húmeda y helada. Decidí hacer un paquete con mi ropa y llevarla hasta el Pico en una bolsa de plástico; nadie había de verme allí ni durante el ascenso y, al fin y al cabo, era aún de noche. Así, sabiendo que al llegar a la cumbre me esperaban ropas calientes y secas, el roce de la hierba helada contra mi piel desnuda se convertía en un placer casi sensual. Los primeros días me vi cubierta de arañazos, pero en poco tiempo mi piel se había acostumbrado ya al roce de la maleza.

Una mañana, mientras ascendía con la primera luz del día hacia el Pico, sentí que se me paralizaban las piernas al descubrir a menos de tres metros de mí un enorme búfalo echado en el suelo y medio cubierto por la hierba. Probablemente dormía; de no ser así, hubiera oído mis pasos. Por fortuna, el viento soplaba hacia mí, trayéndome directamente su olor punzante, tan semejante al de las vacas; no quiero pensar lo que habría

ocurrido de soplar en la dirección contraria... Aprovechándome de mi suerte, pude huir silenciosamente sin despertar al animal.

También uno de aquellos días, en un momento que me hallaba sentada en la hierba, pasó un león a pocos metros de mí. No me di cuenta de nada hasta descubrir a poca distancia el extremo de su cola blanca; no tuve tiempo de escapar: contener la respiración fue lo único que pude hacer. Dudo que el león llegara a saber a qué poca distancia había estado de un ser humano.

En general puedo afirmar que disfruté inmensamente de aquella estación lluviosa en el Gombe. La temperatura era generalmente fresca y podía hacer mis observaciones sin sentir el agobio del calor. Me gustaba sentirme parte integrante de la naturaleza, y el ruido que hacían mis pisadas sobre la hojarasca durante la estación seca me lo impedía. Cuando con las lluvias las hojas se humedecían, podía moverme silenciosamente entre los árboles y contemplar de cerca algunas de las criaturas más evasivas de la selva. Pero, naturalmente, lo más importante de todo es que seguía aprendiendo más y más sobre la conducta de los chimpancés. Estos durante la estación seca descansan generalmente a mediodía: a tales horas los solía ver tumbados a la sombra de algún árbol. Ahora, con el terreno encharcado por las lluvias, se fabricaban unos lechos bastante complicados en los que descansaban durante el día. Vi con sorpresa que a veces los hacían cuando ya había comenzado a llover, y que una vez terminados se sentaban en ellos acurrucados, con los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza inclinada, hasta que cesaba la lluvia. Ahora se despertaban por la mañana más tarde, y con mucha frecuencia después de comer o de permanecer sentados durante dos o tres horas, se hacían el lecho y se echaban a dormir de nuevo. Supongo que pasaban las noches en vela a causa del frío y de la humedad, y que el amanecer los hallaba más cansados que el día anterior. Por otra parte, se acostaban también antes. Muchas veces, al abandonar por la noche a mis chimpancés después de uno de aquellos diluvios, no sólo los compadecía, sino que también me sentía culpable por regresar al campamento, donde me esperaba ropa seca y comida y lecho calientes. Cuando a medianoche me despertaba el ruido de la lluvia azotando la lona de mi tienda, no podía por menos que recordar con pena a mis chimpancés, que a aquella hora temblarían de frío en sus plataformas de hojarasca.

A veces, al comenzar la tormenta, algún chimpancé trataba de protegerse bajo una gruesa rama o el follaje de algún árbol, pero cuando la lluvia comenzaba a calar entre las hojas, simplemente salía de su refugio y se acurrucaba tristemente en el suelo, a cielo raso. Las crías salían algo mejor paradas en estos casos. Con mucha frecuencia vi a Flo, que era entonces de todas las hembras la que se mostraba menos temerosa de mí, sentada de forma que con su cuerpo inclinado protegiera el de su cría. Después de un verdadero diluvio, Fifi, entonces de dos años, emergía de su refugio absolutamente seca. Figan, el hijo de Flo, cuatro años mayor que Fifi, solía adoptar con la lluvia una actitud completamente distinta a la de su madre; incansablemente saltaba de rama cambiando de mano y dando cabriolas en el aire, subiendo y bajando, en torno siempre a Flo, que tenía que inclinar más su espalda para protegerse de la caída de hojas y ramas que las idas y venidas de su hijo producían. Era un buen sistema para calentarse, río muy distinto, por cierto, de la "danza de la lluvia” que ejecutaban los adultos.

Conforme "pasaban las semanas me fui dando cuenta de que los chimpancés toleraban más fácilmente mi presencia con el frío y la humedad. Probablemente estaban tan hartos del frío y de la lluvia que no se molestaban ya en preocuparse de algo tan nimio como yo. Un día caminaba por la selva; la lluvia se deslizaba suavemente de hoja en hoja hasta llegar al suelo. Olía a madera mojada y a humedad. Los troncos de los árboles estaban fríos y resbaladizos; bajo la palma de mi mano los sentía vivir. El agua resbalaba por cada uno de mis cabellos y caía caliente por mi cuello. Yo buscaba un grupo de chimpancés que había oído por las cercanías poco antes del comienzo del aguacero.

De súbito, descubrí a pocos metros una sombra negra agazapada de espaldas a mí. Inmediatamente me tiré al suelo; esta vez el chimpancé no me había visto. Durante unos minutos no se oyó más que el suave martilleo de la lluvia en el follaje; fue entonces cuando escuché a mi derecha un crujir de hojas y un *hoo* ahogado. Volví lentamente la cabeza, pero la vegetación era muy espesa en aquel lugar y no pude ver nada. Cuando dejé de mirar en aquella dirección, la sombra negra había desaparecido. Se produjo entonces un ruido sobre mi cabeza; miré hacia arriba. En una rama que se hallaba justamente sobre mí estaba Goliat, uno de los machos del grupo. Me miró de hito en hito, apretando los labios; y poco a poco

comenzó a agitar una rama. Me apresuré a mover la cabeza en otra dirección, porque suelen interpretar la mirada fija como amenaza. Oí otro ruido a la izquierda; tras un arbusto pude adivinar la silueta de un nuevo chimpancé. Frente a mí un par de enormes ojos negros y unas manos agarradas a unas lianas; a mis espaldas otro *hoo* sofocado. Estaba rodeada.

En aquel momento Goliat lanzó un prolongado *wraaaa* y comenzó a amenazarme, agitando ramas y lanzando sobre mí una ducha de hojarasca y gotas de agua. Una serie de chimpancés, visibles unos, invisibles otros, repitieron esa llamada, que constituye, en mi opinión, uno de los sonidos más sobrecogedores de la selva, inferior solamente al barritar del elefante furioso. Mi instinto me aconsejaba huir y, sin embargo, haciendo un enorme esfuerzo por dominarme, conseguí permanecer allí tratando de aparentar un desinterés que no sentía y haciendo como que masticaba unas raíces. Una rama me golpeó en aquel momento la cabeza; con gran aparato de ruido y ademanes, una sombra negra arrancó en veloz carrera en dirección hacia mí, para desviarse solamente en el último instante y pasar a mi lado rauda, hasta ocultarse en la maleza. Por un momento creí que iba a morir despedazada; no sé cuánto tiempo permanecí allí acurrucada, tensa, horrorizada. Al fin me convencí de que estaba sola; el silencio reinaba en torno mío. Sólo se oía el gotear de la lluvia en los árboles. Miré cautelosamente alrededor; los chimpancés habían desaparecido. Tengo que confesar que, cuando me levanté, las piernas me temblaban ligeramente, pero sentía también ese alborozo que nos invade al salir ilesos de un grave peligro. Y estaba segura de que los chimpancés, ahora, me temían menos.

Este período de agresividad que siguió al de temor y huida duró aproximadamente unos cinco meses. Recuerdo con particular detalle otro incidente que sucedió unas tres semanas después que el que acabo de narrar.

Me encontraba sentada, vigilando un árbol cargado de fruta que se alzaba a cierta distancia, al otro lado del barranco, cuando oí a mis espaldas las pisadas de un grupo de chimpancés. Me eché al suelo y permanecí en silencio. Con frecuencia habían cambiado de rumbo al encontrarme en su camino, pero una vez en el árbol, rodeados del delicioso aroma de la fruta, el hambre podía más que el temor de mi presencia. En esta ocasión

los chimpancés se detuvieron a muy corta distancia de mí. Oí ese hoo ahogado que denota preocupación o temor. Me habían visto. Permanecí en silencio y las pisadas se aproximaron. De súbito un chimpancé emprendió una carrera de unos cuantos metros, a la cual siguió un enorme alarido. Me pregunté qué habría podido ocurrir.

Momentos después otro chimpancé trepaba a un árbol a poco más de dos metros de donde me hallaba. Se encaramó a las ramas que había justo sobre mi cabeza y comenzó a emitir una serie de gritos agudos con la boca abierta. Le miré a los ojos. Entonces empezó a descender hacia mí, hasta detenerse a unos tres metros de distancia de donde me hallaba. Podía distinguir claramente sus dientes amarillentos y la lengua rosada en la cavidad de su boca. Agitó varias ramas, cubriéndome de hojas y enfureciéndose cada vez más y más. De pronto, inesperadamente, descendió del árbol y desapareció de mi vista.

Fue entonces cuando descubrí sentado en otro árbol a un chimpancé hembra con una cría y un macho joven que me miraban de hito en hito. Estaban absolutamente quietos y silenciosos. Por unos momentos oí los pasos del macho adulto a mis espaldas: ahora estaba tan cerca que podía oír su respiración. Todo parecía irreal.

De repente se oyó un alarido, un ruido de pasos entre las hojas, y algo me golpeó fuertemente en la cabeza. Ante esto no pude por menos que moverme; me senté en el suelo sin poder creer que todo aquello sucediera verdaderamente. El chimpancé estaba de pie frente a mí y, por un momento, creía que se disponía a atacarme. Pero en contra de lo que esperaba, emprendió la retirada volviendo la cabeza de vez en cuando para mirarme. La hembra y las dos crías bajaron del árbol y le siguieron en silencio. Segundos después me hallaba de nuevo sola; el corazón me latía con fuerza, pero sentía el alborozo de la victoria: por primera vez había establecido contacto directo con un chimpancé... o viceversa.

Releyendo años más tarde la descripción que hice en su momento del chimpancé que me había atacado, llegué a la conclusión de que se trataba del que había bautizado con las iniciales J. B., al que reconocía fácilmente por su enorme barriga y su carácter irascible y malhumorado. Supongo que en aquella ocasión debieron desconcertarle mi inmovilidad y la sábana de plástico que utilizaba para protegerme de la lluvia, pero, sin duda, debió considerar necesario el averiguar qué era aquella extraña criatura y

obligarme a hacer algún movimiento; por mis ojos debió de conocer que era un ser viviente.

Después de incidentes como éste era cuando realmente echaba de menos a Vanne; ¡qué enorme placer hubiera sido comentar con ella esos momentos de horror y de alegría! En compensación, conté a Hassan y Dominic mi encuentro con el chimpancé macho, y ellos a su vez lo contaron a Iddi Matata, quien vino a visitarme la tarde siguiente para narrar de nuevo la historia del africano que trepó a una palmera sin darse cuenta de que en una de las ramas superiores se hallaba, comiendo, un chimpancé, que al verle se precipitó hacia él golpeándole en la cara. Como consecuencia el hombre había quedado tuerto. Desde aquel día se corrió el rumor de que había algo mágico en mí que me protegía del mal y que, por tanto, yo no era, como pudiera parecer, una inglesa como las demás. Esto no hizo sino mejorar aún más mis relaciones con los africanos del lugar.

Me habían dicho que las lluvias debían cesar durante el mes de abril, pero aquel año continuaba lloviendo en junio, aunque con menor frecuencia. Los días en que el sol brillaba, la selva parecía un inmenso invernadero tropical. La humedad quedaba atrapada entre los tallos de la hierba de los valles. El subir a las cumbres llegó a convertirse en una verdadera pesadilla; a veces tenía que trepar a un árbol sólo para poder respirar.

Una vez allí me preguntaba qué les hizo a nuestros antepasados desear bajar al suelo alguna vez. Aquellos meses de mayo y junio me parecen ahora, en perspectiva, los peores de mi primera temporada en el Gombe, peores incluso que los días en que los chimpancés huían ante mi presencia. La fiebre me asaltó de nuevo en varias ocasiones; a menudo y debido a la humedad, sólo el levantar una mano representaba un enorme esfuerzo. Por otra parte, los chimpancés, que formaban antes grupos bastante numerosos, se dividían ahora en pequeñas partidas o incluso en parejas que deambulaban silenciosamente por la selva, alimentándose de la fruta del ubicuo *mbula*.

Pero poco a poco la humedad fue desapareciendo; diariamente soplaba un viento seco que me devolvió, al fin, la salud y el optimismo. Las higueras salvajes comenzaron a dar su fruto de nuevo y esta vez, en lugar de observar desde el Pico, pude descender al valle y situarme a poca distancia de los árboles donde los chimpancés acudían con mayor frecuencia.

En una ocasión me hallaba estudiando un grupo que comía a unos veinticinco metros de distancia cuando oí un crujido de hojas tras de mí. Me volví. A unos cuatro metros se hallaba un chimpancé sentado en el suelo, de espaldas a mí. Cuidé de no hacer el menor ruido, creyendo que no me había visto, pero, en cierto momento, el chimpancé volvió la cabeza, me miró distraídamente y continuó masticando una fruta. Allí permaneció unos diez minutos, volviéndose a observarme de vez en cuando, hasta que, finalmente, desapareció. Era Mike, uno de los machos adultos; su rostro era tan atractivo como el de David. El incidente ocurrió pocas semanas después de aquel día inolvidable en que, como he narrado al comienzo de este libro. David y Goliat permanecieron sentados y en calma a unos pocos metros de mí. El miedo había dado paso a la agresividad, pero, al fin, los chimpancés comenzaban a aceptarme como parte del paisaje que les rodeaba, como algo habitual y cotidiano. Un mono de color blanco era algo un poco extraño, desde luego, pero tampoco tan alarmante, después de todo.

A fines de agosto llegó de Inglaterra mi hermana Judy. La *National Geographic Society*, que financiaba entonces mis investigaciones, se había mostrado interesada en obtener algunas fotografías para su revista. Querían enviar un fotógrafo profesional, pero la idea de que un extraño pudiera destruir en un solo día todo lo que con tanto trabajo había conseguido, me horrorizó. Escribí, por lo tanto, a Louis sugiriéndole que propusiese a mi hermana Judy, no porque tuviese ninguna experiencia fotográfica, sino porque se parecía mucho a mí y estaría dispuesta a sacrificar en todo momento una fotografía por la buena marcha de mi trabajo. La *National Geographic Society* no se avino a pagar su viaje, pero un semanario británico, *Reville*, se arriesgó a costear todos sus gastos a cambio de que yo les concediera una serie de entrevistas a mi regreso a Inglaterra. ¡Pobre Judy! Llegó prácticamente al final de la estación seca; una estación seca que no había durado más de seis semanas. Yo había construido previamente una especie de choza de palma cerca de aquellos árboles que darían su fruto en septiembre u octubre, pero la cosecha fue muy escasa aquel año y, por añadidura, llovió casi todos los días. Judy pasó horas y horas, oculta en la choza, bajo la lluvia, tratando de protegerse y proteger sus aparatos con una sábana de plástico. Los chimpancés nunca llegaban, y cuando lo hacían, llovía demasiado para tomar una sola fotografía. En

noviembre el tiempo mejoró un poquito y pudo tomar las primeras fotografías que se hayan hecho nunca de un chimpancé utilizando instrumentos para atrapar termitas. Aquéllas y las que tomó de la vida del campamento y de los pescadores fueron suficientes para justificar su viaje ante el semanario.

Cuando Judy llegó al Gombe, se horrorizó ante mi aspecto. Durante dieciocho meses y exceptuando los "días de Kigoma" y aquellos que había pasado en la cama presa de la fiebre, me había dedicado en cuerpo y alma a mi trabajo. Mi despertador sonaba invariablemente a las cinco y media de la mañana; tras tomar con precipitación una taza de café y una tostada, me lanzaba a la búsqueda de chimpancés. Mientras recorría la selva, nunca sentí necesidad de comer; incluso llegué a no echar de menos el agua tampoco, excepto en muy raras ocasiones. Las tazas de café que me hacía en el Pico constituían mi único lujo. Y cuando al anochecer regresaba al campamento, siempre había notas que transcribir; generalmente trabajaba hasta muy avanzada la noche. No era, pues, extraño, que mi hermana me encontrase mucho más delgada.

En consecuencia, Judy consideró que su deber consistía en "engordarme". Con tal fin se proveyó en Kigoma de *poorridge* y natillas, *Bouril* y *Horlicks,* que nunca sentí el deseo de probar. Al fin, Judy, que no podía soportar la idea de que todo aquello fuera a parar al cubo de los desperdicios, decidió tomar cartas en el asunto.

En diciembre tuvimos que levantar el campamento (bajo una lluvia torrencial, naturalmente) y dejar todos mis enseres almacenados en Kigoma, porque Louis Leakey había conseguido que la Universidad de Cambridge me admitiera como estudiante de doctorado en la especialidad de etología, el estudio de la conducta de los animales. Iba a ser una de las pocas personas admitidas como candidatos doctorales sin haber cursado previamente estudios de licenciatura. Louis se encontró con nosotros en Nairobi y, a renglón seguido, envió a Vanne el siguiente telegrama: "Las chicas llegaron sin novedad. Una, delgada, Otra, gorda."

6. Los chimpancés vienen al campamento

El invierno de 1961 fue muy frío en toda Inglaterra; en Cambridge, con el viento silbando en la llanura —un viento venido directamente de los hielos de Noruega—, con la nieve y las heladas y su secuela de tuberías congeladas, se me hizo interminable. Me sentía muy lejos de África, de mis chimpancés y de todo aquello que más añoraba en esos momentos. Estaba, desde luego, enormemente contenta por tener el honor de estudiar en Cambridge y de trabajar bajo la dirección del profesor Robert Hinde, pero, ¿qué estaría haciendo mientras tanto David, *el de la barba gris?* ¿Cómo estarían Goliat y Flo? ¿Qué sucedería allá?

Después de una larga espera, la primavera vino a deshelar la tierra aterida. Dentro de un par de meses volvería a África. Pero antes tendría que vencer dos duras pruebas; sólo el pensar en ellas me aterrorizaba más que la idea de encontrarme frente a un grupo de chimpancés furiosos. Se trataba de dos conferencias que tenía que pronunciar, una en Londres, la otra en Nueva York, pues había algunos especialistas en la materia ávidos de recibir información de primera mano sobre las costumbres de los chimpancés. Pero todo llegó y pasó y, por último, aunque me pareciera mentira, los seis meses de exilio tocaron a su fin y me encontré de nuevo en camino hacia África, atravesando las inmensidades del Sáhara a esa luz cárdena del amanecer que ha llegado a ser parte constitutiva de los modernos viajes aéreos.

Entonces fue cuando me asaltaron imperiosamente los temores que me habían atormentado en Inglaterra: ¿me habrían olvidado los chimpancés? ¿Tendría que conseguir que se acostumbrasen de nuevo a mí? Mis preocupaciones no tenían sentido; cuando llegué al Gombe los chimpancés toleraron mi presencia aún *mejor* que antes. Así pude recomenzar mi trabajo en las montañas como si nunca hubiera estado ausente.

Una tarde, al regresar al campamento, encontré a Dominic y Hassan muy excitados. Un enorme chimpancé macho —me dijeron— había penetrado en el campamento, permaneciendo durante más de una hora alimentándose de los frutos de la palmera que daba sombra a mi tienda. A la

tarde siguiente me comunicaron que el mismo animal había vuelto. Decidí no ausentarme el próximo día con objeto de observarle si regresaba.

Me pareció realmente extraño quedarme en la cama mientras amanecía, desayunar en el campamento y sentarme en mi tienda *a la luz del día* para mecanografiar las notas que había tomado en la jornada anterior en la máquina traída desde Inglaterra. Quedé atónita cuando cerca de las diez de la mañana, David, *el de la barba gris*, pasó tranquilamente por delante de mi tienda para trepar seguidamente a la palmera. Desde mi punto de observación pude escuchar sus gruñidos de placer al extraer el primer fruto, de color rojo, de su dura cubierta. Una hora después descendió del árbol, se detuvo para mirar de hito en hito a la tienda y desapareció. Tras aquellos primeros meses de desesperación en que los chimpancés huían al verme a quinientos metros de distancia, me encontraba ahora frente a uno que parecía sentirse en mi campamento como en su propia casa. No es extraño, pues, que no lograra dar crédito a mis ojos.

David, *el de la barba gris,* continuó sus visitas diarias hasta que los frutos de la palmera se terminaron; entonces dejó de venir. Sin embargo, este tipo de árboles no fructifican todos al mismo tiempo y, así, unas pocas semanas después, las nueces de otra palmera del campamento habían madurado y David reanudó sus incursiones.

Decidí no dedicar demasiados días a la observación de los movimientos de David, pues la información que se puede obtener de vigilar a un solo macho engullendo nueces de palmera es bastante limitada. Le esperaba, sin embargo, algunos días sólo por experimentar el intenso placer que me producía el verle tan cerca de mí y tan confiado. Cierto día, mientras me hallaba sentada a la puerta de la tienda, David bajó del árbol y se dirigió, deliberadamente, hacia mí. Cuando hubo llegado como a metro y medio de donde yo me encontraba, se detuvo y, lentamente, su pelo comenzó a erizarse hasta darle una apariencia feroz. Tal actitud suele ser, en los chimpancés, síntoma de furia, frustración o excitación. ¿Cuál era la causa de este caso? De súbito se abalanzó sobre mí, cogió un plátano de mi mesa y escapó velozmente para comérselo algo más lejos. Poco a poco su pelo volvió a recobrar su aspecto normal.

Como consecuencia de este incidente, le pedí a Dominic que dejase unos cuantos plátanos al alcance de David siempre que éste acudiera al campamento, y de esta forma, incluso cuando se acabaron las nueces

maduras, el chimpancé continuó visitándonos atraído por los plátanos. Pero sus apariciones eran siempre irregulares y, por tanto, decidí no aguardarle ya en mi tienda.

Unas ocho semanas después de mi regreso al Gombe sufrí un ligero ataque de malaria, a consecuencia del cual hube de guardar cama una semana. Esperando la aparición de David, ordené a Dominic que preparase un montón de plátanos. A última hora de aquella mañana, David llegó hasta mi tienda y se apoderó de algunos de ellos. De pronto, descubrí que, mientras se retiraba, un segundo chimpancé permanecía en pie medio oculto por la vegetación. Busqué rápidamente mis prismáticos: era Goliat. Se acercó a su compañero mirándole fijamente a la cara. Después, mientras David aplastaba una piel de plátano contra su labio inferior para extraer los últimos jugos y la ponía de vez en cuando ante sí mirándola por encima de su nariz, Goliat llevó una mano a la boca de su amigo para pedirle una parte. David respondió escupiendo una masa de cáscara masticada en la mano de su compañero, quien, a su vez, comenzó a chuparla.

Al día siguiente, David y Goliat regresaron al campamento juntos. Me mantuve escondida en la tienda con la cortinilla echada, observando a través de un pequeño orificio. Esta vez Goliat, con gran indecisión y con el pelo erizado, siguió el ejemplo de su acompañante y se hizo con unos cuantos plátanos por sí mismo.

Las semanas siguientes fueron inolvidables. Envié a Hassan a la aldea de Mwamgongo, situada al norte de la reserva, para que adquiriera una buena provisión de plátanos; desde entonces siempre dejábamos algunos en las inmediaciones de mi tienda. Las higueras del valle estaban dando fruto de nuevo y, como resultado, pasaban continuamente junto a nuestro campamento grupos muy numerosos de chimpancés. Repartí mi tiempo entre la vigilancia de las higueras y la espera en el campamento, donde solía acudir casi diariamente David, acompañado ahora no sólo de Goliat, sino también en algunas ocasiones de William y, más raramente, de otro individuo más joven.

Un día en que David vino solo, le ofrecí un plátano con mi propia mano. Se acercó, erizó su pelo y emitió un sordo bufido, más bien parecido a una tos, al propio tiempo que levantaba la barbilla. Estaba medio amenazándome. Repentinamente se puso en pie, se balanceó con fanfa-

rronería, golpeó con una mano el tronco de una palmera próxima y, seguidamente, tomó el plátano.

Cuando ofrecí por primera vez un plátano a Goliat, su actuación fue muy diferente. También erizó el pelo, pero después cogió una silla, golpeándome con ella y haciéndome casi perder el sentido. A continuación se sentó y me miró ceñudamente desde los arbustos. Pasó mucho tiempo antes de que se comportara en mi presencia con tanta tranquilidad como David; si yo hacía un movimiento repentino y le espantaba, solía amenazarme violentamente, lanzando un suave aullido y alzando con rapidez un brazo o blandiendo con movimientos agitados e inquietos alguna rama.

Era excitante poder hacer observaciones regulares de los mismos individuos, lo que anteriormente me había sido prácticamente imposible. Los chimpancés no siguen todos los días el mismo camino, y por ello, la única ocasión que yo había tenido para observar al mismo animal varias veces en el transcurso de un mes era cuando los frutos de un buen árbol habían madurado. Por el contrario, en el campamento había podido realizar detalladas observaciones de interacciones sociales entre David, Goliat y William, y ello varias veces en la misma semana. También a menudo presencié algunos incidentes en los que participaba alguno de los tres mencionados, mientras estudiaba los grupos de chimpancés que comían los higos del valle.

Fue en este momento cuando comencé a sospechar que Goliat podía ser el chimpancé de más categoría de la zona; más tarde hallé que así era realmente. Si William y Goliat se dirigían hacia el mismo plátano al mismo tiempo, era el primero quien se detenía y el segundo quien se apoderaba de la fruta. Si Goliat se encontraba con otro macho adulto en un sendero estrecho de la selva, él seguía adelante y era el otro quien se apartaba. Goliat era normalmente el primero en ser saludado cuando un recién llegado trepaba a una higuera para unirse a un grupo de chimpancés que se encontraban comiendo. Un día vi como expulsaba a un chimpancé de su lecho para instalarse él mismo. Pude ver esto desde el Pico, ya cuando la oscuridad reinaba casi por completo. La joven hembra había construido un gran lecho de hojas y yacía tranquilamente en él, acurrucada para pasar la noche. De improviso, Goliat saltó a una rama vecina y, después de un momento, se puso en pie, asió una rama superior y comenzó a moverla violentamente sobre la cabeza de la hembra, de un lado a

otro. Cinco minutos después la hembra expulsada estaba todavía construyendo un nuevo lecho, cuando ya era prácticamente de noche.

William, con su gran labio superior en que se podían ver las señales de varias cicatrices y el inferior colgante, era uno de los machos más sumisos en sus relaciones con otros chimpancés. Si otro adulto mostraba actitudes agresivas hacia él, William se le acercaba rápidamente con gesto de apaciguamiento y deferencia, poniendo su mano sobre el otro, agachándose, lanzando suaves gruñidos y jadeos. Durante tales encuentros solía retraer las comisuras de los labios, exhibiendo los dientes en nerviosa mueca. Al principio, William actuaba tímidamente también en el campamento. Cuando le ofrecí un plátano por vez primera, se quedó mirándome durante unos momentos, agitó suavemente una rama para mostrar su inquietud y seguidamente se sentó, lanzando leves gruñidos plañideros, hasta que, enternecida, deposité el plátano en el suelo.

Precisé mucho más tiempo para determinar el puesto que ocupaba David, *el de la barba gris,* en la jerarquía del grupo. Durante los primeros días solamente sabía que tenía una disposición muy tranquila y agradable: si William o algún individuo joven se le acercaba con gestos deferentes, David respondía siempre con actitudes tranquilizadoras, poniendo su mano en el cuerpo o la cabeza del otro o acicalándole brevemente. También a menudo, si Goliat demostraba nerviosismo en el campamento —por ejemplo, al acercarme demasiado a él—, David se le aproximaba, depositando con suavidad su mano en la ingle de su compañero, o la pasaba brevemente por el brazo de Goliat. Tales gestos parecían calmar, por lo común, al macho más dominante.

Fue durante estas semanas cuando Hugo llegó al Gombe. Yo había aceptado, finalmente, que se le permitiera a un profesional fotografiar los chimpancés, y Louis había recomendado a Hugo. La *National Geographic Society* le concedió fondos suficientes para fotografiarme a mí y a los chimpancés, en parte para obtener un documental tan extenso como fuera posible de la conducta de los animales, y en parte con la esperanza de organizar una conferencia ilustrada ante sus miembros.

Hugo, nacido en Indonesia, se había educado en Inglaterra y Holanda y, al igual que a mí, le encantaban de siempre los animales. Había elegido la fotografía como carrera con la idea de que alguna vez y quién sabe cómo viajaría al África para filmar animales salvajes. Después de dos

años de trabajo en un estudio de Amsterdam, Armand y Michaela Denis le aceptaron como ayudante de cámara en el equipo del conocido programa de la televisión británica, *On Safari*. Llegó a África un año más tarde que yo.

Mientras trabajaba para los Denis, Hugo conoció a los Leakeys, que eran prácticamente vecinos suyos; al cabo de dos años fue invitado por la *National Geographic Society* para pronunciar una conferencia, ilustrada con proyecciones, sobre las actividades de Louis en la garganta del Olduvai. En esta época fue cuando Louis decidió que Hugo sería la persona más apropiada para ir al Gombe, pues comprendió que se trataba de un verdadero amante de los animales, a quienes realmente entendía muy bien. Louis me escribió acerca de Hugo y sus aptitudes; al propio tiempo lo hizo a Vanne para decirle que había encontrado el marido más idóneo para Jane.

Yo tenía todavía mis reparos acerca de cómo tolerarían los chimpancés a un hombre cargado con un equipo fotográfico, pero comprendí la importancia de obtener un documental acerca de los mismos. Existía, además, el problema de David, *el de la barba gris:* yo no podía imaginar que éste se pondría tan furioso ante la llegada de un extraño.

La mañana en que Hugo hizo su aparición en el Gombe, David se presentó muy temprano en el campamento, pues había pasado la noche anterior en algún lugar muy próximo. Yo pensaba que todo iría bien si David iba acostumbrándose primero a la nueva tienda y después a su ocupante; así, mientras David comía sus habituales plátanos, Hugo permaneció sin salir, espiando a través de las cortinillas. David miró de forma extraña hacia la tienda hasta que hubo acabado de comer; entonces, se dirigió deliberadamente hacia aquélla, empujó una de las cortinillas, se quedó mirando fijamente a Hugo, lanzó un gruñido y se marchó despaciosamente, como de costumbre.

Con sorpresa por mi parte, pude ver que también Goliat, e incluso el tímido William, que llegaron juntos poco después, aceptaron la presencia de Hugo con escasa inquietud. Parecía como si considerasen a éste como una pieza más entre los “muebles” del campamento. Y así, en este su primer día, Hugo pudo obtener un excelente filme de las acciones de los tres machos: saludos, aseo mutuo, petición de alimentos. Y en su segundo

día, Hugo filmó algo todavía \ más notable: los chimpancés comiéndose un mono.

Desde el día memorable en que vi por vez primera a David, *el de la barba gris,* devorando los restos de un joven cerdo salvaje, sólo en otra ocasión le vi comer carne de nuevo. Se trataba ahora de un *boosbog* de edad corta, pero, de nuevo, no podría asegurar que los chimpancés lo hubieran atrapado por sí mismos. Más ahora Hugo y yo fuimos testigos de la persecución y muerte de la presa. Sucedió de la forma más inesperada. Había llevado a Hugo a ver el Pico y nos hallábamos observando a cuatro colobos rojos que, aparentemente, se habían separado del grupo. Repentinamente, un chimpancé macho, un adolescente, trepó con cuidado a un árbol inmediato a los monos, avanzando a continuación, con lentitud, por una de las ramas. Se sentó. Tres de los monos, después de un momento, se alejaron con toda tranquilidad, o así nos pareció. El cuarto permaneció en el mismo lugar, con la cabeza vuelta hada el chimpancé. Un segundo después, otro chimpancé de idénticas características emergió de la espesura que rodeaba al árbol, corrió a lo largo de la rama en que se hallaba sentado su compañero y atrapó al colobo. Inmediatamente, otros varios chimpancés treparon al árbol y, gritando y aullando con gran excitación, despedazaron a la víctima. Todo había terminado un minuto después de la captura.

Nos encontrábamos demasiado alejados de la escena para que Hugo pudiese filmarla y, en cualquier caso, todo sucedió tan de repente que difícilmente hubiera podido llevar a cabo su tarea. Sin embargo, pudo captar algunas escenas en que los chimpancés comían la parte del animal que les había correspondido, y ello a pesar de la distancia a que nos hallábamos.

Después de unos comienzos tan sorprendentemente favorables, la buena suerte de Hugo cambió a poco. Es cierto que pudo conseguir abundante material fílmico y fotográfico de David, William y Goliat, pero necesitaba algo más para su documental: filmar todos los aspectos posibles de la vida de los chimpancés, en las montañas y en los bosques. Y la mayor parte escapaban de Hugo, como dos años antes habían escapado de mí; incluso Goliat y William desconfiaban de él cuando se lo encontraban en la selva.

Como hice antes de la visita de Judy, construí unos cuantos escondrijos desvencijados para Hugo, cercanos a los árboles que suponía tendrían fruta próximamente. Coloqué incluso unas botellas vacías en los intersticios de las paredes de las mencionadas casetas, con objeto de que los chimpancés se fueran acostumbrando a la vista de las lentes fotográficas.

Sin embargo, los animales se daban inmediata cuenta de cuando eran vigilados por lentes auténticas y, si se acercaban hasta el árbol, solían quedarse mirando fijamente hacia el escondrijo para desaparecer en seguida y en silencio. El pobre Hugo transportaba por sí mismo la mayor parte de su equipo profesional por colinas y valles, para no inquietar más a los chimpancés llevando con él un ayudante africano. Permanecía largas horas colgado de las rocosas laderas o veía amanecer en el fondo del valle, allí donde siempre parecían esconderse hormigas carnívoras. Lo normal era que los chimpancés no se presentaran; si hacían acto de presencia, desaparecían antes de que Hugo pudiera filmar ni medio metro de película.

Con todo, hubo un momento en que pareció que los chimpancés, habiéndose acostumbrado poco a poco al mono de piel blanca que merodeaba por la zona, y habiendo también tenido ocasión de estudiar otro más y muy semejante al primero en la persona de mi hermana, necesitarían un tiempo relativamente escaso para aceptar al tercero. Y David, *el de la barba gris*, aceleró el proceso. De vez en vez, cuando nos veía a Hugo o a mí, se destacaba del grupo para acercarse a nosotros y ver si, por casualidad, teníamos un plátano; los otros chimpancés, desde luego, vigilaban toda la operación atentamente.

Cuando David, William y Goliat comenzaron a visitar el campamento, descubrí pronto que les encantaba masticar cualquier trozo de tela o de cartón; la ropa sudada, quizás a causa de su sabor salado, era lo que más les atraía. Cierto día en que Hugo se hallaba agazapado en un pequeño escondite, cerca de un enorme árbol frutal, un grupo de chimpancés trepó a éste y empezó a comer. Por un momento, Hugo no pudo darse perfecta cuenta de lo que ocurría; de improviso, vio una negra y peluda mano asiendo la vieja camisa con que había envuelto la cámara con objeto de camuflar los brillantes reflejos de la misma. Se trataba de David, naturalmente: había ido siguiendo a Hugo por el sendero del valle y, una vez llegado al escondite de aquél, se puso a mirar la tentadora camisa. Hugo

tomó ésta por un extremo y David por el otro, hasta que en este tira y afloja el objeto disputado se rompió en dos y el animal escapó al árbol, para unirse con su grupo, con el botín en la mano. Los restantes chimpancés habían observado todo lo ocurrido con evidente interés. Después de esto toleraron a Hugo y sus actividades, y ello a pesar de que durante la lucha se hundió el escondrijo de aquél.

En efecto, hubo de pasar solamente un mes para que los chimpancés aceptasen no sólo a Hugo, sino también a sus ruidosas cámaras, con tal de que él permaneciera callado y no se moviera en torno a ellos. Pero las lluvias, una vez más, llegaron demasiado pronto, y el tiempo, que desbarató las escasas ocasiones que Judy tuvo en el año anterior, intervino ahora de idéntica forma con las de Hugo. Día tras día se instalaba en sus escondites, con un sol esplendoroso y una luz perfecta, pero sin chimpancés a la vista. Cuando, por fin, aparecía un grupo y todo estaba a punto, de inmediato y como si hubiese sido preparado previamente, comenzaba a llover.

Con todo, a lo largo de las semanas, Hugo obtuvo algún material de primera categoría acerca de las actividades de los chimpancés en las montañas; continuó también filmando lo que hacían David, Goliat y William durante sus visitas al campamento.

Uno de mis problemas, desde el momento inicial en que intentaba atraer con los plátanos a David y a los demás, había sido el de los papiones. No hubo un día en que el grupo no atravesara el campamento; alguno de los machos, incluso, se quedaba merodeando por su cuenta, como había hecho el viejo Shaitani, con la esperanza de poder conseguir alguna fruta. En cierta ocasión en que David, William y Goliat estaban sentados en torno a un gran montón de plátanos, apareció de repente un papión macho particularmente agresivo. William se retiró de la refriega en seguida; con los labios temblando nerviosamente y con unos pocos plátanos que había podido llevarse en sus manos, se puso a observar la disputa a una prudente distancia. David también escapó del papión a las primeras de cambio, pero acercándose de nuevo a Goliat —quien, haciendo caso omiso del intruso, seguía comiendo— rodeó con sus brazos a su amigo y, como si este contacto le hubiese reanimado, se volvió hacia el papión gritando y agitando sus manos. El papión le amenazó de nuevo, avanzando hacia él, y de nuevo David corrió a abrazar a Goliat, quien esta vez

reaccionó; se levantó, dio unos pasos hacia el enemigo y azotó el aire repetidamente con sus manos, completamente erecto, moviendo los brazos y lanzando el fiero *waa,* alarido amenazador. El papión se retiró, pero un momento después y evitando a Goliat, se abalanzó contra David, a quien golpeó con la mano.

Esto ocurrió una y otra vez. Goliat azotaba al papión y éste, rehuyendo fácilmente al primero, se las arreglaba para golpear en cada ocasión a David, aunque éste trataba de protegerse tras de su amigo. Finalmente, los dos chimpancés abandonaron el campo, dejando al papión que se apoderase, victorioso, del botín, con el que escapó a distancia prudencial. Hugo pudo filmar todo lo ocurrido, y esta película es todavía hoy uno de los documentos mejores acerca de un incidente violento entre chimpancés y papiones.

La *National Geographic Society* estaba dispuesta a financiar el trabajo de Hugo en el Gombe hasta finales de noviembre, con objeto de que pudiera filmar a los chimpancés utilizando instrumentos durante la época de las termitas; esperábamos que ésta comenzaría en octubre, como en los años anteriores. Mas aunque examinábamos diariamente diversos montículos termiteros, no pudimos apreciar signo alguno de actividad hasta comienzos de noviembre. Finalmente, las termitas comenzaron a cooperar cuando a Hugo le quedaban poco más de dos semanas en el Gombe. Un día en que Hugo hizo la acostumbrada peregrinación a su lecho predilecto, cercano al campamento, advirtió algunos lugares húmedos. Raspó con cuidado los túneles recién construidos, escarbó con una brizna de hierba y quedó encantado al notar cómo los insectos se asían a la misma. Pero, malignamente, los chimpancés no parecían mostrar deseo alguno de comer termitas. Durante la semana siguiente, David, William y Goliat pasaron cerca del termitero con frecuencia, mas no se detuvieron a examinarlo. Hugo se desesperaba. Un día, incluso condujo a David al termitero, caminando ante él con un plátano en la mano; mientras el chimpancé comía cómodamente sentado, Hugo le ofreció una ramita llena de hormigas adheridas a la misma. David las miró y, a renglón seguido, les dedicó un ligero gruñido amenazador.

Sin embargo, cuando a Hugo le quedaban solamente diez días, los chimpancés pusieron de manifiesto, por fin, su habilidad en el uso y fabricación de herramientas, y pudo filmar y fotografiar a David, William y

Goliat ocupados en el termitero del campamento. Se trataba de unas tomas extraordinarias, con las que Hugo confiaba convencer a la *National Geographic Society* para que le permitieran volver al año siguiente y continuar su trabajo con los chimpancés.

Cuando a fines de noviembre se marchó Hugo, me encontré sola de nuevo. Realmente no sufría por ello y, sin embargo, tampoco me encontraba tan satisfecha como antes de que él hubiera venido, ya que había encontrado en Hugo un compañero con quien podía compartir tanto las alegrías y frustraciones de mi trabajo como mi cariño por los chimpancés, los bosques y montañas, la vida en la selva. Había estado conmigo en alguno de los salvajes y ocultos lugares en que —yo creía— ninguna otra persona blanca osaría penetrar. Juntos nos habíamos abrasado bajo el sol y juntos habíamos temblado de frío bajo la lluvia. Supe entonces que en Hugo había hallado un espíritu parejo, alguien cuyo interés y aprecio por los animales igualaba al mío. No es extraño, por tanto, que le echara tanto de menos una vez ido.

Siempre recordaré la Navidad de ese año en el Gombe. Compré una enorme cantidad de plátanos, que coloqué en torno a un arbolito que había decorado con papel de plata y algodón. Goliat y William llegaron juntos esa mañana de Navidad, lanzando agudos gritos de excitación al ver la gran abundancia de fruta. Cada uno rodeó con sus brazos al otro, después Goliat dio repetidos golpecitos en la boca de William, abierta de par en par para gritar mejor, mientras éste pasaba un brazo por la espalda de su compañero. Finalmente calmados, comenzaron el banquete, lanzando pequeños gruñidos todavía, así como exclamaciones de placer, no tan agudos como de costumbre debido a tener las bocas llenas de plátanos.

David llegó solo, mucho más tarde. Me senté a su lado mientras comía. Parecía muy tranquilo, y, después de cierto tiempo, avancé mi mano muy lentamente hacia sus hombros, iniciando un movimiento acariciador. Me rechazó, pero con tanta delicadeza que poco después hice un nuevo intento. Esta vez me permitió acariciarle durante por lo menos un minuto; entonces, retiró otra vez mi mano, siempre con suavidad. Pero lo importante era que me había permitido tocarle, que había tolerado el contacto físico con un ser humano, y que se trataba de un chimpancé macho, ya adulto, que había vivido siempre en la selva. Fue un regalo de Navidad que no olvidaré nunca.

Había invitado a varios africanos y a sus niños a tomar el té. Estos no se encontraban a gusto al principio, sino muy nerviosos, pero cuando saqué sombreros de papel, globos y unos pocos juguetes, se pusieron tan contentos que su seriedad desapareció prontamente, riendo y persiguiéndose en torno a nosotros, divirtiéndose en grande. Iddi Matata, sin perder jamás su compostura majestuosa, quedó también fascinado con los globos.

Cuando hubo terminado la fiesta, sentí la necesidad de subir al Pico yo sola, durante una hora más o menos, antes de que llegase la oscuridad. Después bajé rápidamente para gozar de la cena de Navidad de que Dominic había hablado durante varios días. La habían planeado entre él y Hugo, antes de la partida de éste, hasta el mínimo detalle, desde el relleno de los pollos hasta la crema para el *pudding* de ciruela. Ya era de noche cuando regresé, con la boca haciéndoseme agua, y sólo para descubrir que Dominic, mientras tanto, había estado celebrando la Navidad a su manera. Sobre mi mesa yacían una lata, sin abrir, de carne de vaca, un plato vacío, un cuchillo y un tenedor. En esto consistía mi cena de Navidad. Cuando pregunté a Dominic acerca del pollo y todo lo demás, se limitó a reír aparatosamente y a repetir una y otra vez la palabra “mañana”. Salió a la querencia —todavía retozándole la risa— de la lata de cerveza de dieciocho litros que, supe después, había sido traída por algún bienintencionado desde Bubango, la aldea de lo alto de la montaña. No pude evitar una sonrisa mientras comía mi frugal cena; Dominic se hizo perdonar preparando la prometida comida para el día siguiente, a pesar de su gigantesca resaca.

Poco después de Navidad tuve que dejar el Gombe para seguir otro cursillo en Cambridge. Las dos últimas semanas fueron tristes, pues William estaba enfermo. Tenía moquita, sus ojos lagrimeaban y tosía constantemente; se trataba de una tos seca que estremecía todo su cuerpo. El primer día de la enfermedad de William le seguí cuando dejó el campamento, pues para entonces ya podía circular por los bosques con William y David, si bien Goliat todavía me amenazaba si quería hacer lo mismo con él. William caminó unos cientos de metros por el valle, trepó a un árbol y construyó un gran lecho de hojas. Allí permaneció echado hasta cerca de las tres de la tarde, jadeando, tosiendo y en ocasiones, aparentemente, dormitando. Orinó varias veces mientras yacía en el lecho, algo

tan fuera de lo común que me hizo comprender que se encontraba verdaderamente mal. Cuando al fin se levantó, comió unos bocados de hojas y enredaderas, marchó despaciosamente hacia el campamento, ingirió un par de plátanos y, a continuación, subió a un árbol que crecía al lado de mi tienda para hacer otro lecho.

Esa noche permanecí en el exterior, pues había luna. Hacia la una de la madrugada la ocultaron las nubes y pronto comenzó a llover. Me encontraba agazapada en la ladera de la montaña, a un nivel ligeramente superior que el lecho de William; cuando dirigía mi poderosa linterna hacia él, podía vislumbrar su cuerpo acurrucado, sentado en el lecho mojado, con la barbilla apoyada en las rodillas y los brazos en torno a las piernas. Llovió durante todo el resto de la noche; el silencio era roto por la caída intermitente de las gotas y la seca tos de William. En cierta ocasión, al comienzo de un chaparrón torrencial, William emitió unos jadeos particularmente trémulos; después, se hizo el silencio.

Cuando a la mañana siguiente bajó del árbol, pude ver que su cuerpo temblaba con escalofríos espasmódicos cada pocos segundos. Sus grandes y colgantes labios se movían a cada estremecimiento, pero esta vez no era divertido. Deseé vehementemente envolver su cuerpo en una manta caliente y darle un ponche reconfortante, pero todo lo que podía ofrecerle eran unos plátanos fríos.

Estuve con William la mayor parte de esa semana. Él, por su parte, no se alejó mucho del campamento, permaneciendo echado en diferentes lechos. Se unió varias veces a David o a Goliat, pero cuando éstos marchaban hacia lo alto de la montaña les abandonaba, como si no pudiera soportar la idea de una larga caminata.

Estaba sentado una mañana cerca de William, en el sendero que sube desde el campamento hacia la montaña, cuando llegó un barco con visitantes de Kigoma, pues ya para entonces la fama de David, *el de la barba gris, se* había extendido y de vez en vez venía gente a pasar la tarde del domingo con la esperanza de verle. Yo debería, naturalmente, haber bajado a saludarles, pero había llegado a congeniar tanto con William que casi experimenté la misma instintiva desconfianza que sienten los chimpancés hacia los intrusos. Cuando William fue descendiendo hacia las tiendas, yo le seguí; cuando se sentó entre los arbustos que circundan el campamento, yo me senté junto a él. Observamos juntos a los visitantes, los cuales

tomaron café y charlaron durante cierto tiempo; después se marcharon, pues David no daba señales de vida. Me pregunté a menudo qué habrían pensado si hubiesen llegado a saber que yo estaba sentada allí, con William, mirándoles como si se tratara de extrañas criaturas de un mundo desconocido.

Una mañana, dos días antes de mi marcha, William robó una manta de la tienda de Dominic. Había estado masticándola, sentado, durante algún tiempo cuando David, quien, después de comerse algunos plátanos, se unió a William y a la manta. Durante una media hora permanecieron tranquilamente sentados uno al lado del otro, cada uno chupando ruidosa y alegremente diferentes extremos. Pero de repente, William, actuando como el payaso que tan a menudo parecía ser, colocó parte de la manta sobre su cabeza, moviendo sus manos como si buscase a tientas a David desde la extraña oscuridad que había creado. David le miró por un momento y golpeó suavemente la mano de su amigo. Fue entonces cuando ambos se encaminaron hacia el bosque, dejándome con el eco de una tos seca y una manta abandonada en el suelo. Nunca más volví a ver a William.

7. La vida sexual de Flo

El *sex-appeal,* ese extraño misterio, ese algo indefinible que irradian algunas personas, es tan inexplicable y al mismo tiempo tan evidente entre los chimpancés como entre los seres humanos. Flo, increíblemente fea según los cánones de belleza humanos, con sus orejas rasgadas y su nariz bulbosa, lo poseía en grado sumo. Al principio supuse que esto ocurría así por tratarse de una hembra vieja y, por lo tanto, experimentada, pero después he sabido que la edad del chimpancé hembra no está en modo alguno relacionada con el apasionamiento que despierta en el macho.

Cuando una hembra entra en celo (o, como diría un científico, en *estros),* la piel en torno a su zona genital aparece hinchada y de color rosado. La inflamación puede ser mayor o menor, y dura generalmente unos diez días, al cabo de los cuales comienza a arrugarse, encogiéndose poco a poco hasta desaparecer totalmente. En general, esta época de receptividad sexual sobreviene a la mitad del ciclo menstrual, que en los chimpancés hembras cubre un período de treinta y cinco días. Es entonces cuando la hembra, a la que me referiré frívolamente de ahora en adelante como "la dama rosa", se ve acosada y cortejada por el macho.

Cuando regresé al Gombe después de mi segunda estancia en Cambridge (y esta vez acompañada de Hugo, que había logrado convencer a la *National Geographic Society* de que necesitábamos fotografiar algunos nuevos aspectos de la conducta de los chimpancés), Flo y dos de sus tres hijos se habían convertido en asiduos visitantes del campamento.

Tenía entonces Fifi unos tres años y medio. Todavía se alimentaba de la leche de su madre cada dos o tres horas, saltaba a su espalda en el momento que se asustaba o sobresaltaba y compartía su lecho por la noche. Figan, unos cuatro años mayor que Fifi, acababa de llegar a la pubertad. La mayoría de los machos de su edad se muestran ya bastante independientes, pero éste acompañaba aún a su madre y a su hermana a todas partes. Faben, el hijo mayor de Flo, se había independizado totalmente de su familia; tendría por entonces unos once años.

Cuando Hugo y yo llegamos a la reserva, Flo, Fifi y Figan se mostraron al principio bastante recelosos. Merodeaban entre los arbustos que rodeaban al campamento y sólo se atrevían a salir al claro para apoderarse rápidamente de alguno de los plátanos que dejábamos preparados con tal fin. Poco a poco se acostumbraron a nuestra presencia, especialmente si David o Goliat les acompañaban, y permanecían más tiempo en el claro. Yo pasaba todavía la mayor parte del día en la montaña, pero si los chimpancés se retiraban demasiado lejos en dirección norte o sur, me quedaba en el campamento esperando la llegada de Flo.

Esta ya entonces parecía muy vieja. Era muy delgada, casi un manojo de huesos, y su pelo, que ya comenzaba a desaparecer, era, más que negro, parduzco. Cuando bostezaba mostraba unos dientes casi inexistentes, gastados hasta las encías. Pero pronto me di cuenta de que su carácter no concordaba con su apariencia: era dura, agresiva, y la más dominante de las hembras que conocí.

La personalidad de Flo se hacía aún más patente en contraste con la de otra hembra de su grupo que por aquellos días comenzaba a visitar también nuestro campamento. Olly, con su rostro alargado y sus labios bamboleantes, era completamente distinta a su compañera. En primer lugar, Flo aparecía muy calmada en presencia de los machos y mantenía con ellos una relación casi de igual a igual; la veía a menudo en la selva sentada con dos o tres chimpancés en una de sus sesiones de aseo mutuo, y en el campamento no dudaba en reunirse con David o Goliat para exigirnos su ración de plátanos o de cartón. Olly, en cambio, se mostraba siempre tensa y nerviosa, especialmente en presencia de los machos, y si Goliat, la más alta jerarquía, se aproximaba a ella, sus aullidos llegaban ya al paroxismo histérico. Tenía en la parte delantera del cuello una protuberancia que se asemejaba exactamente a la nuez de Adán, y sin duda lo era, porque el fenómeno es muy común entre las africanas de la zona. De ser así, esto podría explicar, en parte, su permanente nerviosismo.

Olly solía evitar los grupos de chimpancés y vagabundear por la selva acompañada únicamente de su hija de dos años, Gilka. Algunas veces se unía a ella su hijo Evered, de ocho años de edad. Él fue quien la trajo por primera vez a nuestro campamento, donde había venido anteriormente acompañando a David y Goliat. En ocasiones, Olly y Flo se reunían en la selva, mientras los hijos de ambas jugaban juntos. Las relaciones entre

ellas eran generalmente pacíficas, pero si descubrían un plátano en el suelo al mismo tiempo, inmediatamente se hacía patente la diferencia de jerarquía que las separaba: Flo no tenía más que erizar levemente su pelo para que Olly se hiciera de inmediato a un lado, gruñendo sumisamente.

En una ocasión en que Figan y Evered jugaban juntos y surgió una disputa entre ellos (como suele ocurrir entre los machos de su edad), Flo acudió inmediatamente, con el pelo erizado, al lugar del suceso. Se dirigió hacia Evered y lo revolcó una y otra vez, hasta que éste consiguió escapar dando alaridos de dolor. Olly se aproximó también, dando gruñidos amenazadores y mostrando gran nerviosismo, pero no se atrevió a intervenir en defensa de su hijo, limitándose a acercarse, cuando todo había pasado, a su compañera y ponerle una mano en la espalda a modo de apaciguamiento o reconciliación.

Flo era una madre mucho más tolerante y flexible que Olly. Cuando Fifi alargaba la mano pidiendo algo de comer, generalmente le permitía coger un plátano e incluso, en algunas ocasiones, ella misma se lo daba. Es cierto que cuando Fifi trataba de apoderarse del único plátano que quedaba, madre e hija rodaban por los suelos disputándose salvajemente la presa, gritando y tirándose de los pelos. Pero incidentes de este tipo no eran muy comunes. Gilka, en cambio, jamás hubiera osado hacer nada por el estilo. Casi nunca le vi pedir comida a su madre, y en las raras ocasiones en que lo hacía, sus deseos eran totalmente ignorados. No había probado de los plátanos más que las pieles hasta que se avino a entrar en el campamento y recoger su ración. E incluso en estos casos, Olly corría hacia ella antes de que pudiera llevarse la fruta a la boca, para arrebatársela.

A pesar de que, como he dicho anteriormente, las relaciones de Flo con los chimpancés machos eran normalmente pacíficas, nunca se atrevía a competir con David o con Goliat en lo que se refería a la comida; generalmente esperaba para tomar su parte hasta que éstos se habían apoderado de sendos manojos de plátanos. Por lo tanto, Hugo y yo nos quedamos verdaderamente sorprendidos una mañana de julio de 1963 en que Flo se precipitó a apoderarse de sus plátanos incluso antes de que los machos hubieran tomado los suyos. Entonces fue cuando descubrimos que Flo estaba “rosa”, es decir, que había entrado en celo.

Después de adueñarse de un montón de plátanos, pero antes de tener tiempo de probarlos, Goliat se puso en pie, contempló a Flo con el pelo erizado y comenzó a balancearse apoyándose sucesivamente sobre cada pie. Mientras Flo se acercaba, Goliat levantó un brazo en el aire y dejó caer la mano velozmente hasta tocar el suelo. Inmediatamente Flo se agachó, ofreciéndose al macho, y éste copuló con ella de pie, algo agazapado, con la mano que sostenía la fruta apoyada ligeramente en la espalda de Flo y la otra descansando en el suelo junto a él. Era aquella actitud *nonchalant* verdaderamente característica de los chimpancés. Su cópula es siempre lo más breve posible, de unos diez a quince segundos, pero aun así, antes de que Goliat hubiera terminado, Fifi ya estaba allí. Con toda su fuerza se lanzó contra él y con ambos brazos comenzó a tirarle de la cabeza, tratando de separarle de su madre. Pensamos que Goliat se defendería, golpeándola o al menos apartándola a un lado, pero no fue así; se limitó a mirar en otra dirección, ignorando su existencia. Cuando Flo se levantó, Fifi la siguió y, protegiendo con una mano la zona genital de su madre, se alejó con ésta, lanzando miradas furibundas a Goliat, que se había sentado en el suelo para dar cuenta de los plátanos. Permaneció con Flo unos minutos y, finalmente, se decidió ella también a tomar su ración de fruta.

Pocos minutos después David se acercaba a Flo con el pelo erizado. Sentado en el suelo agitaba una ramita sin dejar de contemplarla. Flo corrió inmediatamente hacia él, se volvió de espaldas y se agazapó en el suelo; de nuevo Fifi llegó hasta la pareja y empujó a David tanto como pudo; una vez más, éste no hizo caso de ella.

Tras este incidente, el grupo se dispuso a descansar. David se entretuvo acicalando a Flo unos momentos, hasta que, agobiado por el calor, se tumbó a dormir. Goliat le imitó y todo quedó en calma. En aquel momento vimos que Evered se apartaba del grupo, volviéndose frecuentemente a mirar a Flo, que le vigilaba. Cuando se hallaba a cierta distancia, se puso en cuclillas con los hombros en alto y los brazos ligeramente separados del cuerpo, postura característica en el cortejo del macho adolescente. Flo se condujo entonces con él como lo había hecho con los adultos. Tanto David como Goliat les contemplaron copular distraídamente, mientras que Fifi volvió a repetir su actuación con el mismo resultado que las anteriores.

Al día siguiente Flo llegó muy temprano al campamento. La acompañaban sus admiradores del día anterior y todo se repitió en el mismo orden, sin faltar la constante intervención de Fifi. Hugo descubrió entonces, medio oculta por la maleza, la sombra negra de un chimpancé; después otro, y otro, y otro más. Inmediatamente nos refugiamos en la tienda y enfocamos nuestros prismáticos hacia los chimpancés. Los reconocí en seguida: eran el viejo McGregor, Mike y J. B. Con ellos estaban Huxley, Leakey, Hugh, Rodolf Humphrey, es decir, todos los machos que conocía. Contemplaban el grupo unas cuantas hembras y algunos adolescentes. Permanecimos dentro de la tienda y desde allí observamos cómo Flo se dirigía hacia la maleza y copulaba uno tras otro con cada uno de los machos. En cada caso, Fifi llegó a tiempo de intervenir. En una ocasión logró lo que se proponía; mientras el viejo McGregor copulaba con su madre, saltó a la espalda de aquél y le empujó con tal fuerza que le hizo perder el equilibrio, cayendo dando tumbos ladera abajo.

Durante toda la semana siguiente persiguió a Flo dondequiera que fuese una larga escolta de machos. No podía sentarse ni tumbarse a descansar sin tropezar con unos cuantos pares de ojos que la vigilaban; si en alguna ocasión se incorporaba, ya estaban los machos en pie y preparados para seguirla. Cada vez que ocurría algo (cuando llegaban a un lugar donde les esperaba alimento, cuando abandonaban sus nidos por la mañana o cuando un grupo de chimpancés se unía a ellos), todos y cada unos de los machos copulaban con Flo. Nunca presenciamos ninguna disputa; cada uno esperaba sencillamente su turno. Sólo en una ocasión el irascible J. B. comenzó a mostrar signos de impaciencia agitando una enorme rama, con la cual acabó golpeando la cabeza de David, que era entonces el favorecido. Este, como respuesta, se limitó a apretujarse contra Flo y cerrar los ojos, ante lo cual J. B. decidió retirarse sin atacarle directamente.

Por lo general, los adolescentes machos no disfrutaban, en este sentido, de los privilegios de los adultos. Normalmente se veían obligados a aprovechar un momento en que sus mayores se hallaban sexualmente saciados; si entonces encogían los hombros o agitaban una rama a cierta distancia de la hembra, ésta, por lo regular, acudía a la llamada.

Los adultos, aunque contemplaran de vez en cuando a la pareja, no solían poner objeciones a estas expresiones de pasión juvenil. Flo, sin em-

bargo, era un caso aparte, una hembra excepcionalmente solicitada. Cuando un adolescente la requería desde la maleza y ella respondía a su llamada, unos cuantos adultos se ponían en pie rápidamente, dispuestos a seguirla, como si temieran que su favorita pudiera escapar en cualquier momento. La actitud de los adultos cortaba, generalmente por lo sano, las intenciones amorosas del adolescente, que se retiraba a contemplar al objeto de su pasión desde una distancia más prudente.

Una vez vimos a Evered sentado a cierta distancia de Flo y mirando a ésta y a los adultos sucesivamente, como dividido entre la precaución y el deseo. Después de insinuarse por unos minutos, decidió dar escape a su pasión de otro modo, golpeando unas piedras contra otras,, arrojando puñados de hierba o dando patadas a una piedra a modo de balón. Hecho esto se sentó, y durante diez minutos permaneció agitando una rama, hasta recobrar totalmente la calma.

En su octavo día de celo, Flo llegó al campamento con la zona genital inflamada, herida y sangrante. La herida parecía muy reciente. A las dos horas la hinchazón había desaparecido completamente. Parecía exhausta y todos suspiramos de alivio al comprobar que todo había terminado. Al menos así lo creímos entonces, pues normalmente el período de celo de los chimpancés hembras dura unos diez días. Pero ante nuestro asombro, cinco días más tarde reapareció en la misma situación; de nuevo la seguía una nutrida escolta de machos. Esta vez la hinchazón duró tres semanas consecutivas, durante las cuales el ardor de sus admiradores no se debilitó ni un solo minuto.

Fue durante esa segunda etapa de celo cuando descubrimos que entre Flo y uno de los machos se había desarrollado un tipo de relación que no habíamos observado hasta el momento. Se trataba de Rodolf, cuyo nombre es en realidad Hugo, al que preferimos llamar aquí con aquel nombre para no confundir a los lectores. Rodolf era en aquellos días un chimpancé enorme y poderoso, uno de los dominantes del grupo. Insensiblemente se fue convirtiendo en escolta permanente de Flo. La acompañaba a todas partes, bien a su lado, bien siguiéndola a corta distancia; se detenía cuando ella lo hacía y dormía en un lecho lo más cercano posible al de Flo. Esta, a su vez, corría hacia él durante aquellas semanas cada vez que sentía miedo o dolor; se acercaba a Rodolf, quien le ponía suavemente una mano en el hombro para tranquilizarla o incluso, en algunas ocasio-

nes, la rodeaba con su brazo. Y, sin embargo, permanecía impasible cuando alguno de los machos copulaba con Flo.

Durante las últimas semanas de celo de Flo, su hija Fifi reaccionó más tímidamente frente a los machos; probablemente alguno de ellos la había amenazado o incluso maltratado. Cualquiera que fuera el motivo, el caso es que por aquellos días perdió la alegría y vitalidad que la caracterizaban. Ahora se apartaba del grupo cada vez que había una conmoción, sin participar en la actividad general, y dejó de intervenir en los asuntos amorosos de su madre.

Ella, que dos semanas antes había tomado los plátanos de las manos de los machos que frecuentaban la compañía de Flo, no se atrevía ahora siquiera a acercarse a ellos cuando se aprovisionaban de su fruta preferida en nuestro campamento.

El hecho es que la leche de Flo se había secado en este período de receptividad sexual, y en ello probablemente radicaba la causa de la extraña conducta de Fifi. Nada es capaz de calmar a una cría de chimpancé como unos cuantos tragos de leche materna. Desde luego, si uno de los chimpancés amenazaba a Fifi, ésta corría todavía a su madre en busca de protección, pero ¿qué había sido de aquella leche reconfortante y tranquilizadora? Cuando el grupo se detenía a descansar, Fifi corría hacia su madre y comenzaba a asearla o simplemente se sentaba junto a ella con una mano en reposo en alguna parte del cuerpo materno. Cuando el grupo se hallaba en movimiento, en vez de correr a la cabeza o saltar y brincar alrededor de Flo, se aferraba a su espalda como si hubiera vuelto a la primera infancia. A veces llegaba incluso a colgarse del vientre de Flo, como las crías más jóvenes, con lo cual su espalda golpeaba continuamente contra el suelo.

Un día Flo llegó al campamento acompañada solamente de su hija. La inflamación había desaparecido, convirtiéndose en una bolsa de piel arrugada y tumefacta. Estaba increíblemente exhausta, después de aquellas cinco semanas agotadoras. Tenía dos nuevos desgarrones en las orejas y el cuerpo cubierto de heridas y arañazos. Aquel día se limitó a arrastrarse por entre las tiendas, ofreciendo un aspecto verdaderamente lamentable. Finalmente, se fue como había venido, seguida por la fiel compañía de Fifi.

Al día siguiente se hallaba un grupo de machos recogiendo su ración diaria cuando apareció Flo, arrastrándose a lo largo del camino. En el momento en que los chimpancés la divisaron, corrieron hacia ella con el pelo erizado. Flo, emitiendo un alarido, trepó a toda velocidad a la palmera más cercana. El grupo la siguió, encabezado esta vez por David. Al llegar al pie del tronco todos se detuvieron, hasta que David comenzó lenta y deliberadamente a ascender al árbol. Lo que ocurrió allá arriba nunca lo supimos, porque las hojas nos lo ocultaban. Unos momentos después David reaparecía y bajaba al suelo. Pasó junto a los otros cinco machos y regresó al campamento. Segundos después Flo comenzó asimismo el descenso. Al llegar a medio camino miró hacia el grupo y pareció dudar, pero continuó descendiendo. Al llegar al suelo se agazapó de espaldas al grupo; Goliat fue el primero en acercarse a inspeccionar la zona antes inflamada, hurgando con el dedo entre la piel arrugada y acercándoselo después a la nariz. Terminada la inspección, regresó al campamento y Leakey ocupó su lugar. Después de Leakey vino Mike, y tras éste Rodolf y el viejo McGregor. Uno tras otro volvieron a su interrumpida colación, dejando a Flo abandonada en medio del camino. ¿Quién sabe qué pensaría en estos momentos?

A pesar de todo, Rodolf siguió acompañando fielmente a Flo, y durante las dos semanas siguientes Figan, que había permanecido apartado de su madre durante el período de celo, volvió a frecuentar su compañía. Un día, unos ocho después de la desaparición de los últimos vestigios de inflamación, Rodolf, que había estado ocupado en asear a Flo, la arrojó súbitamente al suelo y comenzó a inspeccionar la zona genital de aquélla, llevándose el dedo a la nariz una y otra vez, con un extraño destello en los ojos. Pero evidentemente las secreciones hormonales de Flo no parecían anunciar un nuevo período de celo, porque al poco rato ambos volvían a sentarse tranquilamente. Tres veces le vimos repetir su intento. Rodolf ignoraba entonces que habrían de pasar cinco años antes de que Flo entrase de nuevo en celo.

8. El centro de alimentación

Aquella memorable época de celo de Flo tuvo dos resultados principales: primero, quedó preñada; segundo, todos los chimpancés que la habían escoltado durante aquellas cinco semanas se habituaron a nuestro campamento y continuaron sus asiduas visitas una vez que Flo volvió a su estado normal. Tuvimos que pensar, pues, en establecer un centro de alimentación permanente, capaz de atraer a aquellos nómadas a nuestro campamento cada vez que se hallasen en las cercanías. De esta forma podríamos observar sin dificultad a una serie de chimpancés ya conocidos.

En primer lugar, tuvimos que hallar un modo más adecuado de ofrecerles los plátanos. Esparcirlos por el suelo tenía sus desventajas: cada macho adulto podía llegar a devorar, si se le dejaba, cincuenta plátanos o más de una sola vez y, por otra parte, los papiones comenzaban a estorbar con su presencia.

Tardaríamos más de seis años en resolver definitivamente estos problemas, pero cuando al finalizar el primero Hugo y yo regresamos a Inglaterra, ya habíamos al menos sentado las bases de lo que nuestro centro sería en el futuro. Con la ayuda de Hassan fabricamos unas cuantas cajas de cemento que enterramos parcialmente en el suelo y cuyas tapas, de acero, permanecían cerradas por unos cables sujetos a unas asas situadas a cierta distancia. Cuando soltábamos los clavos que sujetaban las asas, los cables se aflojaban y las tapas caían, permitiendo el acceso a las cajas. Estábamos terminando de instalarlas a primeros de diciembre cuando llegó Kris Pirozynski, un joven micólogo polaco que se proponía estudiar los diferentes tipos de hongos de la zona del Gombe. Kris accedió a cuidar del campamento y vigilar los chimpancés durante nuestros cuatro meses de ausencia. Hassan y Dominic estarían allí para ayudarle.

Este último había aceptado con alborozo el encargo de tomar notas diarias de la conducta de los chimpancés.

Para entonces Hugo y yo estábamos ya muy enamorados, pero nos preguntábamos si lo nuestro era amor verdadero o simplemente el resul-

tado de nuestro aislamiento en la selva, lejos de la sociedad europea. ¿Serían los mismos nuestros sentimientos una vez vueltos a la civilización? Creíamos estar seguros de ello, pero antes de contraer matrimonio decidimos ponernos a prueba durante una temporada. Yo iba a pasar un tercer trimestre en Cambridge; después, Hugo se reuniría conmigo y juntos viajaríamos a Washington, donde mostraríamos una de las películas filmadas por aquél a los miembros de la *National Geographic Society*. Al encontrarnos de nuevo en un mundo de seres humanos podríamos estar seguros de nuestros sentimientos. El caso fue que lo estuvimos ya desde el momento en que nos separamos.

Nos dijimos adiós una semana antes de Navidad; el 26 de diciembre recibí en casa de mi familia, en Bournemouth, el siguiente telegrama: "¿Te casarías conmigo? Amor. Hugo". El telegrama debía haber llegado a mis manos dos días antes, y aunque respondí inmediatamente, el pobre Hugo tuvo que partir para un *safari* y no recibió mi respuesta hasta cinco días después, cuando llegó a un lugar en que pudo establecer comunicación telefónica conmigo.

Decidimos casarnos en Londres, después de la conferencia de Washington y una vez terminado mi trimestre en Cambridge. A pesar de todas las dificultades que presenta el organizar una ceremonia de este tipo cuando los invitados se reparten entre Cambridge, Nairobi, Holanda y Bournemouth, Hugo y yo coincidimos después en que nunca lo habíamos pasado mejor en una boda. Una figurita decorativa, representando a David, coronaba el pastel, y de las paredes colgaban enormes fotos en color de Goliat y David, Fifi y Flo y otros muchos chimpancés. Todo, empezando por mi vestido y los de las damas y terminando por los lirios y los narcisos, era blanco y amarillo, como el sol que asomaba entre las nubes blandas y algodonosas. Nos entristeció que Louis, después de todas sus maquinaciones y predicciones, no pudiera acudir a la ceremonia, pero envió, en cambio, un mensaje grabado en cinta magnetofónica; le representaron su hija y su nieta, una de mis damas de honor.

Tres semanas antes de nuestra boda recibimos la noticia de que Flo había tenido un hijo. No pudimos, naturalmente, alterar los planes para la ceremonia, pero sí decidimos reducir nuestro viaje de novios a tres días con el fin de regresar lo antes posible al Gombe.

Cuando, después de atravesar ríos desbordados, de desviarnos en ocasiones para evitar algunos más y de poner, al fin, nuestro *jeep* a bordo de un tren, llegamos a la reserva, el hijo de Flo, a quien llamaríamos Flint, tenía ya siete semanas. Era aún pequeñísimo, y su pecho y abdomen, casi totalmente carentes de pelo, eran de color rosado. Si cierro los ojos por un momento aún puedo revivir ahora, seis años más tarde, la emoción que sentí cuando vi acercarse a Flo con su hijo aferrado a su vientre. Al sentarse su madre, Flint paseó su vista en torno suyo: tenía un rostro perfecto, pequeño, pálido y arrugado, los ojos oscuros y muy brillantes, las orejas redondas y rosadas y la boca un poco ladeada, todo esto enmarcado en una orla de pelo negro, aún bastante escaso. En cierto momento se desprendió de su madre y abrió la mano, mostrando unos dedos diminutos y rosados; a poco se aferraba de nuevo al pelo de Flo y comenzaba a buscar, hasta encontrarlo, el pezón de su madre. Ésta le ayudó, alzándole unos cuantos centímetros para que pudiera situarse más cómodamente. Permaneció así durante unos tres minutos y luego pareció dormirse. Cuando Flo se levantó para irse le sostuvo cuidadosamente con una mano y comenzó a caminar, utilizando solamente tres de sus extremidades.

Dominic fue el primero en ver al recién nacido. El 28 de febrero Flo había acudido al campamento aún preñada; al día siguiente reapareció con su pequeño. Como de costumbre, le acompañaban Fifi y Figan; los dos se habían sentado junto a su madre para contemplar al recién llegado y la primera pasó largo tiempo acicalando a aquélla. Poco después Figan comenzó a perder el interés por su hermano, mientras que a Fifi le sucedía todo lo contrario.

Dominic y Kris nos comunicaron a nuestra llegada otras noticias interesantes. Unos cuantos chimpancés desconocidos, entre ellos algunas hembras, habían comenzado a frecuentar el campamento. Goliat perdía poder como macho dominante y parecía que Mike le sucedería en el puesto. Melissa, una de nuestras hembras jóvenes, estaba preñada. Y, finalmente, y esto era lo más importante, la presencia de los chimpancés en el campamento comenzaba a hacerse insoportable. J. B. había aprendido a desenterrar cajas y cables de forma que Hassan se había visto obligado a enterrar las primeras en cemento y recubrir los segundos con cañería que había resultado muy cara. Al aprender J. B. a desenterrar asimismo ésta, hubo que encerrarlas también en cemento. Figan y Evered habían tratado

en varias ocasiones de abrir las cajas sirviéndose de palos, y alguna vez lo habían conseguido. Mas lo peor, al menos desde el punto de vista de Kris, era que los chimpancés, siguiendo el ejemplo de David, habían comenzado a entrar en las tiendas y apoderarse de ropas y sábanas. Nuestro amigo había tenido que poner fin a estos desmanes, guardando todos sus enseres en baúles de hojalata o fuertes cajones de madera. Para colmo, a Goliat le había dado por masticar lona y a poco tiempo el grupo de chimpancés le imitaba, desgarrando y rumiando los asientos de las sillas, trozos de nuestras tiendas y todo lo que pudieran encontrar..., incluso habían destrozado completamente el catre del pobre Kris. Finalmente, en las últimas semanas se había puesto de moda entre nuestros huéspedes el masticar madera; una de las paredes del armario de Hassan y la pata de una silla habían desaparecido.

Algunas otras noticias eran realmente alarmantes: los chimpancés más atrevidos habían comenzado a asaltar las chozas de los pescadores para llevarse sus ropas. Temimos que alguno de los africanos fuera agredido al tratar de defender sus enseres, pues ignoraban hasta qué punto estos chimpancés habían perdido el miedo al hombre. Una noche discutimos el problema hasta muy tarde y decidimos trasladar, lo antes posible, el centro de alimentación al interior del valle.

El traslado resultó mucho más sencillo de lo que esperábamos. En primer lugar y con la ayuda de Hassan, instalamos las cajas de cemento en el lugar elegido, y una vez hecho esto, transportamos el resto de nuestro equipo. Todo lo hicimos al atardecer, con objeto de molestar a los chimpancés lo menos posible con las idas y venidas de los cargadores africanos.

Sólo quedaba habituar a nuestros clientes a las nuevas instalaciones. Una mañana me hallaba esperando en el nuevo campamento que algún chimpancé se acercara para ofrecerle un plátano. Hugo había bajado al lugar que acabábamos de abandonar y se comunicaba conmigo por medio de un radio-teléfono. Hacia las once me anunció que había reunido allí a un grupo de chimpancés y que iba a tratar de guiarlos a lo largo de los cuatrocientos metros que le separaban de donde yo me hallaba. Durante unos momentos no pude oír nada; al rato le escuché de nuevo, pero esta vez ronco y sin respiración. Al principio no pude siquiera entender lo que me decía; al fin comprendí que quería que esparciera unos cuantos pláta-

nos en el camino que habrían de seguir los chimpancés, y así lo hice sin perder un segundo.

Acababa de terminar mi tarea cuando apareció Hugo, corriendo con una caja en una mano y un plátano en la otra. Al verme, arrojó éste al suelo y se derrumbó junto a mí, exhausto, mientras que los chimpancés que le seguían celebraban el hallazgo del festín con gritos de alborozo, besos y abrazos. Poco a poco la confusión fue calmándose, conforme masticaban los plátanos.

Hugo me contó después que había mostrado un plátano a David, el cual se hallaba entre los seis machos del grupo, y que, cogiendo una de las cajas que utilizábamos para almacenar la fruta, había comenzado a correr sendero arriba hacia el nuevo campamento. David, haciéndosele la boca agua, había seguido tras él, y el grupo le había imitado. Me confesó Hugo que en cierto momento se había horrorizado al pensar qué ocurriría si uno de ellos le alcanzaba, le arrebataba la caja y comprobaba que se hallaba vacía.

En poco tiempo los chimpancés se familiarizaron con el nuevo campamento. Al fin y al cabo, son nómadas acostumbrados a desplazarse para hallar alimento; los higos, por ejemplo, maduran antes en unos lugares que en otros. Para ellos, los plátanos habían madurado durante largo tiempo en un lugar, y cuando en éste se habían agotado, comenzaban a aparecer en otro.

En el nuevo campamento, lejos del ruido que hacían los pescadores en la playa, algunos de los chimpancés que se habían mostrado tímidos y recelosos anteriormente se comportaban ahora de modo natural. Por otra parte, comenzaron a aparecer nuevos ejemplares que no habíamos visto por entonces. Esto ocurrió en el momento oportuno, pues precisamente por aquellos días algunas edades estaban muy escasamente representadas en nuestro grupo: sólo teníamos dos adolescentes y muy pocas hembras adultas jóvenes. Tan pronto como localizábamos un nuevo ejemplar entre las ramas de un árbol, nos ocultábamos en una de las tiendas y vigilábamos a través de la malla de las ventanas. De esta forma, el recién llegado sólo tenía que acostumbrarse a la novedad de las tiendas y las cajas, y no, por añadidura, a la de la presencia de los seres humanos. A la puerta de la tienda solíamos poner un montón de plátanos con la esperanza de que los

nuevos se atrevieran a pedir unos cuantos a los ya habituados a nuestra presencia.

A veces llegaban hasta los árboles más cercanos al campamento y se detenían allí a contemplar, asombrados, las idas y venidas de sus compañeros, antes de aventurarse al claro. Durante horas y horas permanecíamos encerrados en el interior de la tienda, en medio de un calor sofocante, pero nuestros sacrificios valieron la pena.

Un día apareció Goliat seguido de cerca por una hembra en celo desconocida. Hugo y yo colocamos rápidamente un montón de plátanos en un lugar donde la pareja pudiera verlos y nos escondimos en la tienda para observar. Cuando la hembra vio nuestro campamento, trepó a un árbol y desde lo alto contempló el claro; Goliat se detuvo inmediatamente y comenzó a mirarla, dirigiendo después la vista hacia los plátanos. Dio algunos pasos en dirección hacia ellos, se detuvo de nuevo y miró a su compañera. Ésta permanecía inmóvil. Goliat continuó su camino lentamente y, aprovechando su descuido, la hembra descendió del árbol silenciosamente y desapareció de nuestra vista. Cuando Goliat se dio cuenta de lo ocurrido, corrió ladera arriba; poco después reaparecían ambos y trepaban a un árbol, el macho con el pelo erizado. Una vez instalados en las ramas, Goliat comenzó a asear a su pareja, pero sin dejar de echar continuas ojeadas hacia los plátanos. Desde el lugar en que se hallaba no podía verlos, pero sabía, desde luego, que se encontraban allí, y como había estado ausente durante días, probablemente en estos momentos se le hacía la boca agua anticipando el festín.

Al fin decidió descender del árbol y acercarse al campamento, pero no sin dejar de vigilar a la hembra, la cual permanecía sentada e inmóvil. Hugo y yo teníamos la impresión de que esperaba el momento oportuno para apartarse de Goliat. Cuando éste hubo avanzado lo suficiente como para perder de vista a su compañera, pareció recordarla súbitamente y trepó a un árbol para mirarla. Allí seguía, sentada en la rama. Goliat avanzó unos cuantos metros y volvió a repetir la operación. De nuevo se tranquilizó al verla. La escena se repitió una y otra vez a lo largo de los cinco minutos siguientes, durante los cuales Goliat seguía aproximándose a nuestro campamento. Al llegar hubo de enfrentarse con un nuevo problema: allí no había árboles desde los que vigilar a su compañera. Por tres veces entró en el claro, para regresar corriendo al último árbol del ca-

mino. La hembra no se movía. De repente, Goliat pareció tomar una decisión y como un rayo se lanzó hacia los plátanos. Tomando solamente uno volvió a subir al árbol; ella seguía en la misma rama. Goliat terminó de comer el plátano y, algo más tranquilo, se dirigió ahora al montón, cogió todos los que pudo abarcar con un solo brazo y regresó rápidamente al árbol. Pero ahora la hembra había desaparecido; aprovechando el momento de distracción de Goliat, había bajado de su rama, sin dejar de dirigirle continuas miradas, y desapareció en la espesura.

Fue divertido observar la consternación de Goliat. Dejando caer al suelo los plátanos, corrió hacia el árbol, examinó los alrededores y se desvaneció también ante nuestra vista. Durante veinte minutos buscó sin descanso a su pareja, subiendo cada pocos segundos a un árbol para otear en todas direcciones. Finalmente se dio por vencido, regresó al campamento y se sentó, exhausto, a comer lentamente unos cuantos plátanos. Aun ahora volvía la cabeza de vez en cuando hacia lo alto de la cuesta.

Recuerdo también el día en que una hembra adulta, que conocía ya de la selva, apareció por primera vez en el límite del claro. Se quedó entre los árboles observando, mientras su hijo de cuatro años entraba en el campamento con el resto del grupo. Aquél avanzó, ante nuestro asombro, hasta el barandal de nuestra tienda y levantó poco a poco una esquina de la lona para mirar al interior, mientras nosotros nos agazapábamos dentro sin atrevernos apenas a respirar. Sin sobresaltarse lo más mínimo, dejó caer la lona de nuevo y continuó la búsqueda de cáscaras de plátano. Éste fue el chimpancé de su edad más atrevido que hemos encontrado jamás.

Fue por estos meses cuando comenzamos a darnos cuenta de que Figan estaba excepcional mente dotado. Al acudir cada vez un número mayor de chimpancés a nuestro campamento, las cajas resultaron insuficientes; encargamos unas nuevas tapas en Kigoma, pero pasó largo tiempo antes de que las recibiéramos. Cada vez se hacía más difícil la distribución equitativa de plátanos y, por tanto, decidimos esconder algunas frutas entre las ramas de los árboles. Los jóvenes como Figan aprendieron rápidamente a participar en el juego, mientras los adultos recogían su ración en las cajas. En una ocasión, y cuando el grupo había terminado su comida, Figan descubrió un plátano que los demás habían pasado por alto, pero desgraciadamente Goliat se encontraba descansando debajo de la rama en que se hallaba. Aquél, después de dirigir a su congénere una

rápida ojeada, se instaló al otro lado de la tienda, en un lugar donde no podía ver el plátano. Cuando, quince minutos después, Goliat se levantó para irse, Figan sin dudarlo un segundo, se dirigió al árbol y tomó la fruta. Evidentemente había comprendido la situación; si hubiera pretendido coger el plátano bajo la vigilancia de Goliat, éste se lo habría arrebatado, y si se hubiese quedado donde estaba, no hubiera podido evitar lanzar alguna ojeada a la codiciada fruta, lo cual, dada la facilidad de los chimpancés para interpretar las miradas de sus compañeros, habría puesto a Goliat sobre la pista. Por lo tanto, Figan no sólo había conseguido sus deseos, sino que se había apartado del lugar peligroso que podría delatarle. Hugo y yo quedamos, naturalmente, muy impresionados, pero Figan habría de sorprendernos aún más en otras ocasiones.

Por lo general, cuando los chimpancés han estado descansando, si uno de ellos se pone en pie y emprende la marcha, los demás le siguen inmediatamente. No tiene que ser necesariamente uno de los machos dominantes; una hembra, o incluso un joven, puede provocar la partida. Un día en que Figan, por acompañar a un grupo numeroso, no había podido conseguir más de un par de plátanos, se levantó súbitamente y comenzó a caminar. Los otros le imitaron. Diez minutos después regresaba al campamento él solo y recogía, libre de competencia, su ración de plátanos. Pensamos que se trataba de una coincidencia, como bien pudo ser en aquella primera ocasión. Pero cuando repitió la misma maniobra una y otra vez, no tuvimos más remedio que aceptar que lo hacía deliberadamente. Una mañana, cuando, después de poner en práctica la consabida argucia, regresó al campamento con su viveza característica, halló que uno de los machos dominantes se le había adelantado y que, sentado en el suelo, comía plácidamente. Figan le contempló durante unos segundos, tras lo cual armó un enorme escándalo, dando alaridos y pateando el suelo. Al fin salió corriendo tras el grupo al que había abandonado, hasta que sus aullidos se perdieron en la distancia.

El nuevo campamento era un lugar perfecto para una pareja de recién casados. Habíamos plantado nuestras tiendas a la sombra de un pequeño palmeral, junto a un claro cubierto de hierba que durante cuatro meses al año se encendía con flores escarlatas. Innumerables pájaros de brillo metálico acudían durante el día a libar el néctar de aquéllas, y al atardecer, algún *boosbog* se acercaba grácilmente a husmear entre la hierba. Por

un extremo del claro corría un riachuelo, y en su agua cristalina de montaña nos lavábamos cada tarde. Nosotros mismos preparábamos nuestro desayuno; a mediodía comíamos un par de rebanadas de pan, pues Hugo estaba dispuesto a que, ahora que me había convertido en su esposa, no me transformara en un esqueleto. Después, al caer la noche, Dominic y Sadiki, los africanos que habíamos contratado para ayudar en el trabajo del campamento, nos hacían la cena y ordenaban nuestras cosas.

Nunca podremos olvidar aquellos días; compartíamos no sólo el amor, siempre en aumento, que contribuía a enriquecer nuestras vidas, no sólo la belleza de las montañas y las selvas que nos rodeaban, sino también el trabajo y la experiencia, que ambos preferíamos a cualquier otra cosa: el observar a los animales y aprender su vida y su conducta.

Aquel año, entre otras cosas, descubrimos una nueva herramienta de los chimpancés. Sucedió cuando nos hallábamos en la selva observando a Olly y sus dos hijos, Gilka y Evered. Este último, en cierto momento en que trepaba a un árbol, se detuvo súbitamente, con la cabeza muy próxima a la corteza, para mirar lo que parecía un pequeño agujero. Arrancó un puñado de hojas, las masticó por un momento, las sacó de la boca y las introdujo en el agujero. Al sacarlo, vimos el destello del agua. Evered succionó rápidamente el líquido de aquella improvisada esponja y volvió a repetir la operación. En aquel momento, Gilka se le acercó y le observó atentamente; cuando se retiró, su hermano trató de imitarle, pero el agua se había agotado, ante lo cual arrojó las hojas al suelo y se alejó. Más tarde pudimos ver repetidamente este proceso, pues decidimos hacer un agujero en el tronco de árbol caído en las inmediaciones del campamento y llenarlo de agua. En todos los casos los chimpancés manoseaban y masticaban las hojas para hacerlas mucho más absorbentes, lo cual constituye, sin ninguna duda, un nuevo ejemplo de fabricación de herramientas. Pero, indudablemente, lo más interesante que ocurrió aquel año es que fue posible registrar, tanto por escrito como en película, el desarrollo de una cría de chimpancé salvaje semana tras semana: el de Flint. Hasta aquel momento conocíamos bien a Flo y su familia; desde entonces se convirtieron en parte integral de nuestras vidas. Mucho aprendimos sobre su conducta registrando todas sus acciones objetivamente, pero sobre todo comenzamos a tomar conciencia de cada uno de ellos como individuos; “intuitivamente” llegamos a saber cosas acerca de ellos que no podíamos definir

con términos científicos. Aunque confusamente, comenzábamos a vislumbrar qué cosa es, en verdad, un chimpancé.

Nuestra única desilusión aquel año fue haber estado ausentes durante las primeras semanas de la vida de Flint, pero el nacimiento de un hijo de Melissa vino a compensar aquello, al menos en parte. El calor había dado paso al fresco del atardecer y el sol estaba ya bajo en el firmamento cuando vimos al pequeño por primera vez. Melissa se acercaba a nuestro campamento utilizando tres de sus miembros y sosteniendo al recién nacido con una mano. A cada momento se detenía para desenredar algo que había quedado prendido en la maleza; al acercarse descubrimos que era la placenta, unida aún al pequeño por el cordón umbilical.

Melissa vino directamente hacia nosotros sin mostrar temor por su cría. Parecía trastornada; tenía la mirada perdida y sus movimientos eran lentos e inseguros. Cuando uno de los machos adultos se acercó a ella, Melissa, siempre la primera en saludar a un chimpancé, siempre ansiosa de congraciarse con sus superiores, le ignoró totalmente. Tampoco le siguió cuando, después de cierto tiempo, el macho partió. Continuó sentada con el hijo acurrucado entre sus muslos, sosteniéndole la cabeza con el brazo. Durante unos momentos no pudimos ver al pequeño, hasta que Melissa terminó de comer unos cuantos plátanos y retiró el brazo con que lo rodeaba.

La cabeza del recién nacido cayó entonces en las rodillas de su madre, y ésta, inclinándose hacia delante, contempló su diminuto rostro. Nunca hubiéramos podido imaginar una carita tan contorsionada y divertida. Era cómica en su fealdad, con sus enormes orejas, los labios fruncidos y la piel increíblemente arrugada y de un negro azulado en vez de rosáceo. Había cerrado fuertemente los ojos, cegado por la luz mortecina del atardecer, y parecía más un gnomo o un duende ajado que un chimpancé. Desde aquel momento le llamamos Goblin. Melissa estuvo contemplándole durante dos largos minutos, al cabo de los cuales le tomó por la espalda y se dirigió a la espesura con el fin de hacer su lecho para la noche. Hugo y yo la seguimos a prudente distancia. Aproximadamente cada quince pasos, Melissa se sentaba a descansar antes de continuar su camino, con su hijo en una mano y la placenta todavía arrastrando. Era ya tarde cuando se acercó a un árbol frondoso y trepó hasta sus ramas; la oscuridad nos impidió verla terminar su lecho, que era mayor de lo habi-

tual y que fabricó sirviéndose sólo de tres miembros. La operación le llevó ocho minutos, cinco más de los habituales. Al fin, se tendió en el lecho y todo quedó en silencio.

Sólo entonces la abandonamos. Descendimos la montaña sin hablar pensando en Melissa, recordándola asombrada ante el milagro de la vida como tantas otras madres, humanas o no, lo han estado a lo largo de los siglos. Por primera vez desde su más tierna infancia, Melissa compartía hoy su lecho con otro chimpancé.

9. Flo y su familia

La vieja Flo estaba echada sobre su espalda al sol de las primeras horas del día, con el vientre cubierto de nueces de palmera y sosteniendo a Flint en el aire, sobre ella, al que asía una de sus diminutas muñecas con su grande y calloso pie. Mientras se balanceaba, moviendo delicadamente su brazo libre y pataleando con las piernas, la madre comenzó a cosquillearle en las ingles y el cuello, hasta que Flint abrió la boca con expresión juguetona: la sonrisa del chimpancé. Fifi se hallaba sentada al lado, mirando a Flint y tocándole con suavidad de vez en cuando; su hermano tenía en aquel momento diez semanas.

Faben y Figan, los dos hijos mayores de Flo, jugaban cerca: desde el nacimiento de Flint, ocurrido dos meses y medio antes, Faben había comenzado a ir de un lado a otro con su familia más y más frecuentemente. Muy a menudo, cuando el juego los excitaba, podía escuchar los cloqueos de sus risas.

De pronto, Faben, tres o cuatro años mayor que Figan, comenzó a jugar de forma particularmente ruda, sentándose y golpeando con las plantas de sus pies la cabeza de aquél. Después de unos momentos, Figan se cansó: abandonó a Faben y con su garbosa manera de caminar se acercó a Fifi para entretenerse con ella. Pero entonces Flo, llevando a Flint en su regazo, se levantó para instalarse a la sombra; Fifi abandonó a Figan para seguir a la madre: desde que Hugo y yo volvimos al Gombe, cuando Flint tenía siete semanas de vida, notábamos a Fifi progresivamente fascinada por su nuevo hermano.

Flo se sentó y comenzó a cosquillear y mordisquear suavemente con sus viejos y gastados dientes el cuello de Flint; Fifi, por su parte, se sentó de nuevo al lado y acarició la espalda de su hermano. Flo hizo caso omiso. Algún tiempo atrás, sin embargo, cuando Flint no tenía aún dos meses, la madre solía retirar la mano de Fifi cada vez que ésta quería tocar a aquél; a menudo, la única forma en que había podido acercarse a su hermano había sido comenzando por acariciar a Flo, aproximándose así, poco a poco, a aquellos lugares en que las manos de Flint se asían al pelo

de la madre. De propósito, Fifi rondaba con las suyas las de Flint, acariciando ocasional y brevemente sus diminutos dedos: entonces, lanzando una rápida mirada hacia la madre, volvía apresuradamente a su maniobra inicial.

Ahora, sin embargo, Flint había crecido y Fifi podía, por lo general, tocarle. Pude ver cómo Fifi comenzaba a jugar con su hermano, le tomaba una mano y le mordisqueaba los dedos. Flint emitió un suave gemido —quizá Fifi le había lastimado— e inmediatamente Flo apartó la mano de su hija y abrazó fuertemente al pequeño. En su frustración, Fifi se balanceó de un lado a otro con los brazos entrelazados detrás de la cabeza, mientras miraba fijamente a Flint e iniciaba un mohín con los labios. No transcurrió mucho tiempo sin que se acercara de nuevo, muy delicadamente esta vez, para volver a tocar a su hermano.

Siempre me ha fascinado la forma en que los niños van emergiendo de su estado inicial de criaturas indefensas y comienzan a sentirse progresivamente interesados en personas y cosas.

Es evidente que una cría de chimpancé es más atrayente conforme crece, y no sólo para su madre y miembros más directos de su familia, sino también para los otros componentes del grupo y para los observadores humanos. Tanto para Hugo como para mí, el placer de seguir de cerca los progresos de Flint durante ese año constituye todavía hoy una de nuestras experiencias más agradables, comparable únicamente a la alegría que conoceríamos mucho después al ver crecer a nuestro propio hijo.

A los tres meses, Flint podía subir por sí mismo sobre el cuerpo de Flo, asir puñados de sus pelos, usar los brazos y presionar con los pies. Para entonces comenzó a responder, cuando se le acercaba Fifi, alargándole los brazos. Fifi se obsesionaba más y más con su hermanito. Comenzó a intentar, repetidamente, sacarle de la protección de la madre, cosa que Flo impedía al principio con firmeza, pero no la castigaba, ni siquiera cuando Fifi insistía, tirando de su hermano; unas veces le retiraba la mano; otras se levantaba y dejaba sola a Fifi, que se quedaba balanceándose y con los labios contraídos. En otras ocasiones en que Fifi se hallaba particularmente revoltosa, Flo, en lugar de rechazar sus avances, la acariciaba o jugaba con ella aguadamente. Todo esto servía, por lo general, para distraer la atención de Fifi, al menos por algún tiempo.

Conforme avanzaba el año, parecía que Flo, quizá como resultado de jugar tan a menudo con Flint y con Fifi, sus dos hijos más jóvenes, se hacía más retozona. A menudo, conforme pasaban las semanas, la veíamos jugar con Figan y con Faben, que tenía doce años, cosquilleándoles o persiguiéndose uno a otro en torno a un árbol, mientras Flint colgaba siempre de la madre. En cierta ocasión, en medio de un retozo con Faben, la vieja hembra puso su cabeza calva en el suelo, alzó su huesuda rabadilla y dio una auténtica voltereta; inmediatamente, como si se sintiera avergonzada, se alejó y, sentándose, comenzó a acicalar a Flint con todo cuidado.

Cuando Flint contaba trece semanas, pudimos ver que Fifi conseguía, finalmente, llevarse a aquél del regazo de la madre. Flo se hallaba acicalando a Figan cuando Fifi, con infinita atención y lanzando ojeadas rápidas al rostro de aquélla, comenzó a tirar del pie de su hermano. Milímetro a milímetro fue acercando la cría hacia sí hasta que, de repente, la tuvo en sus brazos. Fifi estaba echada de espaldas y estrechaba a Flint sobre su vientre con brazos y piernas. Permanecía inmóvil.

Para sorpresa nuestra, Flo fingió, durante unos momentos, no darse cuenta de lo ocurrido. Pero cuando Flint, que quizá no había perdido contacto por completo con el cuerpo de su madre, se dio media vuelta con los brazos extendidos hacia ella, haciendo pucheros y emitiendo un suave *hoo* de inquietud, Flo lo estrechó inmediatamente contra su pecho, inclinándose para besarle en la cabeza. Flint buscó ávidamente el pecho de la madre, poniéndose a mamar por unos momentos antes de volverse para mirar a Fifi. Y ésta, con las manos cogidas en la nuca y los codos al aire, se quedó mirando fijamente a su hermano.

Diez minutos después se le permitía a Fifi que tuviese a Flint en sus brazos por unos segundos, pero, una vez más, tan pronto como el pequeño emitió su breve gemido, la madre acudió a rescatarlo. Y Flint, de nuevo, repitió su anterior actuación.

Desde este momento no pasaba un día sin que Fifi tomase a su hermano en brazos. Flint iba acostumbrándose a ello, aquélla pudo tenerle encima por más y más tiempo, mientras que Flint retrasaba cada vez más su quejido, que durante los próximos nueve meses provocaría que Flo acudiese rápidamente en su ayuda. La madre llegó incluso a permitir que Fifi transportase a Flint cuando la familia vagaba por los bosques. En las

ocasiones en que Flo y su familia formaban parte de un grupo grande, aquélla protegía más a su hijo. Si Fifi se alejaba con Flint, les seguía la madre, lanzando ella misma suaves quejidos, hasta que alcanzaba a la raptora y recuperaba la cría. Ni siquiera entonces castigaba a Fifi; se limitaba a asir por el tobillo a su hija y a resguardar a Flint entre sus brazos. En ocasiones Fifi obligaba a su vieja madre a jugar al corro en torno a los árboles, bajo la vegetación, allí donde Flo tenía que arrastrarse, o incluso en lo alto de los árboles. A veces, también para impedir que su madre la alcanzara, se ponía a caminar hacia atrás frente a ella, gruñendo y balanceándose suavemente de arriba abajo, como si se sometiera a sus órdenes, pero sin soltar a Flint, hasta que era obligada a ello.

Mientras Flint era muy pequeño, sus dos hermanos mayores, si bien se le quedaban mirando de vez en cuando, no le prestaban mucha atención. Faben acariciaba con delicadeza, ocasionalmente, a la cría cuando era aseada por la madre, pero Figan parecía temeroso, al principio, de tocar a Flint, y ello a pesar de formar parte integral de la familia. Si cuando Figan y Flo se hallaban juntos, la cría tocaba por casualidad a aquél cuando, al igual que los niños, movía los brazos en torno suyo, su hermano, tras una rápida ojeada a Flo, parecía evitar mirar a Flint. Figan, a pesar de ser ya un vigoroso macho adolescente, mostraba gran respeto por su vieja madre.

Recuerdo con nitidez cierto incidente. Fifi había cogido a Flint y estaba sentada, peinándole, a unos diez metros de Flo. En ese momento apareció Figan, que se instaló junto a su hermana. Flint se volvió hacia él y, con los ojos fijos de par en par en su rostro, asió el pelo del pecho de aquél. Figan se inquietó y, tras una ojeada a Flo, alzó sus manos para situarlas lejos de la cría. Así permaneció inmóvil, mirando a Flint, con los labios contraídos. Flint se acercó más, frotándose contra el pecho de Figan, hasta que, repentinamente, pareció asustarse de lo desconocido. Sus contactos eran, por lo común, con Flo y Fifi, y si intentaba acercarse a una de ellas, era siempre bien recibido en su regazo. Tras hacer un ligero puchero, el pequeño se volvió hacia Fifi, inmediatamente, como si estuviera confundido, emitió un suave sollozo y quiso refugiarse de nuevo en Figan. En este preciso momento fue cuando Flo se precipitó en su ayuda; conforme la madre se aproximaba, Figan prorrumpió en unos bajos y nerviosos gritos y alzó sus manos todavía más, como haciendo el viejo

ademán de rendición. Flo se apoderó de la cría y Figan fue bajando sus manos, lentamente, como aturdido.

Cierto día, cuando Flint no había cumplido todavía cinco meses, Flo se levantó y, en vez de apretar a Flint contra su regazo, asió su brazo con una mano y lo alzó por encima de sus hombros, colocándoselo a la espalda. Así recorrió varios metros, hasta que el hijo resbaló, asiéndose finalmente del brazo de la madre. Flo continuó su camino, con Flint agarrado a su codo, hasta que, a poco, lo instaló otra vez bajo el estómago. Pero al día siguiente, cuando Flo llegó al campamento, lo hizo con su hijo pendiente, de forma harto precaria, de la espalda, asido de pies y manos del escaso pelo de la madre. Cuando Flo se dispuso a marcharse, puso de nuevo a su hijo a su espalda, donde éste permaneció hasta resbalar otra vez y quedar colgado del costado de ella por una mano. En esta ocasión, después de caminar unos treinta metros, Flo volvió a colocarse a Flint a su espalda. Después de ello, Flint cabalgaba casi siempre en tal posición, mientras la madre marchaba por las montañas; esto no nos sorprendió, pues todas las crías, después de cierta edad, comienzan a "cabalgar" sobre sus madres en vez de ir colgadas de ellas. Pero nos quedamos asombrados al advertir que Fifi, la próxima vez que la vimos con Flint, intentaba también portarlo a la espalda. Se trataba, sin duda, de un ejemplo de aprendizaje por medio de la observación directa de la conducta de la madre.

Cuando Flint hubo cumplido cinco meses se había convertido en un jinete consumado, y muy rara vez resbalaba cuando lo llevaba Flo. Pero si el grupo se mostraba inquieto o si Flo caminaba hacia la espesa maleza, la propia madre lo empujaba de forma que se colocase, como al principio, bajo ella. Flint necesitó poco tiempo para aprender a acurrucarse por sí mismo bajo su madre ante la más ligera indicación de la misma.

Por el tiempo en que Flint aprendió a sostenerse a espaldas de la madre le vimos también dar un paso. Durante las anteriores semanas había sido capaz de permanecer en pie, en el suelo, apoyándose con tres miembros y agarrándose al pelo de Flo con una mano; ocasionalmente, había dado un par de pasos en tal postura. En esta mañana concreta, se soltó completamente de Flo y permaneció en el suelo, con las cuatro extremidades apoyadas en él. Entonces, muy despaciosamente, alzó una mano, la movió hacia delante sin problema alguno, y se detuvo. A continuación levantó un pie, osciló de derecha a izquierda, se tambaleó y cayó de bru-

ces, emitiendo un quejido. Inmediatamente llegó Flo en su ayuda, tomándole en sus brazos. Pero se trataba del comienzo. A partir de entonces, Flint caminaba uno o dos pasos más cada día, pero durante varios meses, de forma increíblemente vacilante, se trabucaba en todo momento con pies y manos, sufriendo caídas sin cuento;

Flo estaba lista para recogerlo. A menudo ponía una mano bajo el estómago de su hijo, mientras éste intentaba caminar.

Justo después de empezar a andar, Flint intentó comenzar a trepar. Un día le vimos cogido con ambas manos a un joven renuevo, asiéndose seguidamente, primero con un pie y luego con el otro. Nunca consiguió hacerlo al mismo tiempo con los dos pies; después de unos momentos, cayó de espaldas al suelo. Repitió varias veces su actuación, y Flo, mientras aseaba a Fifi, apoyó indolentemente una mano en la espalda de Flint, impidiendo así futuras caídas. Una semana después de su primer intento, Flint fue capaz de trepar felizmente una corta distancia. Al igual que un niño, encontró mucho más difícil bajar por sí mismo que subir, pero Flo, naturalmente, estaba vigilante, lo mismo que Fifi, y una u otra se abalanzaban a rescatar a la cría tan pronto como ésta lanzaba su suave gemido. Muchas veces, Flo acudía en su ayuda cuando se percataba de que el final de la rama en la cual se balanceaba Flint comenzaba a doblarse, cuando éste se hallaba, todavía, perfectamente feliz. Con igual rapidez le protegía cuando veía alguna señal de inquietud o agresividad entre los restantes miembros del grupo.

Poco a poco Flint comenzó a controlar mejor sus extremidades al caminar, si bien confiaba todavía más en la velocidad que en la coordinación para ir de un sitio a otro. Empezó a aventurarse por sí mismo a algunos metros de Flo y, puesto que cualquier movimiento alejado de su madre era enormemente inquietante y toda excitación hacía que se le erizase el pelo, trotaba por los alrededores como una negra y peluda pelota, con los ojos de par en par, intensamente fijos en algún objeto o individuo que se hallase frente a él.

Fue entonces cuando la fascinación de Fifi por su hermano menor se convirtió en casi una obsesión. Se pasaba la mayor parte del día jugando con él, acicalándole mientras dormía, llevándole consigo. A lo que parecía, Flo no estaba disgustada por compartir, de vez en cuando, parte de la responsabilidad maternal. Con tal de que Fifi no se llevase a Flint fuera

del alcance de su vista, y con tal de que no hubiese posibles machos agresivos en las cercanías, ya no ponía impedimentos a que Fifi "raptase" al pequeño. Tampoco parecía inquietarse si otros jóvenes se acercaban a Flint para jugar tranquilamente con él. ¡No así Fifi! Si veía de pronto a Gilka o a otros de sus antiguos compañeros de juego cerca de Flint, Fifi abandonaba inmediatamente lo que estaba haciendo, corría hacia ellos y expulsaba al joven, amenazándole con su pelo erizado, su agitar de brazos y sus patadas en el suelo. Incluso los chimpancés más viejos que ella misma, con tal de que estuviesen subordinados a Flo, eran amenazados y hasta atacados por la agresiva Fifi. Es de suponer que ésta actuaba así pensando que si ocurría algo, la vieja Flo acudiría rápidamente en su ayuda; parecía que las víctimas de su furia pensaban lo mismo.

Sin embargo, Fifi no podía alejar a Figan o a Faben; conforme Flint crecía, sus dos hermanos mayores parecían más y más interesados en él. A menudo se le acercaban para jugar, cosquilleándole o empujándole suavemente de un lado a otro, mientras colgaba, pateando, de una rama baja. A veces, cuando Figan jugaba con Flint, veíamos a Fifi acercarse rápidamente para iniciar un juego con el primero, a menudo con éxito. Y cuando el juego había terminado, Fifi se precipitaba a jugar ella misma con Flint. ¿Estaba utilizando, quizá, la misma técnica de distracción que Flo había usado con ella?

Cuando Flint se dirigía hacia uno de los machos adultos, Fifi no podía intervenir; se limitaba a sentarse y mirar cómo David, Goliat o Mike se acercaban a Flint y de vez en cuando lo acariciaban o le abrazaban delicadamente. Y conforme pasaban las semanas, Flint, como un niño mimado, exigía más y más atención. Cierto día, mientras se dirigía hacia Mr. McGregor, el viejo macho se levantó y se fue. No lo hizo a propósito; creo que, simplemente, estaba ya a punto de marcharse. Flint quedó como paralizado, mirando sin pestañear la retirada del macho, y seguidamente, tropezando conforme avanzaba con frenética rapidez, cayendo de bruces una y otra vez, le siguió, sin cesar de lanzar sus gemidos. Momentos después llegaba Flo, dispuesta a socorrerle. Pero esto fue sólo el comienzo: durante las siguientes semanas se vio a Flint sollozando tras alguno de los machos adultos que no se hubiera dignado detenerse para saludarle o que, por la razón que fuere, se hubiera alejado de la cría. A menudo, el macho

en cuestión, inquieto quizá por las lamentaciones de Flint, se paraba o se volvía para acariciarle.

Cuando Flint cumplió los ocho meses, había ya permanecido unos quince minutos fuera de la vigilancia de Flo, bien jugando, bien explorando, pero nunca muy lejos de ella en todo caso. Ahora se mantenía mejor sobre sus pies y podía unirse a los juegos de Fifi, algo más rudos, persiguiendo incansablemente una brizna de hierba o instalándose sobre Fifi mientras ésta yacía en tierra, para cosquillearle con manos y boca. Fue por entonces cuando comenzó la época de las termitas.

Un día en que Flo se hallaba buscando termitas, Figan y Fifi, que habían estado comiendo tales insectos de un mismo nido, se cansaron y quisieron marcharse. Pero Flo, que había dedicado más de dos horas a la captura de termitas y que no había conseguido más de dos piezas cada cinco minutos, no daba señales de abandonar su tarea. Conociendo a las viejas hembras, podía suponerse que continuaría con tal ocupación durante otra hora por lo menos. Figan había empezado a caminar en varias ocasiones por el sendero que conducía al arroyo, pero cada vez, después de mirar repetidamente a Flo, volvía para esperar a su madre.

Flint, demasiado joven para pensar en donde estaba, merodeaba en torno al termitero, picoteando una hormiga de vez en cuando. Figan se incorporó de nuevo, repentinamente, ahora para acercarse a Flint. Adoptando la postura de una madre que indica a su hijo, suba a su espalda, Figan dobló una pierna y extendió su mano hacia Flint, emitiendo un suave gruñido suplicante. Flint trotó hacia él de inmediato, y Figan, todavía lamentándose, puso su mano bajo aquél para subirle con delicadeza a su espalda. Una vez que el pequeño se encontró cómodamente instalado, Figan, tras otra rápida mirada a Flo, comenzó a marchar con rapidez por el sendero. Un momento después, Flo dejaba caer su herramienta para seguirlos.

Hugo y yo nos quedamos asombrados ante este ejemplo de la habilidad de Figan para realizar sus planes. Pero su conducta, ¿había sido realmente consciente? No podíamos estar seguros de ello. Pocos días después Fifi hizo exactamente lo mismo. Y una semana más tarde pudimos ver a Faben apoderarse de Flint, después de haber intentado varias veces, también él, convencer a su madre para que se alejara de un termitero. Nunca habíamos visto a Faben llevar a cuestas a Flint antes de tal ocasión.

Conforme la temporada de las termitas avanzaba, resultaba más y más evidente que los hijos mayores de Flo “raptaban” a Flint con el intento deliberado de hacer que su madre dejara, al menos por algún tiempo, su continua búsqueda de insectos. En numerosas ocasiones pudimos ver a los tres realizar su “rapto”. No siempre tenían éxito, desde luego. A menudo Flint se bajaba y volvía hacia la madre por sí mismo; otras veces, si el nido en el cual se hallaba ocupada Flo proporcionaba todavía abundancia de termitas, se precipitaba a rescatar a Flint para volver a aquél, seguida por el fracasado secuestrador, el cual, por lo general, intentaba repetir la operación más tarde.

Flint era demasiado joven para mostrar interés alguno en el asunto de las termitas; si bien de vez en cuando probaba higos o plátanos, casi toda su dieta consistía en la leche de la madre, y así habría de continuar durante un año más. Ocasionalmente toqueteaba con un dedo a una termita en movimiento o jugaba con las herramientas cuando andaba en torno a un termitero. Comenzó también a restregar todo lo que se ponía a su alcance. Cuando las hormigas se desparraman por la superficie de un termitero, los chimpancés más viejos pasan por encima la parte interior de sus muñecas: las termitas quedan enganchadas en los pelos y son arrancadas con los labios. Poco después de observar esta operación, Flint comenzó a restregar todo lo que se ponía a su alcance: la tierra, sus propias piernas, la espalda de su madre mientras cabalgaba sobre ella; todo, excepto termitas. Aunque a veces miraba atentamente el trabajo de su madre y hermanos durante algunos momentos, no estaba realmente interesado en la actividad que absorbía a sus mayores.

Por su parte, Fifi era una gran cazadora de termitas, y cuando Flint, queriendo jugar con su hermana, lanzaba hacia ella y diseminaba aquí y allá los insectos que aquélla había reunido en una brizna de hierba, se irritaba de forma evidente. Lo apartaba violentamente una y otra vez. Desde luego, Fifi seguía jugando con Flint a menudo, siempre que no estuviera ocupada con las termitas, pero como si se hubiese roto un encanto, nunca volvió a mostrar la misma preocupación fanática por el pequeño; ya no le protegía tan continuamente de los contactos con los otros chimpancés jóvenes.

Y así, Flint empezó a ensanchar el círculo de sus amistades, pues Fifi, en particular cuando se encontraba ocupada con un termitero, permitía a

menudo que Gilka u otro de los jóvenes se acercara para jugar con Flint; ya no se mostraba agresiva cada vez que uno de los adolescentes hembras se llevaba a Flint por los alrededores, jugaba con él o le aseaba. Flint, en efecto, crecía. Cuando Fifi quería dedicar toda su atención a su hermanito, ya no podía tratarlo como a un muñeco, pues Flint tenía su propia individualidad. Si Fifi quería llevarle en cierta dirección y él prefería ir a otro sitio, se esforzaba por librarse y seguir su camino. Al mismo tiempo, se hacía más fuerte. Cierto día en que dormía en el regazo de Fifi, asido estrechamente al pelo de ésta, era obvio que la estaba lastimando. Fifi fue soltando con cuidado primero una mano y luego la otra, pero tan pronto como ocurrió esto, Flint, inquieto, se agarró fuertemente de nuevo. Entonces ocurrió algo por primera vez: Fifi se aproximó con su hermano hacia Flo y lo empujó en dirección de la madre.

Cuando Flint cumplió un año, todavía vacilaba sobre sus piernas, pero estaba dispuesto a incorporarse a cualquier juego que estuviese en marcha y ansioso de saludar a cualquiera que viniera a unirse al grupo. Empezaba, en realidad, a tomar parte en la vida social de la comunidad, una comunidad que, en ese momento, no había hallado todavía su equilibrio como consecuencia del espectacular ascenso de Mike al poder absoluto. Flint difícilmente podía haberse dado cuenta de la lucha que había conducido a la derrota de Goliat, ya que ésta había comenzado cuando él nació; Flint creció en un mundo en el cual Mike reinaba sin discusión posible.

10. La jerarquía

El acceso de Mike al rango de macho dominante fue tan interesante como espectacular. En 1963 ocupaba uno de los niveles inferiores en la jerarquía del grupo; era el último en acercarse a los plátanos y sufría continuos ataques por parte de la casi totalidad de los machos adultos. De hecho, durante una temporada llegó a parecer calvo debido a la cantidad de pelo que le era arrancado en aquellas peleas.

Su posición era aún la misma cuando Hugo y yo dejamos la reserva antes de casarnos, a fines de aquel año. Al regresar cuatro meses después, nos encontramos con un Mike completamente diferente. Kris y Dominic nos contaron el comienzo de la historia: cómo había comenzado a utilizar bidones vacíos de parafina para hacer más espectaculares sus alardes de fuerza. No tuvimos que esperar mucho para ver con nuestros propios ojos las nuevas técnicas de Mike.

Hay un incidente que recuerdo con particular detalle. Unos cuantos chimpancés, entre ellos David, Rodolf y el entonces dominante Goliat, se hallaban en una de sus sesiones de aseo mutuo, que duraba ya unos veinte minutos. A unos veinticinco metros se sentaba Mike, completamente solo, mirando insistentemente al grupo y acicalándose con desgana.

De súbito se levantó, se acercó reposadamente a nuestra tienda y se apoderó de una lata de parafina, que tomó por el asa. Recogió después una segunda lata y en posición erecta regresó al lugar que antes ocupaba. Armado de esta guisa y sin dejar de observar al grupo de machos, comenzó, después de unos minutos, a balancearse, apoyándose en uno y otro pie sucesivamente. El movimiento comenzó de forma casi imperceptible: nos hubiera pasado inadvertido si no le hubiésemos estado observando tan detenidamente. Poco a poco comenzó a balancearse con más rapidez, a erizar el pelo y a emitir una serie de alaridos. De súbito se lanzó en dirección al grupo, golpeando las latas una contra otra. Esto, unido al clamor de los aullidos, que eran ahora mucho más potentes, causó tan increíble estruendo que provocó la huida inmediata de los machos. Mike y las latas desaparecieron en la espesura y se hizo de nuevo el silencio. Algunos de

los machos regresaron al lugar y continuaron con su sesión de aseo, pero la mayoría permanecieron de pie, en actitud expectante.

Tras un corto intervalo sonaron de nuevo, cada vez más próximos, los alaridos que precedieron a la aparición de las dos latas y de Mike tras ellas. En línea recta avanzó hacia los machos, que otra vez se dispersaron despavoridos. Ahora, antes de que el grupo pudiera reorganizarse, se lanzó de nuevo a la carga, tomando como objetivo único a Goliat, quien, como el resto de sus compañeros, decidió huir. Finalmente, Mike se detuvo y se sentó a descansar, jadeante y con el pelo aún erizado. Con los ojos relampagueantes y el labio inferior caído, mostrando el interior rosado de su boca, ofrecía un aspecto amenazador.

Rodolf fue el primero de los machos que se atrevió a acercarse, emitiendo unos gruñidos de sumisión y agazapándose para acercar su boca al muslo del vencedor, comenzando, acto seguido, a asearle. Otros dos machos le imitaron. Por último, David se acercó al grupo, depositó una mano en la ingle de Mike y se unió a la tarea de sus compañeros. Únicamente Goliat permaneció apartado y solo, sin dejar de mirar a su rival. Su hasta el momento indiscutible primacía se veía, por primera vez, amenazada.

El hecho de que Mike se sirviera de objetos fabricados por el hombre para afirmar su autoridad constituía muestra evidente de su inteligencia superior. Muchos adultos habían utilizado ya latas de parafina para arrastrarlas en lugar de ramas durante sus exhibiciones de fuerza, pero ninguno de la forma sistemática y deliberada en que lo hacía Mike. El chocar de las latas producía, como es natural, un ruido mucho mayor que el del mero arrastre. Con el tiempo y la práctica, Mike fue capaz de manejar de este modo tres latas a la vez a lo largo de los cincuenta metros del claro. No es de sorprender que el resto de los machos que antes fueran sus superiores salieran ahora huyendo despavoridos.

Este tipo de alardes tienen efecto generalmente cuando el chimpancé está excitado por la razón que fuere: al llegar, por ejemplo, a un lugar donde encuentra alimento en abundancia, al unirse a un nuevo grupo o cuando se encuentra frustrado. Pero el caso de Mike era distinto; él *planeaba* estos alardes casi podríamos decir que a sangre fría. A menudo, cuando venía a apoderarse de las latas, no mostraba la menor emoción; ésta aparecía después, cuando, armado de las herramientas necesarias, comenzaba la exhibición.

Con el tiempo, el uso de latas de parafina por parte de Mike llegó a hacerse peligroso, porque aprendió a arrojarlas con fuerza al final de cada carrera; en una ocasión me golpeó en la nuca y en otra alcanzó una de nuestras preciadas cámaras de cine. En consecuencia, decidimos ocultar todas las latas, con lo cual comenzó para nosotros una etapa de pesadilla, pues Mike, desesperado, comenzó entonces a probar suerte con todos nuestros enseres. Una vez logró apoderarse del trípode de Hugo (afortunadamente, la máquina no estaba montada), y otra echó abajo el armario en que guardábamos nuestra comida y todos nuestros cubiertos y utensilios de cocina. El escándalo que armó en aquella ocasión fue inenarrable. Al fin decidimos esconder nuestras cosas enterrándolas en el suelo, y Mike tuvo que recurrir a las ramas y las piedras como todos sus compañeros.

Para entonces, sin embargo, se había ganado ya el rango de macho dominante, aunque había de pasar un año antes de que se sintiera absolutamente seguro en su nueva posición. Continuaba hacendó frecuentes y poderosos alardes, y los chimpancés inferiores comenzaron a temerle porque, a menudo, ante la más ligera provocación, atacaba cruelmente a las hembras y a las jóvenes. Como era de esperar, sus relaciones eran especialmente tensas con Goliat, el cual no se dio por vencido sin defender su puesto en lo posible. También se hizo más y más agresivo y acrecentó la fuerza y el vigor de sus alardes. De hecho, durante aquellos días de lucha por el poder, Hugo y yo llegamos a temer por la salud mental de Goliat. Después de atacar a unos cuantos jóvenes y de arrastrar de un lado a otro incansablemente unas enormes ramas de árbol, se sentaba con el pelo erizado, exhausto, un hilillo de saliva colgándole del labio y un destello en sus ojos muy cercano a la locura. Decidimos encargar a Kigoma una jaula de tela metálica muy resistente, y en los momentos de mayor furia de Goliat, Hugo y yo nos refugiábamos en ella para poder continuar observándole sin peligro.

Un día en que Mike se hallaba sentado en el campamento se escuchó una serie de alaridos casi melódicos con aquellos trinos finales que anunciaban, indefectiblemente, la presencia de Goliat, quien durante dos semanas había permanecido en la parte sur de la reserva. Mike respondió a su llamada inmediatamente, lanzándose a recorrer el claro y emitiendo

aullidos amenazadores, tras de lo cual trepó a un árbol y se sentó en una rama, mirando hacia el valle con el pelo completamente erizado.

Minutos más tarde apareció Goliat, quien al poner el pie en el claro comenzó uno de sus espectaculares alardes. Evidentemente, había descubierto a Mike, porque se lanzó directamente hacia él arrastrando una enorme rama. Trepó a un árbol próximo a aquel en que su congénere se encontraba, y se instaló silenciosamente en una rama. Mike le miró y comenzó a exhibir su fuerza, zarandeando el árbol, columpiándose entre las ramas, arrojando piedras al aire y, finalmente, encaramándose al mismo árbol de Goliat, agitando las ramas poderosamente. Cuando terminó este despliegue de fuerza llegó el turno de Goliat, quien le imitó moviendo ramas y arrojando piedras. En un momento en que se acercó demasiado a Mike, éste volvió de nuevo a la carga, y durante unos momentos alucinantes, los dos machos, ambos espléndidos en su poder, permanecieron agitando las ramas del árbol, hasta el punto que llegamos a temer que éste se viniera abajo. Foco después Mike y Goliat continuaban su exhibición entre la espesura; en un momento dado, ambos se detuvieron, y se sentaron a observarse mutuamente. Goliat fue el primero que recomenzó el espectáculo, agitando una rama en el aire, hasta que en un segundo en que se detuvo a descansar, Mike salió a la palestra lanzando una enorme piedra y tamborileando con los pies en el tronco de un árbol.

La escena se prolongó durante unos veinte minutos; los machos exhibieron sucesivamente su poder y cada uno de sus alardes parecía más vigoroso y más espectacular que el precedente. Al fin, tras una pausa más larga que las anteriores, Goliat se dio por vencido; avanzó hacia su rival, se agazapó junto a él emitiendo aullidos nerviosos y sofocados, y comenzó a asearle con intensidad febril. Mike le ignoró totalmente; al fin se volvió y, con un ardor que imitaba al de Goliat, se dispuso a su vez a acicalarle. Así permanecieron durante más de una hora.

Este fue el último duelo entre los dos rivales. A partir de entonces Goliat pareció aceptar la superioridad de Mike y entre ellos surgió una relación de extraña intensidad. Generalmente se saludaban con entusiasmo, abrazándose, dándose palmadas en la espalda, o besándose en el cuello, tras de lo cual comenzaban a acicalarse mutuamente. Durante estas largas sesiones de aseo, la tensión que caracterizaba sus encuentros parecía disminuir, suavizada por un contacto físico de tipo amistoso. Muchas

veces comían juntos o descansaban uno al lado del otro pacíficamente, como si la rivalidad que les separaba en el pasado nunca hubiera existido.

El hecho de que estas criaturas, tan inclinadas a la agresión y a las furias repentinas, puedan, por lo general, mantener relaciones amistosas con sus compañeros, constituye uno de los aspectos más característicos y sorprendentes de los chimpancés. Un día decidí seguir a Mike; abandonamos el campamento, cruzamos el riachuelo y nos adentramos en la densa espesura de la ladera que se alzaba frente a nosotros. Le acompañaban J. B. y Flo, con Fifi, Figan y Flint. Al fin se detuvieron en uno de aquellos lugares en que a los chimpancés les gusta descansar en lo más caluroso del día. Yo me senté también a poca distancia de ellos. Fifi trepó a un árbol y se hizo allí un pequeño nido; Figan y J. B. roncaban en el suelo; Flo, con su pequeño dormido en su seno, acicalaba a Mike. Poco después se echaban ellos también a reposar.

De súbito, Mike tomó la mano de Flo y comenzó a juguetear con sus dedos; ésta respondió tomando a su vez la mano del macho, soltándola y volviendo a tomarla. Tras unos minutos, Mike se levantó para inclinarse sobre Flo y comenzar a hacerle cosquillas en el cuello y en las ingles, hasta que aquélla, protegiendo a Flint con una mano y tratando de rechazar a Mike con la otra, empezó a estremecerse con esos jadeos ahogados que constituyen la risa de los chimpancés. A los pocos segundos, sin poder aguantar más, rodaba por el suelo apartándose de su compañero. Mas pronto aquella increíble anciana casi desdentada que era Flo se ponía de nuevo en pie y, acercándose a Mike, comenzaba a hacerle cosquillas en las costillas con sus dedos huesudos, hasta lograr que Mike se riese. Así permanecieron jugando y riendo durante unos diez minutos, transcurridos los cuales, Flo, exhausta, se apartó de Mike, que permaneció echado en el suelo con una expresión benigna en su cara. Parecía casi imposible que sólo dos horas antes este mismo chimpancé hubiera atacado a Flo salvajemente, golpeándola sin piedad por el mero hecho de que la hembra había pretendido apoderarse de unos cuantos plátanos que quedaban en una caja cercana. ¿Cómo podía Flo haber olvidado tan pronto lo ocurrido y mantener ahora tan cordiales relaciones con el agresor? Probablemente el secreto consistía en que con la misma facilidad que un chimpancé amenaza o ataca a su subordinado, le tranquiliza poco después con una palmada en la espalda o con un simple abrazo. Flo, después de haber sufrido

tan brutal ataque, con la mano aún sangrando en el lugar en que se había herido con una piedra, había corrido aullando tras Mike hasta que éste se había vuelto hacia ella. Al acercársele temerosa y agazaparse sumisamente junto a él, aquél le había dado unas palmaditas en la cabeza y al fin, para terminar de tranquilizarla, le había besado en la sien.

Nos preguntábamos si de no haber llegado nosotros a la reserva y de no haber hallado, por tanto, las latas de parafina, Mike habría llegado igualmente al lugar que ocupaba ahora en el grupo. Es imposible dar una respuesta segura, pero es muy probable que sí, porque Mike poseía en grado sumo una característica de la que muchos chimpancés carecen en absoluto: un ardiente deseo de poder. Por añadidura, tenía una inteligencia innegable y un valor excepcional. Nunca olvidaré una escena que tuvo efecto poco después de su ascensión al poder. Mike entró en el campamento un día haciendo uno de aquellos alardes de fuerza tirando piedras al aire: al pasar golpeó ligeramente a David, *el de la barba gris*. Este era en muchos aspectos un cobarde; trataba siempre de evitar peleas y, si no podía hacerlo, se escondía tras otro macho de rango superior, generalmente de Goliat. Sin embargo, en los pocos casos en que de veras se enfurecía, se convertía en un chimpancé realmente peligroso.

En esta ocasión, David, después de apartarse aullando de Mike, se volvió y comenzó a emitir una serie de *waas*, como ladridos amedrentadores. Corrió hacia Goliat y le abrazó, tras de lo cual se enfrentó con Mike y continuó sus ladridos. Para Hugo y para mí, que ya por entonces conocíamos bien a David, era evidente que estaba furioso. Súbitamente dio unos pasos hacia Mike e inmediatamente Goliat se colocó a su lado, uniendo sus aullidos a los de su amigo. Mike quiso entonces hacer un alarde de poder y arrancó en dirección a un grupo de machos, que al verle se dispersaron para unirse finalmente a David y Goliat. Eran ahora cinco machos, entre ellos el anteriormente dominante, contra uno. Mike comenzó a correr a través del claro; sus compañeros salieron inmediatamente tras él; trepó a un árbol y los otros le imitaron. Hugo y yo creíamos llegado el momento de la caída de Mike; ahora Goliat recuperaría su posición perdida. Pero no fue así. Ante nuestro asombro, en lugar de saltar a otro árbol y huir, se volvió hacia sus enemigos y comenzó a aullar y a agitar las ramas del árbol, preparándose para atacar; en un segundo, sus cinco rivales habían descendido del árbol a toda prisa, cayendo unos sobre

otros, y huían seguidos de cerca por Mike. Cuando, al fin, éste, se sentó con los ojos relampagueando y el pelo erizado, los demás permanecieron a una prudente distancia, mirándole atemorizados. Mike, en un alarde de fanfarronería, había conseguido una victoria espectacular.

Cuando me refiero a Mike como macho dominante, lo que quiero decir, en realidad, es que llegó a ocupar el lugar predominante entre aquellos chimpancés que conocíamos, es decir, aquellos cuyo radio de acción se limitaba generalmente a nuestro valle. Una vez que llegué a familiarizarme a fondo con los chimpancés de nuestra zona, comencé a visitar el norte y el sur de la reserva hasta llegar a la conclusión de que existían al menos otras dos comunidades. Muchos de los individuos que formaban estos dos grupos en muy raras ocasiones, por no decir nunca, llegaban a nuestro valle, pero esto no implica que no hubiera relación entre los chimpancés de las tres comunidades.

Uno de los machos que se movía, por lo que habíamos podido observar en el sur de la reserva, comenzó a frecuentar nuestro centro de alimentación. Solía acudir al campamento, por ejemplo, cada día durante una semana y después desaparecía para regresar a la zona que le era familiar. Poco antes de morir se convirtió en asiduo del campamento, pero sus relaciones con los machos de nuestro grupo fueron siempre bastante tirantes. Con frecuencia, los adultos de nuestro grupo solían traer a nuestro campamento alguna hembra en celo de las otras dos comunidades; una vez que aquéllas descubrían los plátanos se convertían en visitantes regulares o, al menos, acudían una o dos veces por año.

En algunas ocasiones pude observar cómo algunos miembros de los grupos distintos se reunían pacíficamente y comían juntos en el mismo árbol, pero Mike se mostraba muy reluctante a relacionarse con chimpancés del norte o del sur de sus dominios. En unas cuantas ocasiones en que oyó las llamadas de otro grupo, tras responder a ellas con gran aparato, emprendió la marcha en otra dirección seguido por unos cuantos miembros de su grupo, mientras el resto acudía a reunirse con los recién llegados. Una comunidad de chimpancés constituye un cuerpo social de organización extremadamente compleja. Sólo después de observar durante largo tiempo no sólo nuestro grupo, sino también gran número de individuos de otras comunidades que comenzaron a frecuentar el campamento, pudimos empezar a darnos cuenta de hasta qué punto su organización era

realmente complicada. Los miembros que la constituyen forman asociaciones continuamente cambiantes y, sin embargo, a pesar de la laxitud aparente de la organización, cada individuo conoce con certeza el lugar que ocupa en la estructura social y su *status* en relación con cada uno de los chimpancés con que puede relacionarse a lo largo del día. No es, pues, sorprendente que exista una gama tan variada de saludos ni que cada individuo los utilice de acuerdo con las circunstancias. Cuando Figan se acerca a un macho adulto con un gruñido de sumisión está dando a entender que recuerda perfectamente el incidente ocurrido dos días antes, cuando fue agredido y golpeado en la espalda. El significado inherente al gesto de sumisión es éste: "Sé que tienes más poder que yo; lo admito y lo recuerdo". Con las suaves palmadas con que acoge Mike a una hembra sumisa se sobrentiende: "Acepto tus respetos; por el momento, no voy a atacarte".

Conforme nos familiarizábamos con Mike y su grupo íbamos aprendiendo más y más sobre las diferentes relaciones que pueden existir entre distintos machos adultos. Algunos individuos sólo establecían contacto con otros cuando las circunstancias (los frutos de un árbol, una hembra en celo) les obligaban a ello. Otros frecuentaban, en cambio, la compañía de algún congénere determinado, mostrándose mutuamente una tolerancia y un afecto que creo sólo puede describirse con el nombre de amistad. A lo largo de nuestras observaciones descubrimos que algunas de estas amistades duran siempre, mientras que otras se deshacen con el paso del tiempo. Aprendimos también a apreciar las características que diferencian a los chimpancés machos de las hembras. Y cuanto más aprendíamos, más nos sorprendían los innegables paralelos que existen entre las relaciones humanas y las de estos chimpancés.

Las amistades firmes y duraderas, como la que unía a David y Goliat, se dan particularmente entre los machos. Mike y J. B., el viejo gruñón, solían formar parte del mismo grupo. Cuando los conocí, J. B. tenía un rango superior a Mike, pero después hubo de supeditarse a éste como todos los demás; sin embargo, una vez que Mike estuvo seguro en su puesto, se hizo evidente que J. B. había subido algunos peldaños en la jerarquía social y era incluso capaz de dominar a Goliat y a otros machos superiores a él antes de la instauración de Mike. Los machos del grupo aceptaron a J. B. como segundo de a bordo, excepto Goliat, que aprove-

chaba la ausencia de Mike para recordar al anciano advenedizo su antigua preponderancia. Recuerdo una ocasión en que Goliat amenazó a J. B. en un momento en que éste se acercaba a su caja de plátanos; J. B. se apartó inmediatamente, pero comenzó a lanzar gritos agudos en dirección al lugar donde había dejado a Mike, quien no debía de hallarse muy lejos, pues a los pocos minutos aparecía con el pelo totalmente erizado y dispuesto a proteger a su amigo. J. B. aprovechó aquel instante para correr hacia la caja, mientras que Goliat le cedía sumisamente su puesto, aun cuando Mike no había llevado adelante sus amenazas.

Hubo otra ocasión en que J. B., después de devorar unos veinte plátanos, trató de abrir a la fuerza una nueva caja. Como era un perito en la materia y las cajas eran difíciles de reparar, Hugo y yo decidimos tomar cartas en el asunto y disuadirle de su idea sentándonos encima del objeto de sus deseos. J. B. se retiró al vernos, pero a renglón seguido trepó a un árbol cercano y comenzó a llamar a su protector. En aquella ocasión, sin embargo, y quizá por suerte para nosotros, Mike no debió oírle, pues no acudió a su llamada.

Leakey y Mr. Worzle solían ir también juntos, aunque eran de temperamentos muy diferentes. Leakey, como su monólogo humano, era robusto, poderoso y, por lo general, complaciente. Su compañero, por el contrario, estaba siempre excitado y nervioso, tanto en sus relaciones con los otros chimpancés como con los seres humanos. Ocupaba un lugar muy inferior en la escala social e incluso antes de llegar a la vejez se hallaba supeditado no sólo a todos los machos adultos, sino incluso a algunos adolescentes. A pesar de todo, ambos chimpancés pasaban juntos horas y horas acicalándose, comiendo o construyendo sus nidos el uno junta al otro. Cuando Leakey se hallaba junto a él, Mr. Worzle estaba mucho más tranquilo y confiado. Las amistades de este tipo no benefician solamente al individuo de más bajo *status* social. En una ocasión y durante aquellos días en que la posición de Goliat se hallaba en litigio, éste llegó solo al campamento. Estaba nervioso y excitado; a cada momento se volvía a contemplar el camino por donde había venido y saltaba al menor ruido. De súbito divisamos en lo alto de la cuesta a tres machos, entre ellos a Hugh, uno de los más dominantes, que miraban a Goliat. Con el pelo erizado comenzaron a avanzar al mismo tiempo en dirección a aquél. No pudimos por menos de asociarlos mentalmente con un grupo de *gangs*-

ters. Goliat no esperó más; a toda velocidad les volvió la espalda y desapareció entre la maleza, corriendo en dirección opuesta. Los otros tres le persiguieron, y durante los cinco minutos siguientes le buscaron sin resultado, tras de lo cual decidieron sentarse pacíficamente a comer plátanos. De repente, Hugh señaló hacia un lugar determinado, donde asomaba prudentemente la cabeza de Goliat tras el tronco de un árbol. Cada vez que uno de los machos miraba en aquella dirección, la cabeza de Goliat se ocultaba tras el tronco para reaparecer una vez pasado el peligro. Al fin le vimos deslizarse ladera arriba cautelosamente.

Los chimpancés durmieron aquella noche muy cerca del campamento, y muy temprano, casi antes de que amaneciera, oímos unos gruñidos que provenían del lugar donde Goliat había construido su lecho. Hugh y sus dos compañeros fueron los primeros en llegar al campamento, sombras oscuras a la luz grisácea del amanecer. Mientras comían su ración de plátanos oímos una súbita llamada desde lo alto de la cuesta; momentos después Goliat emprendía una salvaje carrera, arrastrando una gran rama que arrojó ante sí al cruzar el claro. Sin detenerse se dirigió hacia Hugh y comenzó a atacarle. Fue aquélla una horrible batalla y Hugh salió de ella malparado. Generalmente los chimpancés golpean a su víctima unos segundos solamente, pero en aquella ocasión los dos combatientes rodaron por el suelo una y otra vez ensañándose el uno con el otro, hasta que Goliat logró colgarse de la espalda de Hugh, agarrándose al pelo de sus hombros y pateándole repetidamente en la espalda.

Fue poco después de comenzar la pelea cuando Hugo y yo comprendimos el porqué del súbito envalentonamiento de Goliat, cuando escuchamos los característicos gruñidos de David y le vimos cruzar el claro y pasar junto a los machos en uno de aquellos alardes suyos lentos y magníficos. David se había reunido con su amigo probablemente aquella mañana temprano, y sólo su presencia había dado a Goliat la valentía suficiente para enfrentarse con Hugh y su pandilla.

Exceptuando a David y Goliat, que no se parecían en absoluto, llegamos a descubrir algunas semejanzas, bien de tipo físico o bien de conducta (o incluso ambas a la vez) entre las parejas de machos que se demostraban este tipo de amistad. Así ocurría, por ejemplo, entre Leakey y Mr. Worzle. Este último tenía unos ojos extraordinarios, pues la parte que rodeaba el iris era completamente blanca, como la de los seres humanos,

en lugar de poseer la pigmentación castaña que caracteriza los de los chimpancés. En Leakey se daba también este fenómeno, aunque en grado mucho menor. De hecho llegamos a sospechar que semejante clase de amigos eran generalmente hermanos de sangre. Casi podemos afirmar con certeza que las únicas dos hembras adultas que mostraron este tipo de relación eran hermanas. No sólo se parecían en los rasgos faciales, sino también en la constitución e incluso en su inclinación a alardear de su fuerza con carreras, patadas en el suelo y otras fanfarronerías más características de los machos que de las hembras. Son las dos únicas hembras que he visto nunca jugar con otro chimpancé de su sexo rodando por el suelo, haciéndose cosquillas y estremeciéndose de risa, todo ello con sendas crías acurrucadas en uno de sus brazos.

Las hembras adultas de la comunidad están sometidas, por lo general, a todos los machos adultos e incluso a algunos de los adolescentes. Entre ellas existe una jerarquía en la cual ocupó Flo durante muchos años lugar preponderante, siendo respetada y temida por las demás hembras del grupo, tanto adultas como jóvenes. Flo era excepcionalmente agresiva con los congéneres de su sexo y no toleraba tampoco insubordinación alguna por parte de los machos adolescentes. Indudablemente basaba su autoridad en la compañía de sus dos hijos mayores, unida a los cuales y a la también agresiva Fifi formaba una familia realmente impresionante.

Como he mencionado más arriba, Flo frecuentó durante algún tiempo la compañía de otra madre, Olly, pero la relación que existía entre las dos hembras difería mucho de la que unía, por ejemplo, a Mike y a J. B. En primer lugar, Flo se mostraba muy agresiva con Olly, y por añadidura, ni la una ni la otra acudían en auxilio de su compañera en momentos de apuro. La única ocasión en que las vi de acuerdo fue aquella en que se unieron para hacer huir a una hembra joven perteneciente a otra comunidad. Había aparecido ésta en el campamento en pleno celo y seguida de una escolta de machos. Durante diez días consecutivos acudió a recoger su ración y parecía haberse acostumbrado totalmente a aquel extraño lugar donde los plátanos maduraban en cajas situadas en el suelo. A menudo había coincidido con Olly y Flo, las cuales la habían ignorado por completo.

Un día en que se hallaba en el campamento un grupo de chimpancés, entre ellos las dos madres, Hugo y yo divisamos a la forastera. La infla-

mación había desaparecido totalmente. Estaba sentada en un árbol, en el límite del claro, y miraba, nerviosa, hacia nosotros. Su presencia nos alegró, pues en aquellos días eran pocas las hembras jóvenes que acudían a nuestro centro de alimentación. Mientras nos ocupábamos en poner a su alcance unos cuantos plátanos, nos dimos cuenta de que Flo y Olly la miraban fijamente, con el pelo erizado. Fue Flo la primera en dar un paso adelante; Olly la siguió. Lenta y silenciosamente avanzaron hacia el árbol, sin que su víctima se diera cuenta de su presencia hasta que fue demasiado tarde; dando aullidos de temor, trató entonces de trepar a las ramas más altas. Flo y Olly se detuvieron por un momento, mirando hacia arriba, hasta que la primera arrancó a toda velocidad, subió al árbol, se hizo con la rama en la que se hallaba la atemorizada hembra y se zarandeó violentamente con ambas manos y los labios fruncidos de furia. La joven hembra consiguió a duras penas pasar a un árbol vecino, con Flo pisándole los talones, mientras que Olly continuaba emitiendo *waas* desde el suelo. La caza continuó hasta que Flo logró hacer descender a su enemiga al suelo, donde la alcanzó, y la golpeó con los puños. La intrusa pudo escapar, seguida de cerca por Flo, que avanzaba amenazadora golpeando el suelo con pies y manos, hasta perderse en la espesura. Durante todo este proceso, Olly había seguido a su compañera a una distancia prudente, animándola con sus alaridos. Cuando la extraña hubo desaparecido, Flo se detuvo por fin. Tenía la cara sucia de excremento, producto del terror de su enemiga, y el pelo todavía erizado. Olly se paró junto a ella y las dos escucharon los aullidos que se perdían poco a poco en la lejanía. Sólo entonces se volvió Flo, limpió su rostro con un puñado de hojas y regresó lentamente al campamento, donde Fifi había permanecido al cuidado de su hermano Flint durante todo el incidente.

No fue ésta la única ocasión en que presenciamos una alianza semejante entre dos o más hembras adultas con el fin de ahuyentar del centro de alimentación a alguna desconocida. Nunca las hemos visto unirse, sin embargo, en contra de adolescentes del sexo contrario, así como tampoco hemos visto machos adultos de nuestro grupo enfrentarse con recién llegados de uno u otro sexo con ese fin. ¿Cuál es la causa, pues, de la conducta agresiva de las hembras? ¿Se debe, quizás, al hecho de que las de más edad, que normalmente tiene un área de acción menor que la de los machos, poseen mayor sentido territorial? ¿O podría consistir, acaso, en

una emoción más compleja, como la del disgusto que sienten ante la atención que prestan “sus” machos adultos a las hembras jóvenes extrañas al grupo? ¿Sienten, pues, en otras palabras, la emoción que los seres humanos llamamos celos? No podemos asegurarlo, pero muchas veces parece como si así fuera.

Un día en que Flo se hallaba en una sesión de aseo con cuatro de los machos adultos, apareció una joven hembra preñada que se había unido recientemente a nuestro grupo procedente del Norte. Las chimpancés hembras suelen exhibir inflamaciones mensuales a pesar de su preñez, y ésta presentaba en aquel momento una región posterior visiblemente rosada. Los machos no llegaron a copular con ella en esta ocasión, pero se mostraron muy interesados; abandonaron a Flo; se acercaron a la recién venida y comenzaron a acicalarla sin descanso. Dos minutos después me di cuenta de la reacción de Flo; había avanzado unos cuantos metros en dirección a la hembra y la observaba con el pelo erizado. No tuvo el valor suficiente para atacarla; se limitó a aproximarse al grupo e inspeccionar a su vez, cuidadosamente, la inflamación. Después se apartó a un lado y se sentó para asear a Flint.

Casi no podíamos dar crédito a nuestros ojos cuando al día siguiente descubrimos que Flo presentaba los síntomas del comienzo de una inflamación. Flint no había cumplido aún los dos años, y aunque las hembras jóvenes pueden entrar en celo unos catorce meses después de dar a luz, las de más edad no suelen hacerlo hasta pasados cuatro o cinco años. Y sin embargo, la piel de Flo estaba lo suficientemente rosada como para atraer instantáneamente la atención de Rodolf, que ávidamente la arrojó al suelo y comenzó a inspeccionar su zona genital. Otros cuantos machos le imitaron, tras de lo cual se sentaron a su alrededor y comenzaron a acicalarla. Al día siguiente la inflamación había desaparecido, y Flo no volvió a mostrar vestigios de receptividad sexual hasta transcurridos cuatro años. Me resisto a creer que aquello fuese mera coincidencia.

El chimpancé hembra es, desde luego, muy distinto del macho, aunque, como en el caso del hombre, algunas hembras exhiben características masculinas y viceversa. Las hembras adultas recurren a la imitación de los gestos y sonidos que hacen las crías para congraciarse con sus superiores en la jerarquía social. Cuando Melissa quiere conseguir algo de un macho, extiende su mano ante él una y otra vez, lo toca suavemente con

sumisión, y si todo esto fracasa, suele comenzar a hacer pucheros o incluso gritar como un niño rabioso. Como todas las otras hembras, suele persistir tanto en sus demandas que, por lo general, suele recibir al fin un trozo de cáscara de plátano, cartón o cualquier otra cosa que pida. En una ocasión, McGregor se encontraba aseándola cuando, ante la llegada de un macho de más alta jerarquía, se volvió sumisamente hacia éste. Melissa se quedó contemplándole, y al rato comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo que hacía pucheros, sin obtener ningún resultado. Sus sollozos se hicieron más evidentes; de vez en cuando alargaba un dedo para aguijonear a McGregor, que continuaba impertérrito acicalando a su superior. Al fin, dando casi alaridos de frustración, le dio un fuerte empellón con un pie, ante lo cual McGregor decidió volver a dedicar su atención a tan obstinada hembra.

Parece que las hembras son más inclinadas al resentimiento que los machos. Melissa, al verse amenazada por un individuo de rango superior, corría generalmente hacia uno de los machos dominantes y, mientras alargaba la mano para tocar a éste en muestra de sumisión, dirigía a su agresor violentos ladridos. Era evidente que pretendía así incitar a su campeón a la venganza. El hecho de que la mayoría de los machos elegidos con este fin nunca accedieran a sus deseos, no disminuyó su ardor en la demanda; una y otra vez repetía su actuación ante cualquier amenaza. Un día comenzó a hostigarla Rodolf, que en aquel momento era el macho de más alto rango de los presentes. Para nuestro asombro, cuando Mike llegó unos diez minutos más tarde, Melissa corrió hacia él, presionó sus labios contra su cuello y después, con una mano aún en la espalda de aquél, comenzó a aullar mirando a Rodolf y haciendo ligeros movimientos con las manos en dirección hacia él. Como de costumbre, su estratagema no le valió de nada, pero aun así, volvió a repetirla en dos ocasiones más.

Melissa no era de ningún modo la única hembra capaz de guardar rencor durante un cierto período de tiempo. Pooch debió perder a su madre cuando tenía unos cinco o seis años; desde entonces mantenía una extraña relación con uno de los machos de más edad, Huxley. En general no se hacían demasiado caso, exceptuando las ocasiones en que se acicalaban mutuamente, pero cuando Huxley se levantaba para irse, Pooch le seguía como una sombra.

Un día en que un grupo muy numeroso de chimpancés había visitado nuestro campamento, Pooch, que tenía entonces seis años, se quedó rezagada cuando los demás partieron, acompañada por Evered, un año mayor. Ni uno ni otra habían podido hacerse con un solo plátano. Tan pronto como el grupo desapareció les dimos algún alimento; hubo una pequeña lucha y Evered golpeó con la mano a su compañera, que emitió un fuerte aullido. Seguidamente se volvió para presentar sumisamente su región posterior al macho, que la tranquilizó con unas palmadas; al rato ambos se sentaban en el suelo a comer pacíficamente su botín. No pudimos dejar de sorprendernos cuando vimos a Pooch pocos minutos después soltar sus plátanos y atacar a Evered, mordiéndole y tirándole del pelo. Este debió asombrarse también, porque es verdaderamente raro que una hembra ataque a un macho mayor que ella.

Después caímos en la cuenta de que el motivo de la conducta de Pooch había sido la presencia del viejo Huxley, que, sentado a cierta distancia y con el pelo erizado, no dejaba de contemplarnos.

Miró primero a Hugo, después a mí, y luego a los dos jóvenes litigantes; probablemente había asociado con nosotros el aullido de Pooch y corría a rescatarla. Permaneció parado unos segundos y al fin se dirigió hacia Evered y Pooch, pareció abofetearlos, se volvió y continuó su camino. Evered gritó convulsivamente hasta sentarse en el suelo como doblado por el dolor. Pooch siguió a su protector, no sin dejar de lanzar a su rival una mirada como nunca jamás he visto en otro chimpancé; era exactamente la mueca que una niña dirigiría a un compañero de juego en circunstancias similares.

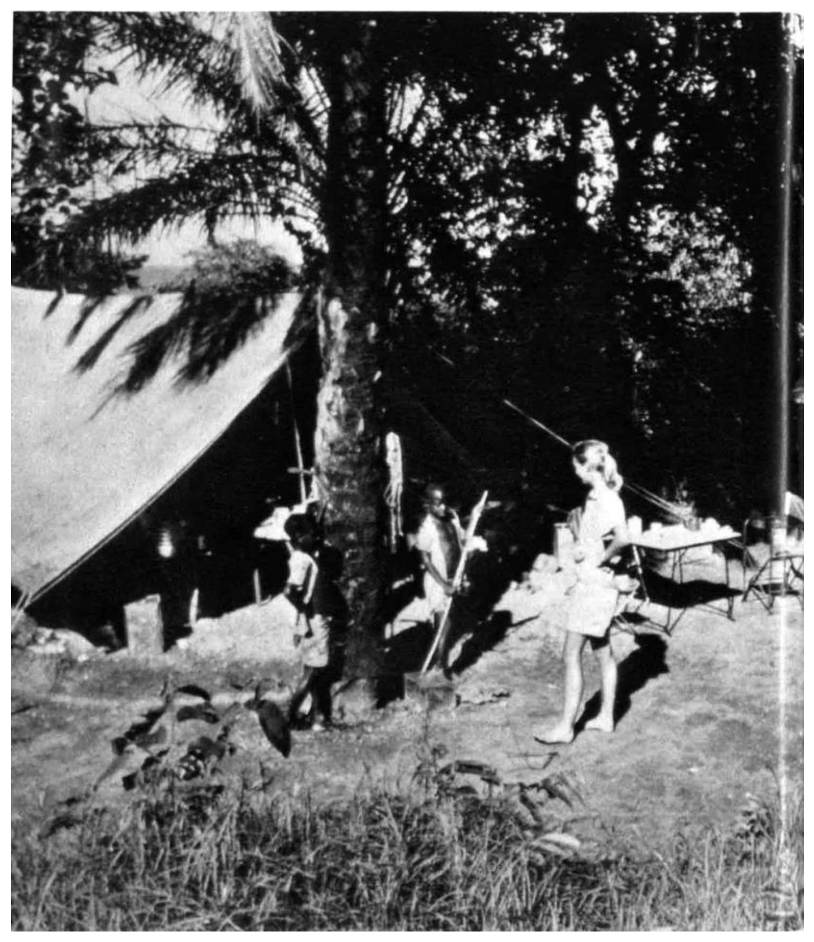
Por otra parte, lo que Pooch hizo en una ocasión a Fifi, dos años mayor que ella y su constante compañera de juegos, iba en contra de las reglas de etiqueta de los chimpancés. Retozaban las dos alegremente cuando Fifi, probablemente sin querer, golpeó a Pooch, que lanzó un aullido y se revolvió contra ella. Fifi, asustada, se volvió para presentar sumisamente su parte posterior a su agresora. Pooch debía entonces haberla palmeado para serenarla, pero en vez de ello se inclinó y, tranquila y deliberadamente, mordió con fuerza el puntiagudo clítoris de Fifi, quien, mostrando el genio de su madre, se revolvió con la velocidad de un rayo y se lanzó sobre su enemiga. Las dos rodaron por el suelo arrancándose puñados de pelo hasta que llegó Flo con el pelo erizado, ante lo cual

Pooch, aún aullando, se batió en retirada. Fifi, sollozando convulsivamente, ofreció de nuevo su trasero, pero esta vez a su madre, que la tranquilizó con palmadas hasta calmarla totalmente. Tenía, sin embargo, su zona genital inflamada y sangraba en abundancia. Evidentemente le dolía, porque aquel día se fabricó un lecho especialmente mullido y allí se recostó unos minutos mientras se frotaba la herida con un puñado de hojas.

Las relaciones sociales de los chimpancés se asemejan en gran manera a las de los seres humanos, más, quizá, de lo que a muchos les gustaría admitir. Sólo continuando nuestra investigación durante los años que sea necesario y estudiando la estructura social de un grupo en que se conoce a la perfección el parentesco que liga a los distintos individuos, lograremos desenmarañar adecuadamente la red intrincada y compleja que forman dichas relaciones.



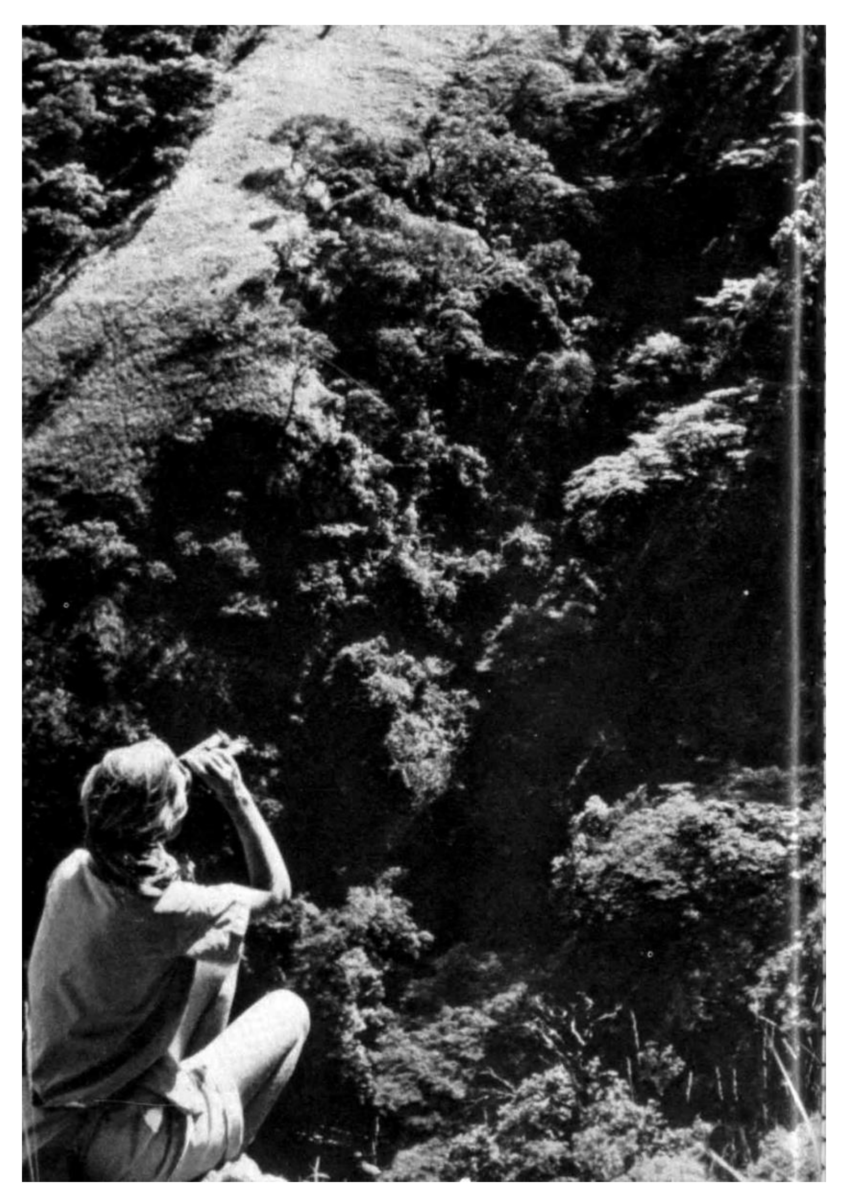
Solía seguir a los chimpancés por la selva.



Unos niños africanos visitan, curiosos, nuestro campamento (Copyright Na tional Geographic Society).



Con su dispensario, Vanne logró establecer relaciones amistosas con los pescadores.



Mi posición sobre el pico me ofreció uno de los mejores puntos de observación en el área.



Los chimpancés se construyen nidos para dormir.



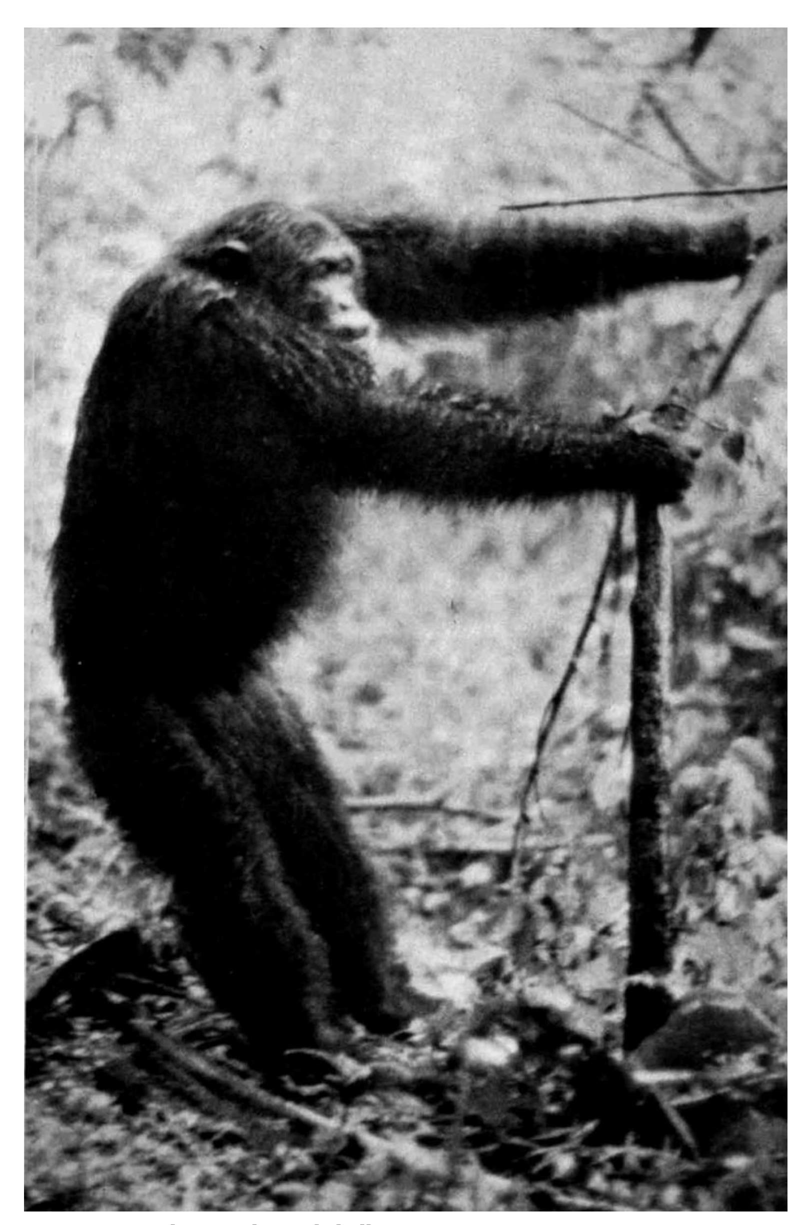
Los chimpancés jóvenes son muy ágiles.



Doy un plátano a David (Copyright National Geographic Society).



Algunos chimpancés se mueven en un área de unos cincuenta kilómetros cuadrados.



Figan interpretando una “danza de la lluvia”.

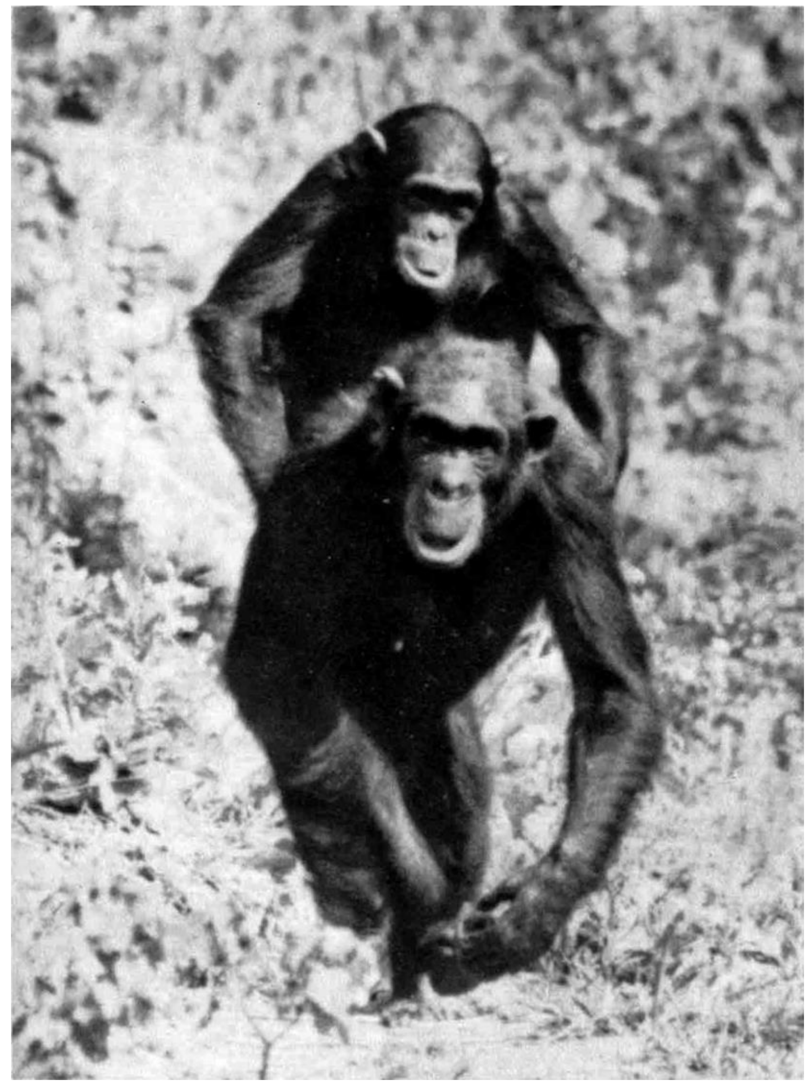


Cuando David se vio atacado por el papión que muestran las fotografías, corrió hacia Goliat en busca de protección. Durante la lucha subsiguiente, éste embistió al papión repetidamente, mientras David se refugiaba tras él (*Continúan en la página siguiente*).

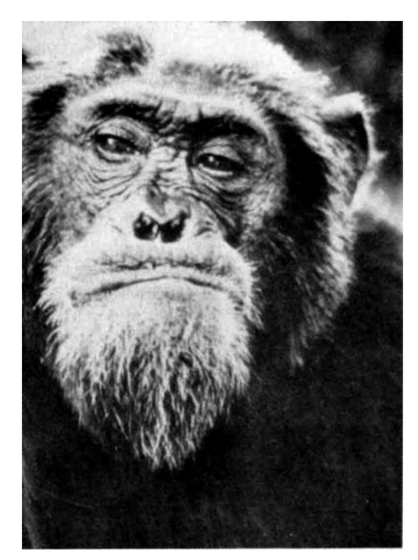




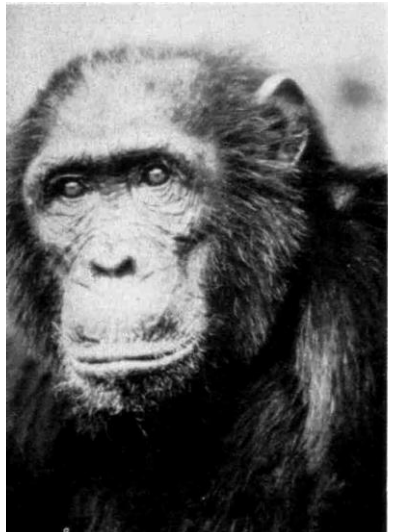
David, Goliat y William asaltaron mi tienda en busca de cartón para masticar



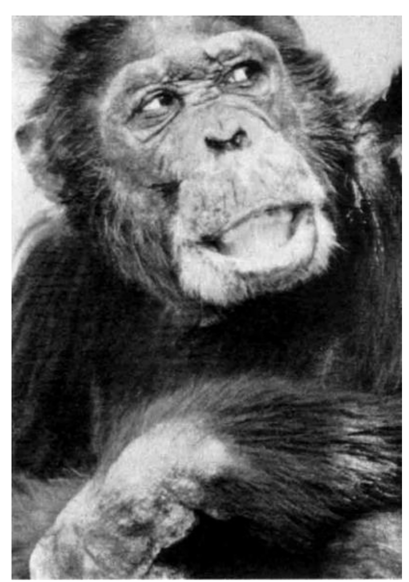
Cuando Flo entró en celo y destetó a su hija, Fifi volvió a comportarse como un chimpancé de pocos meses.



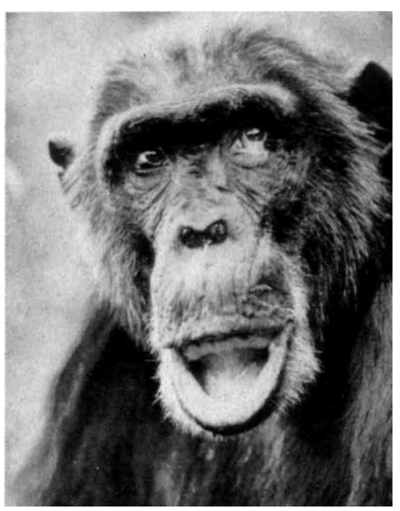
Rodolf.



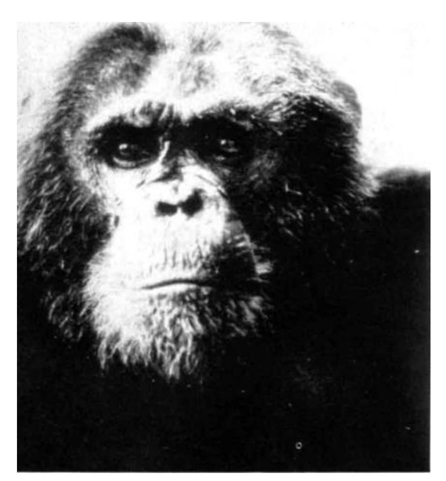
Goliat.



Worzle.



Leakey.

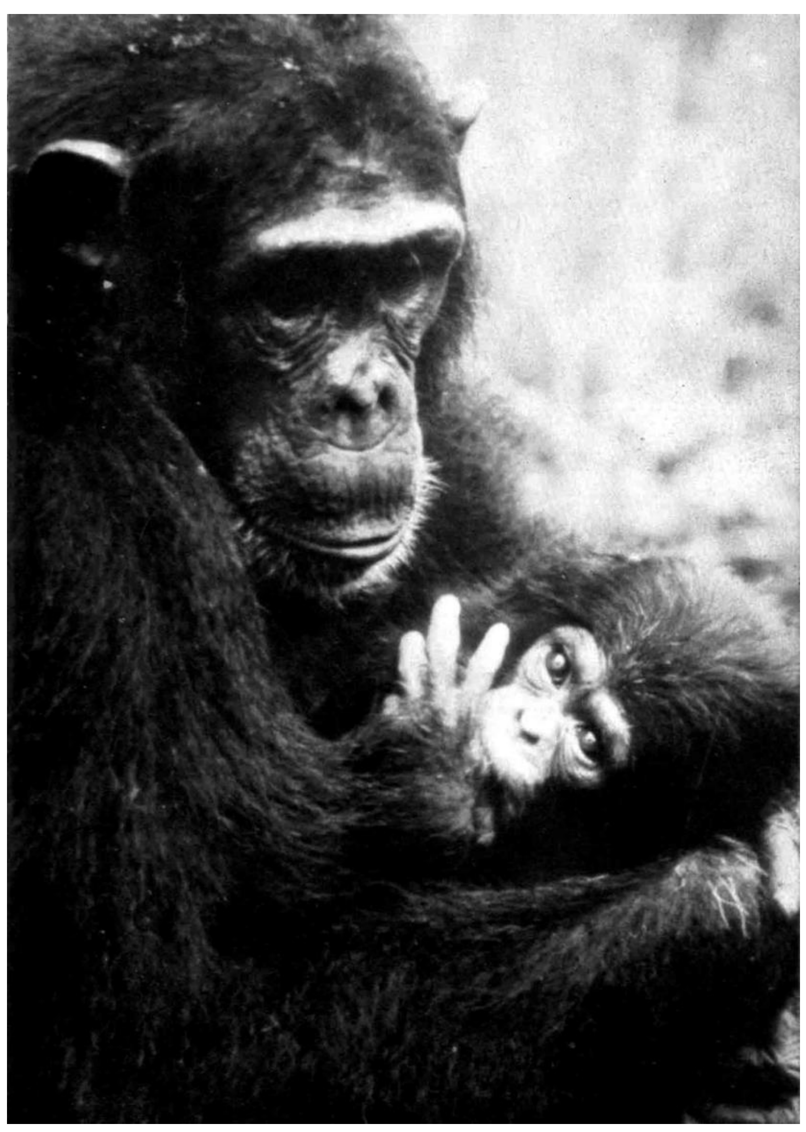




Mike



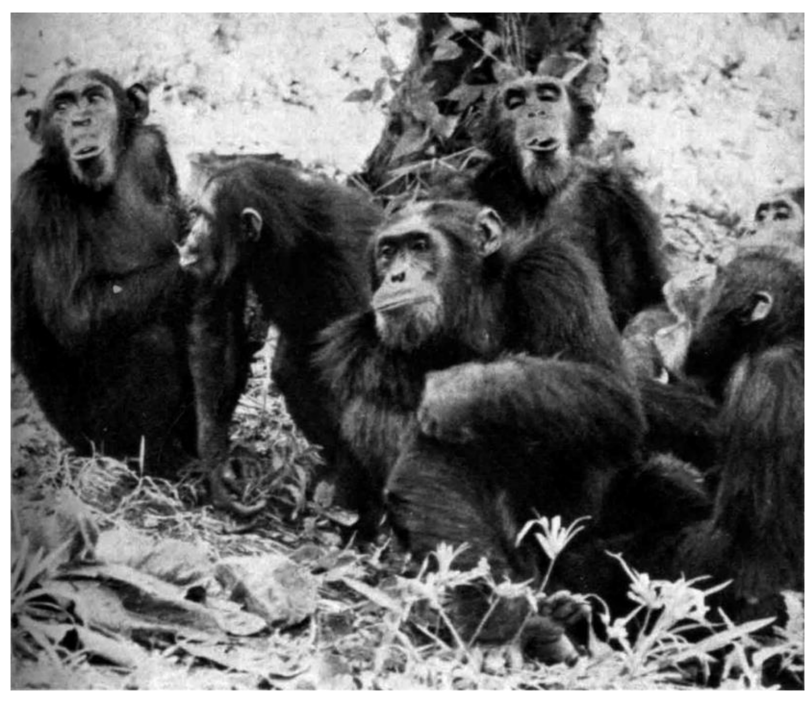
McGregor.



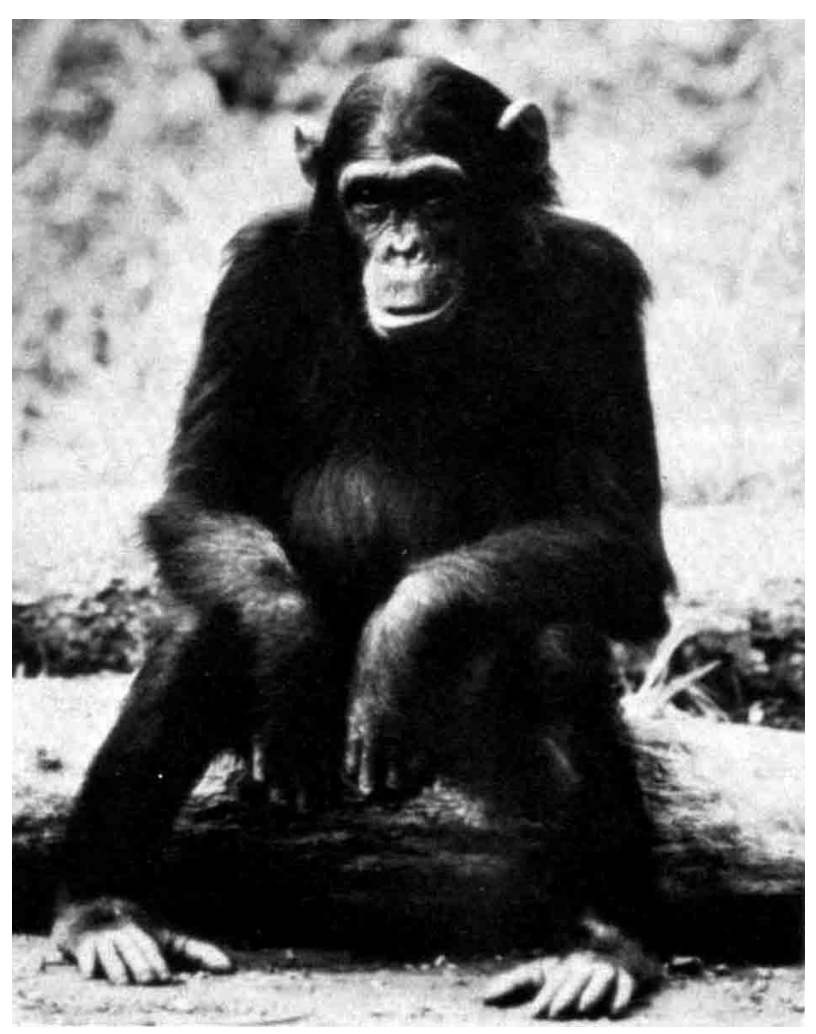
Melissa con Goblin.



Al fin, los chimpancés me permitieron adentrarme en la selva tras ellos.



Los chimpancés pueden reconocerse unos a otros por sus voces.



Fifi (Copyright National Geographic Society).



Faben, Fifi y Figan juegan en torno a Flo y Flint.



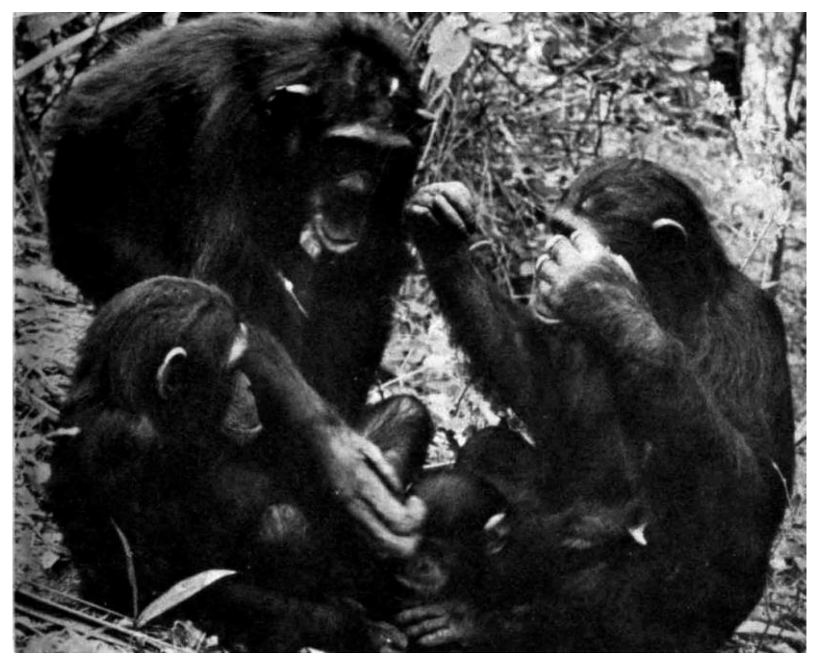
Fifi trataba continuamente de tocar a su hermanito.



Al fin, Flo permitió a su hija transportar a Flint.



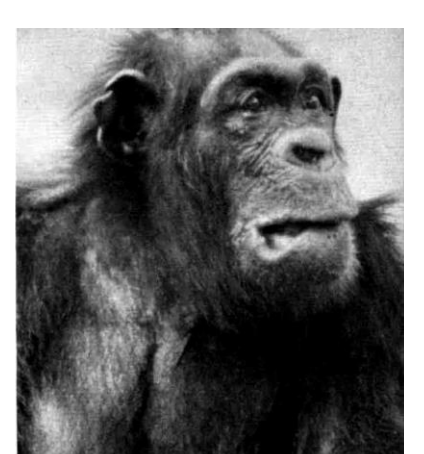
Flint pasa de las manos de Fifi a las de Figan.



Cuando Flo se acerca, Figan levanta los brazos como para demostrar que no estaba haciendo ningún daño a Flint.

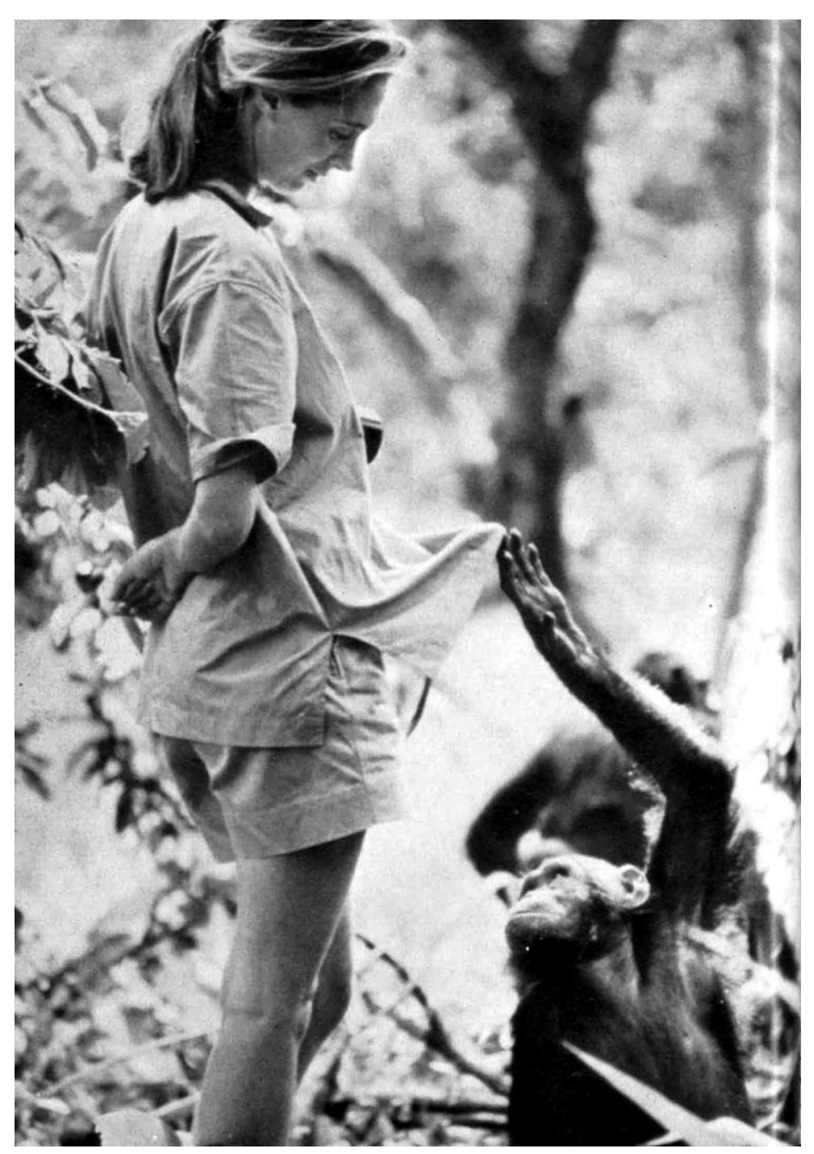


Tras el nacimiento de Flint, Flo se pasaba cada vez más tiempo jugando (Copyright National Geographic Society).



Flo

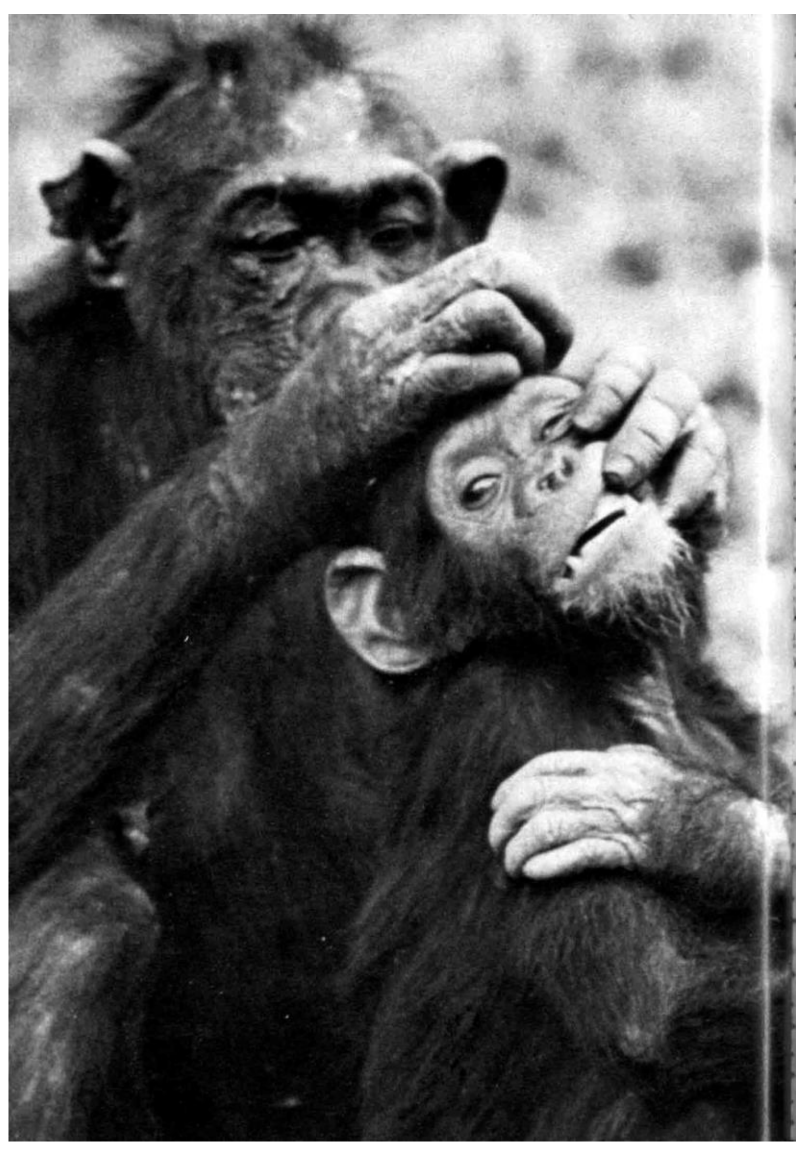
Flo descansando en el suelo.



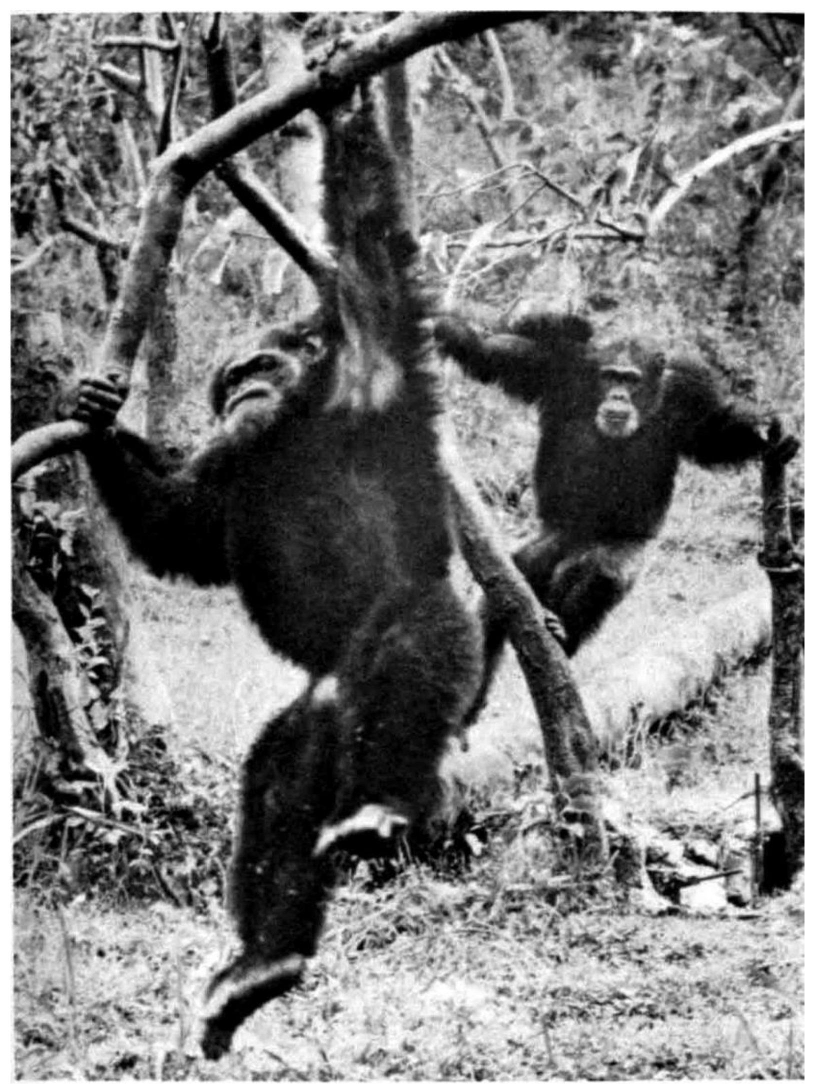
A veces escondíamos algún plátano bajo la camisa.



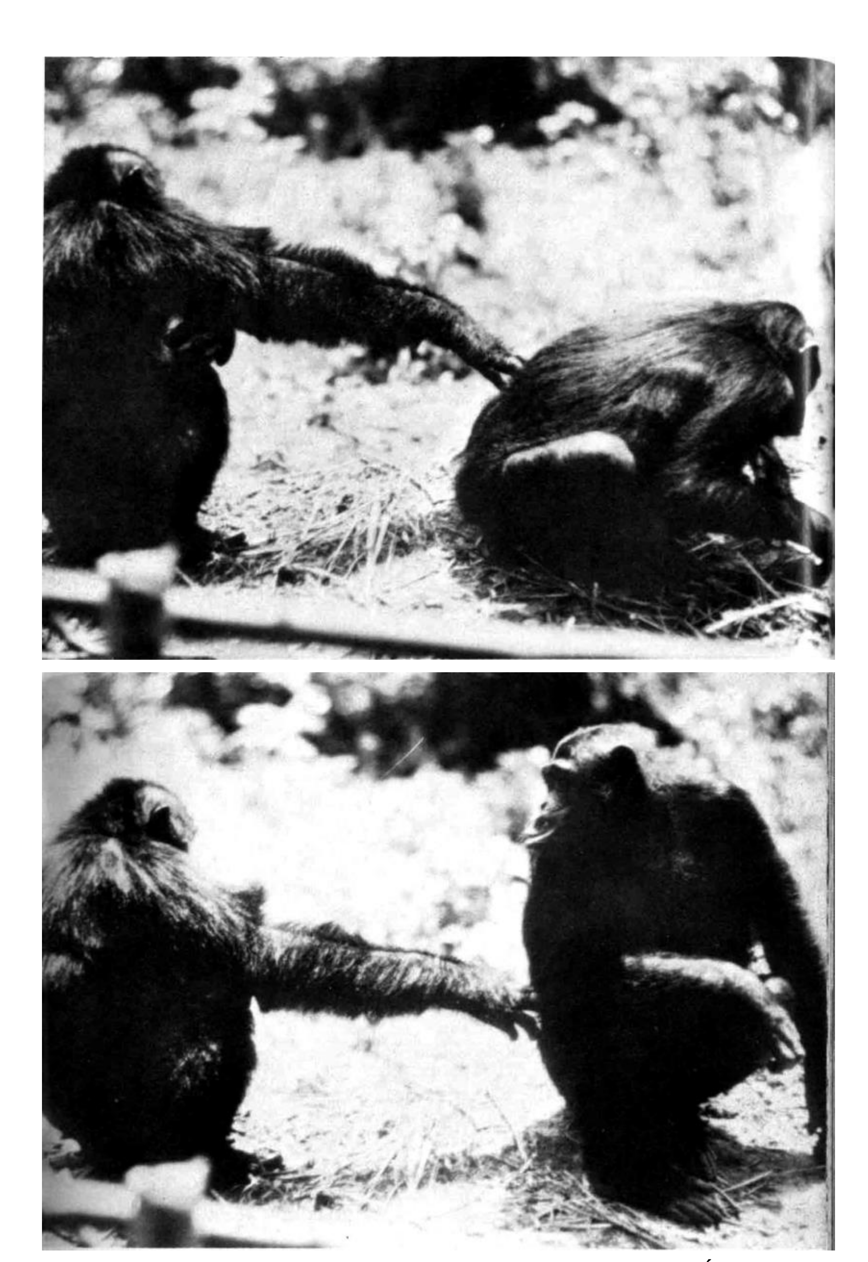
Fifi mira su imagen reflejada en la lente de la cámara de Hugo (Copyright National Geographic Society)



Flo aseando a Flint



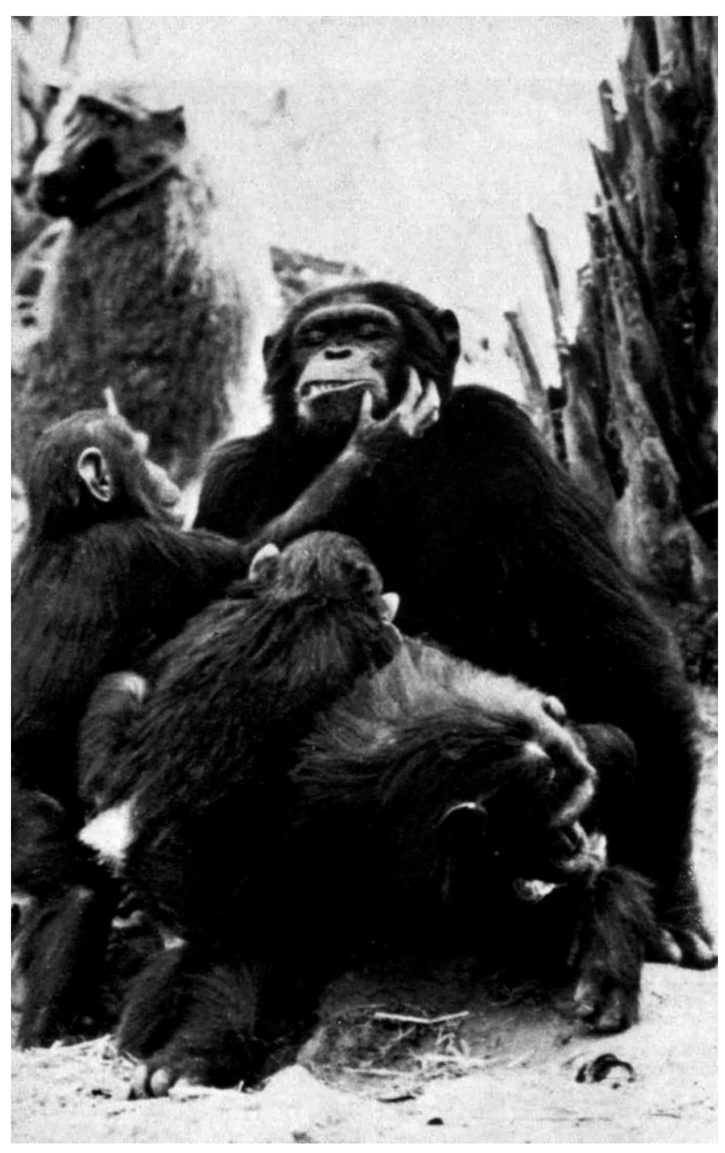
Los alardes de fuerza suelen ayudar al chimpancé a conseguir el rango de macho dominante del grupo.



Goliat, macho dominante, tranquiliza a Figan tocándole la espalda. Éste se calma poco a poco.



Mike se ayuda con unas ruidosas latas de parafina para alcanzar el puesto máximo en la jerarquía dominante (Copyright National Geographic Society).



Flint y Goblin hacen lo posible por interrumpir el acto sexual de Faben.



Olly, seguida de Gilka, responden al cortejo de Leakey.



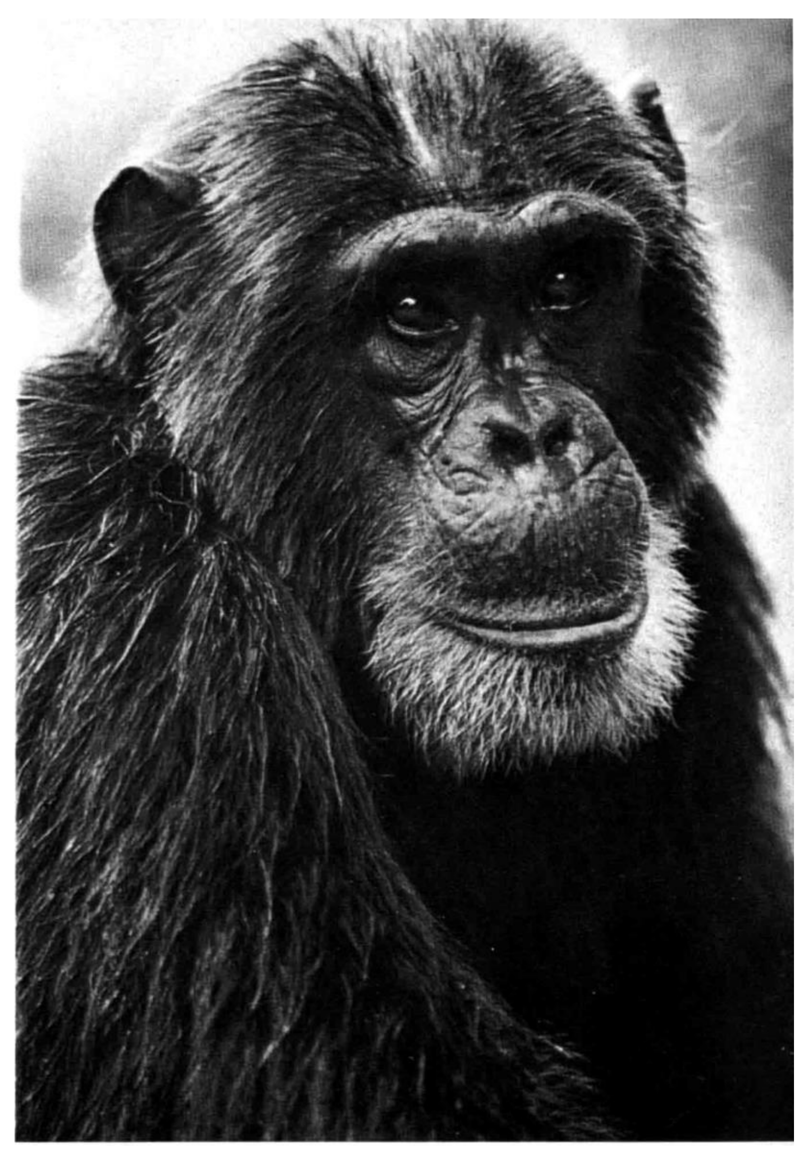
Rodolf tranquiliza a una hembra con un abrazo.



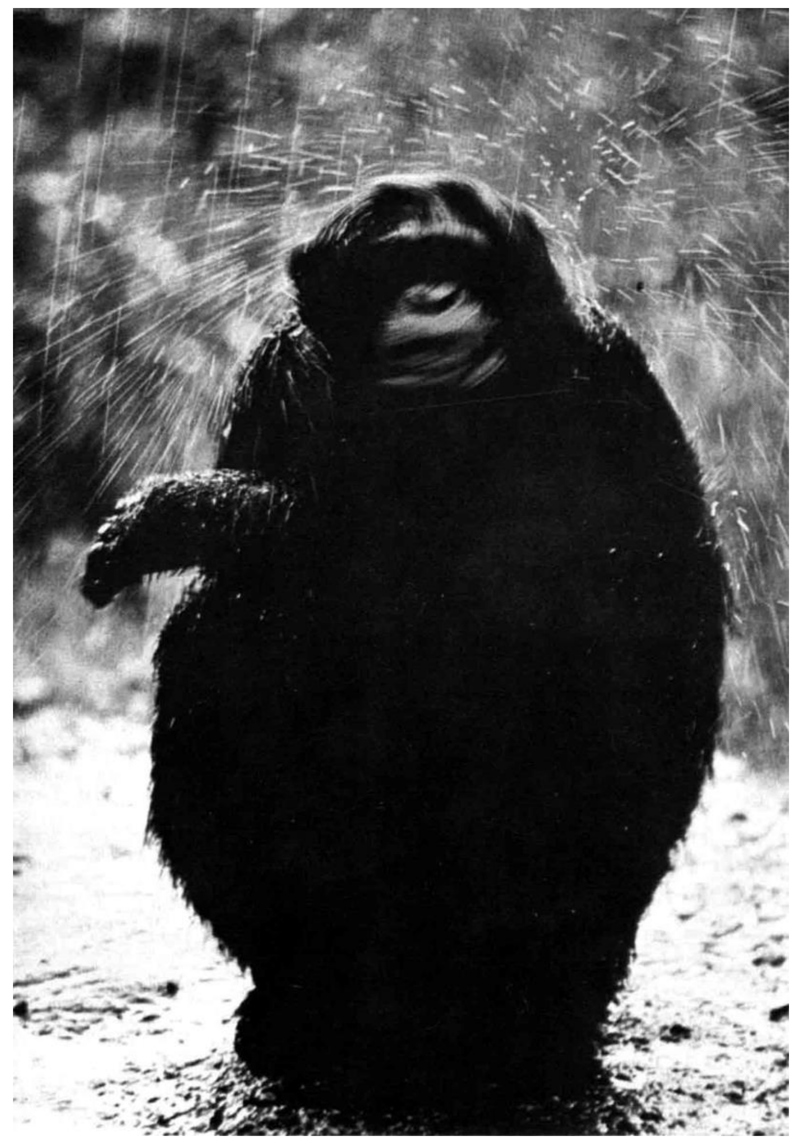
Es una manera como otra cualquiera de ver las cosas.



Chimpancés descansando en un árbol (Copyright National Geographic Society).



David Graybeard (Copyright National Geographic Society).



Los chimpancés no se resguardan de la lluvia (Copyright National Geographic Society).



Antes de que naciera Flint, Gilka y Fifi jugaban a menudo (Copyright National Geographic Society).



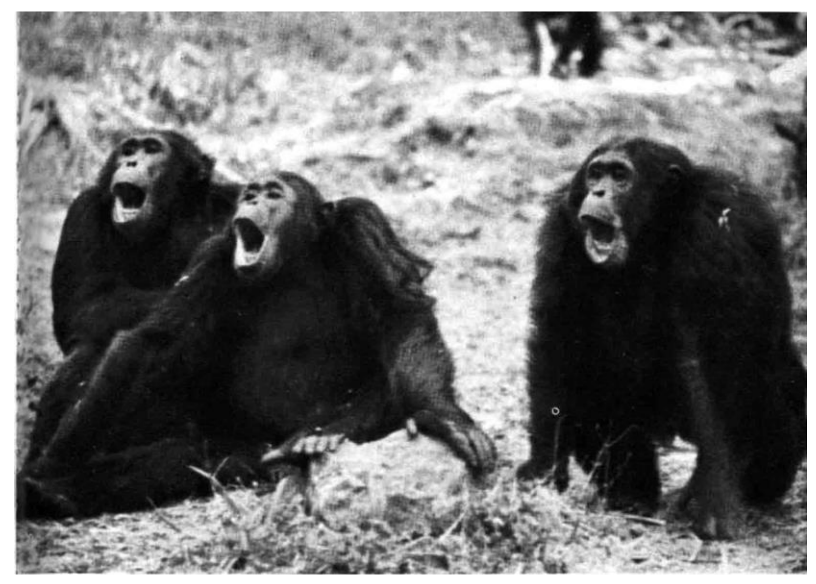
A los ocho meses Flint se siente como en casa sobre la espalda de Flo (Copyright National Geographic Society).



El huérfano Merlin nació deforme y neurótico (Copyright National Geographic Society).



En Hugo encontré un espíritu afín (Copyright National Geographic Society).



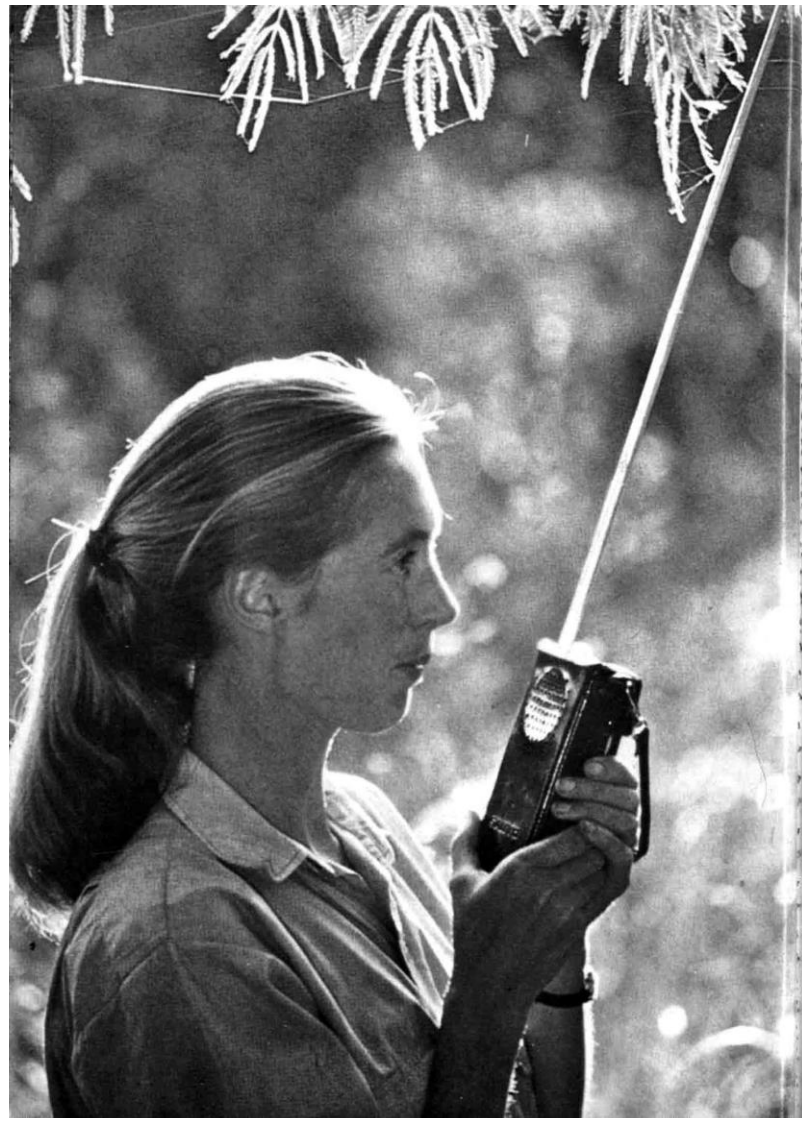
Humphrey y otros dos machos gritaron al ver acercarse a otros chimpancés (Copyright National Geographic Society).



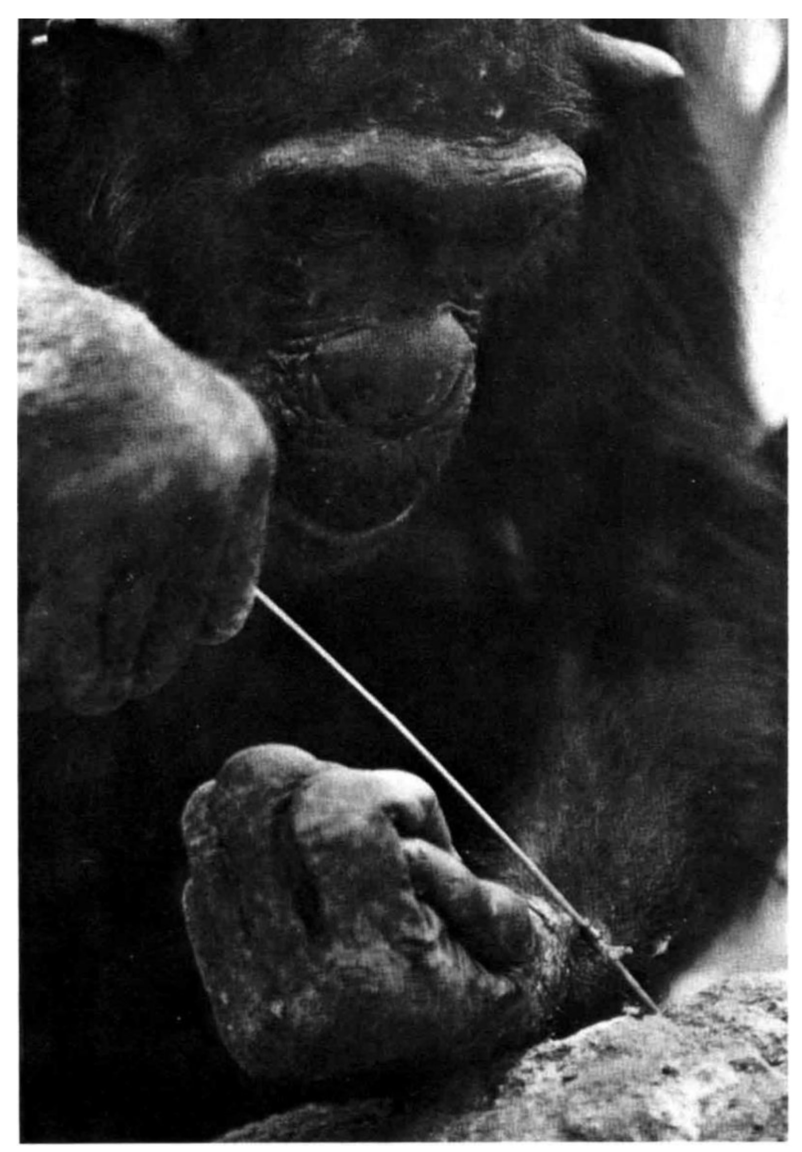
Al final, ellos se acostumbraron a mi presencia (Copyright National Geographic Society).



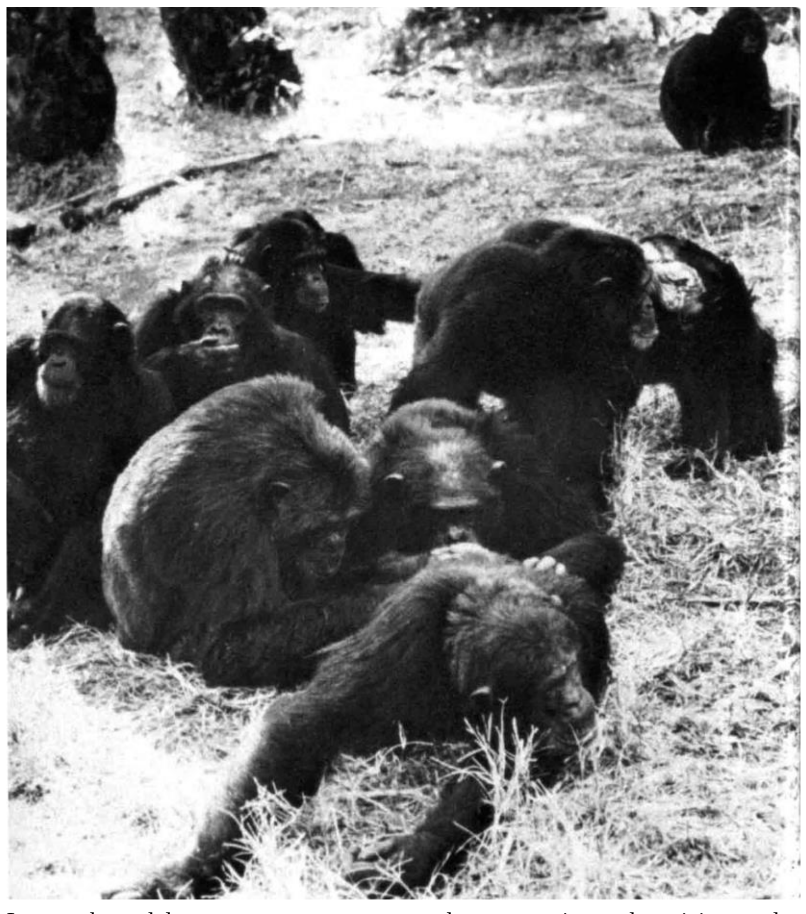
Hugo grababa las risas de Flint jugando con un adolescente. Flo descansaba indiferente (Copyright National Geographic Society).



Hugo y yo podíamos comunicarnos por walkie-talkie (Copyright National Geographic Society).



Flo cogiendo termitas (Copyright National Geographic Society).



Los machos adolescentes se muestran generalmente nerviosos al participar en las sesiones de aseo de los adultos.



Las madres experimentadas permiten que los chimpancés del grupo se acerquen a inspeccionar a su hijo recién nacido.



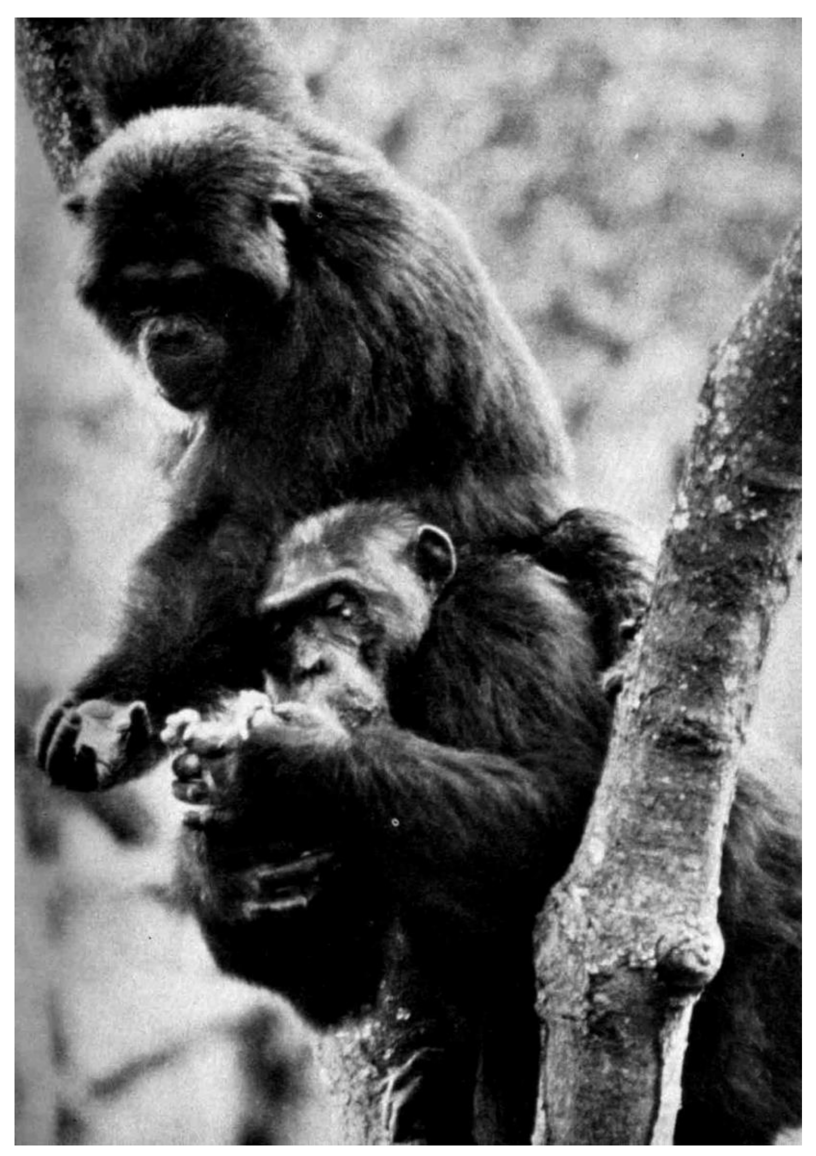
Faben arroja una piedra a un papión que se ha permitido acercarse a una caja de plátanos.



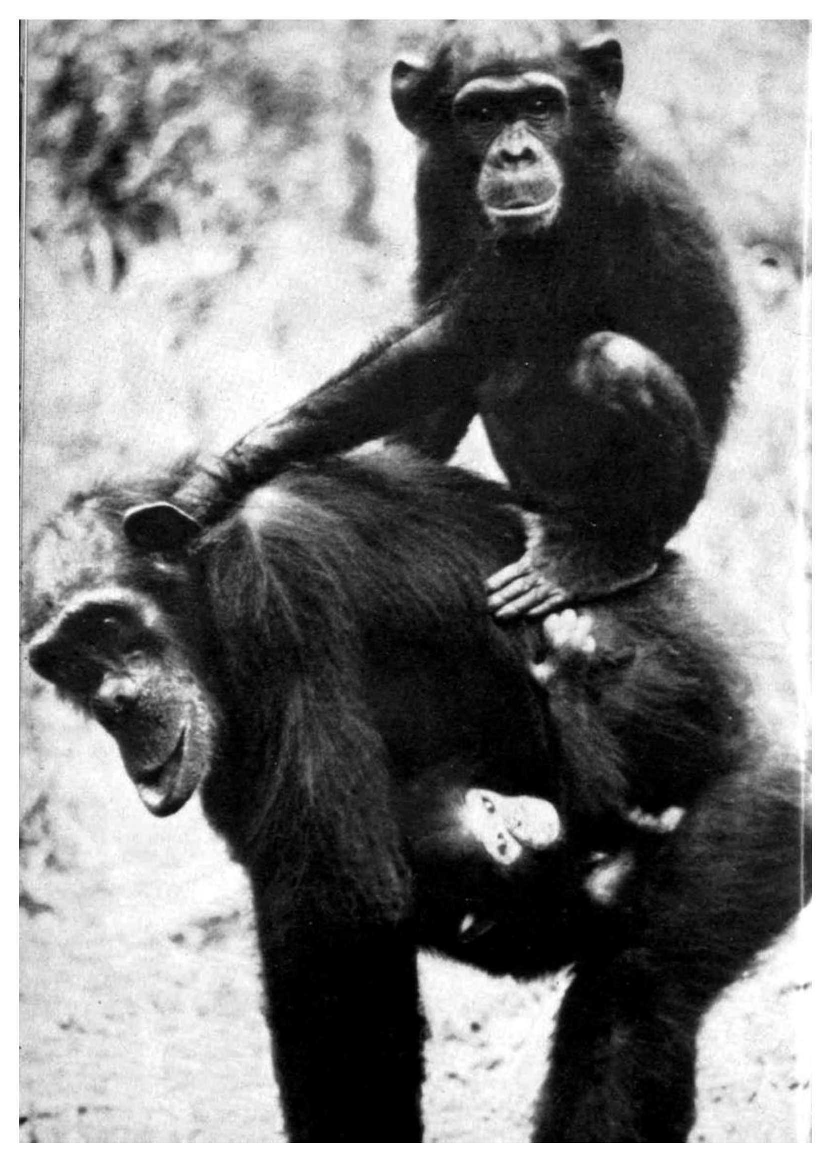
Figan intenta jugar con Job, un papión de avanzada edad.



El hijo menor de Olly fue la primera víctima de la epidemia de polio.



Mike, entonces dominante, pide a Leakey un trozo de carne (fotografía de Geza Teleki).



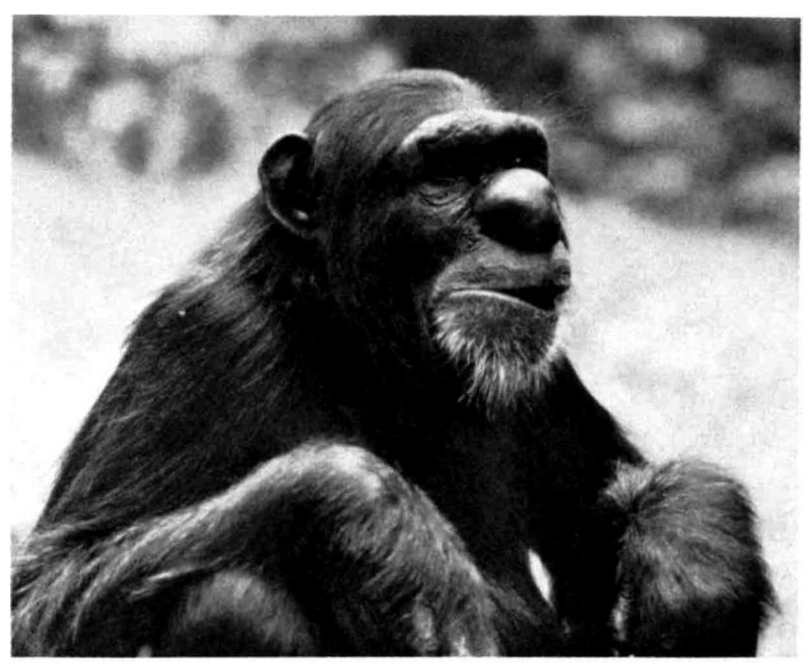
Flo con Flint y Flame (fotografía de P. McGinnis).



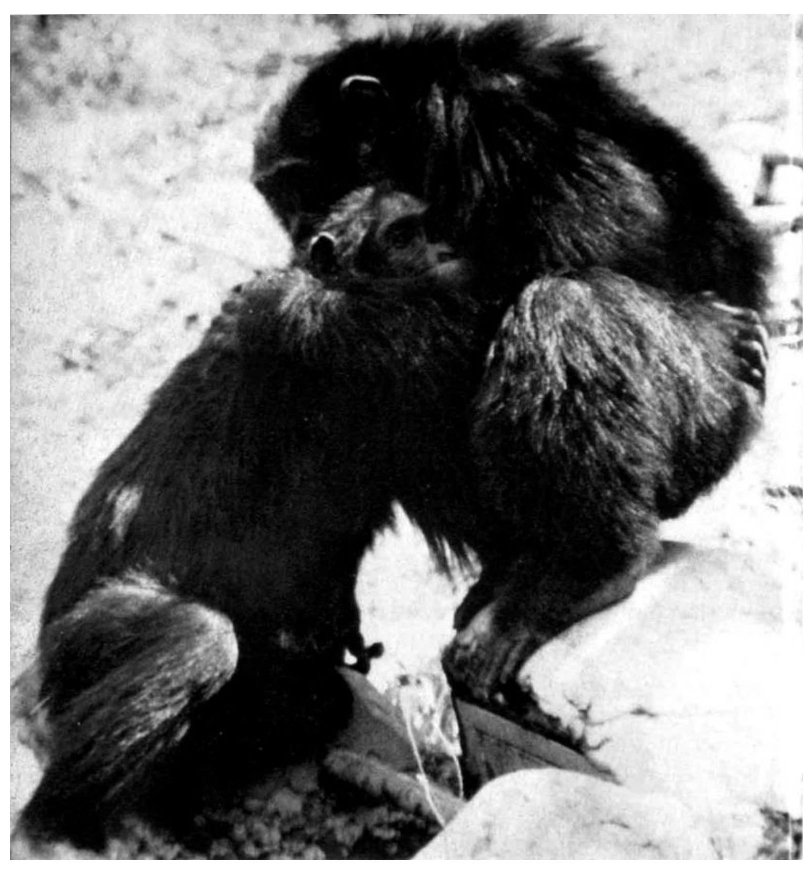
Melissa besa sumisamente la mano de J.B



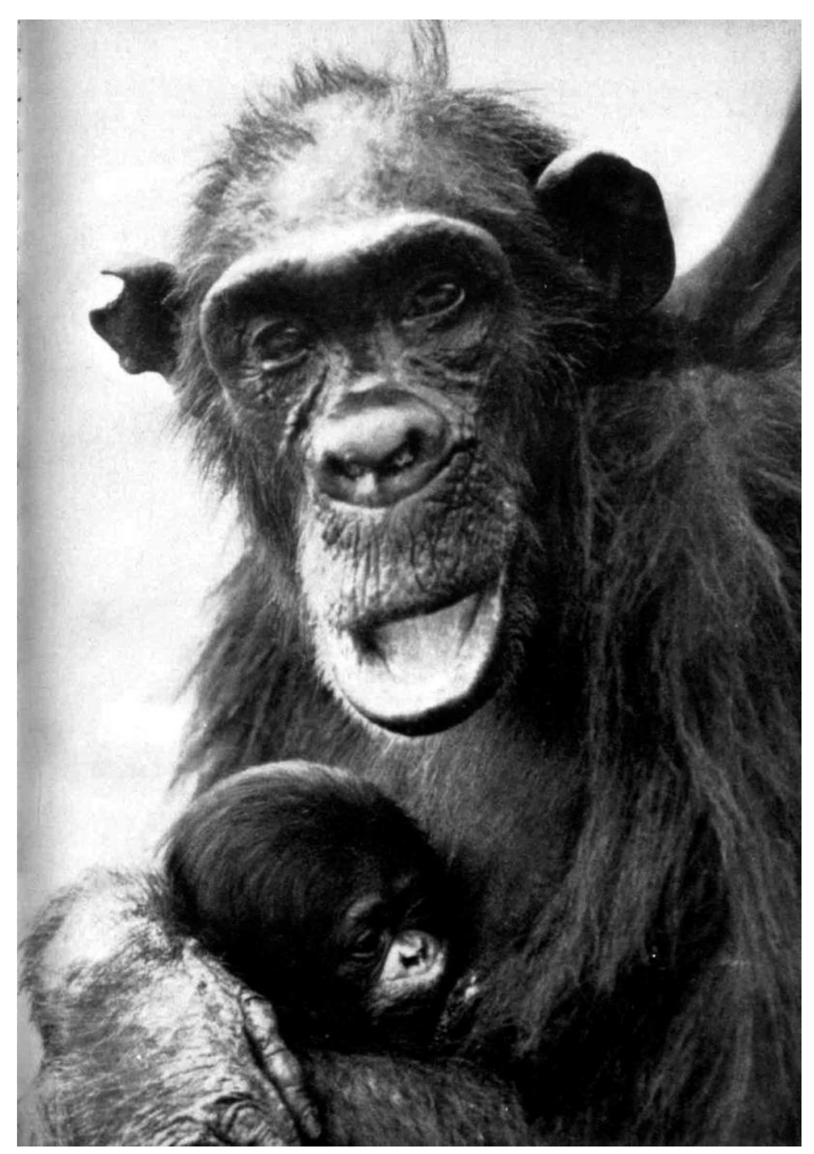
Flo y Fifi sorprendidas por un súbito ruido.



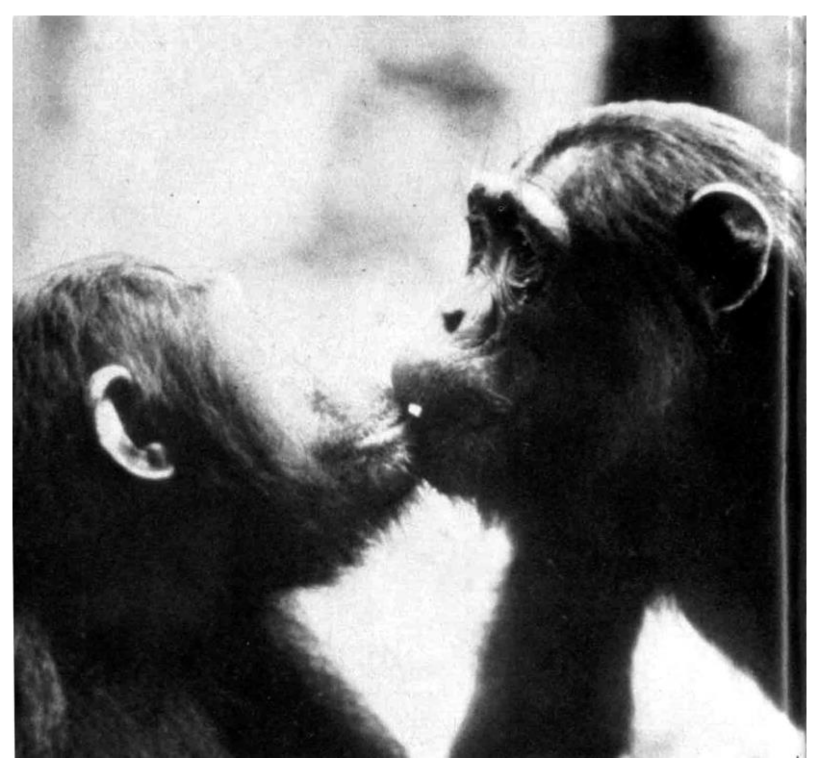
Gilka, dieciocho meses después de contraer una enfermedad deformante.



Dos chimpancés se abrazan a modo de saludo.



Flo y Flame.



11. Desarrollo del centro de investigación

Cuando pisamos por vez primera la playa de la reserva del Gombe nadie podía imaginar que yo estaba dando los primeros pasos hacia el establecimiento del Centro de Investigación del Gombe, ni mucho menos que nueve años después habría diez o más investigadores estudiando no solamente diferentes aspectos de las costumbres de los chimpancés, sino también observando a los papiones y a los colobos rojos.

Tomamos a nuestro primer ayudante, Edna Koning, poco después del nacimiento de Flint. Edna nos había escrito para que la aceptásemos en el cargo que fuere y, puesto que yo sola tenía mucho trabajo incluso antes del parto de Flo, pensamos que era una idea excelente. Edna no solamente pasaba a máquina mis notas, sino que aprendió también a hacer observaciones muy apropiadas. Así, cuando yo iba detrás de Flo y de Flint a las montañas, sabía que si algo interesante ocurría en el campamento, Edna tomaría buena nota de ello.

En aquel tiempo trabajamos durante todo el día y buena parte de la noche. Yo le dictaba mis observaciones en la grabadora con objeto de no tener que apartar los ojos de lo que ocurría a mi alrededor. Edna mecanografiaba el contenido de las cintas por la noche, mientras yo luchaba haciendo análisis para mi tesis doctoral. Comenzamos haciendo una copia extra de mis notas —tres en total— dividiéndolas en categorías de conducta: acicalamiento, sumisión, agresividad, etc. Edna, Hugo y yo recortábamos los fragmentos oportunos y los pegábamos en sus secciones apropiadas, formando grandes ficheros. Esta práctica resultó de gran utilidad para mis análisis. La tercera copia era enviada mensualmente a Louis, para que la conservara cuidadosamente en evitación de una posible pérdida en el Gombe: incendio, inundación o cualquier otra catástrofe.

Debíamos también examinar las defecaciones para hallar qué tipo de comida habían ingerido los chimpancés. Fue a Hugo a quien se le ocurrió cribarlas con agua, en vez de estudiarlas ya secas. Los chimpancés engullen muchos huesos y pepitas de frutas cuando comen, de forma que siempre podíamos saber qué especies maduraban en cada momento. Es

sorprendente qué cantidad de alimento parece pasar por el tubo digestivo del chimpancé sólo parcialmente digerido. El cribado de la defecación resultó ser un método excelente para averiguar la frecuencia con que los miembros del grupo comían insectos y carne; los datos así reunidos, junto con la información obtenida de la observación directa de la alimentación de los animales, nos proporcionó una buena idea de su dieta a lo largo del año. Trabajábamos las defecaciones en el arroyo, poniendo cada muestra en una gran lata agujereada, echando agua y cribando una y otra vez.

Hugo, además de ayudarme con mis análisis, tenía mucho trabajo propio. Seguía subvencionado, desde luego, por la *National Geographic Societ*y, y llevaba todas las cuentas, las suyas y las mías. Tenía también que redactar numerosos comentarios para sus películas y sus fotos de 35 mm, y sobre todo en la época de las lluvias tenía que batallar continuamente para mantener su equipo fotográfico en forma.

Trabajábamos tan intensamente, que Vanne, que nos hizo una visita durante ese año y quien, desde luego, compartió inmediatamente nuestras tareas, nos sugirió que descansásemos una tarde por semana. Fue una idea excelente, y desde entonces esperábamos la llegada de nuestras noches de descanso con la misma intensidad que mucha gente aguarda el fin de semana. Durante esas preciadas veladas escuchábamos música grabada en el magnetófono, tomábamos un par de copas en torno al fuego y disfrutábamos de una reposada cena, en vez de engullir nuestra comida en una de las tiendas para tener que volver deprisa y corriendo al trabajo. Ocasionalmente nos entreteníamos jugando a una divertida partida de “verdad o mentira”.

En esas noches, a pesar de todo, la conversación giraba siempre en torno a los chimpancés; si nuestro trabajo no hubiera constituido, al propio tiempo, un placer, dudo que hubiésemos podido sostener el ritmo que llevábamos. Estábamos totalmente inmersos en las idas y venidas de nuestro grupo de chimpancés; como Hugo solía decir, era como asistir a lo que ocurría en un pueblecito. Fascinación, solaz y trabajo sin fin.

A finales de aquel año, por más que nos esforzábamos, ya no podíamos, simplemente, con la tarea que nos habíamos impuesto, pues continuamente llegaban nuevos chimpancés que se unían a los conocidos en el momento de las comidas, y la cría de Melissa, Goblin, exigía tanta observación detallada como Flint. Tomamos una nueva ayudante, Sonia Ivey,

que, como Edna, quedó encantada con el trabajo y con los chimpancés. Sonia mecanografiaba mis cintas magnetofónicas, lo que daba más tiempo a Edna para dedicarse a la observación, y a mí para proseguir mis investigaciones en la selva. Los chimpancés llegaron a familiarizarse con mi presencia cercana, de forma que pude permanecer con ellos más y más tiempo cada vez.

Teníamos ahora un grupo de cuarenta y cinco chimpancés que visitaba nuestro campamento, alguno de ellos de forma regular, como la familia de Flo, así como otros procedentes del Sur o del Norte, que se aproximaban únicamente cuando sus caminatas les acercaban a nuestro valle. Aparte de algunos visitantes esporádicos, los animales estaban tan acostumbrados al sistema y preparativos de los alimentos dispuestos para ellos que no dudaban en entrar y salir de las tiendas, tomando todo aquello que les pudiera apetecer.

Nos habíamos aprovechado, sin duda, de las expresiones de Kris Pirozynski: tuvimos cuidado de meter toda la ropa en baúles metálicos, incluso la de cama, que teníamos que doblar trabajosamente cada mañana. Un día, justo después del amanecer, oímos un angustiado grito lanzado por Vanne. Cuando acudí, encontré que David, *el de la barba gris,* había echado mano de lo que aquélla llevaba puesto. Estaba sentada en el lecho, medio desnuda, tirando nerviosamente de una pernera del pijama, mientras que David, sentado al lado suyo, con una mano en la rodilla de Vanne, masticaba el borde inferior de la otra pernera. Cuando pude dejar de reír, tomé un plátano y me coloqué con él en la mano en la parte exterior de la tienda. David, aunque tiraba fuertemente del pijama, lo soltó por último para aceptar a cambio el plátano, mientras Vanne echaba rápidamente el cierre de la tienda y ponía a salvo el pijama.

No había nadie para ofrecer un plátano a Rodolf cuando, en su camino hacia las montañas, abandonó súbitamente a sus compañeros que se estaban aseando y, acercándoseme con su pelo erizado, asió mi camisa y tiró con fuerza de ella. Tenía un aspecto feroz, y yo me hallaba casi desnuda; en ese preciso momento y mientras su pelo iba recobrando la posición normal, se sentó cerca de mí y comenzó a chupar la camisa. Permaneció así durante quince minutos, hasta que, llevándose un trocito de tela, se reincorporó al grupo.

Después de algún tiempo comenzamos a comprender que no había nada a salvo de los chimpancés. A menudo nos metíamos un par de plátanos en los bolsillos con objeto de dárselos a Fifi o a algún otro de los jóvenes que no habían podido conseguir su parte de las cajas en que los colocábamos. Pero tuvimos que abandonar tal costumbre tan pronto como los machos adultos se dieron cuenta de lo que ocurría. Los chimpancés, sin embargo, recordaron el asunto de los plátanos escondidos durante largo tiempo. Cierta mañana, Hugo, acabado de vestir y todavía medio dormido, lanzó una exclamación cuando Leakey apareció en la puerta de su tienda: se le quedó mirando fijamente, le levantó la camisa y le metió un inquisitivo dedo en el ombligo. Y fue también Leakey quien, creyendo encontrar un prometedor botín en la camisa de Edna, introdujo su mano bajo la misma y apretó suavemente los pechos de aquélla.

Cierto día, sin darme cuenta de lo que hacía, metí un sabroso plátano en mi bolsillo para mi propio consumo. Cuando Fifi quiso echar mano, me aparté. Fifi se quedó mirando fijamente el bulto de mi bolsillo y seguidamente tomó una larga y delgada ramita que introdujo delicadamente en aquél. Al retirarla, olfateó su extremo: así, sin duda, comprendió la realidad de lo que allí se ocultaba, pues me siguió durante largo tiempo, gimiendo, hasta que tuve que darle el plátano.

Tuvimos también que ocultar cuidadosamente los huevos de la comida. Mr. McGregor, Mr. Worzle y Flo eran los chimpancés a quienes más les gustaban los huevos. Un día, el viejo McGregor se las arregló para arramblar con cuatro huevos duros que Edna había preparado para la comida, pérdida compensada con creces por la diversión que nos proporcionó. Normalmente, los chimpancés comen un huevo junto con un gran puñado de hojas; sólo cuando tienen la boca llena de hojas, con el huevo entre ellas, rompen la cáscara; es entonces cuando se sientan para saborear la mezcla durante largo rato.

Mr. McGregor pareció sorprenderse cuando se llevó a la boca el primer huevo, y con razón, pues estaba caliente. Lo sacó para mirarlo atentamente y, tras husmearlo, lo volvió a meter en la boca, junto con copiosa cantidad de hojas. Pudimos escuchar entonces el ruido que hizo la cáscara al romperse. Sin duda, la sorpresa fue ahora mayor: ningún líquido delicioso llenó la boca de Mr. McGregor, quien escupió la masa de hojas y huevo. Probó los cuatro, cada vez con más hojas, hasta quedar rodeado

por fragmentos de yema y clara y por partículas de vegetación desmenuzada.

Otro de nuestros problemas durante ese mismo año fue el de proteger las tiendas de campaña. Sujetamos las cuerdas a los árboles o a una gruesa cerca de madera que Hassan había construido en torno a cada tienda, ya que los chimpancés habían descubierto que arrancar de un tirón, una por una, las estacas, producía efectos espectaculares. Durante un corto tiempo no hubo más problemas. Hasta que un día Goliat se presentó en medio de nuestra tienda, para lo cual hizo saltar los fuertes postes de madera, uno tras otro, como si fuesen cerillas. Dejó tras sí una confusa masa de lona, medio sostenida en pie gracias a las cuerdas que la sujetaban a los árboles. Por último, tuvimos que conseguir unos grandes troncos y, con la ayuda de Hassan, fijarlos en cemento. Logramos así unos extraños pero muy satisfactorios "postes" para las tiendas de campaña.

Durante ese año, nuestra mayor preocupación fue el abastecimiento de plátanos. Nunca parecía que hubiera suficientes cajas: Hassan hacía más y más continuamente, pero cada día, dos o tres —incluso más— eran puestas fuera de combate por algún chimpancé. Incluso cuando todo había sido fijado en cemento, alguno de los machos adultos se las arreglaba para romper algo. J. B. era el peor malhechor. Rompía continuamente las asas de acero de las ventanas de las tiendas, de forma que no podíamos cerrarlas, e incluso llegó a destrozar fuertes cables cimentados, y ello a pesar de que la única parte visible no llegaba a 180 mm. Era una indicación aterradora de la fuerza sobrehumana de los chimpancés.

Todo iba bien si un grupo de chimpancés se marchaba del campamento antes de la llegada del siguiente; teníamos así ocasión de volver a llenar de plátanos las cajas. Pero no nos atrevíamos a abrir nuestro pequeño almacén cuando había chimpancés por los alrededores. A menudo fuimos sorprendidos al intentar reponer el suministro de plátanos de las cajas; si J. B., Goliat o cualquiera de los grandes machos se nos acercaba amenazadoramente cuando llevábamos un cubo lleno de plátanos, los entregábamos todos, pues eran demasiado fuertes como para bromear con ellos.

Lo peor era el suministro para David, *el de la barba gris*. David recordaba los buenos tiempos pasados en que él, Goliat y William arramblaban con todos los plátanos disponibles. En aquel tiempo, David no tenía que repartir nada con un grupo de machos cuyo número oscilaba

entre cinco y diez, ni tampoco tenía que apresurarse al llegar al campamento: le gustaba dejar que sus compañeros se precipitaran antes que él, de forma que, al aproximarse, se hubiera calmado la marejada. En todo caso, cada vez que venía, teníamos algunos plátanos reservados para él; si así no ocurría, avanzando decididamente su labio inferior, asaltaba las tiendas, una tras otra, buscando el codiciado alimento: empujaba y tiraba al suelo todo lo que encontraba, destrozaba incluso los mosquiteros de las ventanas si hallaba las tiendas cerradas. El problema consistía, desde luego, en que los demás chimpancés también penetraban en las tiendas en busca de la fruta escondida, si bien no de forma tan completa ni violenta como David. Teníamos que estar buscando continuamente nuevos escondites, pues los chimpancés los descubrían cada vez con más rapidez.

Incluso cuando la ración de David quedaba intacta, nos hallábamos ante la difícil tarea de dársela sin que se percatasen de ello los machos más agresivos. Y una vez que, con grandes dificultades, conseguíamos poner en sus manos un montón, Flo y Melissa o algunas de las otras hembras solían apiñarse en torno suyo y tomar, una tras otra, los plátanos.

David raramente se oponía, ya que, al fin y al cabo, él siempre podría conseguir más. La vida se hizo paulatinamente frenética e imposible; cada vez añoraba, con más intensidad, los sencillos días en que yo erraba por las montañas.

En 1965, sin embargo, las cosas comenzaron a mejorar. La *National Geographic Society*, que seguía financiando la investigación, nos concedió algunos fondos con destino a la construcción de unos edificios prefabricados de aluminio. Elegimos otro lugar, algo más arriba en el valle, lugar que ofrecía una vista soberbia de la montaña de enfrente y de parte del lago. De nuevo, todo el trabajo tenía que hacerse de noche, pero, excepto la preparación de los suelos de cemento, no nos llevó mucho tiempo el instalar las piezas prefabricadas. Una vez que estuvieron dispuestas y cubiertas las paredes y techos con hierba, no desentonaban de los selváticos alrededores. El edificio principal contenía una habitación suficientemente grande para trabajar y guardar los ficheros, dos habitaciones muy pequeñas que hacían las veces de dormitorios para Edna y Sonia, y otras dos todavía de más reducidas proporciones: una cocina y un almacén. El otro edificio estaba reservado para Hugo y para mí. Construimos, además,

una pequeña cabaña para almacenar los plátanos, poco más abajo del nuevo campamento, en el mismo valle.

Esta vez fue todavía más fácil conseguir que los chimpancés se acostumbrasen al campamento. Una mañana, cuando Hugo y yo estábamos revisando los edificios ya terminados y comprobando si todo estaba a punto, miramos hacia el valle y vimos a David, *el de la barba gris*, y a Goliat comiendo en una palmera. Aprovechamos la ocasión y rápidamente les ofrecimos una gran cantidad de plátanos. Los dos machos gritaron y se abrazaron durante un minuto completo antes de descender a toda prisa y de precipitarse a través del valle. Mientras sucedía esto, otros quince chimpancés que merodeaban por éste, al oír los excitados gritos de los otros dos, se abalanzaron también hacia nosotros; todo el grupo se reunió en el nuevo lugar rápidamente. El único contratiempo fue que, como todo había ocurrido sin preparación alguna, Hugo no tenía a mano su cámara para filmar la alegría, los abrazos, besos y caricias, los gritos y alaridos que tuvieron lugar antes de que llegasen la calma y los animales se pusieran a comer los plátanos.

En un plazo de tres días, casi todos los chimpancés —excepto aquellos que nos visitaban muy esporádicamente— habían descubierto el nuevo lugar, con lo que hubimos de abandonar el viejo sitio por completo. Los nuevos edificios eran tan lujosos con respecto a lo que Hugo y yo habíamos conocido en el Gombe que resultó muy penoso dejarlos pocas semanas después de habernos instalado en ellos. Pero Hugo debía encargarse de otro trabajo, toda vez que la *National Geographic Society* no podía permitirse el lujo de pagar indefinidamente a un fotógrafo en el campamento de los chimpancés, y yo tenía que volver de nuevo a Inglaterra para pasar un período de nueve meses que me permitiera acabar de estructurar mi investigación doctoral.

Hasta que no nos hubimos marchado del Gombe no nos percatamos de que durante ese año habíamos cometido un grave error. Habíamos permitido a Flint que nos tocara, y nosotros, por nuestra parte, le cosquilleábamos suavemente. Había sido una deliciosa experiencia, y Flint confiaba más y más en nosotros: nos asombraba que una chimpancé madre y salvaje pudiera perder el miedo a los seres humanos, hasta el punto de permitir que su hijo jugase con nosotros. Fifi y Figan habían seguido el ejemplo de Flint. Todo parecía ir bien; probaba, como habían probado también las

caricias que yo hacía a David, que era posible establecer unas relaciones estrechas y amistosas con una criatura que había vivido los primeros años de su vida temiendo al hombre. Hugo y yo habíamos llegado a jugar con Figan, cosquillearle, "luchar" con él y rodar juntos por el suelo, y ello a pesar de que, con ocho años de edad, el joven macho era mucho más fuerte que cualquiera de nosotros.

Pero cuando nos marchamos, con el potencial de los nuevos edificios de investigación pesando sobre nosotros, y cuando comenzábamos a recibir cartas de estudiantes que deseaban unirse a nuestro equipo, nos dimos cuenta de la estupidez de nuestra conducta. En primer lugar, el chimpancé macho y adulto es, por lo menos, tres veces más fuerte que un hombre; si al crecer Figan comprendía la debilidad de los seres humanos, se haría realmente peligroso. Además, el contacto repetido con un animal salvaje afecta, necesariamente, su conducta. Decidimos que en el futuro ningún estudiante establecería contacto directo con los chimpancés.

Edna y Sonia, que habían aprendido rápidamente a realizar observaciones muy precisas, manejaron por sí mismas la investigación durante casi un año. Desde entonces tuvimos un flujo constante de ayudantes trabajando en el Gombe. Gradualmente nuestro programa de investigación se ha ampliado de forma que, durante los pasados años, hemos podido ofrecer facilidades de trabajo a quienes deseaban estudiar las costumbres de los papiones y de los colobos rojos. Algunos estudiantes han trabajado en el Gombe, como asistentes míos, durante un año, cuidando de organizar los datos y ficheros relativos a la conducta de los chimpancés conocidos. La mayoría eran jóvenes graduados; todos ellos trabajaron muchas horas y contribuyeron grandemente a nuestro conocimiento de los chimpancés. Algunos permanecieron en el Gombe un segundo año, como asistentes o estudiando algún aspecto concreto de las actividades de los chimpancés.

En 1967 hubo un gran cambio: el Gombe pasó a ser administrado por la Dirección de Parques Nacionales de Tanzania y se transformó en el Parque Nacional del Gombe. Los guías del Departamento de Caza fueron sustituidos por los guardabosques de los Parques Nacionales, con su cuartel general al sur del valle. Trabajamos junto con los nuevos administradores para montar otro centro de alimentación, al Sur, con vistas a los turistas y visitantes interesados. Desde hace dos años, los jóvenes estu-

diantes han estado trabajando en la zona señalada, viviendo solos, intentando que los chimpancés del Sur se vayan acostumbrando a ellos, como en 1960 lo intenté yo misma. Y así es como, poco a poco, se ha desarrollado el Centro de Investigación del Gombe. Hoy consta de ocho pequeños refugios y dormitorios en la zona de observación, camuflados entre los árboles, así como de tres grandes edificios en la playa y tres casetas para quienes se especializan en papiones y monos. Los ayudantes africanos disponen de una "aldea" propia en la playa, en torno a la choza del viejo Iddi Matata. Dominic, Sadiiki y Rashidi siguen con nosotros, así como otros muchos. No podría decirse que el Centro es lujoso, pero todo es ahora más que apropiado para los jóvenes que gustan de los animales, de la investigación fascinante y del trabajo intenso. El mayor problema con que nos hemos encontrado en todo momento ha sido el de ofrecer plátanos a los chimpancés: cómo presentárselos de la forma más aproximada posible a la comida natural, de manera que afecten lo más mínimo a la conducta social de los animales. A través de los años hemos cometido muchos errores y experimentado abundantemente.

Al comienzo, desde luego, les dábamos plátanos a los chimpancés siempre que éstos venían al campamento. Era extraordinario para Hugo y para mí poder filmarlos y observarles regularmente cerca de nuestros alojamientos, y no nos preocupaba demasiado si visitaban el valle más frecuentemente que lo hubieran hecho si el centro de alimentación no hubiese existido. En aquellos días, por otra parte, no habíamos concebido todavía la idea de una investigación de largo alcance y deseábamos hacer la mayor cantidad de observaciones posibles antes de abandonar el Gombe para siempre.

Después de unos pocos años, sin embargo, nos dimos cuenta de que el alimentar continuamente a los animales había producido cierto efecto en su conducta: comenzaron a moverse de un sitio a otro en grandes grupos mucho más a menudo que lo hacían originalmente: dormían cerca del campamento y se presentaban en él muy temprano cada mañana en hordas ruidosas, y lo peor de todo, los machos adultos se iban haciendo progresivamente agresivos. Cuando comenzamos a ofrecer plátanos a los chimpancés, los machos raramente luchaban para disputárselos: compartían las cajas o, todo lo más, perseguían a otro o lo amenazaban sin atacarlo realmente.

Cuando Hugo y yo volvimos al Gombe en 1966, una vez que yo hube terminado satisfactoriamente mis cursos en Cambridge, nos quedamos horrorizados ante el cambio que apreciamos en la conducta de los chimpancés. No solamente luchaban entre sí mucho más que antes, sino que también muchos de ellos merodeaban por el campamento durante horas y horas cada día. Esto se debía, sobre todo, a Fifi y Figan, y en menor medida, a Evered.

Los tres jóvenes habían descubierto que para abrir una caja de plátanos todo lo que tenían que hacer era tirar de la sencilla clavija que la cerraba. Hassan había trabajado laboriosamente en la cerradura, cortando fragmentos de la clavija y del asa con objeto de que hubiera de ser destornillado el mecanismo en vez de tirar de él. Este sistema había funcionado bien durante un par de meses, pero, finalmente, los tres jóvenes terminaron resolviendo también este problema. Entonces Hassan fijó unas nueces a los tornillos para que aquéllas fuesen retiradas previamente. Justo antes de nuestra vuelta, Figan, Fifi y Evered dominaban también el nuevo sistema. La situación era caótica. Evered desatornillaba una de las clavijas, lanzaba unos fuertes gritos indicativos de su apetito y se precipitaba hacia el contenido de la caja así abierta. Lo mismo hacían, naturalmente, los restantes chimpancés próximos, y era difícil que Evered pudiera apoderarse de más que un par de plátanos, a menos que estuviese solo en el campamento o fuese el de más categoría entre los allí reunidos. Por lo general abría una caja tras otra, hasta que "alimentaba" así a todos los demás; solamente si al final quedaba una caja libre, se la apropiaba. Su única estratagema consistía en llegar cada día más temprano, con objeto de ser el primero y tener las manos libres. Pero esto no resultó ya que los demás comenzaron a llegar mucho antes.

Fifi y Figan eran mucho más astutos. Comprendieron pronto que por muchas cajas que pudieran abrir era difícil poder conseguir los plátanos con los chimpancés superiores en torno suyo. Decidieron quedarse merodeando, junto con Flo, en espera de la marcha de los demás. Cuando ya no quedaban muchos adultos, cada uno abría rápidamente una caja. A veces no podían resistir la tentación de desatornillar una clavija, pero no levantaban la tapa de la caja, sino que se sentaban, con un pie sobre aquélla, acicalándose descuidadamente y mirando a todas partes, excepto a la caja. En cierta ocasión, Figan permaneció en tal actitud durante más de

media hora. Pero aunque los otros chimpancés no habían descubierto el secreto de los tornillos, eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que si no se alejaban demasiado Fifi o Figan les proveerían, por fin, de plátanos. Y así, permanecían en el campamento por más y más tiempo. De vez en cuando, si bien no muy a menudo, conseguían acabar con la paciencia de Fifi, sobre todo Mike. Día tras día la familia de Flo ocupaba el campamento, y nos divertía ver cómo la madre trataba, ocasionalmente, de apartar de allí a su prole, de la misma forma que el año anterior sus hijos la habían intentado alejar de los termiteros. Solamente Flo no era tentada por los plátanos y, después de marchar de regreso por el sendero mirando atrás por encima del hombro una y otra vez, solía volver para echarse a la sombra de una palmera.

Estábamos impresionados por la inteligencia mostrada por Figan y Fifi, pero era evidente que debíamos inventar un nuevo sistema para solucionar el problema. Instalamos entonces un gran número de cajas de acero, fabricadas en Nairobi. Funcionaban con pilas y podían ser abiertas apretando un botón en el edificio central. Una de las ventajas del nuevo procedimiento consistía en que, cuando llegaba un gran grupo de chimpancés, podíamos ofrecer a cada uno de los machos adultos su ración casi al mismo tiempo; así no tenían que esperar, con lo que se evitaba su progresiva agresividad. Por otra parte, los chimpancés comenzaron así a relacionar los plátanos más con cajas que con personas, pues la mayor parte de ellos nunca se percataron de la conexión existente entre los botones y la apertura de las cajas.

Decidimos, además, darles plátanos sin plan fijo: durante dos o tres días seguidos no les daríamos nada. Esperábamos así impedir que los chimpancés permaneciesen en nuestro valle durante días y días. Durante todo el año 1967 la cosa marchó bien, pero no habíamos alcanzado, ni mucho menos, la perfección.

El problema con que nos enfrentamos seguidamente era uno siempre presente, pero que había ido agravándose cada año: las peleas entre chimpancés y papiones en el centro de alimentación. En 1968, cuando Hugo y yo volvimos al Gombe durante varios meses, encontramos un completo caos. Un grupo de papiones —“la cuadrilla del campamento”, como nosotros decíamos— merodeaba continuamente en torno, bien en los árboles próximos o bien al otro lado del valle, desde donde había una magnífica

vista de nuestros edificios. Tan pronto como aparecían los chimpancés, los papiones se precipitaban para llevarse su parte de plátanos. Por si fuera poco, otros grupos de papiones —“la cuadrilla de la playa”— había comenzado a pasar varias horas cerca del campamento.

Los papiones machos se habían vuelto muy agresivos, no sólo con los chimpancés, sino también con los seres humanos. Algunos de nuestros estudiantes estaban muy preocupados ante lo que ocurría, sobre todo las muchachas, y con razón, pues un papión macho puede ser tan peligroso como un leopardo.

Durante algún tiempo intentamos alejar a los papiones utilizando el procedimiento de no abrir las cajas mientras ellos se hallaban cerca, pero esto sólo sirvió para crear tremendas tensiones y frustraciones en los chimpancés. Unos y otros sabían que las cajas cerradas estaban llenas de plátanos, y cuanto más tardábamos en abrirlas, la situación se hacía más grave. Los actos de agresión se multiplicaban y cuando, por fin, abríamos las cajas, el desbarajuste era total. Era preciso tomar prontas medidas.

En primer lugar, cortamos todo suministro. Como Hugo y yo habíamos imaginado, los chimpancés, al llegar día tras día y hallar todas las cajas abiertas, empezaron a venir con menos frecuencia. Después de una semana, todo estaba tranquilo, sólo con pequeños grupos merodeando de vez en cuando, mirando las cajas y marchándose seguidamente. Lo mismo ocurrió con los papiones.

Después de tres semanas comenzamos el suministro de nuevo, de forma muy irregular, llenando las cajas solamente cuando estábamos seguros de que los papiones estaban durmiendo lejos y no vendrían temprano. Mientras tanto seguíamos trabajando en la construcción de un *bunker* subterráneo a unos diez metros del edificio central de observación. No llega a metro y medio de ancho, y tiene altura suficiente como para que una persona pueda caminar sin agacharse. Hay espacio para almacenar bastantes plátanos para todo un día, y las cajas, enterradas, se hallan colocadas a lo largo de los costados del *bunker o* “trinchera”, como lo llamamos. Las cajas se abren no sólo hacia fuera, sino también hacia dentro. Después de mucho tiempo pudimos, por fin, controlar cuándo y a quién dábamos comida. Si algunas de las cajas estaban llenas y aparecían los papiones antes que los chimpancés, retirábamos los plátanos desde dentro y no había comida aquel día, para unos ni para otros. Si llega un

pequeño grupo de chimpancés puede ser bien alimentado con un número apropiado de cajas y plátanos sin existir ninguna dificultad.

Desde la construcción de “la trinchera” no tuvimos problema alguno, a excepción de cuando Goblin, al romperse el fondo de una caja, descubrió que podía introducirse en el túnel. Salió por donde había entrado, pero con un enorme puñado de plátanos robado del almacén subterráneo.

Ahora es ya posible regular con todo cuidado la frecuencia con que cada chimpancé es alimentado, así como estar seguros de que ninguno consigue plátanos más de una sola vez en diez o quince días. Así, los chimpancés han reasumido casi por completo sus viejos hábitos nómadas, y merodean por el campamento, en general, sólo cuando se encuentran en las cercanías del mismo. Esto significa, naturalmente, que no podemos obtener tantos datos como cuando venían más a menudo, pero aun así se hacen suficientemente visibles como para que los estudiantes puedan tomar con bastante regularidad notas sobre la mayor parte de los individuos.

Durante los pasados años reunimos toda clase de información acerca de las actividades y conducta de los chimpancés, tanto en el centro de alimentación —donde es posible aprender mucho acerca de los cambios de poder y de otras relaciones entre los componentes de un grupo y compilar una inmensa cantidad de datos sobre el desarrollo de las crías— como en las selvas, caminando tras ellos de un lado a otro por los senderos de las montañas, formando casi parte del grupo. Si se cansaran de nosotros, sería la cosa más fácil para ellos deshacerse de sus seguidores en terreno tan escabroso.

No podemos predecir cuánto tiempo continuará funcionando apropiadamente el sistema actual de alimentación, mas por el momento parece como si hubiésemos hallado la solución correcta. Cuando repaso las notas relativas a los diferentes individuos, las historias reunidas en torno a la vida de chimpancés como Flint y el pequeño Goblin me demuestran que nuestras luchas, preocupaciones y angustias han merecido la pena.

12. Infancia

El nacimiento de un nuevo miembro constituye un gran acontecimiento en muchas sociedades animales y humanas. Entre los chimpancés, cuyas hembras sólo pueden dar a luz cada cuatro o cinco años, tales acontecimientos son relativamente raros; en nuestro grupo del Gombe, compuesto de treinta a cuarenta individuos, suelen darse uno o a lo más dos al año. Por tanto, la aparición de una madre con un recién nacido suele despertar profundo interés entre los componentes de la comunidad.

Nunca olvidaré el día en que Goblin fue presentado por vez primera ante un grupo de chimpancés. Tenía sólo dos días y, agarrado al pelo de su madre, Melissa, ésta no podía dar más de dos pasos sin prestarle ayuda. Estaba unido todavía a la placenta por medio del cordón umbilical. El grupo se hallaba en una pacífica sesión de aseo cuando apareció Melissa; inmediatamente noté en el aire una extraña tensión. Uno por uno los chimpancés se detuvieron para contemplarla fijamente. Fifi fue la primera que se acercó a ella, pero sin detenerse. Melissa se aproximó con cautela a Mike, gruñendo sumisamente y tocándole en el costado a modo de saludo. Inmediatamente después le presentó su región posterior, que Mike palmeó tranquilizador, pero en el momento en que se acercó a observar a Goblin, Melissa se apartó apresuradamente. Lo mismo ocurrió cuando le llegó el turno de saludar a Goliat, a David y a Rodolf, que también mostraron gran interés por el recién nacido.

Cinco minutos después Mike emprendió uno de sus alardes de fuerza, columpiándose en el árbol y agitando las ramas; Melissa, de un salto, se apartó, aullando, de su lado. Al hacerlo, la placenta se enredó entre unas ramas; por un momento temí que Goblin cayera en el vacío, mas por fortuna su madre tuvo tiempo de recoger el cordón al tiempo que Mike se dirigía hacia ella. Pronto reinó la más absoluta confusión en el grupo; los machos adultos se columpiaban sin descanso en las ramas, mientras que las hembras y jóvenes huían despavoridos. Lo que no era más que una reacción provocada por un sentimiento de curiosidad frustrada ante el hecho de que Melissa no permitiera a sus compañeros acercarse a exami-

nar al nuevo miembro del grupo, parecía como una salvaje ceremonia de bienvenida en honor del recién nacido.

Al fin, todo quedó en calma y los machos volvieron a su interrumpida tarea, mientras que Fifi y las otras jóvenes se reunían en torno a la madre y al hijo para contemplar a éste. Si se acercaban demasiado, Melissa les avisaba amenazadoramente con un gruñido o simplemente alzando un brazo, pero el hecho es que en aquella ocasión no se apartó de ellas y les dejó satisfacer su curiosidad.

Desde aquel día he vuelto a observar, en ocasiones, parecidas reacciones de este tipo, pero solamente cuando la madre es muy joven. La conmoción es mucho menor cuando Flo vuelve a hacer su aparición con un nuevo hijo, y la razón estriba en que las madres viejas y experimentadas no huyen de los otros chimpancés. Hemos visto, por ejemplo, a cuatro chimpancés sentados muy cerca de una de estas hembras y su hijito, observando a la cría con toda calma y detención. Por el contrario, cuando la madre trata de escapar, el recién nacido corre verdadero peligro, ya que durante los primeros días de su vida no tiene la fuerza suficiente para agarrarse durante una marcha apresurada. A esto se añade la dificultad que representa el arrastre de la placenta, pues, según nuestras observaciones, la hembra en estado salvaje no hace el menor intento de cortar el cordón umbilical. Nunca hemos visto con nuestros propios ojos a un recién nacido caer al suelo o recibir daño alguno durante estos bárbaros alardes, pero sí sabemos, por otra parte, que algunas crías han desaparecido misteriosamente en los primeros días de su vida.

Durante los seis años transcurridos desde el nacimiento de Flint y Goblin, vinieron al mundo otros doce chimpancés, de los cuales algunos murieron antes de cumplir el año. La información que ellos y sus madres nos han facilitado ha sido valiosa y abundante. Por lo general, la madre evita todo contacto entre el recién nacido y cualquier adulto, exceptuando los hermanos, durante los primeros cinco meses de vida. Una vez que cumplen los tres meses, los pequeños suelen dirigir los brazos hacia algún chimpancé, pero la madre se encarga de apartarle inmediatamente. Muy diferente, sin embargo, fue el caso de Pom, una de las primeras hembras nacidas en el seno de nuestro grupo. Su madre la dejó en el suelo pocas horas después del alumbramiento y permitió que un grupo de jóvenes se acercaran a examinarla e incluso asearla. Pero hay que especificar que

Passion no era una madre como las demás. No era joven. Cuando la conocí en 1961 era ya madura y sé que antes del nacimiento de Pom, ocurrido en 1965, había perdido ya un hijo. No es extraño que hubiera perdido alguno más, si nos guiamos por su comportamiento con respecto a Pom, la cual tuvo que luchar por su existencia por sí misma desde el día en que vino al mundo. Su madre la transportaba ya a su espalda cuando sólo tenía dos meses, es decir, tres o cuatro antes de lo que normalmente hubiera hecho otra hembra cualquiera. El motivo fue que Pom se hirió gravemente en un pie y no podía agarrarse bien, y Passion, en lugar de ayudarla constantemente sosteniéndola con la mano, la montó a la espalda sin más miramientos. Aquel mismo día corrió a lo largo de unos veinte metros para saludar a un grupo de machos sin preocuparse lo más mínimo por la seguridad de su cría. Pom, agarrándose a su madre frenéticamente, consiguió salir ilesa de la prueba, a pesar de que la mayoría de los chimpancés suelen deslizarse espaldas abajo en el momento en que la madre hace un movimiento brusco.

Supusimos que en el momento en que Pom se curara de su herida volvería a colgarse bajo el vientre de su madre, pero no fue así; probablemente a la hembra le resulta más cómodo transportar a sus crías a la espalda, y Passion, que había conseguido hacerlo con tres meses de antelación, no tenía el menor propósito de perder esta ventaja. Aun en los momentos en que diluviaba y Pom trataba de refugiarse del agua bajo el vientre de su madre, ésta la empujaba de nuevo a la espalda una y otra vez, hasta que la pequeña se resignaba a su suerte.

La mayoría de las hembras que hemos observado ayudan a sus hijos a encontrar el pezón con que alimentarse. Flo, por ejemplo, sostenía a Flint mientras mamaba para hacerle más cómodos aquellos minutos, aun cuando éste tenía ya seis meses de edad. Por el contrario, Passion no prestaba la menor atención a los sollozos de su cría; si no podía encontrar el pezón, y si no había terminado de alimentarse cuando su madre quería continuar su camino, tenía que conformarse e interrumpir su alimentación o mantenerse agarrada a su pecho en equilibrio, tratando de mantener el pezón en su boca hasta que la empujaban de nuevo a la espalda. Nunca conseguía mamar más de dos minutos sin ser interrumpida, y a veces mucho menos; como resultado, a diferencia de los otros chimpancés, que durante el primer año suelen mamar a cada hora durante unos tres minutos, Pom se

resarcía de las interrupciones buscando el pecho de su madre mucho más a menudo.

Lo mismo ocurrió cuando empezó a caminar. Flo se mostró verdaderamente solícita con Flint en aquellas mismas circunstancias, levantándola si caía y sosteniéndola con la mano en sus primeros pasos. Melissa no se mostró tan preocupada; si Goblin caía y lloraba, se limitaba a tenderle una mano y dejarle que se pusiera en pie por sí mismo. Pero Passion fue en aquella ocasión verdaderamente insensible. Un día, cuando Pom aún no podía caminar por sí sola más de dos metros, se levantó y echó a andar alejándose de su hija; ésta trató de seguirla, cayendo y levantándose numerosas veces, sollozando y gimiendo, hasta que, al fin, su madre volvió a recogerla y la subió a su espalda. Lo mismo ocurrió una y otra vez. En cuanto Pom aprendió a caminar un poquito mejor, Passion no se preocupó ya siquiera de acudir a levantarla cuando lloraba, sino que esperaba a que aquélla la alcanzara.

Cuando Pom tenía ya un año era muy común encontrarla a pocos pasos de su madre, sollozando y tratando por todos los medios de llegar junto a ella para subir a su espalda. No nos sorprendió, pues, que a los dos años, edad en que las crías del chimpancé juegan alegremente a cierta distancia de sus madres, Pom permaneciera sentada junto a la suya o a lo más se alejara de ella sólo unos cuantos pasos. De hecho, durante muchos meses jugaba con Flint y Goblin o con otros chimpancés de su edad sin soltarse de su madre por temor, evidentemente, a que ésta la abandonara.

Como los niños, los chimpancés dependen de sus madres durante varios años. La mayoría siguen alimentándose de su leche y durmiendo en su compañía durante más de cuatro años y, aunque, por lo general, suelen ya moverse por sus propios medios, saltan a sus espaldas a la menor señal de peligro o conmoción hasta que tienen cuatro o cinco años. Durante este período de dependencia, el chimpancé aprende a familiarizarse con el mundo que le rodea, así como a moverse con soltura y rapidez, tanto por el suelo como por los árboles, y va adquiriendo pericia en la manipulación de objetos tales como ramas y hojas, a buscar su alimento y fabricarse su nido. Esto último lo intentó Flint por primera vez cuando acababa de cumplir los diez meses: partió una ramita y se sentó encima de ella, doblando después unos cuantos tallos de hierba directamente sobre su regazo. Después le vi con frecuencia repetir el intento, subido en un árbol,

doblando ramas y tratando de mantenerlas con los pies mientras procuraba alcanzar unas cuantas más. Durante los meses siguientes fue adquiriendo cada vez mayor práctica y, como la mayoría de los chimpancés de su edad, solía fabricar un lecho mientras jugaba solo en un árbol. A veces se tendía en él hasta destruirlo, y entonces comenzaba otro nuevo. Esta práctica constante tiene como resultado que cuando el chimpancé alcanza los cuatro o cinco años de edad, en que comienza a dormir solo, no tiene dificultad alguna en prepararse su lecho. Lo mismo sucede con el uso de palos y ramas con el fin de conseguir insectos para su alimentación; mucho antes de tener que pensar seriamente en el problema de su propia subsistencia está ya acostumbrado a jugar con lo que en el futuro serán sus herramientas.

Los niños, por lo general, aprenden a caminar, subir escaleras y usar una cuchara mucho más fácilmente que a comportarse con la educación que la mayoría de los adultos les exigen. Los pequeños suelen demostrar una increíble falta de percepción en lo que se refiere al estado de ánimo de los mayores; cuando han estado golpeando la mesa incansablemente con el plato, su madre les repetirá una y otra vez que dejen de hacerlo, les quitará el plato e incluso les dará un cachete antes de que, por fin, se den cuenta de que está verdaderamente irritada. Y cuando su padre está enfrascado en la lectura de un libro, el niño tratará por todos los medios de atraer su atención, a pesar de las miradas y palabras airadas que aquél le dirija.

Tales acciones son calificadas generalmente de mala conducta deliberada y, sin embargo, en la sociedad de los chimpancés ocurre exactamente lo mismo. Las crías ya saben andar y trepar antes de comenzar a usar los gestos de sumisión que incluye el sistema de comunicación de los adultos y, como los seres humanos, muestran durante el primer año de su vida una sorprendente incomprensión respecto al humor de sus mayores. Debido a esto, le toca a la madre vigilar estrictamente no sólo a su cría, sino también a todos los que la rodean.

Un día seguí a un grupo que subía la ladera de la montaña; en cierto momento se detuvieron para descansar y sentarse y yo me instalé a una distancia prudencial para observarlos. Goblin, que comenzaba a dar los primeros pasos a sus diez escasos meses, se dirigió tambaleante hacia Mike, que se hallaba sentado a la sombra de una palmera masticando una

masa de semillas y pieles de higo. Cuando el pequeño llegó hasta él, le palmeó muy suavemente una y otra vez. Al fin Goblin se apartó, tropezó con un sarmiento y cayó al suelo de bruces. Inmediatamente Fifi corrió en su auxilio, recogiéndolo del suelo y apretándolo contra su pecho por unos momentos, pero el pequeño volvió en busca de aventuras. Esta vez fue un árbol lo que encontró en su camino y, con la mirada de intensa concentración que caracteriza a los chimpancés de su edad, se dispuso a subir hasta la copa. Se hallaba a medio camino cuando una de las manos le falló; habría caído al suelo si David, que se hallaba sentado por allí cerca, no hubiera acudido en su auxilio sosteniendo el codo del pequeño con su mano hasta que aquél llegó sano y salvo hasta la copa.

Entonces Flint, seis meses mayor que Goblin, se acercó saltando al grupo. Los dos pequeños comenzaron a jugar, mostrando los dientes inferiores, con la sonrisa juguetona de los chimpancés. Flo estaba sentada aseando a Figan; un poco más lejos se acicalaba Melissa, la madre de Goblin. Era una escena idílica la que tenía lugar allí, en el interior del bosque, en las alturas de la montaña, y que tenía como fondo los destellos del agua del lago que se filtraban entre la espesura. Pero, de improviso, una serie de gruñidos anunciaron la llegada de nuevos chimpancés y al instante el grupo se puso en movimiento. Flint abandonó el juego y de un salto se encaramó a la espalda de su madre, quien trepó a una palmera vecina, deteniéndose en el tronco a esperar los acontecimientos. Mike se levantó con el pelo erizado y se preparó para uno de sus alardes, siendo imitado inmediatamente por todos los machos del grupo, alertas y expectantes, dispuestos a dejar el camino libre o participar en el alarde, según las circunstancias lo exigieran. Todos menos Goblin, que permaneció ajeno a la confusión y que, ante mi asombro, comenzó a caminar en dirección a Mike. Melissa, temblando de miedo, corrió detrás de su hijo, pero llegó demasiado tarde; el macho dominante había comenzado ya su carrera y al pasar junto a Goblin le había tomado a modo de rama y le arrastraba a toda velocidad por el suelo. Ante esto, la siempre cauta Melissa, ahora frenética ante el peligro que corría su hijo, trató de enfrentarse con Mike. Su conducta no tenía precedentes y pagó las consecuencias de su atrevimiento, pero supo aguantar los golpes y logró liberar a Goblin, que quedó gritando en el lugar en que Mike le había abandonado. Aun antes de que Mike dejara de golpear a Melissa, Huxley había levantado

del suelo al pequeño. Por un momento creí que iba a utilizarlo también él en un alarde, mas, por el contrario, permaneció quieto, sosteniendo a Goblin con una mano y contemplándole con una mirada de asombro. Luego, al tiempo que Melissa, sangrando y aullando, escapaba de las manos de Mike, depositó al pequeño en el suelo. Al ver a su madre acercarse, Goblin saltó a sus brazos y ambos desaparecieron en la espesura mientras sus gritos se perdían en la lejanía.

Es difícil explicarse la conducta de Mike en aquella ocasión. Por lo general, los adultos demuestran una tolerancia ilimitada en lo que respecta a los pequeños, pero, al parecer, los machos pierden toda inhibición social durante sus alardes de fuerza. Es muy posible que Mike, en la excitación del momento, tomara lo primero que encontrara a su alcance para realzar su alarde. Una vez vi a Rodolf golpear y arrastrar una vieja hembra mientras una de las crías de ésta aullaba colgada de su vientre, y seguidamente, casi antes de dejar de atacarla, volverse para abrazarla y besarla.

Sólo dos semanas después del suceso que acabo de narrar, Goblin se vio envuelto de nuevo en un acontecimiento dramático. Jugaba con una pequeña a poca distancia de las madres de ambos cuando un macho cargó contra el grupo y atacó brevemente a una de aquéllas. Al momento las dos hembras corrieron hacia sus crías y Melissa, que llegó a ellas primero, tomó la que no le correspondía y huyó ladera arriba. La segunda madre cogió a Goblin, pero casi inmediatamente, dándose cuenta de su error, lo dejó a un lado del camino y salió corriendo en pos de su hija, que aullaba sin cesar. Goblin quedó solo, con la cara desfigurada por el terror. En aquel momento apareció Mike, pero su conducta fue en aquella ocasión completamente diferente: tomando a Goblin de la forma más delicada posible, le transportó unos metros apretado contra su pecho. Sólo cuando aquél quiso escapar lo depositó en el suelo, pero permaneció en su compañía durante diez minutos amenazando a los chimpancés que pretendían aproximársele demasiado. Cuando Melissa llegó por fin, contempló con expresión benevolente cómo Goblin corría a reunirse con su madre.

Goblin, a diferencia de Flint y como otras muchas crías en sus mismas circunstancias, sufrió las consecuencias de tener una madre poco experimentada. Desde luego, en el caso concreto de Flint, su hermana Fifi cola-

boraba en su cuidado y vigilancia y era ella quien en numerosas ocasiones acudía en su ayuda y le ponía a salvo ante cualquier amenaza.

Algunas madres, por el contrario, son excesivamente cautelosas y suelen “rescatar” a sus hijos de peligros totalmente inexistentes. Recuerdo cuando Gilka tenía sólo dos años cómo disfrutaba en las raras ocasiones en que su madre permanecía unos momentos en un grupo donde hubiera unos cuantos machos adultos. Como una niña mostrando sus gracias ante un grupo de personas mayores, se ponía entonces de pie columpiando los brazos y dando patadas en el suelo o hacía piruetas incansablemente. Si se acercaba a alguno de los machos, éste, por lo general, respondía con unas palmaditas o con unas caricias o cosquillas, mostrando la mayor tolerancia posible. Sin embargo, Olly corría al lugar de la escena gruñendo nerviosamente, daba al macho alguna muestra de sumisión y se llevaba a Gilka con precipitación. En cierta ocasión en que ésta hacía sus volatines frente a unos cuantos machos, Olly se acercó por cuatro veces consecutivas a ella, la cogió de la mano y la arrastró, literalmente, hasta alejarla del grupo. Aún era peor cuando Gilka trataba de jugar con un macho adulto; casi todos ellos respondían complacientes a la invitación de la pequeña, pero en cuanto Olly se daba cuenta de lo que ocurría, o bien se llevaba a Gilka o bien comenzaba a asear al macho para distraerle de sus juegos. Y, sin embargo, en ninguna ocasión había mostrado ningún macho la menor señal de agresividad.

Hugo y yo recordaremos siempre cierta ocasión en que Olly, al percatarse de que Gilka estaba jugando con Rodolf, se acercó inmediatamente a ellos, y dando una serie de gruñidos preocupados y sumisos, puso su mano en la espalda del macho para tranquilizarle. Este, que no necesitaba en absoluto ser aplacado, continuó jugando echado sobre un costado y estremeciéndose de risa cada vez que Gilka trepaba sobre él para cosquillearle en el cuello.

Después de contemplarlos por unos momentos, Olly comenzó a asear a Rodolf, apartando nerviosamente la mano cada vez que éste movía un brazo o una pierna durante el juego. De repente Rodolf se volvió hacia ella y comenzó a hacerle cosquillas en el cuello con una mano, mientras que hacía lo mismo con Gilka utilizando uno de sus pies. La cara de Olly era todo un poema: los labios le temblaron de excitación, le relucían los ojos y sus gruñidos eran ya totalmente histéricos. Se apartó, pero Rodolf

la siguió para continuar haciéndole cosquillas. Durante unos segundos, Olly frunció los labios como en una mueca grotesca; en sus gruñidos frenéticos adiviné un rastro de carcajada, pero aquello duró muy poco; al momento se retiraba sin poder soportar por más tiempo un contacto físico tan alarmante con un chimpancé adulto.

En algunas ocasiones el macho ataca a la hembra en el transcurso de un juego. No estoy completamente segura, pero creo que la razón estriba en que al actuar aquél con cierta violencia, hiere a la hembra, que se separa de él, lo cual suele irritarle. Olly, sin embargo, no tenía por qué preocuparse, pues nunca he visto a Rodolf comportarse de forma tan agresiva en el curso de un juego.

Durante su primera infancia, los chimpancés pasan gran parte del día jugando; de hecho, durante los dos o tres primeros años de su vida parece que no hacen otra cosa. El juego es una de las categorías de conducta más discutidas en los círculos científicos. ¿En qué consiste? ¿Cuál es su función? ¿Cómo debe definirse? Y sin embargo, a pesar de todas las discusiones y especulaciones, todos los preocupados por estas cuestiones, sean científicos profesionales o simples observadores, se muestran de acuerdo en calificar de juego los saltos de unos cachorrillos o los volatines de unos jóvenes chimpancés.

Quizás toda la discusión proceda del hecho de que se suelen calificar indistintamente de "juego" a dos actividades totalmente diferentes de los niños. Cuando un niño de dos años consigue, con intensa concentración, levantar una torre con unos cuantos bloques, se dice que está jugando a las construcciones, lo cual constituye una conducta completamente distinta a cuando se revuelca en un sofá riendo mientras su padre le hace cosquillas o se arrastra tras él cogiéndole de las piernas. La cría del chimpancé que trata de hacerse un lecho doblando una sola rama bajo el pie o de atrapar una termita utilizando un tallo de hierba diminuto y totalmente inadecuado para este fin, muestra una conducta equivalente a la del niño que construye una torre. Cuando nos referimos aquí a "juegos", aludimos, por lo general, a ese segundo tipo de actividad anteriormente referido, es decir, a las risas, volteretas, cosquillas, etc.

Los chimpancés de corta edad suelen divertirse solos, cuando no encuentran compañeros de juego, columpiándose en las ramas de los árboles, saltando una y otra vez sobre la misma rama o dando brincos y volte-

retas en el suelo. Pero, evidentemente, prefieren jugar en compañía persiguiéndose unos a otros en torno a los troncos o entre las ramas, colgándose de una mano mientras se empujan entre sí con la otra o rodando unos encima de otros por el suelo al tiempo que se hacen cosquillas o se mordisquean juguetones.

Estén o no de acuerdo los científicos sobre la función del juego, el caso es que al menos sirve para familiarizar a la cría con su ambiente. Mientras juega aprende a distinguir qué rama resistirá su peso o cuál se romperá al primer salto, desarrolla sus habilidades gimnásticas al saltar entre las ramas, habilidades que le serán muy útiles más tarde en sus peleas con individuos de rango superior en las copas de los árboles. No es cierto que, como algunos han sugerido, aprendían lo mismo a través de las actividades rutinarias de alimentación, locomoción, etc., ya que este tipo de comportamiento no requiere ejercicios físicos exagerados.

Por otra parte, desde el punto de vista social, el juego ofrece a los pequeños la oportunidad de entrar en contacto con otros chimpancés de su edad. Aprende qué chimpancés son más fuertes que él y cuáles tienen madres de más alto rango que la suya y, por lo tanto, con quién debe ser cauteloso en caso de pelea. Descubre también quiénes entre sus compañeros de juego salen corriendo ante un alarde de fuerza y cuáles reaccionan con otro más violento todavía. En otras palabras, poco a poco va conociendo la compleja estructura de la sociedad a que pertenece.

Hay que dar por sentado que, aunque el juego signifique para el pequeño una forma de aprendizaje, es, sin lugar a dudas, la más agradable de sus actividades. La mayoría de las madres se ven en grandes dificultades cuando tratan de arrancar a sus crías de un juego para continuar su camino. Exceptuando a Passion, quien, como es natural, no tenía ninguna dificultad en persuadir a Pom de que la siguiera, al menos hasta que ésta cumplió los tres años y comenzó a perder el miedo a quedarse sola. Durante cierto tiempo la pobre Pom tenía tal terror a que la abandonaran, que corría inmediatamente hacia su madre si la veía moverse aunque fuera un par de metros. Pero en general, los chimpancés de esta edad se muestran muy reacios a abandonar el juego.

En vista de todo esto, Flo decidió evitarse el problema convirtiéndose ella misma en compañera de juegos de su hijo; cuando quería continuar andando, cogía a Flint por un pie y lo arrastraba por el camino, hecho que

el pequeño interpretaba como un juego y que aceptaba, por lo general, con gran regocijo. La escena nos recordaba siempre a Christopher Robin arrastrando al osito Poch escaleras abajo. Pero era Melissa la que más nos hizo reír en una ocasión en que Goblin se hallaba jugando con Flint, Pom y otros dos chimpancés y ella quería partir. Arrancó a Goblin del grupo, lo abrazó contra su estómago y comenzó a caminar, pero no había andado ni diez metros cuando el pequeño consiguió soltarse y correr hacia sus compañeros, que se revolcaban, juguetones, en el suelo. Melissa, gruñendo ahogadamente, le siguió; lo contempló durante unos momentos y, al fin, le levantó de nuevo y echó a andar. Esta vez pudo caminar unos veinte metros antes de que Goblin volviera a las andadas. Ahora su madre gruñó un poco más fuerte, recogió otra vez a Goblin y, como en las ocasiones anteriores, se dispuso para la marcha. La escena se repitió nada menos que quince veces hasta que, finalmente, Melissa pudo conseguir su propósito.

El estudio del desarrollo de las crías de los chimpancés, machos y hembras, nos demostró que no había grandes diferencias de comportamiento entre los dos sexos. Los primeros suelen ser algo más rudos y tienden a intercalar en el curso de sus juegos alardes de fuerza más o menos violentos, por ejemplo, arrastrando ramas. Y suelen también amenazar y atacar a sus compañeros de juego a edad más temprana que las hembras. Hay una diferencia más, y ésta reside en la precocidad del desarrollo sexual del macho, que desde su más tierna infancia suele mostrar un gran interés por la inflamación de las hembras en celo. Recuerdo, por ejemplo, a Flint tratando de llegar hasta una hembra en tal estado antes de saber andar. Una vez que la alcanzó, trató repetidamente de copular mientras la hembra estaba echada en el suelo. En aquel momento me asombró el comportamiento de Flint, pero después comprendí que se trataba de la conducta normal de un macho de su edad, aunque, ciertamente, Flint estaba algo más adelantado que los demás.

Entre los cuatro y los cinco años, los machos pasan mucho tiempo, cuando hay una hembra en celo en el grupo, tratando de copular con ella e imitando los movimientos que han visto efectuar a los adultos. Recuerdo que en una ocasión Goblin se acercó con este fin a una hembra quince veces en media hora; aquélla se agachaba para facilitarle la operación, pero en dos ocasiones se levantó antes de tiempo, de forma que Goblin se

vio alzado en el aire primero y sentado después sobre la espalda de la hembra sin saber cómo había ocurrido y con una expresión de verdadera sorpresa. Cuando la hembra no se agachaba lo suficiente, Goblin trataba de alcanzarla trepando a alguna rama baja o empinándose en las puntas de los pies mientras “copulaba”.

Flint comenzó a mostrar ya a los tres años algunas de las técnicas del cortejo de los machos adultos. Un día en que había “copulado” ya con Pooch unas veinte veces, ésta pareció cansarse del juego y se encaramó en un árbol de poca altura. Flint se sentó entonces en el suelo, mirándola con el pelo erizado y sacudiendo en el aire unas cuantas ramas, hasta que Pooch descendió del árbol y una vez más se agazapó ante su joven pero ardiente adorador.

En cambio, en lo referente a la conducta sexual de los adultos, las crías, machos o hembras, reaccionan de la misma manera; tan pronto como se dan cuenta de que un macho y una hembra están copulando, corren hasta ellos y tratan de separarlos. En ningún otro momento muestra el macho tanta tolerancia con los pequeños como en éste; a veces incluso es imposible verle, porque cuatro o cinco crías se han lanzado sobre él para empujarle o taparle la cara con las manos mientras copula. Por lo general, el macho continúa imperturbable; sólo en muy raras ocasiones llega a tirar al importuno al suelo, y esto solamente cuando se trata de un joven de más de tres o cuatro años.

No hemos podido averiguar la razón de este comportamiento. Cuando Fifi empujaba a los admiradores de su madre, creíamos que era un sentimiento parecido a los celos el que motivaba su conducta, pero desde entonces hemos visto a muchas otras crías hacer lo mismo, se tratara de su madre o de otra hembra cualquiera. Por el momento sigue siendo uno de los misterios con que hemos tropezado en nuestro trabajo.

Durante el cuarto año de su vida, la atmósfera de tolerancia en que ha crecido hasta ese momento el chimpancé comienza a cambiar gradualmente. Sus juegos se hacen más y más violentos y los adultos tienen ahora menos reparos en amenazarlos si no se comportan debidamente. Es a esta edad también cuando los chimpancés son destetados, un duro período para la mayoría que llega incluso a durar en algunas ocasiones hasta un año. Para Gilka, en cuyo caso esta prueba coincidió con una serie de cir-

cunstancias adversas, la transición de la infancia a la juventud constituyó una etapa particularmente triste.

13. Juventud

Gilka se había colgado distraídamente de la rama de un árbol situada por encima de mi cabeza; tenía una pierna doblada y el correspondiente pie apoyado en la ingle del lado contrario. Permaneció así, casi inmóvil, durante un minuto completo. Después, muy lentamente, saltó al suelo y avanzó cojeando sirviéndose de las dos piernas y un solo brazo, con el pie libre apoyado todavía en la ingle. Cuando hubo llegado como a un metro y medio de distancia de Olly, su madre, que se hallaba a la sazón dedicada a atrapar termitas, Gilka se detuvo y comenzó a emitir una serie de suaves quejidos. Olly tardó más de un minuto en responder a su llamada; al fin asió a su hija y comenzó a cosquillearla. A poco, Gilka lanzaba esos cloqueos jadeantes que constituyen la risa de los chimpancés. El juego duró alrededor de un minuto, al cabo del cual Olly volvió a su abandonada tarea. Gilka se condujo entonces como lo había hecho Fifi cuando su madre trataba de distraerla unos segundos para hacerle olvidar así sus deseos de tocar o empujar a su nuevo hermanito, Flint. Miró en torno suyo, tomó uno de los tallos empleados por su madre y lo introdujo sin interés por uno de los conductos del termitero. Al no obtener resultado, volvió a intentar la operación; ante un nuevo fracaso, comenzó a acicalarse sentada en el suelo.

A los pocos minutos, Gilka se acercaba de nuevo a Olly procurando atraer su atención con quejas. Esta vez su madre la ignoró totalmente durante unos momentos hasta que, de súbito, la atrajo hacia sí y la amamantó durante unos treinta segundos antes de dejarla otra vez en el suelo. Gilka permaneció un momento mirando a su madre; seguidamente dio media vuelta y volvió a trepar al árbol de donde minutos antes había bajado. Una vez en él, se sentó y comenzó a arrancar trocitos de corteza del tronco. Los rompía entre sus dedos casi sin mirarlos y los dejaba caer.

Gilka tenía entonces unos cuatro años y medio y los últimos siete meses habían sido particularmente difíciles para ella. En primer lugar, su hermano Evered, mayor que ella, que había sido su constante compañero de juegos, había llegado ya a la adolescencia y, como consecuencia,

acompañaba a su familia en sus idas y venidas cada vez de forma más irregular. Por otra parte, la actitud de Fifi hacia Gilka había cambiado repentinamente. Cuando cumplió los tres meses, Fifi comenzó a hacer caso omiso de las invitaciones de Gilka para jugar, llegando incluso a amenazarla con violencia cuando ésta osaba acercarse a su hermanito. Cuando, por fin Fifi comenzaba a perder interés por Flint y a mostrar deseos de jugar de nuevo con Gilka, llegando incluso a permitirle acercarse a su hermano, Olly empezó a esquivar a la familia de Flo. Esto era debido, sin duda, al hecho de que por aquellos días Faben y Figan comenzaron a dedicar gran parte de su tiempo a Flo, y a Olly la compañía de aquellos dos jóvenes espléndidos y vigorosos le producía una gran tensión nerviosa. Así se encontró Gilka vagando por la selva, a menudo durante varios días seguidos, acompañada únicamente de su anciana madre, una madre que, además, le impedía alimentarse de su leche cada vez con mayor frecuencia. Todo esto sucedía, por añadidura, en la época de las termitas, durante la cual Olly, como todas las hembras adultas, pasaba horas y horas dedicada a la captura de estos insectos mientras su hija se aburría inmensamente. No nos sorprendió, pues, que esta combinación de circunstancias tuviera como consecuencia que Gilka, de ser una joven chimpancé alegre y vivaz, pasase a convertirse en un animal abúlico, ni que comenzase a mostrar extrañas manías, como la de permanecer varios minutos con un pie apoyado en la ingle o la de juguetear con trozos de corteza distraídamente y sin propósito alguno. Sin duda a causa de este aburrimiento y de la carencia de compañeros de juego, Gilka hizo una curiosa amistad.

Cierto día en que vagaba en torno a Olly mientras ésta permanecía entretenida en la captura de termitas, se escuchó el grito de un papión en la zona inferior del valle. Al oírlo, Gilka cambió repentina y completamente de actitud. Se puso en pie mirando hacia el lugar de donde provenía el sonido, trepó a un árbol y desde allí observó detenidamente el claro que se abría en el valle, como a unos cien metros de distancia. Cuando también yo miré en aquella dirección, pude ver unos cuantos papiones que se movían entre los árboles. A poco Gilka se hallaba de nuevo en el suelo y caminaba apresuradamente en dirección al claro. Olly le lanzó una ojeada, pero continuó entregada a su tarea.

Seguí a Gilka hasta que pude dominar completamente el lugar en cuestión, deteniéndome entonces para ver lo que ocurría. Descubrí al chimpancé entre los árboles, así como a un pequeño papión que se destacaba del grupo para acercarse a Gilka. No necesité prismáticos para reconocer a Goblina, una hembra de edad aproximada a la de Gilka. Se aproximaron una a otra y por un momento sus rostros se juntaron. Cada una tenía, además, uno de sus brazos en torno al cuerpo de la otra. Un segundo después jugaban empujándose y palmoteándose. Goblina se colocó en cierto momento detrás de Gilka y en tal posición pareció hacer cosquillas a ésta en las costillas. El chimpancé, apoyándose en su compañera, la tomó de las manos mientras sus labios se entreabrían en una ancha sonrisa.

Es bastante común que los chimpancés y los papiones jóvenes jueguen juntos, pero sus entretenimientos se limitan, por lo general, a perseguirse unos a otros en el suelo o en las copas de los árboles, o a fingir una pelea acercándose uno a otro en actitud agresiva, pero retirándose antes de llegar a tocar al contrario. Estos juegos terminan las más de las veces en una agresión real por parte de uno de los contendientes. Pero la amistad entre Gilka y Goblina era de muy diferente naturaleza y, casi siempre, apacible. Por lo general, se buscaban mutuamente, como había ocurrido en la ocasión ya referida. No había nadie en aquel momento dedicado al estudio de los papiones, pero tanto Hugo como yo conocíamos a Goblina desde hacía tiempo y ambos sospechábamos que había perdido a su madre a una edad muy temprana. Cierta noche que me hallaba observando los preparativos que el grupo hacía para dormir, pude ver a Globina yendo de hembra en hembra en busca de refugio para, finalmente, arrebujarse contra una anciana sin hijos. Pero, a diferencia de Gilka, no le faltaban en su grupo compañeros de juego.

Observé a los dos animales durante diez minutos y en todo momento se comportaron de forma asombrosamente comedida. Después, el grupo de papiones se preparó para emprender la marcha y Goblina se reincorporó a ellos. Gilka se quedó mirando unos momentos, dio después media vuelta y marchó lentamente hacia Olly. Al llegar junto a mí se subió a un árbol y, todavía juguetona, agitó una rama situada sobre mi cabeza, llenándome de briznas. Se acercó seguidamente a su madre y comenzó a quejarse como acostumbraba, siendo esta vez totalmente ignorada. A

poco trepó a un árbol. No parecía tener ya ganas de jugar, y comenzó a pellizcar en la corteza del árbol repitiendo la ya conocida operación.

La extraña amistad entre Gilka y Goblina duró casi un año, hasta que Olly y su hija desaparecieron. Durante algún tiempo creíamos que algo malo les había ocurrido, pero al fin fueron vistas a unos cinco kilómetros de nuestro campamento. Cuando regresaron al valle seis meses más tarde, Goblina era ya adolescente y, por tanto, mucho menos dada a los juegos, pues los papiones maduran antes que los chimpancés. Esto impidió que la antigua amistad se reanudara.

En seguida no dimos cuenta de que durante aquellos meses de ausencia Gilka había sido destetada y, si bien acompañaba a su madre constantemente, las relaciones entre ellas se habían enfriado bastante. Olly, que, como descubrimos pronto se hallaba preñada, se mostraba en ocasiones innecesariamente agresiva hacia su hija. Si ésta osaba acercársele cuando comía, la amenazaba incluso se hallase en un árbol con fruto más que suficiente para alimentar a las dos.

Me interesaba particularmente averiguar si Gilka compartía todavía el nido de su madre, y decidí seguir a la pareja después de una visita que hicieron ya al atardecer al centro de alimentación. Ya había pasado anteriormente muchas horas en la selva observando a los dos chimpancés y, por tanto, mi presencia en aquella ocasión no pareció extrañarles en absoluto. Caminamos rápidamente por uno de los senderos que conducían a las montañas. De vez en vez, una de ellas se detenía un momento para arrancar una fruta madura o un puñado de hojas de las vides que crecían tentadoras a los lados del camino, pero era evidente que tenían un propósito definido.

En cierto momento abandonamos la selva y ascendimos por una de las lomas que dominaban el lago. La hierba era aquí tan alta que sobrepasaba mi estatura. Creí perder a la pareja varias veces, pero afortunadamente el rumor de sus pasos me ayudó a orientarme, indicándome su situación. Justo antes de caer la noche, Olly, seguida muy de cerca por Gilka, subió a un árbol. Durante veinte minutos se dedicaron a alimentarse de unos capullos amarillos que crecían profusamente por las inmediaciones. Encontré una roca muy cómoda que guardaba todavía el calor del sol, y me senté a esperar que terminaran su comida. Desde allí podía ver las aguas del lago a la última luz del atardecer; el rojo y el carmesí se transforma-

ban en púrpura y gris acero, al tiempo que el sol se hundía tras las oscuras montañas del Congo situadas frente a mí. El chirrido estridente de las chicharras dio paso a la sinfonía nocturna de los grillos. Lentamente desapareció el color de los árboles y la fría luz de la luna nueva y de su ayudante el lucero vespertino se hicieron visibles sobre el lago. ¿Cuándo acabarían de comer Olly y Gilka?

A la última luz del atardecer los chimpancés descendieron del árbol y comenzaron a marchar por un estrecho sendero, hacia un lugar del bosque situado a unos cien metros de distancia. Las seguí apresuradamente; las sombras de los árboles, unidas a la oscuridad de la hora, me impedían verlas con claridad. Sabía, sin embargo, que era cuestión de minutos el que madre e hija se instalasen en un lugar definitivo para pasar la noche, y así seguí tras ellas; en cierto momento me detuve a escuchar. Sobre mi cabeza escuché el sonido producido por una rama al ser quebrada y, cambiando ligeramente de posición, pude distinguir aún la silueta oscura de un chimpancé recortándose contra el cielo. Pronto estuvo el lecho terminado y el animal se recostaba en él, mientras la oscuridad se adueñaba del bosque. Poco después escuché un ligero rumor en otro lugar del mismo árbol; un chimpancé más pequeño daba los últimos toques a su lecho. En seguida, Gilka se acostaba también. Esperé diez minutos más, pues es frecuente que los chimpancés jóvenes se construyan un pequeño nido cerca del de su madre y lo abandonen al poco rato para unirse a aquélla. Gilka, sin embargo, no se movió. Abandoné el lugar valiéndome de la linterna que formaba parte de mi equipo nocturno. Siempre me ha resultado molesto e inquietante el caminar entre la hierba alta. Se puede seguir perfectamente el camino sin luz alguna; incluso cuando no hay luna, el resplandor de las estrellas suele ser más que suficiente para reconocer los rasgos más salientes del paisaje. Sin embargo, desde mis primeros días en la reserva me di cuenta de que el pequeño haz luminoso producido por la linterna me proporcionaba una gran sensación de seguridad. En la oscuridad acechaba el leopardo y piafaba el búfalo, pero yo me sentía a salvo dentro de aquel círculo mágico en que la hierba recobraba su color y las rocas su forma. El descubrimiento del fuego debió señalar, sin duda, el comienzo de una nueva vida para el hombre primitivo.

Seguí a Olly y a Gilka otro atardecer y también entonces madre e hija durmieron en lecho aparte, pues esta vez regresé al lugar antes de que amaneciera y pude comprobar que seguían en sus respectivos lechos.

Ya he mencionado anteriormente que Fifi, al terminar su período de lactancia, entró en una nueva etapa de dependencia con respecto a su madre. Sus dificultades, sin embargo, no fueron nada comparadas con las de Gilka, ya que, una vez que pudo liberarse de su obsesión casi fanática por Flint, se transformó en un chimpancé alegre, tranquilo y más que juguetón. No sólo disfrutaba retozando con todos los miembros de su familia, sino también con muchos de los machos adolescentes del grupo, e incluso con algunos de los adultos. En cierta ocasión jugó durante unos veinte minutos con el viejo J. B., persiguiéndole alrededor de una palmera. Muy pronto el enorme chimpancé, por lo general de muy malas pulgas, reía sonoramente conforme corría anticipándose al placer de las cosquillas que Fifi le haría al alcanzarle. La mayor parte de los otros jóvenes, tanto machos como hembras, excepto en contadas ocasiones, evitaban jugar con los machos adultos por miedo a sus reacciones.

Posiblemente la actitud de Fifi con respecto a sus mayores era consecuencia de las relaciones particularmente amistosas que mantenía con su madre. Flo era más tolerante con su hija que Olly con las suyas y, desde luego, mucho más de lo que se mostraba la vieja Marina con Miff. Era ésta de la misma edad que Fifi y tenía dos hermanos, uno mayor y otro menor que ella. Su madre la trataba fríamente. Nunca la vi jugar con Miff y sólo lo hacía con Merlín cuando éste la perseguía con insistencia para que le hiciera cosquillas.

Jamás pude ser testigo de gesto amistoso alguno entre Marina y Miff, excepción hecha de las sesiones de aseo. Creo que, en realidad, Miff temía a su madre. Jamás compartían una caja de plátanos, como Fifi y Flo hacían tan a menudo. Del mismo modo, Miff nunca se atrevía a pedir fruta a Marina, mientras que Fifi, en situación semejante, no sólo la pedía, sino que, de recibir una negativa, armaba un verdadero escándalo, revolcándose por el suelo y agitando los brazos, ante lo cual Flo se ablandaba y le alargaba precipitadamente un plátano. Este estado de cosas continuó hasta que Fifi llegó a la adolescencia, a los ocho años de edad.

Recuerdo especialmente la diferencia de comportamientos entre Marina y Flo durante la época de las termitas. En cierta ocasión en que Miff y

su madre trabajaban en el mismo termitero, me di cuenta de que Marina se afanaba inútilmente, mientras su hija, a escasa distancia, se hacía con una buena ración de insectos. Repentinamente se acercó a Miff y la apartó con brusquedad, mientras ésta se hacía a un lado y comenzaba después a quejarse quedamente al ver cómo su madre extraía de lo que había sido su agujero una ramita llena de sabrosas termitas. Al fin, resignada, se alejó unos pocos metros y eligió un palito con el que probar fortuna en otro pasaje.

En aquel preciso momento la ramita de Marina se quebró por la mitad y ésta, sin dudarlo un segundo, se abalanzó sobre su hija para arrebatarle su instrumento.

El contraste de esta actitud con la de Flo no podía ser más acusado. Una vez, al comienzo de la temporada, Flo decidió trabajar en un termitero que se hallaba en buena medida cubierto de hojas que ocultaban las aberturas de los túneles. Pasó cierto tiempo investigando antes de hallar un lugar satisfactorio en el que trabajar. Fifi vagaba en torno tratando de encontrar un agujero parecido, pero sin lograrlo; por último se acercó a su madre y se sentó a su lado, mirándola atentamente. A los pocos momentos comenzaba a quejarse, balanceándose suavemente de atrás adelante y avanzando una mano, en la que sostenía un palito, hacia el túnel que ocupaba la atención de Flo. Cuando ésta extrajo su instrumento, Fifi, después de mirarla a la cara un segundo, introdujo el suyo cuidadosamente en el lugar que había quedado libre. Flo esperó paciente a que su hija extrajera sus termitas antes de volver a introducir su tallo. Así continuaron, turnándose durante algún tiempo, hasta que Flo optó por retirarse a trabajar en otro lugar. Poco rato después, cuando el túnel de Fifi dejó de proporcionar suficiente número de insectos, ésta se aproximó de nuevo a su madre tratando de emular de nuevo la hazaña, pero ahora se encontró con que Flo la rechazaba por dos veces. Las quejas se repitieron y Fifi consiguió, al fin, sus deseos.

El chimpancé joven, sobre todo si tiene hermanos menores, ha de aprender a vigilar a su madre y no al contrario, como ocurría cuando era más pequeño. Si accidentalmente llega a separarse de ella, se desorienta por completo. Flo solía esperar siempre a Fifi, aun después del nacimiento de Flint, pero en cierta ocasión cuando ésta tenía unos cinco años y medio, se hallaba tan abstraída jugando que no se dio cuenta de que su

madre se preparaba para emprender la marcha. Flo, después de mirarla varias veces, se cansó de aguardar, y desapareció con su hijo.

Tan pronto como Fifi se dio cuenta de que su madre no estaba en el grupo, se inquietó; comenzó a gemir por lo bajo, trepó a un árbol y fue de rama en rama mirando en todas direcciones. Sus breves quejidos se fueron convirtiendo en alaridos de irritación. Descendió al suelo y, aún quejándose, se precipitó por uno de los senderos en dirección opuesta a la que había tomado su madre. La seguí. Cada poco trecho subía a un árbol para mirar en torno; seguidamente, con el pelo erizado, reanudaba su camino sollozando.

Justo antes de anochecer se encontró con Olly y Gilka, pero, aunque esta última se acercó solícita para asearla e invitarla a jugar. Fifi hizo caso omiso de sus gestos amistosos y, en lugar de quedarse a dormir junto a la familia de Olly, se alejó de aquel lugar. En lo alto de un gran árbol se construyó un nido solitario. Pasé la noche muy cerca de allí y, por tres veces, escuché en medio de la oscuridad reinante, pues no había luna, sus quejidos y sollozos.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando aún no había roto el día, Fifi bajó del árbol y se adentró contristada en la selva. No había luz suficiente para seguirla y preferí volver al campamento. Allí me comunicó Hugo que, hacia las siete de la mañana, Fifi había aparecido, aún sollozando y buscando en todas direcciones. Al no encontrar a su madre, había seguido en dirección a la parte alta del valle.

Dos horas después, regresó, esta vez acompañada de su hermano Faben, quien, por lo general, prestaba poca atención a su hermana si no era para jugar con ella algunos ratos. Ahora Fifi parecía algo más tranquila. Estaba todavía en el campamento cuando apareció su madre. El encuentro, en contra de lo que esperábamos, fue tranquilo y sin extremos; Fifi se limitó a acercarse en seguida a Flo y ambas se instalaron bajo un árbol para acicalarse concienzudamente. Hemos sido después testigos de otras reuniones de madres con hijos perdidos y, como en esta ocasión, los saludos han sido muy poco espectaculares. Sin embargo, nunca ha faltado la sesión de aseo, lo que demuestra la importancia de esta actividad en la sociedad de los chimpancés.

Algo que nunca ha dejado de sorprendernos es que, mientras la madre se precipita invariablemente hacia el lugar del que provienen los quejidos

de un hijo perdido, ella misma no es capaz de lanzar una llamada que pueda indicar a aquél su posición. Así, si el hijo se ha alejado hasta más allá del área que abarca el oído de la madre, pueden pasar horas o incluso días antes de que ambos lleguen a encontrarse. Marina, como era de esperar, raramente se preocupaba de asegurarse de si Miff la seguía o no; cuando ésta tenía unos cinco años, sus lamentaciones mientras buscaba a su madre se convirtieron para nosotros en rutina diaria.

El macho joven, si bien tampoco deja de intranquilizarse cuando pierde de vista a su madre, es capaz, sin embargo, de independizarse mucho antes que la hembra. Algunos de ellos pueden, incluso, si han cumplido ya seis años de edad, unirse a otros chimpancés y permanecer con ellos durante varios días.

Figan fue un caso especial. Pasó la mayor parte de su infancia y juventud vagando por las montañas en compañía de Fifi y Flo. Un día, cuando tenía unos seis años, se encontraba comiendo con su madre y hermana en una gran higuera. De súbito se escuchó el estridente estallido de alaridos y redobles que anuncia la llegada de un grupo de chimpancés. Por la lejanía del ruido supusimos que se hallaba en otra de las higueras que crecían junto al arroyo, algo más arriba de donde nos encontrábamos. Flo y su familia comenzaron a gritar mirando en aquella dirección; Figan, por su parte, comenzó a saltar de rama en rama agitándolas con fuerza, y, por fin, descendió del árbol. Se precipitó después al encuentro del nuevo grupo corriendo sendero arriba, lanzando alaridos y tamborileando en los troncos de los árboles. En cierto momento se detuvo para mirar atrás, esperando encontrar allí a su madre pero la anciana hembra permanecía tranquila en el lugar donde su hijo la había dejado.

Figan continuó su marcha, pero al llegar a una revuelta del camino se paró para mirar de nuevo hacia atrás. Después de un momento de vacilación, se volvió para regresar junto a su madre, pero pudo más el deseo de unirse al nuevo grupo y continuó adelante. A los pocos minutos reaparecía caminando con aparente indiferencia; al pasar junto a mí me golpeó, medio en serio medio en broma, con una actitud que en un ser humano delataría timidez o embarazo.

Ese mismo día Flo se reunió con el grupo de recién llegados. Cuando al anochecer se retiró para construir su lecho, Figan decidió conscientemente no moverse de donde se hallaba. Dos días permaneció alejado de

su madre. El reencuentro tuvo efecto en nuestro campamento. Fifi, que había echado, sin duda, de menos a su hermano y compañero de juegos, corrió hacia él para abrazarle, ante la indiferencia de Figan, quien, de acuerdo con su carácter frío e inexpresivo, se acercó con calma a Flo y simplemente frotó una de las mejillas de ésta con sus labios. Sin embargo, poco después se revolcaba por el suelo con su hermana, mostrando evidente alegría.

Como he afirmado anteriormente, los machos jóvenes suelen mostrarse cautelosos en sus relaciones con los adultos. Posiblemente este respeto provoca gran parte de sus inhibiciones e incluso su total alejamiento de las hembras en celo, al contrario de la actitud que muestran con respecto a éstas a una edad más temprana. Sin embargo, no he visto nunca un hijo que tenga miedo a su madre, a excepción de Marina, si bien demuestran tenerle un gran respeto.

Cierto día me encontré a Figan que transportaba el cadáver fresco de un colobo rojo. Sosteniendo al animal por el rabo, con el cuerpo de éste echado sobre su hombro, trepó a un árbol. Fifi le seguía muy de cerca. Cuando encontró una rama cómoda se sentó y comenzó a comer, mientras su hermana, que tendría entonces unos tres años de edad, limosneaba insistente. Ante sus quejas, Figan se avino a darle en varias ocasiones unas piltrafas de carne.

Poco después vi a Flo trepar hasta donde se encontraba Figan, quien, inmediatamente, se echó al hombro lo que quedaba del mono y subió a una rama más alta. Su madre permaneció mirando en torno suyo como ignorando al hijo. Figan, ya más tranquilo ante la actitud de Flo, comenzó de nuevo a comer, si bien lanzando aprensivas miradas en dirección a ésta, quien estuvo en la misma actitud durante diez minutos. Después, lanzando una ojeada a Figan, trepó muy lentamente, aparentando aún una tremenda indiferencia, y se sentó de nuevo algo más arriba. Su hijo continuó comiendo, aunque vigilándola, si cabe, con mayor atención que antes. Flo volvió a trepar unas cuantas ramas y, esta vez, Figan, pensando quizá que la proximidad era excesiva, la imitó.

Y así continuaron largo rato. Las intenciones de Flo eran tan evidentes para su hijo como para mí. Cuando Figan se instaló en la rama más alta del árbol, su madre dejó de fingir y, súbitamente, se abalanzó sobre él. Este, lanzando un alarido, se hundió en el follaje y desapareció de mi

vista, seguido muy de cerca por su madre y su hermana. Aquel día no pude volver a encontrarles.

14. Adolescencia

Como para los seres humanos, la adolescencia es, para muchos chimpancés, una etapa difícil y de frustraciones, y posiblemente lo sea más en ambas especies para los machos que para las hembras. El chimpancé macho llega a la pubertad entre los siete y ocho años de edad, pero aún está muy lejos de haber alcanzado su plenitud; pesa sólo unos veinte kilos, es decir, unos treinta menos de lo que pesará una vez totalmente desarrollado. Ya puede dominar e incluso atacar a las hembras, pero ha de mostrarse muy cauto en sus relaciones con los machos adultos para evitar agresiones que podrían resultarle muy perjudiciales.

Uno de los factores estabilizadores en la vida del macho adolescente es su relación con la madre. Faben y Figan acompañaban durante su adolescencia constantemente a Flo, tolerante y afectuosa como siempre con sus hijos. Los hijos de Olly y Marina, ambas más impacientes y menos tranquilas que Flo, acompañaban también a sus madres a menudo, si bien con menos asiduidad. En general, el macho adolescente continúa mostrando respeto por su madre hasta los diez u once años de edad; cuando se le ofrece un plátano, generalmente se aparta para cederlo a aquélla. En una ocasión ofrecí una fruta a Olly y Evered, ambos dudaron y alargaron la mano al mismo tiempo, pero Evered la retiró inmediatamente, mientras que Olly tardaba un poco más en hacerlo, siempre dirigiendo la mirada a su hijo, quien, a pesar de su pelo erizado, quedó inmóvil y permitió a su madre apoderarse de la presa.

La madre, por su parte, suele acudir en ayuda del hijo adolescente. En una ocasión, Mr. Worzle atacó a Faben, que tenía entonces unos doce años; Flo, con el pelo erizado, con Flint, aferrado a su vientre, corrió hacia el lugar donde ocurría la pelea; al acercarse, los gritos de temor de Faben se convirtieron en ladridos de furia y, poniéndose de pie, comenzó un alarde de fuerza. Juntos madre e hijo, corrieron después hacia el viejo Mr. Worzle, quien sin más averiguaciones se volvió y emprendió la huida.

En los casos en que el atacante es uno de los machos dominantes del grupo es muy poco lo que la madre puede hacer en favor de su hijo, excepto contemplar lo que sucede y, en ocasiones, emitir unos cuantos *waas* como protesta y siempre a cierta distancia. Olly, en todo momento tímida ante los poderosos, se atrevió a gruñir furiosamente en cierta ocasión en que Mike atacó a Evered; una vez que éste había huido de la escena, se acercó al agresor gruñendo histéricamente, depositó una mano en su espalda con gesto sumiso, para aplacarle y hacerle perdonar cualquiera que fuera la acción de un hijo que había motivado la pelea.

Desde luego, las relaciones entre madre e hijo cambian gradualmente conforme éste crece. Cuando Figan pasó corriendo junto a su madre en un alarde violento a la edad de siete años, aquélla no pestañeó siquiera; un año más tarde, en las mismas circunstancias, huyó, dejándole el camino libre. A pesar de todo, durante este mismo año vimos cómo Flo, en el estado de excitación que acompaña al momento de la comida, golpeaba a Figan en la espalda con los puños hasta que su hijo huía dando alaridos de dolor.

Conforme el adolescente crece se va haciendo más y más responsable del bienestar de la madre y suele acudir en su socorro cuando la ve amenazada de algún peligro. En una ocasión, la vieja Marina amenazó a Fifi, que comenzó a gritar. Flo acudió en ayuda de su hija y al poco las dos hembras rodaban por el suelo. En aquel momento, Pepe, el hijo de Marina, que tenía entonces unos nueve años y había estado comiendo tranquilamente en lo alto de una palmera, se dio cuenta de lo que ocurría; descendió del árbol a toda velocidad y se dirigió hacia su madre. Flo, al verle acercarse, dio media vuelta y huyó, no sin que Marina y Pepe la persiguieran durante un buen trecho. Flo, que sólo dos años antes habría podido hacer de Pepe picadillo, ahora huía ante su visita, gritando hasta ahogarse de rabia.

Es ahora cuando el adolescente debe ser más cauteloso en sus relaciones con los machos adultos, pues la tolerancia que antes le mostraban ya ha desaparecido y cualquier insubordinación puede traerle amargas consecuencias. En una ocasión en que Leakey se hallaba comiendo ante un enorme montón de plátanos, vimos aparecer a Pepe, que se acercaba cautelosamente hacia él, sin duda esperando, por parte del adulto, algún gesto amenazador, pues cada vez que hacía el menor movimiento, Pepe se apar-

taba de un salto. Poco a poco se fue aproximando y, finalmente, se atrevió a sentarse, aún con una expresión de temor dibujada en su rostro, a pocos pasos de la tentadora fruta. Con recelo alargó una mano, pero al momento la retiraba atemorizado, sin llegar a tocar el plátano; unos segundos después volvía a intentarlo sin resultado. Entonces Leakey se inclinó hacia el adolescente, tocándole suavemente la boca y la ingle para tranquilizarle; como esto no fuera suficiente, volvió a palmearle la cara y la cabeza repetidamente hasta que Pepe, ya completamente calmado, se hizo con unos cuantos plátanos y se retiró para comerlos a una distancia razonable del que tanto temor le inspiraba.

Muchos de los adultos, sin embargo, no suelen mostrarse tan tolerantes como Leakey y, aun éste mismo en otro momento en que no se hallase de tan buen humor, en vez de tranquilizar a Pepe habría podido amenazarle e incluso atacarle, a pesar de la actitud sumisa de éste. En muchas ocasiones el adolescente tiene que conformarse con sentarse a cierta distancia a contemplar cómo el macho acapara las frutas que él apetece, siendo su única válvula de escape en estos casos los alardes de fuerza, que suelen aplacar su frustración. Pero aun éstos pueden provocar la reacción por parte del adulto, que, por lo general, no tolera ni ruidos ni escándalos por parte de los jóvenes, y todo termina en una persecución, o incluso un ataque, del que sale el adolescente mal parado. Figan aprendió muy pronto la lección; dos veces en la misma semana vimos cómo Mike le atacaba a causa de estos alardes. A la semana siguiente, después de contemplar amargamente cómo el macho dominante devoraba sin descanso, Figan, que no había podido hacerse con un solo plátano, se levantó súbitamente y se apartó del grupo casi corriendo, sollozando como un niño, hasta llegar a un enorme árbol que crecía a unos noventa metros de la senda principal. Sus sollozos se convirtieron poco a poco, conforme se encaramaba en las enormes raíces del árbol, en los gruñidos típicos del adolescente, comenzando allí a tamborilear en el tronco rítmicamente con los pies: *di-dam, di-dam, di-dam*. Poco después volvía caminando con calma y se sentaba de nuevo junto al grupo, aparentemente tranquiló y relajado. Desde entonces repetía esta actuación cada vez que se sentía irritado o frustrado en presencia de los adultos.

A pesar de toda su cautela, Figan fue atacado numerosas veces durante su adolescencia y otros de sus compañeros lo fueron mucho más. ¿Por

qué, pues, se reúne, el adolescente tan frecuentemente con los adultos? Parte de la respuesta reside en que de la mayoría de los incidentes se olvida muy rápidamente, sobre todo de aquellos en que participan adolescentes jóvenes; de hecho, muchos chimpancés de esta edad parecen sentir una especie de compulsión a acercarse e incluso tener un contacto físico de tipo amistoso con el macho que acaba de amenazarle o agredirle.

En una ocasión, Evered se vio atacado salvajemente por Goliat, simplemente por interponerse en su camino durante uno de sus alardes de fuerza. Al terminar el incidente, Evered sangraba y había perdido gran cantidad de pelo. A pesar de todo y en estas condiciones, siguió a Goliat hasta que éste se sentó a descansar, acercándose entonces humildemente hacia él, sin dejar de gritar. Su miedo era tan grande que continuamente se volvía para huir y, sin embargo, era tal su deseo de obtener su perdón que, al fin, consiguió arrastrarse hasta él y presentarle su espalda, que Goliat palmeó una y otra vez a lo largo de minuto y medio, al cabo de lo cual los gritos de Evered se convirtieron en sollozos, hasta lograr calmarse. Sólo entonces Goliat dejó de darle palmadas.

Como es natural, se dan muchas menos agresiones fuera de las condiciones artificiales de nuestro centro de alimentación, y los adolescentes se muestran mucho más tranquilos en compañía de los adultos cuando están en el interior de la selva. No suelen participar, sin embargo, en las sesiones generales de aseo, sino que se sientan a cierta distancia del grupo a acicalarse por sí mismos. Cuando el grupo trepa a un árbol en busca de alimento, el adolescente se instala a una distancia discreta de sus superiores y a veces sube a un árbol vecino para comer. En aquellas ocasiones en que ante la vista del alimento el macho adulto comienza un alarde de fuerza, el adolescente suele apartarse de su camino hasta que las cosas han vuelto a su cauce normal. Forma parte, sin embargo, del grupo de adultos, y de contemplar a sus superiores aprende todo lo que después habrá de llevar a la práctica. En el caso de la hembra, ésta se familiariza con la conducta que habrá de seguir más tarde como madre, especialmente cuando asiste al nacimiento de un hermano, pero el adolescente macho, que carece de “padre” propiamente dicho, ya que en la sociedad de los chimpancés no existe la vida familiar, se ve obligado a separarse de la madre y buscar la compañía del adulto.

Cuando la tensión se hace insoportable, el adolescente vuelve durante cierto tiempo con su madre o, simplemente, permanece solo. Casi todos los chimpancés que hemos observado, al llegar a esta edad pasan frecuentemente unas cuantas horas o incluso días apartados del grupo y de todo contacto con otros congéneres. En muchas ocasiones buscan deliberadamente esta soledad. Me propuse seguir a Figan un día en que a la edad de ocho años se unió a un numeroso grupo compuesto de machos y hembras. Durante una hora permaneció en su compañía, pero cuando treparon a un árbol en busca de alimento, se apartó completamente solo. En cierto momento se detuvo a comer higos durante veinte minutos, al cabo de los cuales descendió del árbol y continuó su camino apartándose más y más del grupo. Al día siguiente acudió, aún solo, al campamento. Al atardecer se reunía con Flo y Fifi.

A lo largo de nuestras observaciones hemos podido ver cómo varios espléndidos chimpancés comprendidos entre los trece y los quince años salían poco a poco de la adolescencia para entrar a participar con plenitud de derechos en la jerarquía de los machos. Faben y Pepe, que tenían poco más o menos la misma edad, no sólo empezaron a competir entre sí por ocupar un rango superior,' sino que comenzaron también a efectuar sus alardes ante machos adultos de rango inferior. Ya me he referido anteriormente a la posibilidad de que estos alardes provoquen en el chimpancé una liberación temporal de sus inhibiciones sociales, lo cual explicaría por qué un adolescente puede lanzarse contra un adulto hacia el cual, en momentos de tranquilidad, suele mostrar un gran respeto. En algunas ocasiones, incluso los machos de rango superior se apartan para dejar paso a un chimpancé joven si el alarde es lo suficientemente vigoroso. El adolescente, por su parte, adquiere una gran confianza en sí mismo si logra hacer huir a los machos adultos con la suficiente frecuencia, e incluso puede llegar a alterar el orden jerárquico del grupo. Desde luego, parece que cuando más espectacular sea el alarde, más fácilmente entrará el joven chimpancé en la jerarquía dominante. Al poco tiempo Faben y Pepe no sólo resistían los ataques de los adultos, sino que incluso atacaban a los de rango inferior que se atrevían a mostrar su agresividad. Pronto comenzaron también a participar en sesiones de aseo con Rodolf, Leakey y David, el más tolerante de los machos de rango superior. Irrumpían en el campamento junto con sus mayores y cortejaban, alternando con ellos,

a las hembras en celo sin esperar a que, una vez calmados los ánimos, se les permitiera acercarse a ellas. Su período de aprendizaje había terminado; de ahora en adelante su ascenso dentro de la jerarquía del grupo dependería de su inteligencia y su tesón individual, y no de la lentitud de su desarrollo físico.

El chimpancé hembra entra también en el período de la adolescencia a los siete años, edad en que comienza a presentar pequeñas inflamaciones en la piel de la zona genital, si bien tardará todavía unos dos años en menstruar y atraer a los machos adultos. Asimismo debe mostrar una gran cautela en sus relaciones, no sólo con los adultos, tanto machos como hembras, sino también con los adolescentes machos. Incluso puede verse amenazada por las crías más precoces de una madre de rango superior.

El que Fifi entrara en la adolescencia no significó un gran cambio en lo referente a sus relaciones con su madre, exceptuando el que ésta se resistiera ahora más y más a compartir los alimentos con su hija. Por lo demás, Fifi continuaba siguiendo los pasos de su madre por la selva, dormía cerca de ella y la ayudaba en el cuidado de su hermano Flint, que tenía cuatro años de edad. Cuando se veía amenazada o atacada, Flo solía correr inmediatamente en su auxilio, y Fifi a veces defendía a su madre. Hasta el momento sólo hemos podido estudiar otro caso más de relaciones entre una madre y su hija adolescente. Como en el caso de Flo y Fifi, madre e hija iban juntas de un lado para otro, pero aquí terminaban las semejanzas entre ambas parejas. La hija mostraba gran recelo de su madre durante sus comidas y nunca se defendían mutuamente en caso de ataque. No existía entre ellas la amistad y camaradería que parecían unir a Flo y Fifi, aunque en ambos casos madre e hija pasaban largos períodos de tiempo aseándose una u otra.

Durante la adolescencia, el chimpancé hembra siente una fascinación por las crías aún mayor que la que sentía cuando joven. No sólo las transporta cortas distancias a su espalda, sino que juega con ellas, las acicala e incluso demuestra una gran preocupación por su seguridad y bienestar. En cierta ocasión, Pooch, que contaba entonces unos ocho años de edad, trepó con un chimpancé de seis meses a lo alto de una palmera y allí comenzó a asearlo. Ocurrió entonces que, movida por el viento, rozó suavemente los hombros de Pooch una de las ramas de la palmera y el pequeño se quedó mirándola, sorprendido, como fascinado por ella. Súbita-

mente se lanzó a cogerla, soltándose de Pooch; la rama cedió bajo su peso, acercándose peligrosamente al tronco. Por un instante, Pooch la miró sin dar crédito a sus ojos; una expresión de terror desfiguró su rostro. Tan rápidamente como le fue posible descendió del árbol para trepar a otro desde cuyas ramas podía alcanzar al pequeño, que aún se mecía en su rama como en un péndulo. Poco después, Pooch lograba apresar la cría, a quien la situación no parecía haber asustado, sino, muy al contrario, divertido sobremanera. Pooch, en cambio, se mostraba aún atemorizada; apretó al chimpancé contra su pecho y la expresión de miedo no desapareció de su rostro hasta después de largo rato.

Aproximadamente un año después de entrar en la adolescencia la hembra comienza a mostrar tumescencias más y más extensas, aunque sin llegar todavía a las proporciones que adquieren en las hembras adultas. Estas alteraciones no logran despertar el interés de los machos adultos, pero sí el de los más jóvenes, que tratan constantemente de copular imitando a sus mayores. Durante este período parece agradarle a la hembra la atención que despierta en estos pequeños pretendientes, y generalmente se apresura a presentarle su región genital tan pronto como uno de ellos se acerca. De hecho, una adolescente llegó en una ocasión a separar a Flint de otra hembra para después agazaparse en el suelo como para atraer hacia sí toda la atención del macho.

Finalmente, cuando la hembra tiene unos nueve años de edad aparece la primera tumescencia capaz de atraer el interés del macho adulto. Recuerdo con toda claridad el día en que le sucedió a Pooch. Uno por uno todos los machos adultos se acercaron a ella, con el pelo erizado, agitando ramas y los hombros encogidos, gestos todos comunes a la actitud de amenaza y de cortejo, y una y otra vez también Pooch .huyó de cada uno de ellos aullando. Pero los machos la siguieron insistentes y su actitud se hizo más y más agresiva. Al fin, la joven hembra se volvió hacia ellos y se agazapó en el suelo, permitiéndoles así realizar sus deseos. Después de cada acto sexual huía gritando; su asombro y temor eran por demás evidentes. Al segundo día parecía algo más tranquila y, aunque aullaba todavía cada vez que un macho se le acercaba, ya la expresión de terror que el día anterior reflejaba su rostro había desaparecido.

El desarrollo sexual de Fifi fue completamente distinto, no sólo del de Pooch, sino también del de cualquier otra hembra adolescente que haya-

mos estudiado hasta la fecha. Era el equivalente a una ninfomaníaca humana. Seis meses antes de tener su primera tumescencia realmente adulta comenzó a mostrar un interés casi frenético por las actividades sexuales de las hembras del grupo. Solía perseguir a Pooch, a Gigí o a cualquier otra chimpancé en celo para estar junto a ellas cuando copulaban; cuando ello ocurría, bien trepaba a la espalda de la hembra para ofrecer su región genital al macho, bien presionaba su zona posterior lo más posible contra la de éste.

Cuando al fin llegó el día en que pudo despertar el interés de los adultos, no mostró en ningún momento el temor de Pooch, sino que, por el contrario, respondió instantáneamente al menor requerimiento de los machos. En el momento que vislumbraba a uno de ellos corría hacia él y se le ofrecía, sin dar oportunidad al menor cortejo. Cuando su período de celo terminó, Fifi no podía creerlo. La primera mañana de normalidad corrió hacia Mike y se volvió solicitando la cópula; durante unos segundos permaneció inmóvil y al ver que nada ocurría, miró al macho por encima de su hombro con expresión de desconcierto. Retrocedió unos centímetros esperando una reacción, mas por toda respuesta Mike le dio unas palmadas en el lomo y se apartó. Fifi continuó ofreciéndose a los machos durante dos días, al cabo de los cuales pareció resignarse a la idea de que carecía de atractivo. No pudimos por menos de reír al ver cómo durante su segundo período de celo se reclinaba constantemente sobre un costado, tapándose con la mano del lado opuesto su tumescencia, como asegurándose de que esta vez no habría de desaparecer tan fácilmente.

Durante todo el año siguiente Fifi continuó mostrando este deseo de contacto sexual en sus períodos de celo, durante los cuales se apostaba en las cercanías del campamento o en algún lugar del valle desde donde pudiera observar a los machos que acudían a recoger su ración de plátanos. Cuando uno de ellos se acercaba, corría hacia él para ofrecérsele; el así requerido respondía por lo general a su invitación, aunque sin el entusiasmo que la madre de Fifi despertaba.

Nos interesó sobremanera descubrir que Fifi se mostraba extremadamente reacia a copular con sus hermanos. Aunque en los días anteriores a un período de celo les permitía remedar el acto sexual con ella, en cuanto la inflamación genital aparecía no toleraba su presencia, y más aún, copu-

laba muy raramente con Figan y Faben; cuando esto ocurría, no dejaba de aullar durante todo el proceso.

Hubo unos días caóticos en que Flo y Fifi entraron en celo al mismo tiempo. Los machos pasaron entonces unos ocho días agotadores; el grupo estaba formado en aquel momento por más de veinte individuos. Cada vez que uno de ellos copulaba con Flo, Fifi y Flint se interponían entre la pareja, empujando la cara del macho; seguidamente, Fifi se ofrecía a éste. Y cuando era Fifi la que copulaba, Flo y Flint se lanzaban hacia los protagonistas, tras lo cual el macho solía acoplarse con Flo. Por lo general, acudían dos o más crías a interponerse entre los participantes del acto sexual, de forma que la pareja se ocultaba a nuestra vista bajo una montaña de chimpancés que luchaban por interrumpir la cópula. Fue una de las raras ocasiones en que observamos a los chimpancés comportándose de esta manera.

Es interesante subrayar que ni una sola vez pudimos ver durante estos días de intensa actividad sexual a Faben o Figan intentar copular con su madre. Y esto a pesar de que durante tal período formaban parte del grupo que rodeaba a Flo y de que todos los demás machos físicamente desarrollados se apareaban con Flo. Tampoco vimos nunca a Evered tratar de aparearse con su madre cuando Olly estaba en celo.

De las nueve hembras que hemos podido estudiar desde su adolescencia, ninguna ha dado a luz un hijo hasta al menos dos años después de la aparición de su primera tumescencia genital. Lo mismo ocurre con los chimpancés hembras estudiados en cautividad. ¿Cuál es exactamente el proceso fisiológico que determina este hecho?, no lo sabemos. Pero sí es evidente que ello resulta beneficioso en última instancia para la hembra en estado salvaje, que a los nueve años no ha alcanzado aún su plenitud ni desde el punto de vista físico ni social, y se vería incapaz de hacerse cargo, por tanto, de la responsabilidad que significa un nuevo ser.

15. Relaciones entre adultos

En las sociedades humanas no hay un momento determinado en el cual las espinillas y la torpeza de la juventud sean sustituidas por la seguridad de la madurez. El cambio tiene efecto gradualmente, a lo largo de muchos meses; de repente, para sorpresa suya, los padres se dan cuenta de que su hijo no es ya un niño. Lo mismo ocurre con los chimpancés. Fue en un caluroso día de verano de 1966, mientras me hallaba observando a la vieja Marina y a sus hijos, cuando comprendí de súbito que Pepe no era ya, en modo alguno, un adolescente, sino un espléndido y maduro macho.

Pude notar sus músculos bajo la bruñida piel, mientras con sus dos manos movía hacia atrás y adelante una corta y gruesa estaca que introducía por la entrada de un nido subterráneo de abejas, ensanchando así la abertura. Apretujadas en torno suyo había dos hembras, Marina, su vieja madre, y su hermana, la joven Miff. Los tres parecían indiferentes al zumbido del furioso enjambre que les rodeaba, pero el más pequeño de la familia, Merlín, se había refugiado en un árbol alejado; mientras, los otros habían comenzado a saquear el nido, en busca de miel y de larvas.

Después de unos momentos, Pepe dejó a un lado su estaca y esperó, mientras que Marina alargaba su mano y extraía un trozo de panal. Seguidamente, el propio Pepe sacaba algunas celdas de cera, aplastadas. Miff no osó hacer nada semejante, pero miraba con profunda atención cómo se alimentaban los otros, con su rostro casi pegado al de su hermano.

Quince minutos más tarde, Pepe se retiró del nido, ya vacío. Marina probó fortuna una vez más, antes de marcharse también; Miff, por su parte, introdujo, por fin, su mano en la abertura para, seguidamente, chuparse los dedos, recubiertos de tierra endulzada.

Después se retiró con su hermano a la sombra de un gran árbol. Merlín bajó al suelo y dio un gran rodeo, entre los árboles, antes de incorporarse a los demás.

Pepe y Marina comenzaron a asearse mutuamente, Miff trepó a un árbol para alimentarse con las hojas de una enredadera y Merlín se dedicó a balancearse sobre los dos primeros, intentando golpear la cabeza de Pepe

con una mano. De repente se dejó caer sobre los hombros de su hermano y, con gesto juguetón, tiró de una mano de éste, quien, indolentemente, cosquilleó a Miff sin descuidar el aseo de Marina. Animándose, Merlín se permitió más confianzas, poniéndose en pie sobre los hombros de su hermano y tirándole del pelo.

Un observador cualquiera que hubiese pasado por allí hubiera creído que se trataba de una típica escena familiar: una madre con sus dos hijos jóvenes y su compañero. Nosotros sabíamos, gracias a que habíamos estudiado a estos chimpancés durante varios años, que los grupos familiares comprenden únicamente la madre y algunos o todos sus hijos; el padre, aparte de su necesaria participación en la concepción de un hijo, no interviene en absoluto en nada más. Ni nosotros ni los chimpancés teníamos idea, normalmente, de a qué macho correspondía la paternidad de cada hijo.

Esta inhibición en las responsabilidades familiares es, quizás, una de las diferencias fundamentales entre la sociedad humana y la de los chimpancés. La mayoría de los grupos familiares humanos consideran al padre no sólo como procreador, sino también protector de los hijos; habitualmente es el que consigue el alimento, la tierra o el dinero. Sin duda, las cosas cambian en ciertas partes del mundo, allí donde las mujeres exigen igualdad de derechos y donde el amor libre tiene como resultado la existencia de muchas madres solteras, pero todo ello ocurre en muy pequeños porcentajes, si tenemos en cuenta el conjunto de los pueblos del mundo.

Las familias humanas, como es bien sabido, varían mucho en cuanto a su estructuración. La unidad básica, compuesta por marido, mujer e hijos, puede ser ampliada hasta incluir dos o tres esposas y un número muy variable de parientes, directos o incorporados por el matrimonio de los cónyuges. Todavía no sabemos si el grupo familiar de los chimpancés se extiende hasta incluir a los nietos como parte integral del mismo; nunca admite, sin embargo, la "mujer" o hijos de descendencia masculina o el "marido" de descendencia "femenina".

A pesar de esta diferencia básica en la estructura de los grupos familiares de los seres humanos y de los chimpancés, la conducta de los hombres y de los chimpancés machos no difiere tanto como podría suponerse. En el mundo occidental, muchos padres, incluso aquellos que pueden materialmente responsabilizarse del bienestar de sus familias, pasan mu-

cho tiempo alejados de sus mujeres e hijos, a menudo en compañía de otros hombres. En muchas culturas abundan los grupos compuestos exclusivamente por hombres, desde los clubes y reuniones occidentales hasta las ceremonias de iniciación y unidades guerreras de sociedades más primitivas. En suma, gran número de hombres, si bien pueden desear imperiosa y ocasionalmente la compañía de las mujeres, sienten también una gran inclinación a alejarse de ellas y expansionarse sin las mismas.

Los chimpancés machos parecen actuar igual. Sin duda que merodean en torno a las hembras en celo cuando éstas parecen disponibles, pero a menudo se mueven de un lado a otro y se alimentan en grupos formados exclusivamente por ellos, y tienden más a asearse unos a otros que a hacerlo con hembras o jóvenes. Nunca, sin embargo, pudimos observar nada que pudiera ser interpretado en términos de homosexualidad. Es cierto que en momentos de gran excitación un macho puede montar a otro, rodeándole la cintura con sus brazos e incluso haciendo movimientos con la pelvis, pero nunca se llega más allá. También es cierto que un macho puede intentar calmarse o calmar a otro tocando o acariciando sus genitales, pero aunque todavía queda mucho por saber acerca de este tipo de actividades, es seguro que no implica la existencia de homosexualidad. Lo hacen únicamente en momentos de tensión, y tocan o acarician los genitales de una hembra en el mismo contexto. Figan acaricia su propio escroto al ser asaltado por un repentino temor.

¿Qué semejanza puede existir entre las relaciones heterosexuales normales de los seres humanos y las observadas entre los chimpancés? Hay una diferencia básica entre ambas especies, y es que hombres y mujeres son capaces de establecer y mantener relaciones monógamas de larga duración, tanto físicas como espirituales; no sucede así entre los chimpancés. Pero aquélla no es, ni con mucho, el único tipo de relación posible entre hombre y mujer. La realidad es que los hombres, en todo el mundo, tienden a la promiscuidad. En algunas culturas se acepta este hecho y se permite y aún se espera que los hombres tengan más de una mujer. En otras sociedades en que reina la monogamia, es, sin embargo, generalmente aceptado el que los hombres solteros —e incluso los casados— tengan aventuras amorosas, pasen la noche con una mujer o frecuenten los burdeles. Muchas jóvenes, si tienen ocasión, también practican la promiscuidad sexual. Quizá se trate de que lo que consideramos

como amor verdadero —una emoción que incluye tanto el cuerpo como el espíritu del amado, que madura con el paso del tiempo y que produce la armonía en la vida, que elimina toda necesidad, en el hombre o mujer en cuestión, de otras relaciones sexuales— es, en realidad, una de las formas más raras de las relaciones heterosexuales humanas.

Las actividades sexuales entre los chimpancés machos y hembras son, en buena medida, muy semejantes a las que existen hoy entre los jóvenes de Inglaterra y Estados Unidos. Con otras palabras: los chimpancés practican ampliamente la promiscuidad, lo que no significa, por otra parte, que las hembras acepten a cualquier macho que las corteje.

Una joven hembra algo mayor que Fifi demostraba en todo momento gran desdén por los avances de Humphrey, un macho muy agresivo. Gigí, siempre que estaba en celo, tenía en torno suyo un gran número de seguidores; en cuanto llegó a ser verdaderamente adulta resultó evidente que tenía tanto atractivo sexual como Flo. Pero, en todo caso, no podía soportar a Humphrey. Cuando todos los machos estaban ya satisfechos, quedaba Humphrey, con su pelo erizado, mirando ferozmente a Gigí, agitando ramas, encogiendo la cabeza entre sus hombros, pateando violentamente el suelo y acercándosele lentamente. Mientras tanto, Gigí gritaba y se apartaba de su galán. A veces, Humphrey perseguía a su enamorada, y si bien en cierta ocasión consiguió alcanzarla en un árbol en la cual ella se había refugiado, nunca vimos que realmente la "violara". Con todo, a menudo lograba lo que se proponía gracias a su insistencia. Siguió cortejándola cada vez que Gigí estaba en celo. Su persistencia fue, finalmente, premiada, ya que dos años después Gigí parecía preferir a Humphrey más que a ningún otro macho.

Fifi también rehuía a Humphrey, aunque se mostraba menos temerosa de él que Gigí; se limitaba a retirarse tranquilamente cada vez que aquél comenzaba a cortejarla. En cierta ocasión pudimos ver cómo Fifi daba quince vueltas en torno a un árbol, trotando, con Humphrey, con el pelo erizado, persiguiéndola incansablemente. Podía haberla atrapado fácilmente, pero en vez de ello, se alejó, demostrando su frustración de forma salvaje, arrojando grandes piedras, pateando y, por último, desapareciendo de la escena.

Otras hembras rechazaban también a ciertos machos. En ocasiones, uno de éstos insistía en cortejar a una hembra desdeñosa, acompañándola

en sus viajes hasta que perdía su interés en ella o hasta que aquélla lograba zafarse de él. Esta especie de afirmación del poder del macho tenía como resultado, al principio, la llegada de muchas “nuevas” hembras al centro de alimentación. Cierto día vimos Hugo y yo que J. B. bajaba con gran estrépito por la colina, mientras que detrás de él, mirando nerviosamente en dirección nuestra, venía una de las viejas madres con su hijo de tres años. Era la primera vez que venía al campamento, y nos ocultamos rápidamente en una de las tiendas. Cuando los chimpancés hubieron llegado más cerca, la hembra se detuvo, mirando a todas partes. De improviso, J. B. vio que la hembra no le seguía. Puesto en pie, cogió una ramita y la agitó en el aire hasta que, con un gruñido, la hembra se precipitó hacia él y se le acercó, sumisamente, hasta tocar su costado. Su hijo trepó a un árbol, en el cual permaneció todo el tiempo que duró la escena narrada.

J. B. se puso en marcha de nuevo, pero, otra vez, después de unos pocos pasos, la hembra se detuvo, asustada por las tiendas. Cuando J. B. se volvió a mirarla, aquélla escapaba ya; rápidamente, el gran macho comenzó a perseguirla, la alcanzó, saltó sobre ella y empezó a patearla. La hembra, gritando fuertemente, consiguió escapar, pero a poco volvía con precipitación hacia J. B. y se agachaba ante él sumisamente, sometiéndose a nuevos golpes, recibidos ahora, uno tras otro, en la cabeza. J. B. se dirigió de nuevo hacia el campamento, seguido ahora por la hembra, pero no avanzó más de unos pocos metros. Sin embargo, cuando J. B. agitó una ramita, el miedo que sintió hacia el macho fue superior al experimentado hacia el extraño lugar a que era conducida, y se colocó a su lado. Por último, le acompañó hasta donde se encontraba la comida. Para sorpresa nuestra (pues J. B. no solía compartir su alimento con nadie), permitió que la hembra tomase gran parte de los plátanos.

Lo más curioso de esta historia radica en el hecho de que esta hembra no mostraba señal alguna de estar en celo. Durante tres días J. B. la obligó a acompañarle al campamento; después se presentó él solo. Cuando unos doce días más tarde volví a ver a la chimpancé, ya en celo, con un cortejo de seguidores, J. B. no demostraba más interés por ella que el resto de los machos. Cosas como ésta suceden repetidamente, si bien algunos machos obligan a seguirles sólo a las hembras sexual mente activas.

Leakey y Mr. Woozle, más que otros, obligaban constantemente a diferentes hembras a acompañarles por varios días. Durante largo tiempo lo

hicieron con la nerviosa Olly, a menudo incluso cuando ésta no se encontraba en celo. Nunca vimos a los dos juntos con ella a la vez, sino a uno o a otro.

Cuando Fifi hacía ya un año que pasaba por épocas de celo, y cuando la mayor parte de los machos adultos se mostraban menos interesados que al entrar aquélla en su etapa adulta, Leakey se fijó en ella. A veces parecía como si Fifi no se mostrara muy reacia a seguir al viejo macho. Cuando quería escapar, solía echarse a un lado con precaución, en un momento en que la atención de Leakey se hallara distraída, pero retornaba a él inmediatamente si el macho se percataba de la maniobra, antes de que éste se enfureciera.

Un día ocurrió algo que nunca olvidaremos. Leakey había llegado por entonces a preocuparse notoriamente por las hembras; se hacía acompañar, en todo momento, por una u otra. En esta ocasión acababa de perder a su víctima de turno y comía plátanos sentado en el campamento cuando, de pronto, apareció Fifi. Aquél olvidó de inmediato su comida, se puso en pie, con el pelo erizado, y agitó unas ramas en dirección suya; Fifi se dirigió con rapidez hacia Leakey, ofreciéndosele, pues estaba en celo. Se acoplaron y, después, se sentaron a asearse mutuamente. De repente, Leakey vio que se aproximaba Olly al campamento. Súbitamente se erizó su pelo y, una vez más, se puso a agitar unas ramas, mientras aquélla se abalanzaba hacia el macho para ser acogida y aseada. Fifi, con aspecto inocente, fue retirándose muy lentamente. Pero Leakey se dio cuenta, su pelo se erizó de nuevo y Fifi volvió a reunirse con él, emitiendo gruñidos de sumisión. El chimpancé intentó que ambas hembras le siguieran, pero ninguna mostró deseos de hacerlo. Aquél miró ferozmente a una, agitando las indispensables ramas, hasta que la hembra escapó. Luego repitió la operación con la segunda. Y así continuó hasta que la tensión y la tirantez parecieron dominar a Leakey, y ello a pesar de que Fifi se le acercó obedientemente: el macho se lanzó sobre ella para pisotearla una y otra vez. Olly, en vista de lo que ocurría, se esfumó rápida y silenciosamente. Terminada la agresión, Leakey permaneció en pie, con su pelo todavía erizado, resoplando con agitación, mientras que Fifi, acurrucada en el suelo, gemía y gemía.

Cuando Leakey se dio cuenta de que Olly había desaparecido, se precipitó inmediatamente colina arriba, mirando en torno suyo, corrió al otro

lado del claro y se detuvo a mirar de nuevo. Mientras tanto huyó Fifi. Hasta después de diez minutos no volvió el pelo de Leakey a su posición normal. Finalmente, el chimpancé puso fin a su búsqueda y retornó a los plátanos.

Las relaciones del gran Rodolf con Flo, descritas más arriba, eran, sin duda, muy diferentes. Rodolf no manifestó con Flo ninguna de las actitudes agresivas que mostraban Leakey y los demás hacia las hembras de su elección. Rodolf seguía a Flo doquiera que ésta iba, y era a él a quien ella buscaba para refugiarse cuando estaba dolida o inquieta. Además, Rodolf permanecía con Flo y con su familia durante un par de semanas después de que la época de celo de aquélla había terminado.

Es inútil, sin duda, especular acerca del tipo de relaciones heterosexuales que los chimpancés tendrían si su fisiología fuese diferente: por ejemplo, Flo hubiese podido ofrecer a Rodolf continua satisfacción sexual, en el caso de que el ciclo reproductivo de los chimpancés fuese el mismo que el de los seres humanos. El hecho es que las hembras son sexualmente activas diez días por mes, con tal de que no se hallen preñadas ni amamantando a sus hijos, lo cual significa que las hembras más viejas no ejercen actividad sexual alguna durante cinco años. Junto con estas limitaciones, la naturaleza las ha provisto con tumescencias poco agradables.

Muchas veces, mientras observaba a una hembra con enormes hinchazones revolverse una y otra vez en una rama o en una dura roca hasta conseguir una posición confortable, he dado gracias a las leyes de la evolución por haber evitado a las mujeres una desfiguración periódica semejante, aunque los diseñadores y fabricantes de polisones harían con ello su agosto. ¿Por qué ha sido la hembra del chimpancé dotada de tal desventaja? En ocasiones, la respuesta parece muy sencilla. Cierto día me hallaba sentada cerca de David y de Goliat, que estaban aseándose el uno al otro pacíficamente. De repente, Goliat se quedó mirando fijamente hacia el valle; poco después hacía lo mismo David. Incluso yo pude observar, a simple vista, lo que parecía una gran flor de color rosa brillando entre el espeso follaje de un árbol. Los dos machos se habían puesto ya en movimiento, marchando apresuradamente a través de la vegetación. Sabía que no podría seguirles al mismo ritmo, así que permanecí donde me encon-

traba; desde allí vi como David y Goliat trepaban al árbol, zascandileaban por entre las ramas y, por último, se emparejaban con la hembra.

En casos como éste, la tumescencia, sin duda, actúa como una señal, lo cual puede ser importante en una comunidad cuyos miembros se apartan unos de otros con gran libertad y donde incluso las hembras suelen ir solas de un lado a otro. Esto es particularmente cierto si se comprende que no todas las hembras son tan desenvueltas como Fifi. Olly, por ejemplo, parecía esconderse y ocultarse de los machos durante su época de celo. Pero hay un fallo en esa teoría. Si el trasero de los chimpancés hembra se tiñe conspicuamente de color de rosa con objeto de avisar a gran distancia a los interesados, ¿por qué el papión hembra tiene también tumescencias? También estos animales experimentan hinchazones muy aparentes, pero la mayoría de los papiones viven, sin embargo, en grupos muy unidos, en los cuales las hembras raramente se apartan de la vista de los demás.

Podrían utilizarse otros argumentos, mas puesto que ninguno de ellos es susceptible de ser aplicado tanto a chimpancés como a papiones, y ya que son muy escasos otros géneros de monos con tumescencias, parece inútil continuar con el tema. Para oscurecer aún más el problema, los orangutanes hembras, cuyas comunidades viven en grupos todavía más diseminados y en bosques y selvas más espesos que la mayoría de los chimpancés, no tienen tumescencias. La razón del fenómeno debe, por el momento y quizá para siempre, permanecer en el misterio.

Las jóvenes hembras, incluso aquellas con hijos pequeños, pasan por épocas de celo de forma mucho más regular que las viejas. Flo y Olly, por ejemplo, no tuvieron tumescencias hasta cinco años después de haber dado a luz, respectivamente, a Flint y a Gilka, ni tampoco durante los primeros meses del embarazo. Melissa y otras jóvenes hembras, por su parte, no solamente entraban en celo durante cuatro o más meses de su embarazo, que duraba ocho, pero también comenzaban a tumescer de nuevo cuando sus hijos tenían poco más de un año. Y era precisamente en las jóvenes hembras en las que podían apreciarse señales de preferencias estables por determinados machos, y viceversa.

Figan fue fiel a Pooch durante más de medio año; no quiero decir con ello que ignorase a otras hembras en celo, sino que cada vez que Pooch se hallaba dispuesta para la actividad sexual, a lo largo de seis meses, ambos

iban siempre juntos. Por lo que sabemos, se aislaban durante tales épocas y no se acercaban al campamento, donde, sin duda, Pooch se hubiera encontrado con otros machos.

En cierta ocasión los vi marcharse juntos, al tercer día de haber hecho su aparición la tumescencia de Pooch. Los seguí. Cuando se encontraron como a unos cuatrocientos metros del campamento, se subieron a un árbol y se dedicaron a asearse mutuamente durante más de una hora. Después fueron de un lado a otro, comieron y, al llegar la noche, treparon a otro árbol para construir sendos lechos, muy próximos. No los vi acoplarse durante todo este tiempo. A la mañana siguiente, cuando volví al árbol en que se habían instalado, los sorprendí en plena actividad sexual, tras lo cual se pusieron en marcha tranquilamente, en busca de alimento.

Seis días más tarde, Pooch, con su tumescencia ya reducida, vino sola al centro de alimentación. Como media hora después apareció Figan, viniendo de la misma dirección que lo había hecho aquélla, pero después cada uno se marchó por diferente camino. Pudimos notar que nunca volvían juntos de sus "lunas de miel"; parecía como si no quisieran que se supiera. En realidad, la explicación de todo ello era que se acercaban al campamento solamente cuando Figan no estaba sexualmente interesado en Pooch, y así, mientras seguían su camino, iban separándose poco a poco.

Nunca sabremos cómo habrían terminado estas relaciones, pues, desgraciadamente, a poco moría Pooch, cuando tenía unos diez años de edad. Desde ese momento, Figan se dedicó a acompañar a Melissa; marchaban juntos por la selva, al lado de Goblin, pero observamos en ellos una actividad sexual relativamente escasa; por lo general, se limitaban a asearse mutuamente y a permanecer unidos. Era interesante ver que Faben también mostró la misma preferencia por Melissa; últimamente, ésta y Goblin pasaban gran parte de su tiempo, primero con un hermano y luego con el otro.

Aunque tales relaciones podrían considerarse como desdibujados precedentes de las actividades amorosas de los seres humanos, no puedo creer que los chimpancés experimenten emociones semejantes, en modo alguno, al cariño, la protección, la comprensión y la comunión espiritual que caracterizan al amor humano en su verdadero y más profundo sentido. Naturalmente, los chimpancés muestran una total falta de considera-

ción por los sentimientos de los otros, lo que, en ciertos aspectos, podría señalar la radical diferencia entre ellos y nosotros. Para el chimpancé no existe el conocimiento delicado del cuerpo de su compañera, ni a la inversa, ni muchísimo menos de la mente. Lo más que la hembra puede esperar es un breve cortejo, un contacto sexual que dura, como máximo, medio minuto, y, ocasionalmente, una subsecuente sesión de acicalamiento. Para ellos no existe la ternura, el misterio, ni las alegrías ilimitadas del amor humano.

Cuando comencé a estudiar a los chimpancés me preguntaba a menudo si las parejas dormían alguna vez juntas por la noche. En cierta ocasión vi a una joven hembra cuidadosamente acurrucada en las ramitas llenas de hojarascas que protegían el lecho. Después, se acostó. Había la suficiente luz como para poder verla echada, a unos cuarenta y cinco metros de donde yo me encontraba. Poco después, sin embargo, se sentó, y para sorpresa mía, dejó su lecho, subió más arriba, en el mismo árbol, hasta llegar al borde del lecho de Mr. McGregor. El viejo macho se incorporó y comenzó a asearla. Cinco minutos más tarde se dio media vuelta, acostándose de nuevo, mientras ella volvía a su propio lecho. Cuando finalmente se instaló, no podía verse ya nada, pero la luna aparecería pronto.

Conforme bajaba por la montaña camino del campamento, decidí que volvería más tarde y pasaría la noche observando a los chimpancés. Cené, escribí las notas del día y hacia las once me puse en marcha. Todo era tranquilidad y silencio en montañas y valles, bañados por la luz de la luna llena. En el frío de la noche me sentí, como siempre, capaz de trepar por las escarpadas colinas. Cuando llegué al Pico, decidí tomar un café antes de comenzar mi vigilancia; reuní unas ramitas, encendí una pequeña hoguera y colgué la marmita de su cadena. Tomé mi café en la rocosa balconada que miraba hacia el valle. A mis pies, la luz de la luna se reflejaba en las miríadas de hojas que formaban el dosel del bosque, centelleando en el lustroso y suave verde de las palmeras. En algún lugar, un papión ladró por dos veces. Se hizo el silencio de nuevo. Tras de mí tenía la oscuridad de la selva: era fácil imaginarse a un leopardo deslizándose entre los árboles, o a una manada de búfalos husmeando entre el húmedo follaje.

Tomé mi café despaciosamente, impresionada por la belleza en torno mío. La luna brillaba tanto que solamente eran perceptibles algunas estre-

llas, y la luminosidad grisácea del cielo rodeaba los picos de las montañas, deslizándose hacia el valle. Era una noche perfecta para el amor, esto es, para el amor humano.

Cuando descendí hacia el lugar en que había visto a los dos chimpancés mencionados anteriormente, pude observar, con los prismáticos, que seguían respetuosamente apartados. Mr. McGregor yacía sobre su espalda. La hembra estaba echada de costado; yo estaba detrás de ella, y pude vislumbrar el pálido brillo de su tumescencia rosada.

Hacia las cuatro de la madrugada se puso la luna tras las montañas del Congo, al otro lado del lago; a poco, incluso su difuminado resplandor había desaparecido. La noche parecía ahora muy diferente, negra como la tinta, siniestra, con crujidos y chasquidos de ramas por todas partes. Una hora más tarde, la tribu de papiones del valle comenzó a ladrar fuertemente, a cuyo coro se unieron en seguida los chimpancés, con sus feroces alaridos —*¡waa!*— y sonoros resuellos. Pensé que merodeaba un leopardo por el valle, y me envolví más cuidadosamente en mi manta. Ahora la noche no parecía tan romántica, pero me hubiera gustado, tanto como antes, sentir la masculina presencia de Hugo cerca de mí.

La luz gris del amanecer empezó a filtrarse por entre la oscuridad y comenzó a surgir el mundo de cada día. No había todavía movimiento alguno en el árbol de los chimpancés, pero cuando hubo algo más de luz pude ver que la hembra y Mr. McGregor continuaban separados, cada uno en su respectivo lecho. A las seis y cuarto el viejo macho se dio media vuelta, se incorporó y saltó bruscamente de su nido, avanzando por el árbol, en línea recta, hacia el lecho de la hembra. Ésta, sin duda arrancada de un sueño profundo, emitió un agudo grito y se arrojó del lecho. Mr. McGregor se precipitó tras ella hasta el suelo, atropellando salvajemente las ramas a su paso. Los gritos de lá hembra fueron perdiéndose, poco a poco, en la distancia, conforme escapaba por la selva, seguida de cerca por su impetuoso congénere. Quizá no era un final muy romántico para la noche transcurrida, pero, en todo caso, era evidente que la hembra estaba presente en la mente de Mr. McGregor al despertar.

Algunos años después ocurrió que en cierta ocasión en que Figan y Melissa habían partido para una de sus expediciones, justo antes de la puesta del sol, aquél dejó la rama en que se hallaba sentado mordisqueando un brote para dirigirse al nido de su compañera. El espesor del follaje

impedía ver lo que estaba ocurriendo y, por otra parte, no se percibía sonido alguno, ni el chasquido de las ramas ni el crujido de las hojas que normalmente acompañan a la preparación de un lecho. Por la mañana, una vez que los chimpancés se hubieron marchado, nos acercamos con objeto de averiguar cuántos lechos había en el árbol. La confusión de ramas y palma era enorme, y es posible que hubiera detalles que se nos pasaran por alto, pero ninguno de nosotros pudo ver más de un lecho, sin duda aquel que Melissa había construido la noche anterior. ¿Habían dormido juntos, acurrucados, Figan y Melissa, con el pequeño Goblin haciéndoles compañía?

16. Los papiones y la depredación

Figan se hallaba aseándose, sentado a la sombra, lo mismo que otros diez chimpancés, que también se acicalaban o simplemente descansaban en pequeños grupos diseminados por el claro del campamento. Un papión adulto andaba asimismo entre ellos, partiendo nueces de palmera con sus poderosos dientes, mientras que otro, un ejemplar joven, se alimentaba con los frutos maduros de una de las palmeras.

Cuando Figan se levantó y comenzó a marchar hacia dicho árbol, algo en su manera de caminar, cierta tensión en su actitud, hizo que Mike se le quedara mirando fijamente. Figan echó una rápida ojeada al joven papión y, con gran lentitud, comenzó a trepar por el tronco. Conforme iba subiendo, el mono miró hacia abajo y empezó a emitir breves y estridentes chillidos, mostrando sus dientes en una mueca asustada; después saltó por el aire hasta la copa de otra palmera próxima. Figan se detuvo por un momento al llegar a lo alto de su árbol y entonces, muy despacio, siguió al papión. Gritando ahora más fuertemente, el joven dio otro salto y volvió al primer árbol. Figan le imitó. La escena se repitió dos veces más, hasta que, de súbito, Figan se precipitó hacia el papión, el cual, aterrorizado, dio un enorme salto, cayendo en otro árbol, unos seis metros más abajo.

Mientras tanto, los chimpancés seguían con profundo interés lo que ocurría, mirando atentamente, muchos con el pelo erizado. Mientras el papión saltaba de la forma descrita, Mike se dirigió rápidamente hacia él, al propio tiempo que el papión adulto intervenía también, lanzando tremendos rugidos. El perseguido, gritando fuertemente, dio un segundo salto hacia el suelo. Mike corrió tras él, persiguiéndole; el papión adulto, a su vez, comenzó a perseguir a Mike, y en la confusión que se produjo, con los otros chimpancés en torno, la pretendida víctima pudo escapar.

Cuatro años antes de este suceso, siendo Figan un adolescente, Hugo y yo le vimos reptar por una gran higuera tras otro joven papión. Pudimos determinar que quien había comenzado la persecución había sido Rodolf. Se había dirigido hacia el árbol, ante el cual había permanecido en pie,

con el pelo ligeramente erizado; si se había dignado o no mirar al papión, era algo que no supimos. Y sin embargo, como a una señal dada, los chimpancés que habían estado descansando y aseándose pacíficamente en el suelo, se levantaron y situaron en torno a los árboles que podrían servir para la escapatoria de la posible víctima. Y Figan, el adolescente más joven del grupo, se deslizó hacia el papión.

La presa escapó también en tal ocasión; en respuesta a sus llamadas, la tribu completa de papiones avanzó precipitadamente hacia el lugar del incidente, como a unos cien metros, comenzando así un feroz encuentro. A pesar de que saltaban unos hacia otros y lanzaban fuertes aullidos, no apreciamos que se hicieran daño físico alguno. Mientras tanto, el joven papión, aprovechando la confusión, escapó sin daño alguno.

Durante los diez años que han pasado desde que comencé a trabajar en el Gombe, hemos visto chimpancés devorando jóvenes *boosbogs*, cerdos salvajes y papiones, así como colobos rojos, incluso pequeños adultos, monos de cola roja y monos azules. Y hubo dos horribles casos en que los chimpancés de la zona robaron niños africanos, seguramente para devorarlos, pues uno de ellos, cuando pudo ser rescatado de las garras de un chimpancé macho y adulto, tenía los labios parcialmente comidos. Afortunadamente, tales incidentes tuvieron lugar antes de que yo llegara al Gombe, en otras palabras, antes de que hubiera "domesticado" a los chimpancés.

Muchos se horrorizarán al saber que un chimpancé puede devorar a un niño, pero hay que tener en cuenta que para el chimpancé los seres humanos son, simplemente, otro tipo de primates, no muy diferentes, *para ellos*, de los papiones. ¿Debería horrorizarnos igualmente el hecho de que en muchos lugares conocidos los chimpancés sean considerados por los hombres como un manjar exquisito?

Hemos podido ver con bastante frecuencia cómo los chimpancés se alimentan de carne, pero las ocasiones en que nos fue dado observar sus hábitos de caza han sido escasas y bastante espaciadas. Durante los diez años pasados, sin embargo, ya con más personas trabajando en el Gombe y con los chimpancés tolerando la presencia de observadores humanos, hemos aprendido mucho sobre tales hábitos. A veces parece como si la captura de la presa fuese casi accidental; el chimpancé, mientras va de un lado a otro, se cruza con un lechón salvaje, lo atrapa y lo mata. En otras

ocasiones, sin embargo, la caza parece se mucho más deliberada y consciente, participando en ella y cooperando a su feliz consecución todo el grupo de chimpancés, como cuando éstos rodean los árboles que pueden servir como posibles vías de escape de la víctima.

Personalmente, sólo en dos ocasiones he visto cómo mataban los chimpancés a un animal: la primera en un ya lejano día, cuando Hugo y yo presenciamos la captura y despedazamiento de un colobo rojo; la segunda, cuatro años después, en que un papión joven fue atrapado en las afueras del campamento. Esto último fue mucho más espectacular.

Una mañana, Rodolf, Mr. McGregor, Humphrey y un macho adolescente se hallaban sentados, rodeados de plátanos, cuando la tribu de papiones pasó por el campamento. De inmediato, Rodolf se levantó para ocultarse tras uno de los edificios, seguido por tres de sus compañeros. Todos ellos caminaron con el mismo paso silencioso, decidido, casi de ladrón, que Figan les había mostrado mientras se acercaba a la palmera en que se encontraba su presa.

Yo les seguí pero demasiado tarde para observar la captura misma. Mientras rodeaba el edificio, escuché el repentino alarido de un papión, y cinco segundos después, los rugidos de los papiones machos y los gritos y ladridos de los chimpancés. Corrí los últimos metros y a través de los espesos arbustos pude ver a Rodolf en pie, agitando el cadáver de un joven papión, al cual tenía asido por una pata mientras golpeaba la cabeza del mono contra unas rocas. No podría decir en qué momento acabó la vida del papión; en todo caso, la víctima estaba muerta cuando Rodolf, llevándola de una mano, ascendía rápidamente por la colina.

Los demás chimpancés siguieron de cerca a Rodolf, todavía gritando, al mismo tiempo que varios papiones adultos continuaban molestando a aquél, abalanzándose sobre él y gruñendo. Siguieron así durante unos pocos minutos y, de pronto, con gran sorpresa por mi parte, se retiraron. Aparecieron entonces cuatro chimpancés, que treparon a las ramas superiores de un gran árbol en que para devorar su presa se había instalado Rodolf, el cual se hallaba ocupado despedazando la tierna carne del vientre y de las ingles.

Pronto hicieron acto de presencia en el árbol otros chimpancés del valle, atraídos por los gritos y llamadas que caracterizan la caza y la aprehensión de una víctima; varios machos de alto rango se apiñaron en

torno a Rodolf, exigiendo participar en el festín. He observado a menudo cómo los chimpancés hacen esto: normalmente, un macho que se halla en posesión de una razonable porción permite que por lo menos algunos del grupo la compartan con él. Esta vez, sin embargo, Rodolf protegió celosamente su presa. Cuando Mike adelantó su mano en gesto petitorio, con la palma hacia arriba, Rodolf se limitó a apartarle. Cuando Goliat tocó la boca de Rodolf, pidiendo la carne y hojas que su compañero masticaba, éste le volvió la espalda. Cuando J. B. tomó cautelosamente parte de los restos, Rodolf emitió tres sordos gruñidos, alzó su brazo y dio un tirón a la carne. Y cuando el viejo Mr. McGregor se aproximó y probó a tirar, a su vez, del extremo de los intestinos, tuvo suerte, pues metros y metros de los mismos cayeron en sus ávidas manos, festoneando su cabeza calva y sus hombros. Rodolf miró hacia abajo y tiró también del manjar perdido; el intestino se rompió, y Mr. McGregor se retiró apresuradamente a una parte alejada del árbol, donde un grupo de hembras y jóvenes rodearon sin pérdida de tiempo a McGregor, pidiéndole golosinas.

Los chimpancés suelen comer lentamente, masticando hojas con cada nuevo bocado, como para saborear mejor el alimento. En suma, Rodolf consiguió quedarse con casi todo el cuerpo de su víctima, que le duró nueve horas, y ello a pesar de que de vez en cuando escupía algunas piltrafas en la mano de un pedigüeño y de que, por otra parte, ocasionalmente, otro macho conseguía echar mano de un trozo de carne y escapaba con él. Solían también caer algunos restos, buscados entre la vegetación por los jóvenes, que se precipitaban desde lo alto. Los vi a menudo lamiendo las ramas del árbol, allí donde la sangre había caído, o bien abajo, en los lugares en que aquélla había goteado.

Era el tercer año de la supremacía de Mike, y Rodolf no era ya el macho de gran categoría que conocimos al principio. ¿Cómo, pues, se atrevió a retirar la mano de Mike, él que normalmente se apresuraba a mostrar su sumisión al aproximarse aquél? ¿Cómo osaba amenazar a Goliat y a J. B., que eran superiores? Y todavía algo más sorprendente: ¿cómo estos machos de gran categoría no se apropiaron de por lo menos parte de la presa de Rodolf? Había presenciado esta aparente contradicción en otras ocasiones semejantes, y me preguntaba siempre si era que los chimpancés mostraban así los rudimentos de cierto sentido de los valores morales. Rodolf mató al papión; éste era, por lo tanto, suyo. Pero una consi-

deración más seria de esta conducta me llevó a sospechar que se trataba de algo muy diferente.

Mike hubiera atacado a Rodolf sin dudarlo un solo momento si lo disputado hubiese sido un montón de plátanos, y, sin embargo, si Rodolf hubiese conseguido por sí mismo la fruta de una caja, ésta hubiera sido propiedad suya, tan legítimamente como el papión muerto. Yo quería saber, por lo tanto, si el principio en cuestión era semejante a aquel que hace que un animal sea más agresivo dentro de los límites de su territorio y más dispuesto para luchar con un intruso que si se halla frente a frente más allá de tales límites. La carne es algo muy apreciado y deseado. Un adulto que se encuentre en posesión de tal manjar puede sentirse muy predispuesto a defenderlo y, por tanto, con más confianza ante sus superiores que ante un montón de frutas corrientes, plátanos, por ejemplo. En apoyo de esta teoría debo decir que en los primeros tiempos de nuestro sistema de alimentación, cuando los propios plátanos constituían aún una rareza, los chimpancés disputaron por ellos muy raramente.

Acerca de la ausencia de agresividad en los machos dominantes cabría decir que, posiblemente, cuando no detectan las señales de temor que, por lo general, caracterizan sus relaciones con los inferiores y, en cambio, notan indicaciones claramente agresivas por parte de éstos, pueden sentir ciertas dudas a la hora de ejercer sus prerrogativas habituales.

La misma razón podría aducirse para explicar por qué los machos adultos no luchan, por lo general, por el privilegio de tener relaciones sexuales con una hembra atractiva y en vez de ello, esperan su turno pacíficamente. Quizás el macho dispuesto a acoplarse con la hembra quiera defender sus derechos ante el acto de la reproducción. Es muy posible que el sentido humano de los valores morales se haya podido originar en esquemas básicos de conducta como los mencionados.

Sea como fuere, hemos visto en numerosas ocasiones cómo Rodolf y otros congéneres suyos protegían la carne de sus presas de rivales que eran, normalmente, sus superiores. En tales momentos, los machos de más categoría, frustrados indeciblemente, descargaban su ira en individuos inferiores. Al principio, antes de que los grandes machos hayan podido apropiarse de alguna porción de carne, las hembras y los jóvenes, así como los de rango bajo, pueden ser perseguidos y agredidos violenta-

mente por entre las ramas del árbol en que tiene lugar la escena, sobre todo si los tales osan acercarse demasiado a la tan apetecida presa.

En ocasiones como éstas, al principio de mi estancia en el Gombe, los machos se mostraban a menudo extremadamente hostiles hacia mí. Un día en que Rodolf había tenido éxito en su caza y guardaba para sí su presa, J. B. llegó precipitadamente al campamento con objeto de apropiarse de algunos plátanos. Se trataba de un camino de unos doscientos metros; cuando volvió donde se encontraba Rodolf debió pensar que yo, durante su ausencia, había tomado parte de la carne por él deseada. Avanzó con furia por entre la espesa vegetación, se dio cuenta repentina de mi presencia, se detuvo y me miró fijamente. Su pelo comenzó a erizarse con lentitud y de súbito, con un fuerte alarido, se lanzó hacia mí. Yo no podía ni siquiera intentar escapar, debido a la maraña de lianas y enredaderas que me rodeaba. J. B. se hallaba a menos de medio metro; creo que cerré los ojos cuando me propinó un pesado manotazo. Pero J. B. se limitó a coger mi jersey primero y, a renglón seguido, mi mochila, para olisquearlos con gran atención. A poco, dejándolos caer, dio media vuelta y se precipitó a probar suerte de nuevo con la verdadera presa.

La cosa fue peor en otra ocasión. Hugo y yo habíamos estado observando las actividades de un gran grupo de chimpancés en un árbol. Mike había matado un papión, y aunque lo compartía generosamente con J. B. y otros más, cinco de los machos adultos no habían conseguido sino unas piltrafas. El quinteto se hallaba desplegado por el árbol, persiguiendo y expulsando a todo subordinado que apareciera por allí. El más frustrado de todos parecía ser David.

En cierto momento, Mike descendió del árbol y se sentó a comer en el suelo, entre la vegetación. Los demás, naturalmente, le siguieron. Hugo y yo avanzamos para situarnos más cerca, pero cometimos el error de hacerlo demasiado silenciosamente, y así, cuando de pronto nos hicimos visibles, una de las hembras jóvenes, relativamente nueva en el grupo, se asustó, escapando con precipitación y siendo imitada por los demás, que también salieron de estampía. Se dieron cuenta a poco que se trataba de una falsa alarma y, tras observarnos por unos momentos, los cinco frustrados machos cargaron contra nosotros, corriendo en posición erecta, agitando sus brazos y lanzando feroces, sonoros y amenazadores alaridos. Se detuvieron justo antes de llegar a nosotros, excepción hecha de David.

Éste, como dije más arriba, podía llegar a ser muy agresivo si se excitaba lo suficiente, como ocurría en esta ocasión. Hugo y yo nos dimos media vuelta al mismo tiempo y escapamos. Cuando miramos hacia atrás, pudimos ver que David nos seguía. Hugo, que iba detrás de mí, protegiéndome y luchando con su equipo fotográfico, quedó enganchado en unos peligrosos espinos. Mientras se debatía por librarse, el enfurecido David se iba aproximando; la distancia entre ambos no llegaba a los dos metros. En el último minuto, el chimpancé se detuvo, y con un *waa* final y un gesto amenazador de su brazo, se volvió para reunirse con sus compañeros.

Creo todavía hoy que éste fue el peligro mayor que corrimos con los chimpancés, ya que David, a pesar de su carácter habitualmente apacible, era, en cierto sentido, el más terrible de todos, debido a su total carencia de temor ante los seres humanos. Muchas personas han manifestado sorpresa ante el hecho de que escapáramos de tal forma, pero no es realmente extraño que así lo hiciéramos. Al fin y al cabo, el gesto de mayor sumisión que un chimpancé puede hacer, ante otro de mayor categoría, es retirarse de la presencia del agresor, es decir, huir. Un inferior que muestra actitud humilde, como acuclillarse, hacer obsequios o adelantar una mano hacia el superior enfurecido, será, con toda probabilidad, agredido por éste, mientras que, por lo general, los machos no insisten en su agresividad si la víctima escapa.

Hoy, los chimpancés no solamente toleran mucho mejor la proximidad de seres humanos, sino que además parecen darse cuenta de que éstos no tienen intenciones de participar en el posible reparto de una presa. La hostilidad contra los investigadores del Gombe es cada vez más rara durante tales festines.

La conducta de los chimpancés durante sus cacerías muestra el rudimento de una cooperación, tan característica de las sociedades cazadoras humanas y tan fascinante como todo lo que se refiere al consumo de las presas, pues, por lo general, el dueño de ellas está dispuesto a compartirlas con otros, lo que no se sabe ocurra con otros primates no humanos en estado salvaje. Hemos visto a menudo cómo los chimpancés troceaban la presa y la repartían entre sus compañeros pedigüeños. Uno de tales incidentes fue particularmente significativo.

Un repentino estallido de gritos de llamada de chimpancés y de papiones nos llevó hacia el lugar en que se produjo. Encontramos que Goliat acababa de matar a una cría de papión. El viejo Mr. Worzle estaba en el mismo árbol, pidiendo su parte, lo que hacía gimiendo como un niño. Goliat se alejaba constantemente de él, pero Worzle le seguía, gritando; cuando Goliat se detenía, se le acercaba de nuevo, rogándole siempre. De repente, Goliat le apartaba por lo menos por décima vez, Worzle cogió un berrinche verdaderamente infantil y se dejó caer de la rama en que estaba, lastimándose al dar con su cuerpo en la vegetación que cubría el suelo. Entonces vimos con asombro cómo Goliat, tirando fuertemente de la piel y tendones de su víctima, hacía dos partes del cuerpo de la misma y entregaba a Mr. Worzle los cuartos posteriores. Parecía como si Goliat no pudiera soportar por más tiempo las lamentaciones y el escándalo cuando pretendía disfrutar del exquisito manjar. También compartió lo que le quedaba con Flo, cuando ésta hizo su aparición en la escena.

Una vez que Mike consiguió estabilizar su posición de alto rango, se fue haciendo cada vez más tolerante y benigno con sus subordinados. Cuando se hallaba en posesión de alguna presa, solía compartir con otros machos adultos partes de la misma. Cierta vez en que Mike tenía los restos de un papión, pude ver como él y Rodolf comían juntos, cada uno de un extremo del mono. Mike comenzó a tirar de su mitad. No me pareció que pretendiera quitarle a Rodolf su parte, sino, simplemente, que quería dividir la presa en dos. Nunca quedé más impresionada por la fuerza de Rodolf que en esta ocasión, pues aunque, por su parte, Mike, de pie, tiraba también para retenerla, aquél permanecía en su posición inicial casi sin moverse. Nos hacía el efecto de que fuera una roca. De pronto, Rodolf se inclinó hacia delante y, mientras Mike continuaba tirando, mordisqueó la piel del papión hasta que éste se dividió en dos, dejando a Mike con la cabeza. Los sesos parecen ser un manjar especialmente delicado; Mike, muy a menudo, terminaba por apropiarse de la cabeza de la víctima. Le he visto muchas veces ensanchar el *foramen magnum*, en la unión de la columna vertebral con el cráneo, y apartar con sus dientes los fragmentos de hueso. Cuando la abertura era lo suficientemente grande, extraía los sesos con el dedo índice, a modo de gancho. A veces, los chimpancés sacan los sesos de sus presas rompiendo los frontales de las mismas.

En cierta ocasión en que David presenciaba cómo Mike comía unos sesos, mientras pedía con insistencia su parte, el segundo comenzó a cosquillear a aquél, al modo que una madre lo hace con su hijo cuando quiere apartarle y distraerle. Momentos después, los dos adultos emitían los cloqueos que indican la risa de los chimpancés, mientras se cosquilleaban mutuamente. La cosa salió bien, pues cuando David no pudo resistir las cosquillas por más tiempo, se marchó, dejando a Mike que continuara comiendo sin problemas.

Solamente una vez vimos que Mike perdiera una preciada cabeza de papión, con los sesos intactos. Era al atardecer, y Mike había ya comido mucho. Mientras los últimos y cárdenos rayos del sol penetraban por entre el dosel de la selva, cogió la cabeza de la víctima, un papión joven, y comenzó a asearla. La escena era horrible, pues una de las cuencas oculares estaba vacía, y el ojo de la otra colgaba del nervio óptico. En aquel momento se percibieron unos crujidos entre el follaje, y apareció J. B. a toda velocidad, el cual echó mano a la cabeza y desapareció seguidamente con ella. Parecía como si Mike se encontrara demasiado atiborrado como para preocuparse por lo ocurrido, pues no persiguió a su compañero. J. B. trepó a un árbol próximo, construyó un lecho y se instaló en él, llevándose a la boca puñados de sesos y de hojas, hasta que se hizo de noche.

El cuadro que se va dibujando gracias a los datos recogidos en el Gombe a lo largo de varios años permite apreciar que los diferentes comportamientos de los chimpancés ante el hecho de comer carne se presentan de manera cíclica. Puede suceder que un éxito casual, cuando, por ejemplo, un chimpancé se encuentra con un cochinillo salvaje en la espesura, provoque en todo el grupo un fuerte deseo de comer carne. Mientras este deseo dura, a lo largo de uno o dos meses, los machos adultos y adolescentes pueden dedicarse a la caza de forma consciente. Después, bien porque su apetito haya sido satisfecho o porque haya tenido efecto una serie de fracasos cinéticos que les hacen perder su interés, los chimpancés retornan a su dieta de frutas, vegetales e insectos. Hasta que, meses después, algún otro incidente despierta de nuevo el deseo inicial.

Recuerdo que una vez Humphrey vino al campamento con la piel de un colobo rojo; al marcharse, llevaba todavía su trofeo consigo. Como una hora más tarde apareció el viejo McGregor, proveniente del mismo

lugar que Humphrey, no supimos si había o no participado del festín, pero era evidente su deseo de comer carne. Quince minutos después de su llegada se puso a mirar fijamente hacia el valle. Siguiendo la dirección de su mirada, pudimos ver un pequeño grupo de colobos rojos. Casi inmediatamente, McGregor se puso en movimiento, con pasos rápidos y silenciosos, seguido por los restantes chimpancés que se hallaban en el campamento. Instalamos el telescopio y esperamos a ver lo que ocurría.

Hubo un fuerte sacudimiento de ramas, los monos comenzaron a gritar, y pudimos ver a McGregor, así como a otros varios chimpancés y colobos, saltando entre los árboles. Vi como un colobo perseguía a un pequeño chimpancé, que saltó, gritando, al suelo. Entonces, para asombro nuestro, vimos al viejo McGregor huyendo ante un colobo macho por un declive cubierto de hierba. Ello demostraba que cuando un animal se enfurece de veras puede parecer mucho más terrorífico de lo que realmente es, pues dicho mono se hubiera puesto todavía más furioso si el chimpancé se hubiese vuelto para atacarle.

Esta observación es más sorprendente si se tiene en cuenta que los papiones adultos, mucho más fuertes y, por lo general, mucho más agresivos que los colobos rojos, no son, sin embargo, más eficientes protegiendo a sus crías cuando los chimpancés las persiguen. Normalmente se agolpan aparatosamente en torno a los chimpancés y se abalanzan contra éstos, gritando y organizando un gran escándalo. Mas a pesar de que todo ello parece muy feroz, nunca hemos visto a un chimpancé herido como consecuencia de tales encuentros. En cierta ocasión vimos cómo un papión brincaba sobre la espalda de Mike, aferrándose a ella durante unos momentos, pero el chimpancé no pareció después afectado por ello. Ni siquiera atacan los papiones adultos cuando los chimpancés han atrapado una de sus crías y ésta, viva, grita, entre las garras de su aprehensor. Se trata de uno de esos problemas todavía sin resolver que hacen que nuestras investigaciones continúen siendo necesarias.

La cuestión de las relaciones entre los chimpancés y los papiones del Gombe es, sin duda, compleja y fascinante. Durante los primeros momentos de mis estudios noté que, por lo general, los individuos de ambas especies tienden a ignorarse mutuamente, excepto los más jóvenes, que suelen estar juntos. En ocasiones, los adultos de ambas especies comen pacíficamente en el mismo árbol, si bien, si solamente hay un par de

chimpancés, éstos se van poniendo más y más inquietos cuando un papión tras otro van ocupando el árbol; en tales casos, los chimpancés suelen marcharse. He presenciado también cierto número de incidentes violentos entre grupos de unos y otros; a la luz de lo que sabemos, sospecho que se trataba de intentos, por parte de los chimpancés, de apoderarse de algún papión joven.

Desde 1963, una vez instalado nuestro centro de alimentación, las relaciones entre chimpancés y papiones han aumentado enormemente; durante los peores años, justo antes de construir el *bunker*, unos y otros merodeaban por el campamento horas y horas, casi siempre muy próximos. Al principio parecía como si, a menudo, los papiones mostrasen más respeto por los chimpancés que hoy, pero creo que, en realidad, lo que ocurría era que los papiones tenían más miedo de los seres humanos, de forma que sólo unos pocos de entre ellos osaban venir al campamento. Intentamos también hacer que no se acercaran los papiones dirigiendo hacia sus ojos el reflejo de un espejo, de forma que, asustados así, los saltos de los chimpancés y sus gestos amenazadores resultasen más efectivos todavía. Pero incluso entonces algunos de los papiones machos eran muy agresivos y capaces de asustar a muchos chimpancés.

Después, cuando los estudiantes comenzaron a seguir a los papiones para observar sus actividades, éstos perdieron gran parte de su temor ante los seres humanos e invadieron nuestro centro de alimentación en mayor número. No es sorprendente, pues, que parecieran más agresivos y que muchos chimpancés mostrasen cada vez más respecto hacia ellos. Pero si bien pudimos observar muchos incidentes violentos entre unos y otros, nunca, como dije más arriba, se produjeron víctimas, pues, por lo general, las peleas por razón de los plátanos se basaban en la amenaza y la balandronada: los papiones gritaban, se abalanzaban contra sus enemigos con las bocas abiertas, queriendo golpearles, y los chimpancés brincaban, agitaban sus brazos y lanzaban sonoros *waas* y alaridos.

En tales incidentes violentos, la victoria depende, en buena medida, de las características de los individuos implicados. Los chimpancés comprendieron bien pronto que los papiones machos escapaban ante los despliegues de fuerza y que otros no; a estos últimos había, por lo tanto, que evitarlos. Y de la misma manera, los papiones se dieron cuenta de que los chimpancés hembras y los jóvenes eran cosa de poco momento; que algu-

nos machos, como David, podían ser tranquilizados fácilmente dejando caer un puñado de plátanos; que otros, en fin, como Goliat y Mike, eran más resistentes. Los papiones mostraban mucho respeto por el viejo Mr. Worzle; quizá no les agradaban sus extraños ojos, casi humanos, pero la razón principal era que Worzle no tenía miedo alguno y, por lo general, no solía dejar libre el campo. Fue el primer chimpancé al que vi arrojar piedras y otros objetos contra los papiones que se le acercaban amenazadoramente. Es verdad que alguna vez Worzle se limitó a tirarles unas hojas a falta de proyectiles más apropiados; en cierta ocasión, su arma fue un puñado de plátanos, con la consiguiente satisfacción de su contrincante, un agresivo papión macho. Con el paso del tiempo, sin embargo, Worzle, eligiendo mejor, terminó por utilizar grandes piedras.

No fue demasiado sorprendente ver por primera vez a Worzle arrojar piedras contra los papiones, pues ya habíamos observado en otros chimpancés acciones hostiles semejantes. Así Rodolf, que había lanzado una gran piedra contra Hugo y contra mí durante su primera visita al campamento. Aparentemente, había estado siguiendo a Goliat sin saber muy bien adonde se dirigía éste. Cuando, de pronto, se encontró ante una tienda de campaña, con nosotros en el interior de la misma, emitió un sofocado gruñido, se puso en pie y nos arrojó un proyectil antes de escapar a la espesura.

Poco después pudimos ver cómo Mr. Worzle apedreaba a los papiones, y a otros machos adultos, imitándole, hacer lo mismo. En aquel tiempo los machos utilizaban toda clase de objetos con tal fin, pero si bien solían elegir grandes piedras, raramente acertaban a los papiones, a menos que éstos se hallasen muy próximos.

Debo poner de relieve, al llegar a este punto, que, excepto durante la distribución de los plátanos, las relaciones de chimpancés y papiones, incluso en el centro de alimentación, eran habitualmente pacíficas, sobre todo entre aquellos individuos de ambas especies que solían mostrar gran tolerancia unos con otros. Siempre nos ha sorprendido que inmediatamente después de un frenesí hostil entre chimpancés y papiones, una vez terminados todos los plátanos, suelen sentarse cerca unos de otros para descansar.

Puesto que es bien conocida la inteligencia de los chimpancés y de los papiones, no resulta realmente sorprendente que, en cierta medida, los

individuos de ambas especies sean capaces de comunicarse entre sí. Cierto día, por ejemplo, un papión hembra pasó muy cerca de donde se encontraba Mr. Worzle, a quien pareció sobresaltar con su presencia. Éste alzó un brazo y emitió un gruñido amenazador, ante el cual la hembra se puso inmediatamente en cuclillas, de forma sumisa. Mr. Worzle avanzó una mano hacia la rabadilla de aquélla, en gesto tranquilizador, y sin duda llegó a tocarla; la mona pareció serenarse y terminó por sentarse junto al chimpancé. No es éste el único incidente semejante que nos fue dado presenciar.

Cuando Flint tenía ocho meses de edad solía acercarse con paso vacilante a los papiones hembras que se hallaban en celo, las cuales, ante nuestra sorpresa, solían darse la vuelta y presentar sus tumescencias al pequeño, como lo haría cualquier chimpancé hembra; algunas, incluso, le permitían tocar sus rosados traseros. Descubrimos más tarde que lo mismo ocurría cuando Goblin u otra cría se acercaba a las hembras de la otra especie, si bien entre éstas, unas se mostraban más tolerantes que otras.

Particularmente fascinantes eran las relaciones entre un viejo papión macho, conocido como Job, y muchos de nuestros chimpancés. Quizás a causa de su edad, o por alguna otra razón, Job comenzó a visitar con frecuencia el campamento; muchas veces, como si estuviera cansado de la vida, se quedaba apoyado contra un árbol. Cierto día nos quedamos asombrados al verle acercarse a Fifi y, poniéndose de costado, indicar que quería ser aseado. Nuestro asombro aumentó sobremanera cuando Fifi cumplió los deseos del papión. Después de unos momentos, Fifi, por su parte, le ofreció su costado a Job, sin que éste reaccionase; a poco, Fifi reanudaba el aseo del papión, y se alejaba algo más tarde. Tras esta escena, era muy común que Job pidiese a diferentes chimpancés que le asearan, y bastante habitual que éstos lo hiciesen brevemente.

En cierta ocasión, Figan se dirigió hacia el viejo Job con el paso airoso y ligeramente fanfarrón que señalaba sus intenciones juguetonas. Se acercó a él, le dio unos pellizcos y después, una y otra vez, le tiró de la sobrebarba. Por último, viendo que nada de esto hacía reaccionar al viejo macho, que se hallaba sentado mirándole tranquilamente, con un aire en todo caso algo irritado. Figan cambió de táctica. Puso su frente en la mano de Job y le dio así repetidos empujones, los cuales hacían vacilar el cuerpo del papión. Después de unos momentos de ser sometido a tal tra-

tamiento, Job pareció no soportar más e hizo un gesto amenazador, abalanzándose, sin mucho ímpetu, pero enseñando los dientes, hacia Figan. Este no demostró temor alguno, pero, en todo caso, después de un par de segundos, decidió retirarse. Vimos como otros dos chimpancés adolescentes, machos ambos, intentaron también jugar con Job, aporreándole y cosquilleándole con los labios, pero en ningún momento consiguieron interesar al viejo papión.

A pesar de todos estos gestos amistosos y de que muchas veces hemos visto a jóvenes chimpancés y papiones jugando juntos, nunca observamos una amistad tal como la existente entre Gilka y Goblina, la joven papiona hembra. Es cierto que había un papión macho también joven, muy juguetón que a menudo se entretenía salvajemente con Flint, así como un macho subadulto que durante algún tiempo jugaba con frecuencia con Fifi cuando ésta tenía unos seis años. Pero tales relaciones no duraron más de unas pocas semanas; estos juegos, por otra parte, tenían efecto únicamente cuando los implicados se encontraban por casualidad. Por el contrario, la amistad entre Gilka y Goblina, como he señalado más arriba, duró casi un año, y ambos, claramente, se buscaban uno a otro.

Un día, los gritos y gruñidos de chimpancés y papiones nos llevaron a Hugo y a mí hacia un enorme árbol, en el que vimos dos chimpancés adultos con el cuerpo recién muerto de una cría de papión. Nos hallábamos tan abstraídos observando a los chimpancés que durante cierto tiempo hicimos caso omiso de la madre de la víctima, que merodeaba en torno a aquéllos gritando fuertemente. Cuando nos dimos cuenta de lo que se trataba nos costó harto trabajo seguir mirando: era Goblina, y el papión muerto, su primer hijo.

Al cabo de media hora Goblina se marchó, acompañada por un papión macho que no la había abandonado durante la escena anterior. Volvió después, siempre con el joven macho, y se sentó en la parte alta del declive, mirando a los chimpancés. Emitía a menudo un gemido sordo que, para nosotros, parecía como un lamento. Permaneció así durante unos diez minutos y se marchó de nuevo. Sin embargo, durante las cuatro horas que los chimpancés estuvieron en el lugar, la madre volvió tres veces más, ya sola. Tres horas después hizo nuevo acto de presencia en la ya solitaria escena del crimen; cada pocos minutos lanzaba el desconsolado gemido ya mencionado.

Al año siguiente, la antigua compañera de juegos de Gilka tuvo una segunda cría, hoy todavía joven, y que, con suerte, no será víctima de los feroces ataques de los chimpancés. Pero el crío que nosotros esperábamos sería un amigo apropiado para Gilka, como su propio hermano, que tuvo un destino peor que el primer hijo de Goblina.

17. Muerte

El nuevo hijo de Olly contaba cuatro semanas cuando cayó repentinamente enfermo. Me había entusiasmado cuando me enteré de su nacimiento, pues me preguntaba si Gilka, su hermana mayor, mostraría hacia él el mismo interés que Fifi por Flint. Y si así sucede; ¿cómo reaccionaría Olly? Aunque yo no me encontraba en el Gombe cuando tuvo efecto el acontecimiento, fue allí, un mes más tarde, cuando un anochecer Olly se aproximó lentamente al campamento, sujetando al casi recién nacido con una mano. Cada vez que la madre hacía un movimiento inesperado, la cría emitía un fuerte quejido, como si sufriera, mientras se agarraba convulsivamente a aquélla. Poco a poco fue resbalando hasta quedar colgado de una sola mano.

Mientras Olly, sentada, comía plátanos, Gilka se dedicaba a asearla. Había visto a menudo cómo Gilka se iba aproximando con cuidado a las manos de sus hermanitos, de la misma forma que lo había hecho dos años antes Fifi, cuando Flint era diminuto. Olly apartaba siempre las manos de Gilka, pero esta vez, sin embargo, permitió que su hija acicalase la cabeza y la espalda de la cría.

A la mañana siguiente era evidente que el hijo de Olly se encontraba gravemente enfermo. Sus miembros colgaban blandamente y gemía cada vez que su madre daba un paso. Cuando ésta se sentó, colocando las piernas de aquél muy cuidadosamente para no lastimarle, llegó Gilka, que se instaló al lado de su madre y se puso a mirar fijamente a la cría, esta vez sin pretender tocarla.

Olly se comió un par de plátanos y seguidamente se incorporó para marchar a lo largo del valle, seguida por Gilka y por mí. Avanzaba unos pocos metros y, preocupada por los quejidos de su hijito, se sentaba para acunarlo en su regazo. Así tranquilizado, proseguía de nuevo su camino, pero la cría comenzaba de inmediato a quejarse, por lo que la madre se detenía de nuevo para calmarle. Tras un recorrido de unos cien metros, para lo que se necesitó algo más de media hora, Olly trepó a un árbol. Otra vez colocó cuidadosamente los brazos y piernas del hijo en su regazo

antes de sentarse. Gilka, que había subido también al árbol, se quedó mirando una vez más a su pequeño hermano; seguidamente, madre e hija comenzaron a acicalarse una a otra. La cría cesó en sus quejidos, y Olly, aparte de asearle brevemente la cabeza, pareció no prestarle más atención.

Unos quince minutos después comenzó a llover, un diluvio cegador que prácticamente impedía la visión. Durante la tormenta, que duró media hora, la cría había perdido el sentido o quizá muerto; cuando Olly abandonó más tarde el árbol, su hijo no emitió sonido alguno, y su cabeza colgaba tan blandamente como sus brazos y piernas.

Me sorprendió el repentino y total cambio en la forma en que Olly transportaba ahora a su hijo. Ya en otra ocasión había podido ver a una madre joven y sin experiencia llevar el cadáver de su hijo, pero incluso un día después todavía lo cuidaba como si estuviera aún vivo, apretándolo contra su pecho. En cambio, Olly bajó del árbol, llevando descuidadamente a la cría de una mano; cuando llegó al suelo, se echó el cuerpo inanimado a la espalda. Parecía como si supiera que estaba muerto. Quizá porque el hijo no se movía ni gritaba, sus instintos maternales ya no funcionaban.

Al día siguiente, Olly se presentó en el campamento seguida de Gilka, con el cadáver del hijo colgado del hombro. Al sentarse, el cuerpo de la cría cayó pesadamente al suelo; a veces lo apretaba contra las ingles; al ponerse en pie, lo cogía por un brazo o incluso una pierna. La escena era horrible, y varias de las jóvenes hembras que se encontraban por los alrededores se acercaron para mirar, al igual que varios papiones. Olly hizo caso omiso de todos.

En cierto momento, Olly se marchó del campamento, camino de la colina que se hallaba frente a nosotros, seguida por Gilka y por mí. Olly parecía trastornada; sin mirar a parte alguna, seguía afanosamente el estrecho sendero que avanzaba por la selva, con el cadáver colgando en torno a su cuello, hasta llegar a cierto lugar situado en medio de la colina. Allí se sentó. Al hacerlo, el cadáver de la cría cayó al suelo a espaldas de la madre, la cual ignoró lo ocurrido, excepción hecha de una rápida ojeada. Siguió sentada mirando al infinito, casi sin moverse durante media hora, salvo para espantar la nube de moscas que se había congregado rápidamente.

Había llegado, por fin, la oportunidad para que Gilka pudiera jugar con su hermano. La escena no tenía nada de agradable. El cadáver comenzaba ya a oler mal; el rostro y el vientre mostraban un definido tinte verdoso, y los ojos, completamente abiertos, parecían mirar fríamente hacia el frente. Milímetro a milímetro, echando ojeadas repetidas a su madre, Gilka iba acercando el cuerpo de su hermano hacia sí. Lo aseó cuidadosamente, e incluso intentó jugar con él, llevando una mano sin vida hacia el lugar en que ella tenía cosquillas, entre la clavícula y el cuello, e incluso haciendo ciertos gestos divertidos. Nosotros nos habíamos alegrado del nuevo parto de Olly pensando en Gilka, pero parecía como si ésta estuviese señalada por la mala suerte. En un momento dado, no sin echar otra rápida mirada a su madre, Gilka tomó cuidadosamente el cuerpo de su hermano y lo apretó contra su pecho. Fue entonces cuando Olly salió momentáneamente de su letargo. Se apoderó del cadáver, pero, una vez más, lo dejó caer al suelo.

Cuando la vieja hembra se puso, por fin, en movimiento, fue simplemente para volver al campamento por el mismo camino. Se comió dos plátanos, se sentó mirando al infinito y después se marchó en dirección al valle.

Durante otras tres horas me las arreglé para seguir a la pequeña familia. Aproximadamente cada diez minutos, Olly se sentaba o se tumbaba, y Gilka, al igual que antes, acicalaba el cadáver de su hermano e intentaba jugar con él. Por último, Olly comenzó a inquietarse por mi presencia y a marchar más rápidamente, mirándome de vez en cuando por encima de su hombro. Se dirigió hacia una zona de espesa y densa vegetación y, aunque continué mi persecución, hubo un momento en que decidí desistir de ella. Me alegré de salir de entre las lianas y enredaderas, pues, con el aire caliente y húmedo, el olor de la muerte era claramente perceptible por donde había pasado Olly, y cada rama aparecía llena de moscas satisfechas.

A la tarde siguiente, Olly y Gilka se presentaron de nuevo en el campamento, esta vez sin el cadáver. Probablemente había sido, por fin, abandonado en algún lugar del valle.

Si en aquel momento hubiésemos sabido que el hijo de Olly era, sin duda alguna, la primera víctima de una terrible enfermedad que asoló al grupo de nuestros chimpancés, nunca les hubiera seguido como lo hice,

ya que en aquel momento yo me hallaba embarazada. Pero no sospechábamos nada, y las nuevas víctimas no se produjeron hasta dos semanas después. Descubrimos más tarde que había tenido lugar un peligroso brote de poliomielitis entre la población africana del distrito de Kigoma; puesto que los chimpancés son susceptibles a casi todas las enfermedades infecciosas humanas, entre éstas la polio, parece evidente que la epidemia que se desarrolló entre los chimpancés era, precisamente, la misma. Supimos que la enfermedad produjo dos víctimas en una aldea situada a unos dieciséis kilómetros al sur de nuestro centro de alimentación, en el límite del Parque, pero en un valle en que habían sido vistos chimpancés muy a menudo. Es muy posible que fuese en aquel lugar donde contrajese la polio el primer chimpancé y que la enfermedad se propagase hacia el Norte, hasta alcanzar a los de nuestro grupo.

Cuando comprendimos que, con toda probabilidad, se trataba de polio, nos quedamos aterrados, pues ni Hugo ni yo, ni tampoco nuestra asistente Alice, habíamos completado las series de vacunas necesarias. Nos comunicamos con Nairobi por radio y conseguimos hablar con Louis, quien hizo que volara un avión hasta Kigoma con la suficiente vacuna para nosotros, los ayudantes africanos y los chimpancés. No sabíamos la intensidad con que la epidemia podía atacar a los chimpancés, y creíamos que merecía la pena intentar al menos detenerla vacunando a aquellos que no habían sido afectados todavía.

Los laboratorios Pfizzer de Nairobi nos abastecieron generosamente con vacunas de vía oral, que administramos a los chimpancés con los plátanos. Cada uno de ellos había de tomar tres gotas mensuales por un período de tres meses. La mayoría de ellos ingirieron la fruta así medicada sin problemas, pero algunos escupieron el plátano después del primer bocado, a pesar de que, para nosotros, sus gotas no tenían sabor alguno. Para esos remilgados hubimos de preparar tres plátanos, cada uno con una gota de vacuna, en vez de poner todas en uno solo. Tuvimos que tener especial cuidado de que un chimpancé de alto rango, ya con su dosis mensual, no se hallase presente al darle el oportuno plátano a alguno de sus inferiores, con objeto de evitar que le arrebatase la fruta e ingiriese así una doble dosis de vacuna.

Creo que esos meses fueron los peores de toda mi vida. Cada vez que un chimpancé dejaba de visitarnos durante algún tiempo, nos preguntá-

bamos si lo volveríamos a ver o, lo que era peor, si reaparecería horriblemente tullido. Quince chimpancés de nuestro grupo fueron atacados por la enfermedad, de los cuales seis perdieron sus vidas. Algunos de los afectados tuvieron suerte y sobrevivieron con pequeños defectos; Gilka perdió parcialmente el uso de una mano y Melissa fue afectada en el cuello y hombros. Pepe y Faben, los magníficos y jóvenes machos, volvieron a aparecer tras cortas ausencias con un brazo inútil. Un macho adolescente reapareció, tras largo tiempo, arrastrándose en cuclillas y con ambos brazos paralizados. Únicamente podía comer lo que conseguía alcanzar con sus labios, y se había transformado en un esqueleto recubierto de pelo sin brillo y erizado. Tuvimos que matarlo. Hubo otras víctimas, como el gordo y bullicioso J. B., por quien tanto cariño sentíamos todos nosotros, que simplemente desaparecieron y de quienes sólo podíamos suponer que habían muerto en soledad. Pero la pesadilla de la enfermedad de Mr. McGregor todavía nos angustiaba y nos persigue, desvelándonos por las noches.

Eran ya las últimas horas del atardecer cuando Hugo vio a Flo, Fifi y Flint marchando cautelosamente hacia unos arbustos de poca altura situados en la parte baja del campamento, mirando fijamente y emitiendo a menudo pequeños gritos de preocupación al dirigir su vista hacia las altas hierbas. Acudimos rápidamente. Primero vimos las moscas. Cada hoja y cada rama próximas a los arbustos estaban repletas de moscas de un azul y verde metálicos, las cuales zumbaron irritadas al acercarnos. Íbamos aproximándonos con precaución, esperando encontrar algún animal muerto, pero se trataba de Mr. McGregor, todavía vivo. Estaba sentado en el suelo, cogiendo las pequeñas bayas de color púrpura que crecían por encima de su cabeza, con las que se llenaba la boca. Cuando quiso alcanzar otro racimo comprendimos, con horror, lo que sucedía. Mirando a las bayas, el viejo macho se agarró de una rama baja y se arrastró al suelo, con ambas piernas inutilizadas. Quiso variar de postura, y para ello puso las manos detrás de sí y, milímetro a milímetro, fue sentándose.

Flo y su familia se fueron pronto, pero nosotros permanecimos allí hasta que se hizo la noche. Con gran sorpresa por nuestra parte, Mr. McGregor fue capaz de subirse a un árbol de ramas bajas, utilizando únicamente sus poderosos brazos. Llegó bastante alto, e incluso llegó a construirse un lecho. Mientras trepaba, pudimos comprender el porqué de

la presencia de las moscas, pues aquél había perdido el uso del esfínter de la vejiga y, cada vez que hacía un esfuerzo para alcanzar una rama superior, un chorro de orina corría por entre sus muslos paralizados. Vimos también que sus nalgas estaban en carne viva y sangrantes, debido sin duda, a que se había arrastrado a lo largo de una gran distancia con objeto de llegar hasta el campamento. Al otro día seguimos su rastro, señalado por una estrecha franja de vegetación aplastada; caminamos así como cuarenta y cinco metros colina abajo hasta llegar al arroyo, y seguimos unos noventa más por la ladera opuesta, hasta encontrarle en un escarpado barranco.

Los diez próximos días —que nos parecieron diez años— fueron como una pesadilla. Esperábamos en todo momento captar algún signo de vida en las paralizadas piernas de McGregor, pero solamente fue capaz de mover, ocasionalmente, algún dedo. Durante esos diez días permaneció en las proximidades del centro de alimentación. Por las mañanas solía quedarse en su lecho hasta cerca de las once o incluso más tarde. Después, descendía con lentitud hasta el suelo, donde se quedaba sentado durante una media hora, mirando en torno suyo y aseándose de vez en cuando. Seguidamente se arrastraba a lo largo de unos pocos metros hasta algún lugar en que creciesen frutas a baja altura, para comer durante algún tiempo.

Descubrimos que tenía otra forma de moverse de un sitio a otro, dando una complicada especie de voltereta, echando los pies por alto. Cuando vimos esto por primera vez nos alegramos sobremanera, pues creímos que todavía tenía algunos músculos activos en los muslos, mas pronto comprendimos que se trataba simplemente de que el increíble vigor de sus brazos le permitía levantar su cuerpo del suelo junto con el peso muerto de sus piernas paralizadas. Solamente podía moverse así si encontraba en su camino hierbas suficientemente duras o raíces en que pudiera apoyarse para iniciar la operación descrita.

Por lo general, volvía al lecho hacia las cuatro y media. Durante su enfermedad hizo uso de tres lechos diferentes, dos de ellos en un mismo árbol. Una vez, al comienzo de este episodio, pudimos ver cómo intentaba inútilmente trepar a tres árboles distintos, fracasando en la empresa debido a su miserable estado. Después del tremendo esfuerzo que suponía

subir a las ramas inferiores, tenía que volver a bajar al suelo trabajosamente.

Nosotros le alimentábamos. Al principio se intranquilizaba si nos acercábamos demasiado, y nos amenazaba alzando rápidamente un brazo y emitiendo un sordo gruñido. Al cabo de dos días pareció comprender que queríamos ayudarle y acabó por tumbarse y permitirnos que le diésemos agua con una esponja mientras él abría la boca. Hicimos una cesta de hojas que llenábamos de comida —plátanos, nueces de palmera y frutos silvestres que recogíamos para él—; se la subíamos mediante una larga pértiga. Cuando dejaba el lecho por las montañas, se lo limpiábamos, ya que, desde luego, él no podía moverse para defecar al exterior.

Pronto nos dimos cuenta de que Mr. McGregor hacía caso omiso de la nube de moscas que le rodeaba, por lo que cada vez que íbamos a verle llevábamos con nosotros un pulverizador de aerosol para aliviarle, matando así, cada vez, más de mil repugnantes e hinchados insectos. Esta acción asustó inicialmente al viejo chimpancé, mas pronto pareció comprender de qué se trataba y terminó por aceptarla de buena gana.

Uno de los aspectos más trágicos de esta terrible historia fue la reacción de los restantes chimpancés ante el enfermo. Al principio, parecía evidente que se asustaron ante la extraña situación en que se hallaba McGregor. Nos dimos cuenta de que lo mismo ocurría cuando aparecían por primera vez en el campamento otras víctimas de la polio. Así, cuando Pepe llegó arrastrándose por la colina hasta el centro de alimentación, apoyándose en sus ancas y arrastrando tras sí su brazo inútil, el grupo de chimpancés que se encontraba en el campamento se le quedó mirando durante un segundo, para, después, tranquilizarse uno a otro abrazándose y palmoteándose entre ellos, sin dejar de mirar al desgraciado inválido. Pepe, que sin duda no se daba cuenta de que era él quien inquietaba a sus congéneres, mostró más terror incluso que éstos, volviéndose repetidamente a mirar por encima de su hombro mientras seguía avanzando penosamente, intentando descubrir los motivos por los cuales sus compañeros estaban tan asustados. Por último, éstos se calmaron y, si bien continuaron mirándole de vez en cuando, ninguno de ellos se le acercó. McGregor se marchó solo, como había venido. Poco a poco los demás chimpancés se fueron acostumbrando al extraño aspecto de Pepe, quien, por fin, recu-

peró algo del vigor de los músculos de las piernas y pudo comenzar a caminar, casi erguido, como había hecho Faben al principio.

Pero la condición en que se hallaba McGregor era, sin duda, mucho peor. No sólo se veía obligado a ir de un lado a otro de forma anormal, sino que además continuaba perdiendo orina y sangre, por lo que llevaba en todo momento enjambres de zumbantes moscas en torno suyo. La primera vez que volvió al campamento se sentó en las altas hierbas que había frente al centro de alimentación; pronto, los machos adultos, uno tras otro, comenzaron a acercársele, con el pelo erizado, y, tras mirarle, se desplegaron en torno suyo. Goliat se abalanzó contra el viejo enfermo, quien, incapaz de escapar o de defenderse, sólo pudo agacharse, con el rostro desfigurado por una mueca de terror, mientras Goliat le golpeaba en la espalda. Cuando otro adulto se le aproximó, con el pelo erizado y arrastrando una enorme rama, Hugo y yo nos colocamos ante el tullido; para alivio nuestro, el atacante se hizo a un lado.

Después de dos o tres días, los chimpancés se acostumbraban al extraño aspecto y a los grotescos movimientos de McGregor, pero continuaron alejados de él. Lo peor de esos diez días tuvo lugar una tarde en que un grupo de ocho chimpancés se había reunido para asearse en un árbol situado como a cincuenta y cinco metros del lecho en que yacía McGregor. El enfermo los miraba, emitiendo de vez en cuando breves gruñidos. Las sesiones de aseo, por lo general, ocupan buena parte del tiempo de los chimpancés, y el viejo macho había estado al margen de tan importante actividad social desde el comienzo de su enfermedad.

Decidió, por último, salir del lecho, bajar al suelo y comenzar, dividiéndolo en breves etapas, el largo camino para unirse a sus compañeros. Cuando, por fin, llegó al árbol en que éstos se hallaban, descansó unos momentos a la sombra del mismo antes de hacer el esfuerzo final e izarse hasta cerca de donde se encontraban dos de los machos. Con un fuerte gruñido de placer, avanzó una mano hacia aquéllos, saludándoles, pero antes de que pudiera tocarlos, sin echarle una mirada, ambos dieron un rápido salto, comenzando de nuevo su tarea mucho más allá. Durante dos minutos, el viejo McGregor permaneció inmóvil, mirándoles. Después, trabajosamente, descendió al suelo. Mientras le observaba allí sentado, solo, mi vista se nubló; cuando volví a mirar a los que seguían en el árbol,

estuve a punto de odiar a los chimpancés más que en cualquier otra ocasión.

Durante varios años Hugo y yo habíamos sospechado que Humphrey, el agresivo adulto, era, en realidad, el hermano más joven de Mr. McGregor. Ambos iban juntos de un lado a otro; a menudo, el mayor se precipitaba en ayuda de Humphrey cuando ésta era amenazado o atacado por otros. Pero durante la enfermedad de McGregor nos convencimos de que ambos chimpancés eran realmente hermanos; ningún otro lazo, sino el familiar, hubiera podido justificar la conducta de Humphrey durante y después de esos diez días.

Durante la enfermedad de McGregor, Humphrey raramente se alejaba de éste más de unos pocos centenares de metros, si bien nunca se le vio asearle. A veces atravesaba el valle para alimentarse, pero siempre volvía antes de que transcurriese una hora, poniéndose entonces a descansar o a asearse cerca del compañero paralítico. El primer día que McGregor reapareció en el campamento, trepó a la parte alta de un árbol y se construyó un lecho. Repentinamente, Goliat comenzó a amenazarle, agitando las ramas cada vez más violentamente y golpeando con ellas al viejo macho en la cabeza y espalda. Los gritos de McGregor subían de tono, mientras se agarraba fuertemente a las ramas. Por último, en su desesperación, se fue dejando caer por entre el follaje del árbol hasta llegar al suelo; una vez en él, comenzó a arrastrarse lentamente. Humphrey, que siempre se había mostrado extremadamente inquieto en presencia de Goliat, según había podido observar yo misma, trepó al árbol, presentándose con furia ante su superior jerárquico, y, durante unos momentos, le atacó. No daba crédito a lo que estaba presenciando.

Cierto día, McGregor se las arregló para llegar al centro de alimentación, para lo cual tuvo que recorrer casi treinta metros de escarpada cuesta, uniéndose así a un gran grupo de chimpancés que se encontraba comiendo allí. Pudimos darle, para él solo, una caja llena de plátanos, gracias a lo cual se reintegró, por algún tiempo al menos, a la sociedad de sus congéneres. Cuando éstos se marcharon hacia la parte alta del valle, McGregor intentó seguirles. Pero bien se arrastrara sobre su vientre, avanzara a saltos o dando volteretas complicadas, sus progresos eran muy lentos, de forma que el resto del grupo se perdió bien pronto de vista.

Unos cinco minutos más tarde, Humphrey estaba de vuelta. Durante unos momentos se detuvo a observar el avance de McGregor, hasta que dio la media vuelta para incorporarse a los demás. Pero una vez más retornó para esperar a su viejo compañero, ahora incluso agitando unas hierbas ante McGregor, como cuando quería convencer a una hembra renuente para que le siguiera. Finalmente, Humphrey abandonó sus intentos, incorporándose al grupo y construyendo un lecho próximo al de McGregor, algo más abajo del puesto de observación.

Al atardecer del décimo día, cuando fuimos a llevarle la cena, Mr. McGregor no estaba en su lecho; tampoco pudimos verle sentado en la hierba. Cuando, por fin, lo encontramos, tras una breve búsqueda, nos dimos cuenta de que se había dislocado un brazo. Entonces comprendimos que debíamos haber matado a nuestro viejo amigo esa misma mañana. Era algo que sabíamos hacía tiempo, pero lo fuimos posponiendo, esperando un milagro que no llegó a realizarse. Permanecí con él observando que, conforme iba cayendo la noche, miraba cada vez más a menudo hacia el árbol bajo el cual se encontraba. Comprendí que quería hacer un lecho, por lo que corté una gran cantidad de vegetación verde y se la acerqué. Inmediatamente, maniobró para acercarse, se tumbó junto a ella y, con una mano y la barbilla, arregló las ramas de forma que hicieran una almohada confortable.

Volví a verle más tarde, durante la noche, y sin duda dice mucho de cómo habíamos logrado conquistar su confianza el hecho de que, habiendo oído mi voz, cerró los ojos y volvió a dormirse tranquilamente, a un metro de donde yo me encontraba, vuelto de espaldas hacia mí y a la fuerte luz de mi linterna. Al día siguiente, mientras gruñía de placer al comer su manjar favorito —dos huevos que le habíamos dado— le enviamos, sin que sospechara nada, a cazaderos más felices.

No permitimos que ningún otro chimpancé viese el cadáver, y pareció que, durante largo tiempo, Humphrey no se daba cuenta de que no volvería a encontrarse con su viejo amigo. Durante casi seis meses volvía una y otra vez al lugar en que McGregor había pasado los últimos días de su vida para sentarse en diferentes árboles, mirar en torno suyo, esperar, escuchar. Raramente se unió a los demás chimpancés. Cuando éstos se alejaban hacia algún valle distante, a veces les acompañaba corto trecho, pero a las pocas horas solía volver, se sentaba y miraba hacia el valle,

esperando, sin duda, ver de nuevo al viejo McGregor y escuchar otra vez la profunda y casi bronca voz, tan semejante a la suya, que había callado para siempre.

18. Madre e hijo

Merlín, de cinco años de edad, fue una de las primeras víctimas de la epidemia de polio. Por su talante siempre risueño y juguetón había llegado a ser uno de nuestros chimpancés favoritos, y, sin embargo, casi nos alegramos cuando sobrevino su muerte; en los últimos días de su vida se había convertido en una especie de caricatura de sí mismo, demacrado, aletargado y arisco. Pero comenzaré por el principio, con objeto de narrar la historia completa.

Cuando Merlín tenía tres años y, por lo tanto, se alimentaba aún de leche materna, dormía junto a su madre, Marina, y viajaba a sus espaldas, ambos dejaron de acudir un buen día a nuestro campamento. Su hermana Miff, sin embargo, entonces de seis años, continuó frecuentándolo regularmente y, dado que hasta el momento siempre había acompañado a su madre, supusimos que tanto ésta como su hijo habían muerto. Sin embargo, tres meses más tarde reapareció Merlín en el campamento tras su hermano mayor Pepe, de trece años de edad. Estaba muy delgado, tenía el vientre duro e hinchado y los ojos dilatados como si no hubiera dormido en mucho tiempo. Dios sabe lo que le habría ocurrido a su madre o cuánto tiempo llevaría muerta, porque nunca más volvimos a verla.

Indudablemente los chimpancés que se hallaban en aquel momento en el campamento no habían visto a Merlín en mucho tiempo, porque al divisarle se precipitaron a darle la bienvenida besándole y abrazándole. Éste, por su parte, comió unos cuantos plátanos y después se sentó, acurrucado junto a su hermano. Cuando, algo más tarde, llegó Miff, se lanzó a su vez sobre Merlín y ambos comenzaron a asearse mutuamente, abandonando éste la tarea quince minutos antes que su hermana.

Cuando Miff se levantó, al fin, para marchar, dirigió una mirada por encima del hombro a Merlín y, antes de echar a andar, le esperó, como una madre espera a su hijo de corta edad.

Desde aquel momento, Miff se convirtió, para todos los efectos, en madre adoptiva de Merlín, conduciéndose en todo momento como la verdadera lo hubiese hecho. Le esperaba siempre cuando se trasladaba de

un lugar a otro, compartía con él su lecho y le aseaba con frecuencia y solicitud. Durante los primeros días le permitió incluso encaramarse a su espalda para evitarle largas caminatas, pero pronto tuvo que negarle esta comodidad por no tener fuerzas suficientes para ello. Pepe comenzó a frecuentar la compañía de sus hermanos con más asiduidad que lo había hecho en vida de su madre, o quizá más bien al contrario, es decir, que Miff, al verse sin protección, le siguiera a todas partes. Por añadidura, Pepe solía acudir en ayuda de su hermano menor cuando algún acontecimiento alteraba la calma del grupo.

Conforme pasaban los días, Merlín adelgazaba más y más; los ojos se le hundían en las cuencas y su pelo perdía brillo y vitalidad. Estaba como aletargado y cada vez mostraba menos deseos de jugar con los otros chimpancés de su edad. También en otros aspectos comenzó a cambiar de conducta.

En una ocasión se hallaba junto a su hermana cuando apareció ante ellos un grupo de chimpancés. Inmediatamente Miff trepó a un árbol, mientras Humphrey se preparaba para llevar a cabo un alarde de fuerza. Dos hembras del grupo se apartaron también de su camino, pero Merlín, por el contrario, se dirigió hacia él dando gruñidos de sumisión. Humphrey, que había comenzado ya su carrera, fue derecho hacia él, le cogió por un brazo y le arrastró por el suelo unos cuantos metros. Cuando, al fin, le soltó, Merlín corrió dando aullidos a refugiarse en brazos de su hermana. Se había comportado como una cría que aún no reconociera los signos de agresión inminente por parte de los mayores. Y, sin embargo, en ocasiones anteriores había reaccionado apropiadamente en situaciones parecidas, como lo habría hecho cualquier chimpancé normal de su edad.

Este mismo episodio marcó el comienzo de la decadencia de Merlín en el plano de su comportamiento social. Una y otra vez sirvió de instrumento a los machos en sus alardes de fuerza, ya que, en lugar de huir, corría hacia ellos. A los cuatro años se mostraba mucho más sumiso que cualquiera de sus compañeros; constantemente se acercaba a los adultos para congraciarse con ellos, volviéndose para presentarles la grupa o agazapándose en el suelo gruñendo sin cesar. Por el contrario, se mostraba excesivamente agresivo con los chimpancés de su edad; cuando Flint se aproximaba a él con intención de jugar, Merlín o le volvía la espalda o le atacaba de modo que aquél, un año más joven que su agresor, huía

dando alaridos de miedo. Además de todo esto, comenzó a asear a los componentes adultos del grupo con más frecuencia e insistencia que cualquier otro chimpancé.

Al cumplir los seis años su comportamiento se hizo aún más anormal. A veces se colgaba de una rama boca abajo como un murciélago y así permanecía inmóvil durante varios minutos. En otras ocasiones, se sentaba en el suelo, acurrucado, con los brazos en torno a las rodillas y balanceándose a derecha e izquierda, con los ojos abiertos mirando al infinito. Pasaba también más tiempo del habitual acicalándose, y, durante estas sesiones, solía arrancarse pelos que, después de chupar, dejaba caer en el suelo.

Otra de las anomalías que observamos en él fue su retraso en el aprendizaje de la caza de termitas. Muchas veces solía observarle cuando contaba dos años y jugaba cerca de Marina, mientras ésta permanecía dedicada a la tarea de capturar dichos insectos durante horas y horas con los procedimientos habituales en las hembras de su edad. De vez en cuando, Merlín se acercaba a observar a su madre detenidamente; en una ocasión vi cómo tomaba una ramita, como un niño cogería una cuchara, y comenzaba a hurgar en la superficie del termitero.

Al año siguiente, poco antes de la muerte de Marina, ya había progresado bastante en el manejo de esta herramienta, aunque como cualquier otro chimpancé de tres años, estaba aún lejos de dominarlo por completo. Casi siempre escogía tallos o ramas demasiado cortos (de unos cinco centímetros en lugar de los veinte o treinta que se requieren para esta tarea), que manipulaba con torpeza introduciéndolos cuidadosamente en los pasajes apropiados, pero retirándolos inmediatamente, de forma que si alguna termita había tenido tiempo de aferrarse a ellos podía soltarse con toda facilidad al notar el tirón. Otra vez metió una pajita en uno de aquellos agujeros con tal fuerza que luego fue incapaz de sacarla.

Desgraciadamente estuve ausente de la reserva durante la siguiente estación de las termitas, y carezco de informes referentes al comportamiento de Merlín en aquella ocasión. Pero al otro año pude observarle con frecuencia. Normalmente un chimpancé de cinco años, que eran los que él contaba entonces, domina ya la técnica de selección y manipulación de herramientas. Por eso me sorprendió enormemente el hecho de que Merlín no hubiese progresado un ápice desde la última véz que le había visto,

dos años antes. Continuaba eligiendo ramas muy cortas, o si eran de la longitud debida, estaban rotas o torcidas. Las extraía de los agujeros torpemente, sin el cuidado que manifiestan los adultos. El caso era realmente extraño, ya que Miff era una verdadera experta en esta tarea y su hermano, sin duda, debía observarla mientras trabajaba. Solamente había madurado en un aspecto: los chimpancés de dos y tres años no pasan más de dos minutos trabajando en un solo agujero; por lo general, incluso antes de transcurrido este tiempo, se van o se ponen a jugar por las inmediaciones antes de volver a la tarea. Pero Merlín ponía en ésta una concentración impropia de su edad; en una ocasión, por ejemplo, llegó a permanecer inclinado más de tres cuartos de hora sobre el mismo termitero. Durante todo este tiempo sólo logró atrapar un insecto y eso porque se le había subido a uno de sus dedos cuando trataba de agrandar un agujero con la mano.

Para entonces Merlín estaba ya tan delgado que podían contársele los huesos. Tenía el pelo completamente mate y en los brazos y piernas mostraba calvas innumerables, producto de sus peculiares sesiones de aseo. Por lo general, se quedaba tendido en el suelo mientras el resto de los jóvenes del grupo jugaban, y parecía siempre estar extenuado. Era, desde luego, mucho más pequeño de estatura que Flint, a pesar de aventajarle en un año.

Poco antes de empezar la estación de las lluvias creímos que comenzaba a mejorar. Volvió a intervenir en los juegos de Flint, Goblin y Pom, mostrando una gran actividad, pero en el momento en que alguno de sus compañeros hacía algún gesto violento, se agazapaba gruñendo sumisamente o, por el contrario, respondía con una violencia impropia del caso. A pesar de esta mejoría, el día en que comenzaron las lluvias todos nos dimos cuenta de que sería incapaz de sobrevivir a los seis meses de frío y humedad que se avecinaban. Al más ligero chaparrón empezaba a tiritar y las manos y los pies se le ponían azules a causa del frío. Por eso nos alegró, en cierto modo, que la polio pusiese fin de una vez a sus sufrimientos.

Merlín no ha sido el único huérfano del grupo; otros tres chimpancés perdieron a su madre, siendo dos de ellos adoptados por sus hermanas. Beattle, por ejemplo, se quedó huérfana a la misma edad que Merlín, pero su hermana, dos años mayor que Miff y mucho más fuerte y resistente

que ésta, le permitió no sólo compartir su lecho y acompañarla a todos lados, sino también viajar encaramada sobre sus anchas espaldas.

Beattle mostró las mismas señales de depresión que Merlín: adelgazó y dejó de jugar. Pero mientras éste fue de mal en peor, ella, en cierto momento, comenzó a mejorar, y a los seis años se conducía ya normalmente, si exceptuamos que, al igual que Merlín, dependía en gran manera de su hermana. Desgraciadamente ésta no visitaba con frecuencia nuestro campamento y, para colmo, poco después de comenzar la mejoría de Beattle, las dos hermanas desaparecieron durante unos cuantos meses, al cabo de los cuales regresó solamente la mayor. Hasta el momento no nos ha sido posible averiguar si Beattle consiguió sobrevivir a su orfandad.

Pero en muchos aspectos fue el de Sorema el caso más trágico de todos, pues contaba sólo un año a la muerte de su madre y dependía de ella totalmente en lo referente al transporte, protección y, sobre todo, alimentación. No olvidemos que los chimpancés no pueden tomar alimentos sólidos en cantidad suficiente para su manutención hasta cumplidos los dos años.

Durante las dos semanas que Sorema sobrevivió a su madre viajó siempre en compañía de su hermano Sniff, que contaba entonces seis años de edad. Era conmovedor verlo moverse de un lado a otro siempre con su hermana apretada contra su pecho, meciéndola o aseándola continuamente. Cuando acudían al campamento, Sorema comía unos cuantos plátanos, pero era leche lo que necesitaba y cada día que pasaba se debilitaba más y más. Sus ojos parecían enormes. Al fin, una mañana Sniff apareció acunando el cadáver de su hermanita.

Parece extraño que un chimpancé huérfano haya de ser adoptado por un hermano mayor y no por otra hembra con hijos propios que podría proporcionarle el alimento, la protección y seguridad necesarios para su desarrollo normal. Cindy, por ejemplo, tenía tres años cuando quedó absolutamente sola, carecía de hermanos. Antes de su muerte, su madre solía ir en compañía de otra hembra con hijos, la cual sospechábamos que se trataba de su hermana. Ello nos hizo pensar que Cindy se uniría a ella ahora, pero no fue así; o permanecía sola o se unía al primer grupo que encontraba. Los síntomas de la depresión aguda aparecieron en ella antes que en los huérfanos de tres años; a los dos meses de perder a su madre dejó de acudir al campamento y no volvimos a verla más.

¿Por qué ha de tener la orfandad tan trágicas consecuencias para el chimpancé de tres años? Es cierto que aún depende de su madre en lo referente a la alimentación, pero también lo es que mama sólo por espacio de dos minutos cada dos horas y que puede ingerir tantos alimentos sólidos como un adulto. Aún no podemos dar una respuesta definitiva, pero la comparación de la conducta de Merlín y la de Beattle tras la desaparición de sus respectivas madres puede ayudarnos a dar con la clave del misterio. Los dos sufrieron tal pérdida a la misma edad y se vieron, por tanto, privados de la alimentación natural. Ambos mostraron desde el principio una depresión progresiva, pero mientras la de Merlín llegó a las últimas consecuencias, Beattle logró sobreponerse a ellas. Hay que subrayar que a esta última le fue posible viajar a espaldas de otro chimpancé. Desde luego, es innegable que su vida sufrió gran conmoción; si su hermana se apartaba de ella unos cuantos metros, inmediatamente comenzaba a sollozar o incluso a gritar mientras corría tras ella. Pero una vez encaramada a su espalda se hallaba de nuevo en íntimo contacto con otro chimpancé que sabría cómo reaccionar en caso de peligro, trepar a un árbol y correr con rapidez. Merlín, por el contrario, se encontró sin refugio tras la muerte de Marina. Miff no fue para él sino una constante compañera. Parece, pues, lícito deducir que los problemas de Merlín fueran principalmente de tipo psicológico, es decir, que su degeneración física fuera resultado más de su inseguridad que de la deficiencia nutritiva causada por la privación de la leche materna. Viene a apoyar esta teoría el hecho de que fuera precisamente cuando peor era su estado físico, es decir, poco antes de morir, cuando pareció reaccionar su mente como si, muy lentamente, comenzara a recuperarse. Pero era ya demasiado tarde.

La observación continuada del desarrollo de un chimpancé huérfano desde su infancia hasta su madurez nos facilitaría datos suficientes para poder dilucidar este misterio. ¿Curará el tiempo las heridas causadas por la muerte de la madre? ¿Qué anormalidades persistirán como resultado de su experiencia traumática? Las respuestas a estas preguntas pueden resultar de gran utilidad para todos aquellos interesados en la educación de niños huérfanos o socialmente desposeídos, porque, aunque la sociedad de los chimpancés impone ciertas normas de conducta, éstas son, desde luego, mucho menos estrictas que las que hallamos en cualquier sociedad humana por primitiva que sea. El hombre posee un sorprendente poder de

autocontrol, y ya en la infancia aprende cuáles son las normas generales de comportamiento que rigen en el grupo. Esto significa que, a menos que se trate de un deficiente mental, es generalmente capaz de controlar, al menos en público, cualquier inclinación que le induzca a actuar de manera poco aceptable. El chimpancé, por el contrario, no tiene inhibiciones y desconoce el temor a "hacer el ridículo".

Es, desde luego, mucho lo que nos falta por aprender sobre los efectos de una experiencia traumática infantil en la vida del hombre adulto, pero no sólo es la conducta del hombre mucho más compleja, sino que también es más difícil de observar de forma periódica y consistente. Por lo tanto, la comprensión adecuada del comportamiento de un chimpancé privado de su madre puede dar, en los años próximos, resultados fundamentales para el conocimiento de algunos de los problemas con que se enfrenta el niño huérfano.

Espero que nos sea posible llevar a cabo un estudio completo, al menos, de un chimpancé cuya conducta ha sido ya profundamente alterada, ahora no por la muerte de su madre, sino por un cambio en la actitud de ésta con respecto a su hijo, cambio que, unido a otras circunstancias, produjo la aparición de síntomas muy similares a los que caracterizan el comportamiento de nuestros huérfanos. Me refiero a Flint.

Flint tenía poco menos de cinco años cuando su madre entró en celo por primera vez desde su alumbramiento. En esta ocasión, en lugar de aquellas cinco increíbles semanas durante las cuales concibió a Flint, la tumescencia se prolongó solamente durante cuatro o cinco días, a lo largo de los cuales el hijo se vio privado del alimento materno. Cada vez que se acercaba al pecho de Flo, ésta le rechazaba o comenzaba a jugar con él para distraerle. Cuando el período de celo hubo terminado, su madre volvió a amamantarle a pesar de haber quedado preñada, permitiéndole de nuevo compartir su nido y encaramarse a sus espaldas.

El hecho de que la infancia de Flint se prolongara de tal modo se debe probablemente a la extremada vejez de Flo, la cual carecía ya de fuerzas para dominar a su turbulento hijo. Había tratado de destetarle, por ejemplo, cuando cumplió los tres años, pero Flint mostró desde el primer momento una persistencia sorprendente en exigir el pecho de su madre; cuando ésta, desoyendo sus sollozos, le impedía acercarse, Flint organizaba un tremendo escándalo, revolcándose por el suelo, sacudiendo los

brazos y corriendo montaña abajo aullando sin parar, ante lo cual Flo, después de mirar durante unos momentos en la dirección en que había desaparecido su hijo, corría tras él para tranquilizarle y ofrecerle alimento. Aquél, con el tiempo, adquirió la costumbre de golpear y morder a su madre cada vez que se veía rechazado y, aunque Flo en ocasiones se defendía con los mismos métodos, las más veces le apretaba contra su pecho para tranquilizarle aun cuando al mismo tiempo le castigase físicamente. Tras estas violentas escenas era siempre Flo la que cedía, presentándose una vez más a amamantar a su hijo.

Al sexto mes de embarazo, sin embargo, la leche de Flo se secó. Cuando al fin se vio privado de su alimento favorito, Flint retrocedió a la primera infancia, como había hecho Fifi cinco años antes en condiciones similares: se aferraba constantemente a su madre y tan pronto como ésta desaparecería o comenzaba a asear a otro de sus hijos, lloraba desconsolado hasta atraer su atención.

Llegamos a compadecer de veras a Flo durante los últimos meses de su embarazo. Nos hallábamos a mediados de la estación seca; el calor era asfixiante. Ascendía trabajosamente las sendas de la montaña, agobiada bajo el peso no sólo de su vientre enormemente abultado, sino también de Flint, aferrado ridículamente a su cuerpo frágil y avejentado. A veces, mientras los seguía, me preguntaba si Flo sería capaz de sobrevivir al alumbramiento de su nuevo hijo: cada pocos metros se detenía a descansar; tenía la mirada vaga y como perdida en la distancia. Flint, por otro lado, se comportaba como un perfecto bravucón. Cuando su madre se paraba unos momentos, le exigía que continuase, ansioso de llegar cuanto antes a los árboles cargados de fruta; si Flo no obedecía inmediatamente, la empujaba sin descanso, gimiendo cada vez con más violencia hasta que aquélla se levantaba y continuaba su camino. Incluso llegó a propinarle patadas para conseguir sus deseos. Cuando la incitaba a levantarse, le exigía que le asease, gruñendo y cogiéndola de la mano si no encontraba inmediata respuesta a sus peticiones.

Vimos por primera vez a la recién nacida, Flame, una mañana temprano, muy poco después de haber tenido lugar el parto. Es muy posible que durante aquella noche Flo se trasladara a un nuevo lecho o incluso que bajara del árbol para dar a luz en el suelo, porque al amanecer no se hallaba ya en el lugar en que la dejamos la tarde anterior. Desde el primer

momento, Flame, a diferencia de Goblin, nos pareció muy bonita. La piel de su rostro era muy pálida y los ojos, aún algo nublados, parecían azules. Nos sorprendió comprobar que tenía muy poco pelo; el pecho y el vientre, así como la cara posterior de los brazos y las piernas, los tenía suaves y rosados.

Aquella mañana seguimos a Flo en su caminar por la selva, acompañada de Flint y sosteniendo en una mano a Flame, todavía unida a la placenta. Para sorpresa nuestra, el comportamiento de Flint fue aquella mañana, al igual que durante las semanas que siguieron al nacimiento de su hermana, ejemplar. Dejó de pedir a Flo que le aseara y ni siquiera trepó a sus espaldas. Con frecuencia se acercaba para tocar a Flame, pero cuando su madre apartaba su mano suavemente, se retiraba sin insistir.

Nunca olvidaré el día en que, después de fracasar en todos sus intentos para establecer contacto directo con Flame, arrancó una ramita y tocó con ella a la recién nacida, oliendo después la punta detenidamente. Esto lo hizo por primera vez cuando Flame tenía menos de un día, pero repitió después la operación en numerosas ocasiones. Puede decirse que utilizaba la rama como instrumento para reunir datos informativos relativos a la recién nacida.

Flame se convirtió pronto en una pequeña sana, inteligente y algo precoz. Pero Flint, pasado aquel período de buen comportamiento, volvió a mostrarse tan pegajoso e irritante como hasta el nacimiento de su hermana. Una vez más exigió montar a espaldas de Flo, y cuando algo le asustaba, se colgaba del vientre de ésta, abrazando al mismo tiempo el cuerpecito de Flame y los brazos y piernas de su madre. Y si Flo no le permitía encaramarse al lecho que ahora compartía con la recién nacida, organizaba una rabieta descomunal.

A las pocas semanas del nacimiento de su hermana, Flint empezó a comportarse como si fuera huérfano: dejó de jugar con sus compañeros, comenzó a asearse cada vez con mayor frecuencia y se mostraba visiblemente aletargado. A diferencia de los niños celosos de un hermano o hermana, no mostró inclinación alguna a dañar a Flame. Por el contrario, cuando ésta cumplió los tres meses y Flo abandonó su actitud posesiva, tanto Flint como Fifi pasaban largos ratos entreteniendo a la pequeña, aseándola o acunándola. A veces se turnaban para llevarla por la selva mientras Flo les seguía con toda tranquilidad.

Flame había cumplido ya los seis meses cuando Flo contrajo aquella especie de gripe que había causado la muerte de William y que atacaba invariablemente a los chimpancés durante la estación de las lluvias. Desapareció en unión de sus hijos por espacio de seis días, durante los cuales los estudiantes del Centro la buscaron incansablemente. Cuando, al fin, fue hallada, Flo no podía ni moverse. Dimos por supuesto que moriría, pues no podía ni comer ni trepar a un árbol para defenderse de la humedad. Pero, ante nuestra sorpresa, una vez más recuperó la salud y la fuerza. Flame, en cambio, había desaparecido.

Desde la enfermedad de su madre, Flint, que no había sufrido contagio, cambió poco a poco de conducta. Como en los días anteriores al nacimiento de Flame, volvió a sus juegos, saltos y piruetas, pero sin abandonar su conducta infantil. De hecho, en lo que concierne a su dependencia de Flo, Flint se mostró más necesitado de ella que nunca. Durante algunos días pensamos, incluso, que iba a regresar a un período de lactancia, pues a cada momento acercaba sus labios a los pezones de su madre, pero, al parecer, la leche de ésta se había secado a causa de la enfermedad. En los demás aspectos, Flint volvió a ser el niño mimado de su madre, la cual le permitía compartir con ella su alimento, encaramarse a sus espaldas e, incluso, en algunas ocasiones, colgarse de su vientre. Y esta situación se prolongó hasta que cumplió seis años de edad.

Algo falló en la educación de Flint. ¿Le habían mimado demasiado su madre y hermanos? Respaldado por el apoyo incondicional de los suyos consiguió siempre lo que quería, incluso en su trato con individuos ajenos al círculo familiar. ¿No pudo Flo destetarle a su debido tiempo por faltarle la energía suficiente para controlar los accesos de furia de su hijo?

Sea cual fuere la causa del fracaso, lo cierto es que la conducta de Flint es hoy absolutamente anormal. ¿Podrá liberarse, conforme crezca, de estas peculiaridades o manifestará más aún en su madurez las huellas de infantilismo? Sólo la continuación de nuestras observaciones en el Gombe podrá dar una respuesta definitiva a estos interrogantes. Hasta el momento podemos afirmar que nos ha sorprendido repetidamente el comprobar hasta qué punto el chimpancé de corta edad depende de su madre. ¿Cómo podíamos imaginar que a los tres años moriría al quedarse huérfano o que a los cinco compartiría aún el lecho materno? ¿Quién podía suponer que el período de lactancia se prolongaría de tal forma o

que el macho adulto de dieciocho años de edad necesitaría tanto de la compañía de su madre?

Por lo que hemos podido comprobar hasta hoy, la madre chimpancé es extremadamente eficiente en lo que se refiere a la cría de sus retoños. Hemos podido comprobar asimismo que los fallos en su tarea (tales como la incapacidad de Flo para destetar a su hijo a tiempo o la actitud poco solícita de Passion con respecto a Pom) pueden tener como resultado graves consecuencias para su descendencia.

En 1966 pasé varios meses en la reserva estando embarazada. Al año siguiente regresé con un hijo de muy corta edad. Comencé entonces a observar a las hembras madres desde una nueva perspectiva. Ya en el primer momento nos impresionaron grandemente, tanto a Hugo como a mí, muchas de las técnicas que utilizaban, y ambos pensamos aplicar algunas de ellas a la educación de nuestro propio hijo. En primer lugar, decidimos tratarle con un gran afecto, jugar con él a menudo y proporcionarle contacto físico frecuente. Durante un año se alimentó de la leche materna, sin restricciones de ninguna clase; nunca le dejamos llorar en la cuna y dondequiera que fuéramos le llevábamos con nosotros, de forma que, a pesar del cambio de ambiente, sus relaciones con nosotros permanecían estables. Cuando nos veíamos obligados a castigarle, le tranquilizábamos inmediatamente utilizando alguna forma de contacto físico, y a todo lo largo de su infancia procuramos distraer su atención en lugar de prohibirle que hiciera algo indebido.

Conforme fue creciendo se hizo necesario, como es natural, adaptar las técnicas aprendidas de los chimpancés a nuestro sentido común; al fin y al cabo, se trataba de un ser humano y no de un antropoide. Mas, a pesar de todo, tratamos de no castigarle por sus errores hasta que llegó la edad en que fue capaz de comprender la razón de cada reprimenda, y así, continuamos teniéndole siempre a nuestro lado y dándole en todo momento, física y espiritualmente, pruebas de nuestro cariño.

¿Hemos logrado el éxito deseado? Aún no podemos asegurarlo. Sólo podemos afirmar que hoy, a sus cuatro años de edad, nuestro hijo es obediente, sumamente activo, muy sociable en su trato tanto con niños como con adultos, relativamente atrevido y muy considerado con los demás. Es también, contrariamente a lo que muchos de nuestros amigos nos auguraban, muy independiente. Pero, naturalmente, nunca hay que descartar la

posibilidad de que podría haber sido así también aunque le hubiéramos educado de forma completamente distinta.

19. En la senda del hombre

El increíble éxito del desarrollo de la especie humana —si éxito es la palabra apropiada— es el resultado del proceso evolutivo de su cerebro, que ha hecho posible, entre otras cosas, que el hombre use y fabrique herramientas y pueda resolver problemas utilizando el razonamiento lógico, la cooperación cuidadosa y el lenguaje. Uno de los aspectos más sorprendentes en que los chimpancés se asemejan, biológicamente, al hombre, reside en la estructura de su cerebro. Asimismo, es un hecho que la manera en que funciona el cerebro del chimpancé, es decir, su forma específica de “inteligencia”, está más próxima a la nuestra que a la de cualquier otro mamífero viviente. El cerebro y la capacidad de razonamiento en el chimpancé actual no es muy distinto al que hace muchos millones de años dirigía el comportamiento de los primeros homínidos.

Antes de aquel lejano día en que vi por primera vez cómo David, *el de la barba gris,* y Goliat retocaban las ramitas con objeto de poder usarlas para atrapar termitas, el hecho de que el hombre prehistórico fuera capaz de hacer herramientas era considerado como uno de los rasgos distintivos que le distinguían de otras criaturas. Como ya indiqué anteriormente, no amolda las ramitas de acuerdo con “un sistema fijo y establecido”, pero el hombre prehistórico, antes de llegar a la etapa de los instrumentos de piedra, sin duda que hurgaba aquí y allá con palos y pajas. No parece probable que tampoco el hombre en tal momento de su evolución hiciera herramientas siguiendo un modelo previo.

A causa de la estrecha relación que para muchos existe entre herramientas y hombre, la atención se ha centrado de forma muy especial en el animal capaz de usar un objeto como herramienta, pero es importante comprender que esta habilidad no indica, por sí misma, una inteligencia especial por parte del ser que la ejerce. El hecho de que el pájaro carpintero de las islas Galápagos utilice la espina de un cacto o una ramita para extraer los insectos ocultos entre las hendiduras de un tronco constituye, sin duda, un fenómeno fascinante, pero ello no hace que dicho animal sea

más inteligente que un pájaro carpintero típico que use su largo pico y su lengua para igual menester.

Lo que realmente tiene importancia significativa para la evolución en el contexto del uso y fabricación de herramientas es, sin duda, que un animal pueda llegar a manipular objetos con diferentes propósitos y utilizar uno de ellos para resolver un nuevo problema, que sin dicha herramienta sería insoluble. Sin salir del Gombe hemos podido ver a los chimpancés manejando diferentes objetos con fines muy variados. Usan ramitas y palitos para atrapar y comer insectos; si el instrumento elegido no es apto para ello, es adaptado convenientemente. Usan hojas para tomar de ellas el agua que no pueden alcanzar directamente con la boca, masticándolas previamente para que puedan absorber mejor el líquido. Cierto chimpancé utilizó una esponja parecida para eliminar los últimos restos de sesos del interior de un cráneo de papión. Les hemos visto manejar puñados de hojas para limpiar la suciedad de sus cuerpos o para restañar heridas. Utilizan a veces palos a modo de palancas, con objeto de ensanchar los orificios de las colmenas subterráneas.

Hasta ahora, ningún chimpancé ha conseguido usar una herramienta para fabricar otra. Ni siquiera enseñándole, y tras largas y exhaustivas pruebas, un chimpancé hembra fue capaz de manejar una especie de hacha de piedra fabricada con el objeto de hacer astillas un trozo de madera y utilizar aquéllas para extraer alimento de un tubo estrecho. Si el material era apropiado, podía trocearlo con los dientes, pero aunque se le hicieron abundantes demostraciones de cómo usar el hacha de piedra en maderas más duras, nunca intentó manejarla para solucionar el problema[2]. Sin embargo, será preciso continuar las pruebas con muchos chimpancés antes de poder afirmar que la especie es incapaz de llevar a cabo tal tarea. Algunos seres humanos son matemáticos; otros, no.

Y así, cuando la actuación de un chimpancé dejado a su arbitrio pueda compararse con la realizada durante las pruebas, podremos quizá decir que, con el tiempo, sería capaz de llegar a desarrollar una cultura instrumental más compleja. Al fin y al cabo, el hombre primitivo continuó utilizando durante miles de años, virtualmente sin cambios, las mismas

---

[2] Kroustov, H. F. (1964), *Formation and Highest Frontier of the Implemental Actiuify of Anthropoids*, XII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, Moscú.

herramientas de piedra de sus comienzos. Seguidamente, nos encontramos de repente con una cultura neolítica más refinada, extendida a través de varios continentes. Quizás un genio de la edad de piedra inventó la nueva cultura, y sus compañeros, que sin duda aprendían unos de otros imitándose, copiaron su técnica innovadora.

Si se permite que el chimpancé continúe viviendo, también él podría producir, repentinamente, una raza con el cerebro superdesarrollado y con un nuevo tipo de cultura instrumental, pues lo que parece evidente es que mientras la capacidad para manipular objetos es innata en los chimpancés, los métodos para usarlos como herramientas son aprendidos de sus mayores por las crías que habitan en el Gombe. En cierta ocasión pudimos ver un buen ejemplo de ello. La cosa ocurrió cuando una hembra con diarrea tomó un gran puñado de hojas para limpiarse las ensuciadas nalgas. Su hijo de dos años la observó atentamente, y a poco, con nuevos puñados de hojas, se limpió sin necesitarlo, su propio trasero.

Para Hugo y para mí, y sin duda para muchos científicos interesados en la conducta humana y en la evolución, un aspecto muy significativo de los chimpancés reside en la gran semejanza que existe entre muchos de los gestos de comunicación y posturas de ambas especies. No solamente son similares a los nuestros las posiciones y movimientos de los chimpancés, sino también, muy a menudo, los contextos en que ocurren.

Cuando un chimpancé se siente repentinamente asustado, suele acercarse a otro que se halle cerca para tocarle o abrazarle, de forma muy parecida a como una muchacha, viendo una película de terror, toma la mano de su acompañante. Tanto los chimpancés como los seres humanos parecen tranquilizarse, en momentos de inquietud, por medio del contacto directo con un semejante. En cierta ocasión, David, *el de la barba gris,* acertó a verse reflejado en un espejo; aterrorizado, tomó en sus brazos a Fifi, que en aquel entonces no tenía más de tres años de edad. Incluso el contacto con su congénere tan pequeño pareció devolverle la confianza perdida; poco a poco fue tranquilizándose y el gesto de temor desapareciendo de su rostro. Los seres humanos, por su parte, se sienten a veces más seguros en momentos de crisis emocionales teniendo encima o acariciando un perro o cualquier animal doméstico.

Es muy probable que esta tranquilidad sentida por chimpancés y hombres ante el contacto físico con otro ser se origine en la infancia, época en

la cual la caricia de la madre o el contacto con su cuerpo sirve para calmar los miedos y mitigar las ansiedades en unos y otros. Así, cuando la cría se hace mayor y la madre no siempre se halla próxima, busca un sustituto en el contacto con otro individuo. Sin embargo, si la madre anda cerca, puede buscarla deliberadamente para que le reconforte. En cierta ocasión, Figan, cuando contaba ya ocho años de edad, fue atacado por Mike. Gritó fuertemente y corrió hacia seis o siete chimpancés que se hallaban cerca, pasando de largo entre ellos hasta llegar junto a Flo, en cuyo momento le ofreció las manos, que la madre tomó entre las suyas. Los seres humanos jóvenes continúan llevando a sus madres en sus corazones mucho después de haber dejado la infancia, con tal que, naturalmente, exista entre ellos una relación afectuosa.

Algunos chimpancés parecen querer captarse, mucho más que otros, la voluntad de sus superiores en todo momento. Así Melissa, quien, sobre todo cuando era joven, solía precipitarse a poner una mano en la espalda o en la cabeza de cualquier macho adulto que pasara cerca de ella. Si el así obsequiado se volvía a mirarla, por lo general hacía retroceder sus labios para hacer asimismo una mueca de sumisión. Posiblemente, Melissa, al igual que otros chimpancés que continuamente buscaban la benevolencia de los demás, no se sentía cómoda en presencia de sus superiores, de forma que en todo momento deseaba tranquilizarse por medio del contacto directo con aquéllos. Si los individuos dominantes, a su vez, se dignaban tocarla, tanto mejor.

Es sabido que existen muchas Melissas humanas, la clase de gente que, queriendo mostrarse extremadamente amable, se acerca a la persona en cuestión para tocarla, sonriendo frecuente y amistosamente. Son seres que, por lo general, se sientan intranquilos y ligeramente inseguros en sociedad. Hay grandes controversias acerca del significado de la sonrisa humana, mas parece relativamente seguro que existen dos clases, si bien derivadas de un idéntico y lejano gesto facial. Sonreímos cuando nos divertimos, pero también cuando estamos algo nerviosos o temerosos. Algunas personas, inquietas durante una entrevista, sonríen a todo lo que se les dice, siendo el tipo de sonrisa que podría relacionarse de cerca con la mueca de sumisión de un chimpancé asustado.

Cuando los chimpancés se sienten felices en presencia de una gran cantidad de plátanos, se palmotean, besan y abrazan entre sí, de forma

parecida a lo que hacen dos franceses al escuchar buenas noticias o como un niño se lanza a acariciar a su madre cuando se le habla de algún obsequio especial. Todos conocemos esos sentimientos de intensa excitación o felicidad que hacen que la gente vocifere y brinque o rompa en lágrimas. No puede sorprender, por lo tanto, que los chimpancés, al sentir algo parecido, quieran calmarse abrazando a sus congéneres.

Ya he descrito más arriba cómo un chimpancé, después de haber sido amenazado o atacado por un superior, suele seguir a su agresor, lamentarse, arrodillarse en el suelo o tomar su mano. Está pidiendo, en realidad, un contacto que le consuele. A veces no se calmará hasta haber sido tocado o pal moteado, besado o abrazado. Figan cogió en varias ocasiones una pataleta al no hacérsele tal gesto conciliador, arrojándose al suelo, con la garganta agarrotada por los sollozos, hasta que el agresor terminaba por calmarle dignándose tocarle. He podido ver a algún niño actuando de idéntica manera, persiguiendo a la madre por toda la casa después de que aquélla le hubo dicho que la dejara tranquila, gritando, cogiéndose de su falda, hasta que por último le tomaba en brazos y le besaba y abrazaba perdonándole. Acciones semejantes u otros gestos de cariño constituyen el casi obligado final de toda disputa matrimonial, así como el estrecharse las manos denota, en muchas culturas, la renovación de una amistad y el perdón mutuo después de una discusión.

Al tratar de los paralelismos existentes entre las conductas respectivas de los seres humanos y de los chimpancés, las dificultades comienzan si tenemos en cuenta los aspectos morales que entran en juego cuando una persona pide perdón a otra o lo concede. Entre los chimpancés, los principios implicados cuando un subordinado busca la confianza de un superior o cuando un individuo de alto rango tranquiliza a otro no guardan relación alguna con la justicia o la injusticia del acto agresivo. Una hembra que es agredida por el simple hecho de hallarse demasiado próxima al lugar por donde ha de pasar un macho, se acercará, normalmente, a dicho macho y solicitará que la toque tranquilizadoramente, lo mismo que hará la hembra derribada brutalmente por un macho al intentar apoderarse de un plátano del montón de aquél.

Si bien podemos hacer una comparación directa entre el efecto que causa tanto en un chimpancé como en un ser humano inquietos un gesto o un abrazo amistoso, el asunto se complica notoriamente si pretendemos

indagar en las motivaciones del simio o de la persona que realizan tal gesto. Es evidente que los seres humanos son capaces de actuar por razones puramente altruistas; podemos, en efecto, lamentarnos con sinceridad de las desgracias ajenas e intentar compartir las preocupaciones de otra persona, en un esfuerzo por ofrecer ayuda y consuelo. Pero no es probable que un chimpancé actúe motivado por sentimientos semejantes; pongo en duda, incluso, que los miembros de una misma familia, unidos como están por fuertes afectos mutuos, se relacionen entre sí por motivos totalmente desinteresados.

Por otra parte, en algunos casos pueden existir ciertos paralelos. La mayoría de nosotros hemos experimentado una sensación de gran incomodidad y malestar en presencia de una persona desgraciada y lastimada. Nos podemos sentir inclinados a calmarla, no porque lamentemos su estado, en sentido altruista, sino porque su actitud altera nuestra personal tranquilidad. Quizás el ver —y especialmente el oír— a un inferior encogido y quejándose, desasosiegue al chimpancé de forma parecida; para él, la forma más eficaz de solucionar el problema es calmar al otro con un gesto amistoso.

Debemos todavía considerar un aspecto más en relación con el tema del comportamiento tranquilizador de los chimpancés, y es el del posible papel que representa el acto social del acicalamiento en la evolución de la conducta. Para los chimpancés —y sin duda para otros muchos animales— dicho acto constituye la forma más pacífica, tranquilizadora y amistosa de contacto físico. Las crías no carecen de ello, pues la mayor parte de su tiempo la pasan junto a sus madres. Después, conforme van creciendo, se van alejando de aquéllas y jugando más y más con otros jóvenes, y el juego incluye, obviamente, contactos físicos en abundancia. Más adelante, el tiempo se dedica cada vez más al aseo, bien con la madre y hermanos, bien, conforme se van haciendo mayores, con otros adultos. En ocasiones, una de tales sesiones entre individuos maduros puede durar dos horas. La evidente necesidad sentida por tal operación quedó bien demostrada cuando el viejo Mr. McGregor, con las piernas paralizadas, se arrastró a lo largo de cincuenta y cinco largos metros para intentar unirse a un grupo de machos que se estaban aseando unos a otros.

Cuando un chimpancé solicita ser aseado, suele acercarse al compañero elegido, cuadrándose ante él con la cabeza ligeramente inclinada, o de

espaldas, presentándole así la rabadilla. ¿Sería posible, por lo tanto, que los sumisos actos de ofrecer el trasero e inclinarse y acuclillarse se deriven de las posturas utilizadas para solicitar ser acicalado o que, en las nieblas del pasado, el subordinado se acercaba al superior jerárquico, después de haber sido amenazado por éste, para implorar el contacto de unos dedos acariciadores y amistosos? Si así fuera, la respuesta del chimpancé en cuestión, la caricia o el palmoteo, podrían igualmente provenir de los contextos del aseo. Sin duda, en ocasiones algunos gestos semejantes, por lo común de corta duración, ocurren cuando un individuo dominante responde a las posturas sumisas de un inferior. Parece razonable suponer que tales actitudes han llegado a transformarse, a lo largo de los siglos, en un rito, de modo que hoy el chimpancé, por lo general, se limita a hacer un gesto casi simbólico —tocar o palmotear— en lugar de realmente asear al humilde compañero.

Cuando dos chimpancés se saludan al encontrarse de nuevo después de haber estado separados, su conducta llega a parecer tan sorprendente como la de dos personas en idéntica situación. Los chimpancés pueden inclinarse o agacharse, darse las manos, besarse, abrazarse, tocarse o palmotearse casi en cualquier parte de su cuerpo, especialmente en la cabeza, rostro y genitales. Un macho puede acariciar a una hembra o a una cría en la sobrebarba. Los seres humanos, en muchas culturas, hacen también uno o varios de tales gestos. En ciertas sociedades, tocar o tomar los genitales de otra persona es una forma de saludo que aparece ya en la Biblia, con la única diferencia de que, al ser traducidos los pasajes oportunos, la mano se coloca bajo el muslo del compañero.

En las sociedades humanas, gran parte de las ceremonias de saludo constituyen ya un rito. Un hombre que sonría al saludar a un amigo o que inclina su cabeza en la calle con un conocido forzosamente está reconociendo que el otro goza de una condición social superior. Y, sin embargo, la inclinación de cabeza se deriva de la reverencia o genuflexión de sumisión, y la sonrisa, de una mueca de nerviosismo. A menudo, sin embargo, el saludo humano sigue sirviendo para poner en su punto la respectiva condición social de cada cual, sobre todo en las solemnidades.

Un saludo entre chimpancés casi siempre cumple tal propósito: reafirmar la posición del uno con respecto del otro. Cuando la nerviosa Olly saluda a Mike, puede tenderle la mano o inclinarse hacia el suelo, aga-

chándose humildemente con la cabeza doblada, reconociendo así el rango superior de Mike. Éste puede, como respuesta, palmotear o tomar la mano de la hembra, o bien tocar su cabeza, todo ello como respuesta. El saludo entre dos chimpancés suele ser más expresivo cuando los implicados son buenos amigos, y todavía después de haber estado alejados durante algunos días. Cuando se encontraban, Goliat solía rodear con sus brazos a David, al propio tiempo que cada uno ponía sus labios en el rostro o cuello del otro, mientras que un saludo entre el mismo Goliat y Mr. Worzle raramente incluía sino un contacto ocasional, y ello aunque no se hubieran visto durante algún tiempo.

No son solamente sumisos o tranquilizadores los gestos de los chimpancés. Muchos de sus juegos se parecen extraordinariamente a los de los niños. Los cosquilleos que hacen los chimpancés con sus dedos son casi idénticos a los nuestros, así como, en otro orden, algunos gestos y actitudes de amenaza. Al igual que el hombre, el chimpancé puede quedarse mirando fijamente a su enemigo o levantar un brazo rápidamente, echar atrás la cabeza, abalanzarse sobre el adversario agitando los brazos, arrojar piedras, blandir una estaca, golpear, patear, arañar, morder, tirar del pelo de su víctima...

De hecho, si por una parte observamos todo el abanico de posturas y gestos de los chimpancés, y por otra de los hombres, hallaremos, en muchos casos, semejanzas sorprendentes. Parecería como si unos y otros hubieran evolucionado, a este respecto, de forma notablemente paralela, o bien que nosotros y los chimpancés tuvimos un mismo antecesor, allá en la noche de los tiempos. Un antecesor que, además, se comunicaba con sus semejantes con besos y abrazos, tocándose, palmoteándose y cogiéndose de las manos.

Una de las mayores diferencias existentes entre el hombre y su pariente más cercano radica, desde luego, en el lecho de que el chimpancé no ha conseguido adquirir la facultad de hablar. Los más intensos esfuerzos hechos para enseñar a los jóvenes chimpancés a hablar se han visto condenados al fracaso. El lenguaje verbal representa un gigantesco paso en la evolución del hombre.

Los chimpancés tienen una gran variedad de gritos, que sirven, claramente, para transmitir ciertos tipos de información. Cuando un chimpancé encuentra alimento satisfactorio, emite una especie de estentóreos ladri-

dos; los congéneres que se hallan en las proximidades comprenden inmediatamente lo que ello significa, y se precipitan hacia el lugar en cuestión. Un chimpancé atacado, grita, lo que puede poner sobre aviso a la madre o a un amigo, que suelen acudir en su ayuda. Frente a una situación alarmante y potencialmente peligrosa, lanza sus escalofriantes *wraaaa*, y, de nuevo, sus compañeros acudirán para ver qué ocurre. Un chimpancé macho, al penetrar en un valle o dirigirse hacia donde hay comida, prorrumpe en violentos gruñidos, con lo que otros individuos sabrán no sólo que otro miembro del grupo se aproxima, sino también de cuál se trata. Para oídos humanos, un chimpancé se caracteriza más por estos gruñidos que por cualquier otro tipo de sonido. Ello es significativo, pues gracias a ellos se consigue mantener el contacto entre grupos dispersos de la misma comunidad. Sin embargo, los chimpancés pueden ciertamente reconocer e individualizar a sus congéneres gracias a otros sonidos, como una madre, por ejemplo, conoce el llanto de sus hijos. Es muy probable que un chimpancé pueda reconocer los jadeos y gritos de la mayor parte de sus conocidos.

Con todo, aunque los gritos de los chimpancés sirven para transmitir informaciones básicas sobre situaciones o individuos concretos, no pueden, por lo general, compararse con una lengua hablada. El hombre, gracias a la palabra, puede comunicar ideas abstractas; puede beneficiarse de las experiencias de otros, sin estar presente cuando éstas tienen efecto; puede hacer planes inteligentes y comunitarios. Al mismo tiempo, cuando los seres humanos intercambian emociones, la mayor parte recurre al viejo método, típico de los chimpancés, de la comunicación por medio de gestos: el palmoteo alegre, el abrazo expresivo, el estrecharse las manos. Y cuando en tales ocasiones hacemos uso de la palabra, es de forma muy semejante a como los chimpancés utilizan sus gritos: para transmitir la emoción que en esos momentos sentimos. El amante repite una y otra vez "te amo, te amo", y se esfuerza por hacer partícipe de su avasalladora pasión al ser querido no ya con la palabra, sino con sus besos y caricias. Cuando experimentamos sorpresa, prorrumpimos en insustancialidades tales como "¡Anda!" o "¡Ahí va!". Cuando estamos irritados, utilizamos juramentos y frases más o menos sin sentido. Este uso de ciertas palabras a nivel emocional no tienen nada que ver con la oratoria, la literatura ni la conversación inteligente, como los gritos y gruñidos de los chimpancés.

Se ha demostrado recientemente que el chimpancé es capaz de comunicarse con los seres humanos de forma compleja. Dos científicos norteamericanos, Allen y Beatrice Gardner, han enseñado a un joven chimpancé el uso del conocido lenguaje de los sordomudos. Pensaron que, puesto que los gestos y las posturas constituyen un aspecto significativo de los métodos de comunicación de los chimpancés, educarles en el lenguaje de los signos sería más apropiado que intentar enseñarles palabras[3].

Washoe, el chimpancé en cuestión, una hembra, creció desde la más tierna infancia rodeada de seres humanos, los cuales se comunicaban con él y entre sí cuando se hallaban en su presencia con el repetido lenguaje de signos. Los únicos sonidos que emitían eran aquellos que, de alguna forma, se asemejaban a los de los chimpancés, como la risa, exclamaciones o ciertas imitaciones de los sonidos de Washoe.

El experimento tuvo resultados sorprendentes. A los cinco años, Washoe podía comprender unos trescientos cincuenta símbolos diferentes, muchos de los cuales representaban grupos de palabras y no una sola, si bien únicamente podía utilizar, correctamente y por sí sola, unos ciento cincuenta símbolos.

Los Gardner han sido criticados por permitir que Washoe usase un lenguaje “chapucero”. En efecto, le fueron enseñados algunos signos de forma ligeramente diferente cuando correspondían muy de cerca a uno de los gestos del animal. Otros los transformó Washoe por sí misma, cuando era muy joven, y, curiosamente, se traslucía que esos signos modificados se correspondían exactamente con los utilizados por niños' pequeños. Es decir, representaban el lenguaje infantil de los sordomudos. Al crecer, Washoe fue corrigiendo buena parte de ellos.

No he visto nunca a Washoe, pero sí alguna película en que se mostraban sus habilidades, las cuales me impresionaron grandemente. Se le pedía que nombrase, una tras otra, varias series de objetos conforme éstos eran sacados de una bolsa. Indicaba sus nombres correctamente y muy de prisa, mas, a pesar de ello, podría argüirse que un perro inteligente puede aprender a asociar la vista de un plato con el sonido de un golpe en el suelo; la de un zapato, con dos, etc. Se le mostró a Washoe un cepillo, y ella hizo el signo correspondiente a un peine. Esto me pareció significati-

---

[3] Gardner, R. A. y B. T., *Science*, vol. 165, págs. 664-672.

vo, por tratarse del mismo tipo de equivocación que podría hacer un niño al confundir un zapato con una zapatilla o un plato con una salsera; ahora bien, nunca confundiría un zapato con un plato.

Quizás una de las observaciones más fascinantes hechas por los Gardner es la que se produjo cuando por primera vez se le mostró a Washoe un espejo. Se vio reflejada en él durante un momento, lo tocó, lo miró por detrás, abrió mucho los ojos y, por fin, preguntada por medio de los signos: "¿Qué es eso?", respondió: "Yo, Washoe".

Se trata, en cierto modo, de la demostración científica de algo —que conocíamos hacía tiempo: que de una forma quizás algo confusa, el chimpancé tiene una conciencia primitiva de su propio yo. Habrá, sin duda, personas que preferirán no creer esto, ya que, más arraigada todavía que la vieja idea de que es el hombre el único ser capaz de hacer herramientas, lo está la de que el ser humano es el único del reino animal que tiene conciencia de sí mismo. Mas ello no debe inquietar a nadie. He llegado muy recientemente al convencimiento de que sólo por medio de una comprensión real de las semejanzas que chimpancés y hombres ofrecen en sus respectivas conductas podremos acercarnos a considerar, con fruto, aquello en que unos y otros *difieren.* Únicamente así es como seremos capaces, de comenzar a apreciar la singularidad del ser humano.

El hombre tiene conciencia de sí mismo de forma muy diferente a la todavía rudimentaria del chimpancé. Aquél no solamente es consciente de que el cuerpo que se refleja en un espejo es "yo", que su cabello y dedos de los pies le pertenecen a *él*, que si ocurren ciertas cosas *él* tendrá miedo, se alegrará o se entristecerá. La consciencia humana del yo va más allá de la simple y primitiva de un cuerpo de carne y hueso. El hombre exige una explicación del secreto de su ser y de la maravilla del mundo en torno suyo y del Cosmos sobre su cabeza. Como consecuencia, el hombre, durante siglos, ha adorado a un Dios, se ha dedicado al cultivo de la ciencia, ha intentado penetrar en el misterio por medio de la mística. El hombre tiene una capacidad casi ilimitada para preocuparse con cosas ajenas a su yo; puede sacrificarse por un ideal, participar de las alegrías o penas de otros; amar profunda y desinteresadamente; crear y apreciar la belleza en formas muy diversas. No debe sorprender que un chimpancé pueda reconocerse a sí mismo en un espejo. Pero ¿qué ocurriría si a un chimpancé se

le saltasen las lágrimas al escuchar a Bach tronando desde el órgano de una catedral?

En su larga búsqueda de la verdad, el científico ha sido incapaz de montar una plataforma para sostener la vieja creencia del hombre en Dios y en el espíritu. Y sin embargo, ¿quién, en el silencio de la noche o ante la salida del sol, no ha sentido —quizá por una sola vez— un vislumbre del conocimiento "que sobrepasa toda comprensión"? Y para aquellos de nosotros que creemos en la inmortalidad del espíritu, la vida ¿no ha de enriquecerse todavía mucho más?

Sin duda el hombre ensombrece al chimpancé. Y con todo, éste es una criatura de inmensa importancia para comprender al ser humano. De la misma forma que nuestra sombra se proyecta sobre el chimpancé, la de éste cae sobre los demás animales. Es capaz de resolver complejos problemas, puede usar y construir herramientas con muy diferentes fines, su estructura social y sus métodos de comunicación son refinados, e incluso muestra los rudimentos de una conciencia del yo. ¿Quién puede saber lo que será el chimpancé dentro de cuarenta millones de años? Debe ser preocupación de todos nosotros el permitir que continúe viviendo, que pueda tener ocasión de evolucionar.

20. La inhumanidad del hombre

Al penetrar en su carne la puntiaguda flecha, Flo sufrió una sacudida, se tambaleó y quedó colgada de la rama. Flint se agarró a su madre y gritó aterrorizado, mientras la sangre que brotaba de la herida de aquélla caía sobre su rostro. Yo presenciaba la escena, incapaz de moverme, de pedir ayuda. Flo se llevó una mano al costado y se quedó mirando la sangre, como no creyendo lo que sus ojos veían. Después, muy poco a poco, fue resbalando, resbalando, resbalando... Flint seguía pegado al cuerpo moribundo de su madre como una lapa; cayeron juntos al suelo, con sordo y siniestro ruido.

Conforme se aproximaba la máscara humana mostrando los dientes, de un blanco reluciente en el rostro de ébano, Flo lanzó un último y convulsivo suspiro y quedó inmóvil. Gritando, mordiendo, agitándose violentamente, Flint fue metido en un húmedo y maloliente saco. Incluso en la oscuridad podía ver la negra sombra del hombre.

Me desperté con un sudor frío y con la manta cubriéndome la cabeza. La pesadilla había sido tan vivida que no pude volver a dormirme. Sí, una pesadilla. Pero que sucede realmente, una y otra vez, en varias partes del África Occidental y Central. En muchas zonas, la carne del chimpancé es considerada como un preciado y exquisito manjar, y se cuentan horripilantes historias de crías de chimpancés atadas a los cuerpos despedazados de sus madres, puestas a la venta en los mercados para el engorde y consumo de los africanos necesitados de proteínas. Las crías de chimpancé son también muy necesitadas por laboratorios de investigación médica de Europa y de Estados Unidos y, Dios nos perdone, así los capturamos nosotros también, disparando contra sus madres. ¿Cuántas de éstas deben haber escapado a duras penas, mortalmente heridas, por entre el denso follaje de la selva, para morir después, condenando así a sus hijos a la orfandad? ¿Cuántas crías que logran sobrevivir a los disparos y a la pesada caída al suelo mueren durante los primeros días de su cautiverio, inermes y desoladas? Calculo que por cada cría de chimpancé viva que llega al mundo occidental muere una media de seis.

Hay otra sombra que también se proyecta hoy sobre el chimpancé, pues con el desarrollo de la agricultura y de la arboricultura, el hábitat y la vida del chimpancé se hallan peligrosamente amenazados. Se talan los bosques para hacer posible el cultivo y se envenenan los árboles de cuyos frutos se alimentan los chimpancés, con objeto de dejar más espacio para los árboles madereros. Además, puesto que los chimpancés pueden ser afectados por las enfermedades infecciosas del hombre, allí donde se hallan próximos a nuevas colonias humanas los simios corren el riesgo de sufrir la presencia de brotes epidémicos.

Afortunadamente, algunas personas están tomando conciencia de los peligros que amenazan a los chimpancés en estado natural. Los civilizados gobiernos de Uganda y Tanzania protegen a sus chimpancés, y en una reciente conferencia internacional de conservacionistas se acordó incluir a estos animales en la lista de especies en peligro, necesitadas de protección. Se están llevando a cabo ciertos programas encaminados a lograr que los chimpancés precisados para la investigación sean criados en cautividad, y si se lograse crear para tal propósito y con éxito grandes colonias de ellos, se reduciría en buena medida la constante sangría que ahora se hace entre los que viven en estado libre.

El chimpancé es, sin duda, uno más de los muchos animales salvajes amenazados de extinción, pero, al fin y al cabo, es nuestro pariente vivo más cercano y sería trágico que, cuando nuestros nietos sean mayores, exista únicamente en el zoo y en el laboratorio. Se trata de una terrible posibilidad, pues, en su mayor parte, los chimpancés son en cautividad muy diferentes de las magníficas criaturas que tan bien conocemos en libertad.

Muchos zoológicos comienzan a exhibir a sus chimpancés en grupos, alojándolos en recintos relativamente espaciosos, pero todavía hay abundantes simios encerrados en las viejas celdas de cemento, tras los clásicos barrotes de hierro. Cierto verano pude ver a una pareja de chimpancés, macho y hembra, en un zoológico tradicional. Se hallaban instalados en una jaula muy pequeña, dividida en dos secciones, una interior y otra exterior, separadas por una puerta de acero. Hacía mucho calor, pero, aunque se les mantenía en la parte exterior y con la puerta divisoria cerrada, no había toldo alguno que les protegiera; cuando el sol daba de pleno, el cemento ardía. No tenían ramas en que sentarse, únicamente un peque-

ñísimo banco de madera en que sólo cabía uno de ellos, y del cual se apropiaba, como era de esperar, el macho. Eran alimentados dos veces al día, por la mañana temprano y a media tarde. Su ración de agua solía terminarse hacia las diez, ración que nunca se reponía.

Al observarles pensé que hacía tiempo que debían haber olvidado las lianas y las enredaderas, el suelo blando, el agitarse de las ramas y la emoción de marchar por la selva colgados del cuerpo de sus madres. Ahora, su único placer consistía, seguramente, en comer, pero no podían gozar de la captura de sabrosos insectos ni del sabor de la presa recién muerta; nunca más podrían trepar, entre gruñidos de satisfacción, a un fresco árbol de la selva para comer los frutos madurados por el sol. Pensé también en lo largo que debía hacérseles el tiempo entre las dos comidas que les eran administradas, tratándose de unos animales que, por naturaleza, les gusta comer a lo largo de todo el día. Pero éstos, los encerrados en el zoo, a excepción de los breves ratos de las comidas, no tenían otra cosa que hacer sino asearse negligentemente uno a otro o a sí mismos. Ni siquiera podían apartarse por un minuto; el mismo macho no podía entretenerse en compañía de otro, ni la hembra escapar a la continua presencia de aquél.

Los chimpancés encerrados en zoológicos semejantes no son, con toda probabilidad, muy diferentes a las pegonas que llevan en prisión largos años sin esperanza de conseguir la libertad. Incluso en un zoo mejor organizado, donde el chimpancé puede formar parte de un grupo ligeramente más numeroso y alojarse en un recinto algo mayor, si bien siempre de cemento, parece una criatura muy distinta del chimpancé habitante del Gombe. El que vive en el zoo no conserva nada de la tranquila dignidad, de la serena mirada ni de la individualidad e intencionalidad de su compañero en libertad. De forma característica, revela extraños estereotipos en su conducta: al caminar puede imprimir a una de sus manos —siempre la misma— un movimiento de rotación lateral, siempre también el mismo. Después de arrastrarse a lo largo del breve espacio de su jaula, puede golpear el marco metálico de la puerta, siempre en el mismo sitio y siempre con el mismo ritmo. Es un penoso vestigio de la magnífica e impresionante manifestación de fuerza que un chimpancé salvaje es capaz de hacer.

La mayor parte de la gente conoce únicamente a los chimpancés gracias a los zoológicos o a los laboratorios, lo que significa que quienes trabajan junto a ellos —guardias, científicos— no suelen tener la más remota idea de lo que un chimpancé es *en realidad.* Quizá por ello en muchos laboratorios los chimpancés viven en condiciones verdaderamente aterradoras, por lo general aislados en pequeñas celdas de cemento y sin tener nada que hacer en todo el día, como no sea esperar algún nuevo y a menudo espantoso o penoso experimento.

Quisiera puntualizar que no es mi intención decir que los chimpancés no deben utilizarse jamás en la experimentación científica. Los recientes trabajos de fisiólogos y bioquímicos han demostrado que biológicamente —por lo que se refiere al número de cromosomas, al contenido de proteínas en la sangre, a las respuestas inmunológicas, al DNA o material genético, etc.— los chimpancés están muy cerca del hombre. Se halla tan próximo a nosotros, en ciertos aspectos, como el gorila. Por ello, es quizás el único sustituto efectivo cuando por razones éticas los experimentos no pueden llevarse a cabo con seres humanos. La extraña enfermedad de Nueva Guinea conocida con el nombre de *kuru,* que produce violentos temblores en quienes la padecen, era un misterio del mundo médico y producía numerosas víctimas. Ciertas investigaciones llevadas a cabo con chimpancés demostraron recientemente que el causante de la misma era un virus de acción lenta, lo que hizo posible su espectacular eliminación. Igualmente, debido a la gran semejanza existente entre el cerebro de los chimpancés y el del hombre, los experimentos a que han sido sometidos aquéllos serán, sin duda, de gran valor para los científicos que estudian los problemas de las enfermedades mentales humanas. Puede haber personas que no se den cuenta de la importancia y las dramáticas consecuencias de trastornos cerebrales como, por ejemplo, la esquizofrenia o las graves depresiones. Los afectados no son únicamente quienes padecen tales trastornos, sino también familiares y amigos. Los chimpancés pueden servir como modelos experimentales para algunas de estas enfermedades, ayudando así a la ciencia en su lucha por aliviar el sufrimiento humano.

Por otra parte, si bien estoy de acuerdo en que un chimpancé ha de ser utilizado, siempre que sea absolutamente necesario, en experiencias semejantes, sostengo el firme parecer de que los chimpancés de laboratorio,

en casi todos los casos, deben ser objeto de una gran mejora en cuanto a sus condiciones de vida. Sin duda que si queremos usar a los chimpancés como conejillos de Indias en la investigación médica, ya sea en trasplantes de riñón, problemas relativos al uso de drogas o en los efectos a largo plazo de la píldora anticonceptiva; si queremos ayudar al hombre en la conquista del espacio, etc., no debemos ahorrar esfuerzo alguno para conseguir que los chimpancés sean bien tratados y honrados como huéspedes de honor de nuestros laboratorios. Su espacio vital debe ser mayor, se les debe proveer de lo necesario para acabar con su inactividad y aburrimiento, así como de alimento sabroso y tentador; siempre que sea posible, en fin, deben ser alojados con otros congéneres suyos. En ocasiones, Hugo y yo pensamos que lo único que podría producir efectos positivos en el mejoramiento de las condiciones de tales chimpancés sería hacer que todas las personas responsables de su cuidado viniesen a ver los nuestros, en el Gombe.

21. Postscriptum familiar

El detallado conocimiento que de las costumbres de los chimpancés podrá obtenerse gracias a la larga investigación llevada a cabo por nosotros en el Gombe, contribuirá a ayudar al ser humano a comprenderse mejor a sí mismo. Así lo creemos Hugo y yo. Mas no únicamente por esta razón continuamos en este trabajo un año tras otro; nos sentimos fascinados por los chimpancés como seres individuales. Queremos saber cómo Fifi, a quien conocimos cuando era muy joven, cuidará de sus propios hijos; si Flo vive lo suficiente para llegar a ser abuela, y, en este caso, cómo reaccionará ante el hijo de Fifi; qué ocurrirá con Flint cuando muera su madre; si Figan podrá llegar, en su día, a ser el macho dominante. En realidad, queremos seguir observando a los chimpancés por razones semejantes a las que nos impelen a leer hasta el final una novela interesante.

Ahora no podemos pasar mucho tiempo en el Gombe, ya que tenemos un hijo y, como he mencionado anteriormente, es sabido que los chimpancés pueden llegar a devorar niños pequeños. Cuando nuestro hijo, Hugo —más conocido como Grublin o Grub— era aún de poca edad, le instalamos en una jaula colocada en el interior de uno de los edificios de la zona de observación. Cuando Rodolf, Humphrey y el joven Evered miraron a través de las ventanas y comenzaron a repiquetear en los barrotes de hierro, con el pelo erizado y con los labios fuertemente apretados, lo que les daba un aspecto feroz, nos dimos cuenta de que si hubieran tenido ocasión se habrían llevado a Grub. No debemos culparles por ello; en cautividad, donde los chimpancés crecen en una sociedad más humana que simiesca, son tan tolerantes con los niños y les gustan tanto como sus propias crías. Pero en el Gombe, los simios de piel blanca con que el chimpancé ha llegado a familiarizarse —e incluso a confiar— no se hallan normalmente relacionados con niño alguno. Rodolf no veía en Grub a mi hijo querido, sino sólo un atractivo manjar.

Cuando Grub creció, no podíamos ya seguir teniéndole en su jaula infantil; le construimos, por lo tanto, una mucho más grande en la playa,

donde los chimpancés raramente llegan en sus merodeos. La nueva jaula, fresca y aireada, se halla unida a una casa prefabricada, cubierta de hierba. Cuando Hugo o yo estamos con Grub, le dejamos corretear por la playa y chapotear en las rutilantes aguas del lago, pero si ambos nos hallamos ocupados con los chimpancés, Grub, junto con los dos africanos que le cuidan, permanece en la seguridad de la jaula. Grub es feliz en el Gombe; no se cansa de repetir que es el "lugar que más me gusta de todo el mundo". Esto es una suerte, pues en un futuro cercano Hugo y yo pensamos volver de forma más estable.

Durante los últimos años, Hugo ha estado ocupado en un estudio sobre los grandes carnívoros africanos: de la misma forma que él ha participado en todo momento en mi investigación acerca de los chimpancés, yo lo he hecho, por algún tiempo, en su trabajo. Al casarnos nos prometimos a nosotros mismos estar y trabajar juntos tanto como nos fuera posible, pues, según nuestro modo de pensar, dos personas con intereses armonizados e idénticos objetivos en la vida son las más aptas para gozar adecuadamente de los encantos que el matrimonio puede ofrecer. Así pues, durante cierto tiempo me dediqué a observar a las hienas, experiencia que me ha servido para ampliar mis puntos de vista y para volver a estudiar el comportamiento de los chimpancés con nuevos ojos; ha sido, en fin, de gran valor para mis interpretaciones y explicaciones de la conducta de estos animales.

A pesar de que he estado ausente del Gombe durante varios meses y en diversas ocasiones, no ha habido en momento alguno interrupción en la investigación, gracias a nuestros estudiantes. No es lo mismo, sin duda, oír la narración de algo ocurrido que presenciarlo, pero continúa siendo estimulante, y muchas de las personas que trabajan en el Gombe comparten nuestro entusiasmo por los chimpancés, así que sus narraciones son tan vividas como exactas. También he tenido suerte durante mis visitas periódicas. Los chimpancés parecen poner en escena interesantes cuadros, como si supieran que yo estoy allí para verlos; por lo tanto, cada mes nos trae una nueva entrega, un nuevo capítulo de la saga de los chimpancés. Antes de terminar quisiera recoger algunos de los hilos sueltos relativos a diferentes chimpancés, con los cuales voy a cerrar este libro.

Veamos, en primer lugar, qué ha ocurrido con Olly y su familia. Casi un año justo después de perder su cría durante la epidemia de polio, la

vieja Olly tuvo otro hijo, pero nació dos meses antes de lo normal y muerto, por lo que, una vez más, Gilka perdió la posibilidad de convivir con un hermanito. Seis meses más tarde desapareció Olly y, finalmente, nos vimos obligados a aceptar el hecho de que debía de haber muerto. Gilka, con solamente siete años de edad, dedicaba buena parte de su tiempo a ir, sola, de un lado para otro.

Poco después de la muerte de Olly, se le produjo a Gilka una extraña hinchazón en la nariz. Al principio parecía dolerle, pues cuando otro joven se acercaba para jugar con ella, ésta solía hacerse rápidamente atrás, con los ojos fuertemente cerrados, como esperando ser lastimada. Después de varias semanas parece que el dolor desapareció, mas no por ello dejó la hinchazón de aumentar de tamaño. Un año después de haber comenzado tal fenómeno, el rostro de Gilka aparecía siniestramente deformado, habiéndosele transformado la nariz en una protuberancia gigantesca. A cada lado de aquélla habían surgido unos pequeños bultos, lo mismo que en la frente.

La pobre Gilka, que había sido uno de los chimpancés jóvenes más atractivos, de pelo largo y sedoso, pálido rostro en forma de corazón y pequeña y puntiaguda barba blanca, parecía ahora un grotesco gnomo de pesadilla.

Hicimos que varios amigos médicos viesen algunas fotografías que mostraban lo ocurrido a Gilka; aquéllos, tras larga discusión, decidieron intentar descubrir la naturaleza de las excrecencias, si bien creíamos que había poco que hacer. No es éste el lugar más apropiado para describir los métodos que utilizamos para, antes de nada, tranquilizar y después anestesiar a Gilka. Baste decir que con la ayuda de algunos veterinarios prestigiosos, Sue y Tony Harthoorn, el profesor Roy y Don Nelson, descubrimos que Gilka padecía de cierto tipo de hongos, enfermedad que, actualmente, estamos tratando con antibióticos. Gilka, a pesar de la operación, no ha perdido su confianza en los seres humanos, y nuestros estudiantes no tienen dificultad alguna en seguirla en sus correrías por las montañas.

Todos nosotros deseamos ardientemente que Gilka pueda sanar. En primer lugar, le hemos tomado mucho cariño y, además, ella y Evered constituyen una de las escasas parejas de hermanos cuya relación hemos podido estudiar detalladamente durante largo tiempo. En los tres años que

precedieron a la muerte de Olly no hubo mucho contacto entre sus dos hijos, pero los tres que siguieron a la pérdida de la madre, Evered y su hermana menor parecen haber llegado a estar unidos. Muy a menudo se les ve deambular juntos. Además, se acicalan uno a otro en todo momento, mientras que los otros jóvenes machos de la generación de Evered rara vez aseaban a Gilka; si ello ocurre, es, por lo general, bastante breve.

No podemos saber si la amistad existente entre Gilka y Evered continuará en el futuro. Pepe y Miff, hijos de Marina, también iban juntos muy a menudo durante el año que siguió a la muerte de su madre, pero después y de forma gradual fueron independizándose uno de otro. Desgraciadamente, Pepe murió un año más tarde que su hermanito Merlín, dejando a Miff como única superviviente de la familia de Marina. Miff, por otra parte, tuvo una hija cuando tenía entre diez y once años de edad. Nos impresionó la eficiente manera en que manejó a la cría. Todas las otras madres primerizas que habíamos estudiado previamente habían demostrado cierta torpeza e inseguridad, al menos durante los días siguientes al parto. Melissa, sobre todo, nos había parecido particularmente inepta. Miff, sin embargo, acogió al recién nacido de forma totalmente natural; le dedicó casi tanta atención como la vieja y experimentada Flo a su último hijo. Nos preguntamos si acaso la convivencia de Miff con su hermanito huérfano le había proporcionado esta gran confianza que ahora demostraba.

Durante varios años, como ya ha sido mencionado en capítulos anteriores, hemos intentado averiguar si tras la estrecha amistad de las parejas de machos adultos se oculta una relación de fraternidad. Estábamos, por lo tanto, particularmente deseosos de seguir el desarrollo de la amistad entre Faben y Figan, los dos hijos mayores de Flo. Solían jugar juntos muy a menudo cuando eran adolescentes, aunque Faben propendía a ser más bien rudo con su hermano, que era más joven. Sin embargo, cuando aquél se transformó en un macho socialmente maduro, hacia los trece años de edad, cesó en sus relaciones con Figan casi por completo. Hugo y yo comenzamos a preguntarnos si nuestra teoría relativa a la amistad entre machos podía, al fin y al cabo, estar totalmente equivocada.

Faben tiene un magnífico físico y, durante su primer año de adulto, sus gestos agresivos, a menudo en posición erecta, eran espléndidos. Después, atacado por la polio, perdió totalmente el uso del brazo y mano

derechos. Hasta ese momento, Figan, como hermano menor, había sido dominado por Faben, pero es un buen ejemplo del tipo de inteligencia que tenía Figan el hecho de que se aprovechó de inmediato de la incapacidad de su hermano para mejorar su propia situación. Durante los primeros días en que Faben apareció con su brazo inútil, Figan no le mostró atención especial. Pero, a poco, comenzó conscientemente a vejar a su hermano mayor.

La primera vez que presencié tal cosa, Faben se hallaba sentado pacíficamente en un árbol, aseándose. Figan se le quedó mirando fijamente y se le acercó con lentitud, trepando después al árbol. Comenzó entonces un feroz despliegue de fuerza, agitando las ramas y haciendo agitarse el árbol entero, tan violentamente, que Faben, que había comenzado por ignorar la conducta de su hermano menor, terminó por gritar. Faben no había aprendido todavía a manejarse con un solo brazo: a los pocos momentos caía al suelo. En los días siguientes se repitió idéntica escena por dos veces, después de lo cual Faben cambió, sorprendentemente, de actitud. Cuando los volví a encontrar juntos, Faben al ver que su hermano se acercaba, se precipitó hacia él con gruñidos de sumisión. Figan se limitó a sentarse y, mientras su hermano mayor se agachaba ante él, le palmoteo en la cabeza para inspirarle confianza.

Tal estado de cosas continuó por algún tiempo, pero, poco a poco, Faben fue adaptándose a su condición. Desde el principio había podido caminar erguido, gracias a lo cual no arrastraba su brazo por el suelo, y gradualmente se fue haciendo un verdadero experto en este medio de locomoción humano. Bien pronto pudo seguir el ritmo de marcha, durante largos recorridos, de los grupos de machos adultos, e incluso recuperar parte de su antigua agilidad al saltar entre los árboles. Igualmente, sus demostraciones de fuerza adquirieron de nuevo su magnificencia anterior. Parecía como si Figan se hubiese dado cuenta de la mejoría física de su hermano, pues por algún tiempo se mantuvo alejado de éste. Dos años más tarde no quedaba indicación alguna en sus relaciones de que Figan hubiese dominado, en el pasado, a su hermano mayor.

Cuando Figan fue elevado a la categoría de un joven macho socialmente maduro, nos dimos cuenta por primera vez desde su adolescencia de que la relación entre ambos hermanos estaba transformándose en amistad. Fueron vistos con gran frecuencia juntos, y las sesiones de aseo mu-

tuo llegaron a ser cosa de todos los días. Pensamos, como consecuencia, que quizás habíamos estado teorizando correctamente, que acaso estábamos asistiendo al comienzo de una amistad semejante a la existente entre David, *el de la barba gris,* y Goliat, entre Mike y J. B., entre Mr. McGregor y Humphrey; una amistad que persistiría, que haría que uno de los dos hermanos acudiese a ayudar al otro en momentos de peligro. Era preciso esperar y observar.

A lo largo del siguiente año, las relaciones entre Figan y Evered —el cual, como se recordará, era aproximadamente un año mayor que su hermano— se hicieron muy tensas; los dos jóvenes machos solían amenazarse uno a otro muy a menudo. Nunca vimos que tales enfrentamientos terminaran en un choque físico, hasta cierto día que no olvidaremos. El incidente comenzó al encontrar Evered, que se aproximaba con el pelo erizado, a Figan y a Faben juntos en el campamento. Al acercarse hacia Figan, éste se precipitó hacia su hermano mayor; Faben le abrazó y, seguidamente, se volvió hacia Evered emitiendo feroces *waa,* logrando así expulsarle del campamento. Gritando, Evered escapó por la selva, refugiándose en un enorme árbol. Los hermanos retornaron al campamento.

Durante los minutos siguientes, Faben primero y Figan a renglón seguido, continuaron en su actitud amenazadora, lanzando fuertes gruñidos, arrastrando y blandiendo ramas y golpeando todo lo que encontraban. En cierto momento, se escucharon algunos sordos gruñidos provenientes del árbol en que se había refugiado Evered.

Como media hora después de haber abandonado el campamento, Evered llegó de nuevo a él, pero Faben se dirigió amenazadoramente contra el intruso, mientras Figan se precipitaba a unirse a su hermano; ambos persiguieron a Evered, que se retiró, otra vez, al mismo árbol. En esta ocasión los hermanos llegaron hasta él para sentarse, con pelo erizado, a menos de cinco metros de su víctima. Los tres permanecieron en silencio, pero los labios de Evered estaban contraídos con una mueca de temor.

De repente, Figan avanzó varios pasos hacia Evered, quien, entre sordos gruñidos, retrocedió unos metros por la rama en que se hallaba y se sentó de nuevo. Pocos momentos después y siempre en silencio, Faben avanzó a su vez, mientras Evered, gruñendo nerviosamente, repetía la operación anterior. Figan volvió a aproximarse hacia el acosado, que

seguía gruñendo, pero que no podía retroceder más. Los hermanos se sentaron frente a él, en silencio e inmóviles.

La Batalla comenzó de improviso, unos cinco minutos después de haber subido los tres al árbol. Faben y Figan, saltando juntos y emitiendo un *waa, se* lanzaron hacia Evered, quien, gritando, escapó a un árbol próximo, seguido de cerca por la pareja. Hubo una corta persecución, hasta que Figan alcanzó a Evered en el extremo de una fina y cimbreante rama; mientras ambos se enzarzaban, Faben se incorporó a la lucha.

Fue una batalla increíble para un observador. Los tres jóvenes machos, en un alarido enmarañado, se las arreglaban para saltar de rama en rama. Mientras tanto, Flint había subido al árbol en cuestión, pero contemplaba el combate a una distancia prudente, si bien golpeaba violentamente las ramas y lanzaba sus agudos e infantiles *waa;* abajo, en el suelo, la vieja Flo gesticulaba con furia, agitaba y golpeaba lianas y enredaderas y emitía roncos alaridos con su cascada voz.

Repentinamente, Figan y Evered, siempre luchando, cayeron juntos al suelo. Parecieron como catapultados por el aire, estrellándose en una espesa maraña de enredaderas que crecía a casi diez metros de donde se encontraban. Faben saltó inmediatamente tras ellos, y Evered, gritando con fuerza, escapó por la selva, Figan y Faben, seguidos por Flo y Flint, le persiguieron durante algún tiempo hasta que, uno tras otro, se pusieron a gesticular con furia, lanzando violentos alaridos y golpeándose ensordecedoramente. Unos doscientos metros más allá, cerca del arroyo, Evered seguía gritando y sollozando.

Durante la batalla se lastimó un brazo, se rasguñó en los nudillos y perdió grandes mechones de pelo. Evered, por su parte, quedó mucho peor parado; recibió una gran herida en la cara que le llegaba desde la comisura de los labios hasta la mejilla. Temíamos que quedase desfigurado para siempre, con una especie de cicatriz espantosa que dejaría su rostro tan horrible como el de su hermana Gilka. Para nuestra sorpresa, la herida cicatrizó, dejando una señal escasamente visible.

Mientras tanto, nuestro equipo de investigadores reunía nuevos y preciosos datos sobre el tema del ascendiente de los machos. Poco después de la muerte del viejo McGregor, su posible hermano menor, Humphrey, se transformó en un adulto verdaderamente impresionante, más agresivo conforme más grande se iba haciendo. En 1968, Humphrey había conse-

guido que le temiesen todas las hembras y todos los machos adolescentes. A menudo, cuando Humphrey y Mike se encontraban juntos en un grupo, los recién venidos se precipitaban a presentar sus respetos a Humphrey antes de saludar a Mike. Al año siguiente, Humphrey, poco a poco, acabó por imponerse incluso al viejo Rodolf, a Leakey y a Goliat. Con todo, seguía respetando a Mike tanto como antes.

Figan se sentía particularmente atemorizado en presencia de Humphrey, pero, al propio tiempo, comenzó a mostrar mucha menos deferencia por Mike, quien, por su parte, daba ya muestras evidentes de recelo ante la estrella ascendente del joven. Cuando Mike se ponía furioso, los demás chimpancés todavía se apresuraban a apartarse de su camino, a excepción de Figan, que, tranquilamente, se sentaba de espaldas a Mike. Esto sucedía una y otra vez, y Mike iba inquietándose a ojos vistas. Cuando Figan se hallaba cerca mostraba su furia cada vez con más frecuencia, dedicándola de manera muy especial al joven macho, llegando incluso a echar mano de las ramas en que aquél se sentaba, siempre con la espalda vuelta hacia Mike. Sin embargo, éste parecía no atreverse a atacarle directamente.

Hubo una ocasión memorable en la cual Figan se aventuró a acercarse a una hembra en celo a la cual monopolizaba Mike de forma extraña. Cuando éste comenzó a amenazar a Figan sacudiendo las ramas del árbol, su rival respondió con gestos y actitudes violentas, y en la confusión que se produjo, ambos machos abandonaron precipitadamente y entre alaridos el árbol en que se hallaban. A renglón seguido, Mike, con una mueca de temor, se volvió a abrazar a Humphrey, buscando seguridad en el contacto con otro macho.

Poco después de este incidente debió de ocurrir otro no presenciado por ojos humanos y que tuvo como resultado que Figan volviese a su puesto. Tras él, Figan se apartaba, otra vez, del camino de Mike cuando éste se hallaba furioso, e incluso se dirigía a él para saludarle con gestos de sumisión. Sin embargo, tan pronto como Figan fue sometido, Evered, un año mayor, comenzó a desafiar la supremacía de Mike. Y éste, del mismo modo que había estado preocupado por la insubordinación de Figan, se inquietó también a causa de la actitud del nuevo rebelde.

Mike continúa siendo hoy el macho dominante, mas parece sentirse muy inseguro cuando se encuentra a solas con Figan o Evered. Solamente

cuando uno de los viejos compañeros está con él, como Rodolf o Leakey, se muestra tranquilo en presencia de los jóvenes machos. Se trata de una curiosa situación, pues si Figan o Evered se enfrentasen en lucha abierta con Mike y le dominasen, el viejo macho dejaría de ocupar el puesto principal que ahora ostenta. Mas, por otra parte, tanto Figan como Evered muestran todavía un gran respeto por Humphrey. Parece así que pronto podrá plantearse una situación en la cual no haya un único macho absolutamente predominante. Algo ha de suceder, muy pronto sin duda.

Hugo y yo sospechamos que, finalmente, Figan llegará a ser el macho de más categoría, quizá después de que Humphrey haya usufructuado su propio turno, pues Figan es no sólo más inteligente que Evered, sino que además goza del apoyo de una numerosa familia. La proximidad de Faben le proporcionará, con toda probabilidad, el mismo tipo de confianza que David, *el de la barba gris*, infundía, en su momento, a Goliat.

El propio Goliat es hoy una figura en cierto modo trágica. Cuatro años después de que Mike usurpara su puesto, Goliat continuó siendo un macho de la máxima categoría, pero a poco cayó enfermo y perdió mucho peso, a todo lo cual hay que añadir que su viejo amigo David, *el de la barba gris*, murió durante una epidemia de gripe. Goliat ha sido superado no sólo por todos los machos adultos, sino también por muchos de los adolescentes. Dedica buena parte de su tiempo a vagar, solo o con Rodolf o Leakey. Durante los dos últimos años su peso ha bajado de cincuenta kilogramos a treinta y cinco.

Tengo la sospecha de que Goliat dejará pronto de existir. Tampoco Flo, a pesar de lo asombrosa que es, sobrevivirá por mucho tiempo. Sabemos tanto de ellos, hemos compartido tantos aspectos de sus vidas, que sus muertes son siempre, para nosotros, algo lamentable. Para mí, como es natural, la pérdida más sensible fue la de David, *el de la barba gris*, ya que fue el primer chimpancé que aceptara mi presencia y tolerase que me acercara a él. No solamente, gracias a David, llevé a cabo mis primeras investigaciones sobre sus costumbres en cuanto a comer carne y al uso de herramientas, ayudándome así a conseguir fondos para proseguir mi trabajo; él fue también el primero en visitar mi campamento, en aceptar un plátano de mi mano, en permitir que un ser humano le tocase. He mencionado más arriba el error que cometimos Hugo y yo al dejar que Flint nos tocase y al incitar a Fifi y a Figan a que jugasen con nosotros. Pusi-

mos en peligro no solamente la validez de investigaciones posteriores, sino, lo que es peor, la seguridad de aquellos estudiantes que siguieron nuestros pasos en el Gombe. Todavía hoy Flint y Figan pretenden, ocasionalmente, jugar con los seres humanos que les observan.

Pero no lamento en modo alguno mi primer contacto con David, *el de la barba gris,* quien, con su apacible carácter, permitió que un extraño y blanco simio le tocase. Ello representó un triunfo para mí, por lo que se refiere al tipo de relación que una persona puede establecer con una criatura salvaje. Sin duda que a veces, estando con David, sentía que nuestra relación se aproximaba a la amistad, increíble para mí misma, con un animal en plena libertad y que nunca había conocido la cautividad.

En aquella ya lejana época, pasé muchos días a solas con David. Hora tras hora, le seguí por bosques y selvas, sentándome con él, observándole mientras comía o descansaba, luchando por seguir su ritmo de marcha cuando avanzaba por entre la maraña de lianas y enredaderas. En ocasiones —estoy cierta— me esperaba como podría esperar a Goliat o a William. Cuando yo emergía, jadeante, con la ropa rasgada, de la maleza espinosa, solía encontrarle sentado, mirando hacia atrás, en dirección mía. Al verme aparecer, se incorporaba y proseguía su camino.

Cierto día, sentada cerca de él a la orilla de un arroyuelo claro como el cristal, vi en el suelo una nuez de palmera, madura y roja. La cogí y se la ofrecí en la palma de la mano. David volvió la cabeza en otra dirección. Pero cuando acerqué la mano un poco más, la miró, me miró después a mí, cogió la nuez y, al propio tiempo, tomó mi mano, firme y delicadamente, en la suya. Mientras permanecía sentada e inmóvil, me soltó, miró de nuevo la nuez y la dejó caer al suelo.

En momento semejante no era preciso ningún conocimiento científico para comprender su gesto tranquilizador. La suave presión de sus dedos me hablaba no a través de mi intelecto, sino a través de un conducto emotivo más primitivo: se había derrumbado la barrera que, a lo largo de incontables siglos, se había ido formando durante la evolución independiente del hombre y del chimpancé.

Fue una recompensa que superaba mis mayores esperanzas.

APENDICE I
Expresiones faciales y gritos

Labios comprimidos que muestran los chimpancés más agresivos, especialmente durante sus exhibiciones de fuerza o cuando realmente atacan. No va acompañada de grito alguno.

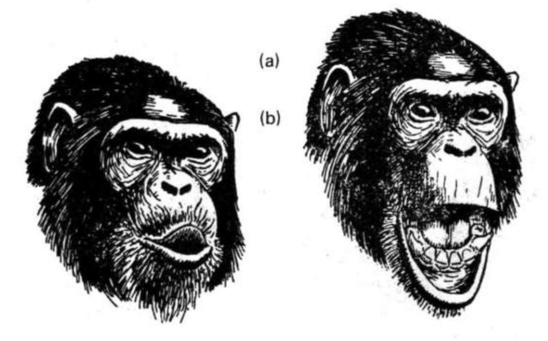
Expresión de juego que muestran los chimpancés durante sus momentos de recreo. Cuando el juego se hace violento, retraen el labio superior de forma que aparecen los dientes superiores. Esta expresión va acompañada frecuentemente de una serie de gruñidos o *risa*.



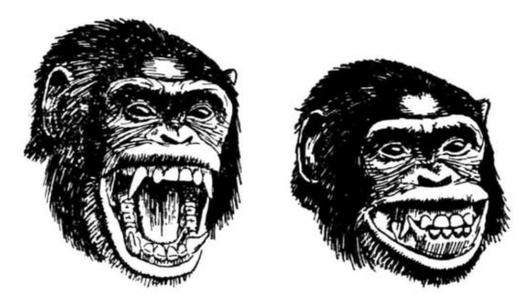


Dos de las expresiones más típicas de los chimpancés cuando emiten una serie de gritos y jadeos sucesivos. Comienzan con unos sonidos —*hoo*— unidos por resuellos o jadeos perfectamente audibles y que se van haciendo más y más fuertes hasta terminar en otros sonidos —*waa*— unidos también por aspiraciones jadeantes. El dibujo (a) muestra la expresión del chimpancé durante la emisión de un *hoo* y el dibujo (b) durante la emisión de un *waa*. Esta serie de gritos son emitidos en las situaciones más variadas, tales como la llegada al lugar donde hallan alimento, el encuentro con otro grupo o el paso de un valle a otro. Sirven también para establecer contacto entre individuos o grupos alejados entre sí; en muchas ocasiones, los chimpancés que comen tranquilamente en un árbol emiten estos sonidos y al poco reciben la respuesta de otro grupo que se halla a

cierta distancia de ellos. Por lo general, cuando duermen a poca distancia unos de otros se comunican de esta manera durante la noche, especialmente si hay luna llena.



Muecas. *La mandíbula completamente abierta* (mostrando los dientes inferiores y superiores) suele acompañar a momentos de temor o excitación, como, por ejemplo, en el curso de un ataque y después de finalizado éste, cuando un macho dominante se aproxima en uno de sus alardes a un subordinado o cuando un grupo de chimpancés se halla ante un montón de plátanos. Cuando el temor o la excitación decrecen, el labio superior suele descender hasta cubrir los dientes superiores. Esta mueca suele alternar rápidamente con la primera y ambas van generalmente acompañadas de gritos agudos.



La mandíbula completamente cerrada (mostrando los dientes inferiores y superiores) indica una excitación o temor menores que los señalados por las dos muecas anteriores, y puede alternar también con una mueca

similar en que el labio superior cubren los dientes de arriba. Acompañan a estas muecas de mandíbula cerrada unos chillidos que pueden transformarse rápidamente en gemidos, aunque en ciertos casos algún chimpancé' de baja categoría puede aproximarse a otro de más rango haciendo esta mueca, pero en silencio. De tener la sonrisa nerviosa o la sonrisa puramente social humana un equivalente en el chimpancé, ésta sería, indudablemente, la mueca de mandíbula cerrada.



Pucheros. Al transformarse los gritos o chillidos en gemidos o sollozos —una serie de sonidos oo repetidos rápidamente en diferentes notas de la escala—, el chimpancé muestra la expresión que aparece en el dibujo. Por lo general, los jóvenes, después de sufrir un ataque, dejan poco a poco de gritar para comenzar a sollozar. Pero el sollozo no sigue necesariamente al chillido; estos mismos sonidos emitidos muy suavemente sirven de llamada entre madre e hijo o para pedir alimento o cualquier otro favor de un superior. Indica también cualquier tipo de frustración. Este sonido *oo* se transforma en *pucheros* cuando el chimpancé frunce los labios proyectándolos hacia fuera. Si con esto el chimpancé no se libra de su frustración, continúa emitiendo tales sonidos más frecuentemente y cada vez con mayor fuerza, hasta que, al abrirse poco a poco los labios, se van transformando en sollozos. La expresión del chimpancé cuando hace *pucheros es* idéntica a la del dibujo (a).

Otras expresiones y *gritos.* Los chimpancés *gruñen* en diferentes ocasiones y sus gruñidos pueden ser de tono alto o de tono bajo. Generalmente no van acompañados de ninguna expresión determinada, excepto de una ligera apertura de labios y mandíbula. Los chimpancés gruñen al comer, al asearse y al establecer contacto pacífico entre individuos de su mismo grupo.

Al acercarse para saludar a un superior o al verse amenazado o agredido, el chimpancé suele emitir una *serie de gruñidos* y *jadeos sucesivos,* durante los cuales las mandíbulas permanecen parcialmente abiertas y los dientes ocultos por los labios. Estos sonidos se transforman en chillidos o gritos si el individuo de rango superior se muestra en algún modo agresivo.

Los *ladridos* suelen indicar excitación. Cuando esto sucede en un grupo, algunos de sus componentes gruñen y jadean mientras otros ladran. Al acercarse el alimento, o durante los primeros minutos de cada comida, los chimpancés suelen emitir *ladridos* muy *agudos* con la mandíbula ligeramente abierta y mostrando parte de sus dientes. Por el contrario, emiten *ladridos muy* suaves cuando amenazan a cualquier animal, incluido el hombre. Estos ladridos suaves suenan como una tos ligera. La mandíbula permanece entreabierta y los dientes ocultos. Si la amenaza es más seria, el chimpancé emite un *waa* al que acompaña una expresión facial muy similar a la que aparece en el dibujo (b).

De todos los sonidos de la selva africana el más salvaje a mi entender es el *waaaa* del chimpancé, un sonido claro, de tono alto y larga duración que emite al enfrentarse con algo desacostumbrado o inquietante. Con este grito me recibían mis primeros días en la selva una vez perdido el terror inicial, y con él reaccionan al cruzarse con un rebaño de búfalos o hallar el cadáver de otro chimpancé. La expresión facial en estos casos es muy similar a la de (b). En ocasiones semejantes pueden emitir también una serie de gritos largos y agudos.

Jadeos audibles similares a la risa, pero sin la calidad de gruñido que caracteriza a ésta, son los que suelen acompañar a las sesiones de aseo. Algunos machos emiten también, mientras copulan, una serie de jadeos agudos a los que acompaña una expresión facial determinada.

APÉNDICE II
Dieta

Como el hombre, el chimpancé es omnívoro y se alimenta de vegetales, insectos y carne.

Vegetales: Hemos podido identificar más de noventa especies distintas de árboles y plantas que los chimpancés del Gombe utilizan como alimento. Se ha comprobado también que comen más de cincuenta tipos de frutas y treinta de hojas. Ingieren también algunas flores, semillas, cortezas y huesos. En ocasiones lamen la resina de los troncos de los árboles o mastican fibra de madera.

Insectos: A lo largo del año los chimpancés ingieren en grandes cantidades las siguientes especies de insectos:

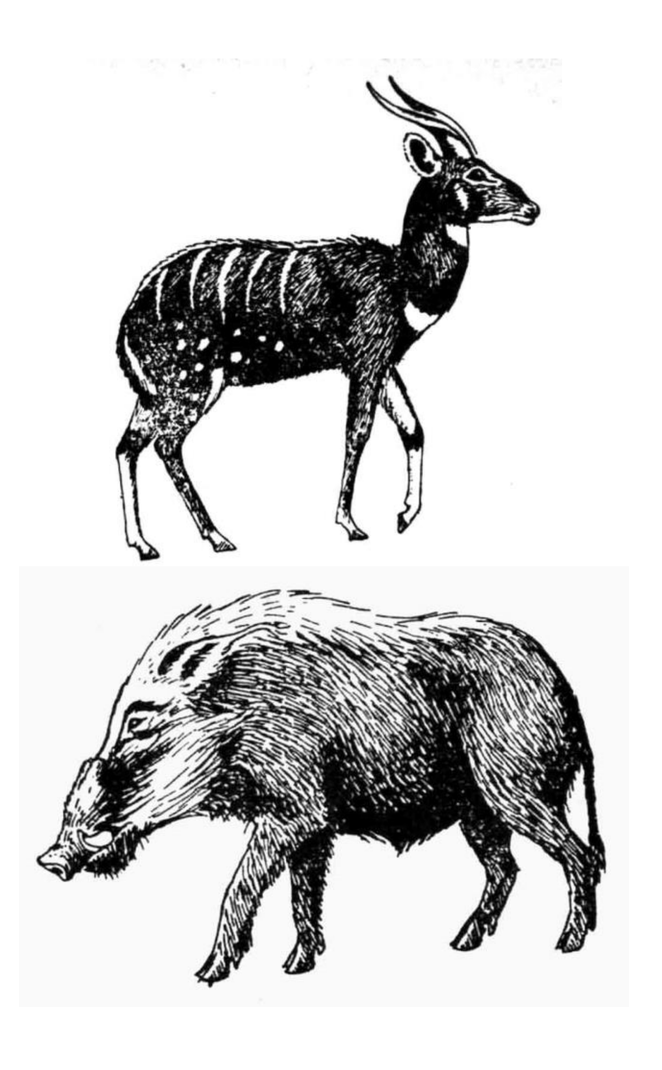
3 especies de hormigas *(Oecophylla, Anomma* y *Crematogaster) 2* especies de termitas *(Macrotermes* y *Pseudacanthotermes)*

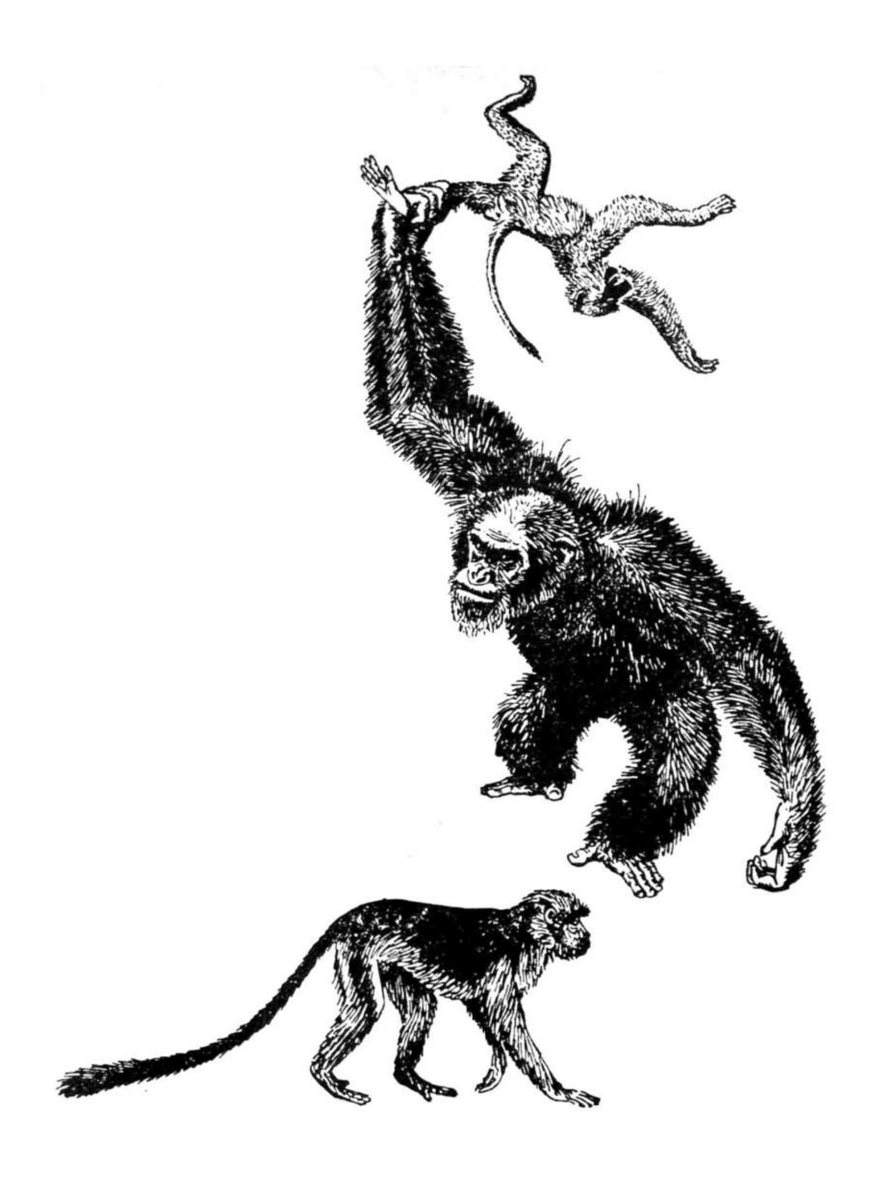
1 especie de oruga de polilla aún no identificada.

Se alimentan también de larvas de diferentes escarabajos, avispas, cecidomias, etc. Comen también larvas de abejas al destruir las colmenas para alimentarse de miel.

Huevos de pájaros y *polluelos:* En ocasiones, los chimpancés roban huevos y polluelos de los nidos de una gran cantidad de *pájaros.*

Carne: Los chimpancés del Gombe son cazadores expertos: a lo largo de un año un grupo de unos cuarenta individuos puede llegar a cazar más de veinte animales distintos. Entre éstos son los más comunes la *gacela joven (Tragelaphus scriptus),* el *cerdo salvaje (Potamochoerus porcus),* el papión *(Papio anubis)* y el *colobo rojo,* tanto joven como adulto *(Colobus badius).* En algunas ocasiones pueden capturar también algún *mono de cola roja (Cercopithecus ascanius) o* un *mono azul (Cercopithecus mitis).*



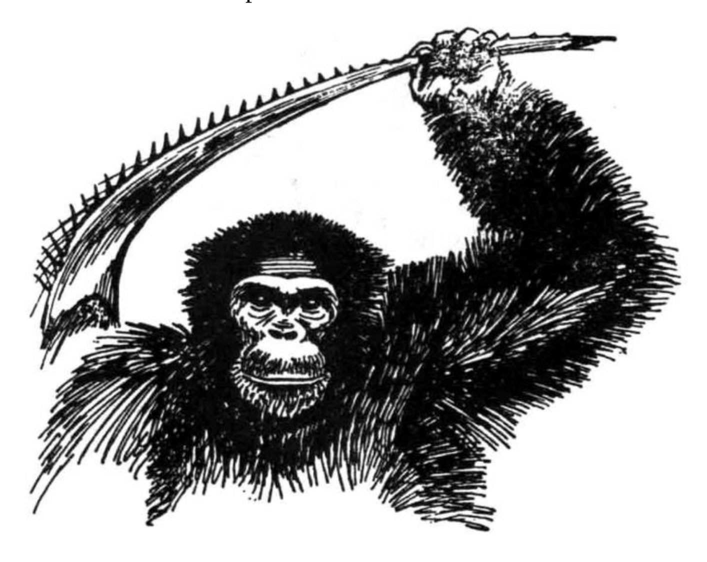


Minerales: Los chimpancés comen a veces algunas cantidades de tierra que contiene pequeñas proporciones de sal (cloruro de sodio).

APÉNDICE III
Armas y herramientas

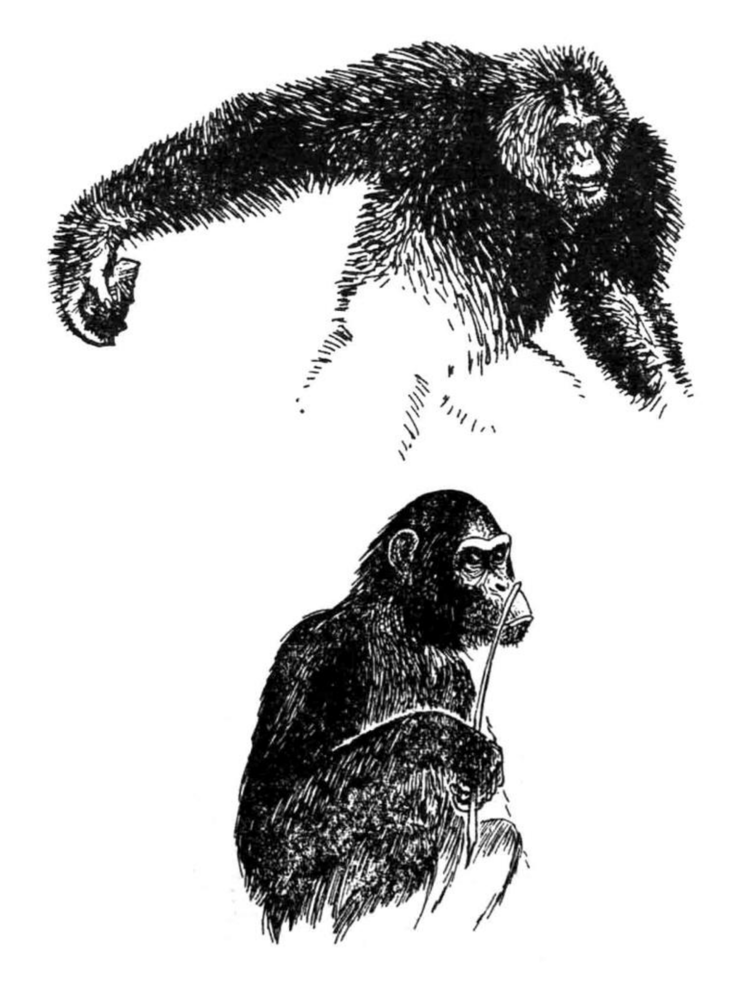
El chimpancé usa como herramienta los objetos que le rodean, en mayor medida que cualquier otro animal, a excepción del hombre. Los dibujos siguientes muestran:

1. La utilización de un palo a modo de arma.



2. Lanzamiento intencionado de piedras.

3. Exploración previa: el chimpancé huele la punta de un palo después de haber introducido éste en los agujeros de los troncos secos. Si detecta algún rastro de larvas, abre una grieta en la madera y devora los insectos. (También suele utilizar esta técnica para investigar objetos desconocidos, tales como serpientes pitones muertas, etc.).



4. Utilización de un palo para capturar hormigas "safari", cuya picadura es muy dolorosa. Para evitarla, los chimpancés se arrastran hasta encontrar un nido de dichas hormigas, en el cual hunden su palo. Usa éste también para capturar unas hormigas que viven en nidos de duro capara-

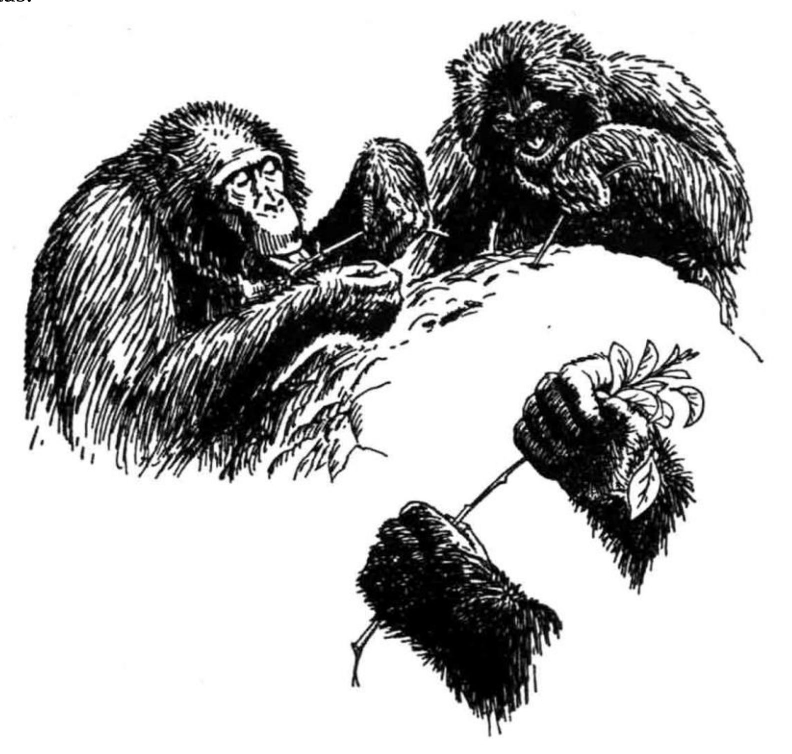
zón y del tamaño de un balón de fútbol, construidos alrededor de las ramas de los árboles.

5. Utilización de tallos para capturar termitas.

6. *Fabricación* de herramientas: el chimpancé arranca las hojas de un tallo con el fin de lograr una herramienta apropiada para capturar termitas. Llega incluso a cortar los extremos laterales del tallo para hacer su herramienta más eficiente.



7. El chimpancé suele utilizar a modo de esponja hojas previamente masticadas para absorber el agua de la lluvia a la que no puede alcanzar con sus labios. Esta modificación inicial de un puñado de hojas constituye un nuevo ejemplo de una técnica primitiva de *fabricación* de herramientas.



8. Utilización de una “esponja” semejante para empapar los restos de seso de papión que quedan en el fondo del cráneo del mismo.

9. Utilización de hojas para frotar una herida abierta en la región posterior. Algunas veces, cuando el chimpancé tiene diarrea, suele utilizar hojas a modo de papel higiénico o para limpiarse de barro, de algún alimento pegajoso, etc.



Junto a estos ejemplos de utilización de objetos a modo de herramientas, hay que colocar el uso que hacen los chimpancés del Gombe de palos como palancas para agrandar la abertura de los nidos subterráneos de abeja o para abrir los cajones de plátanos en nuestro campamento. Un chimpancé se sirvió en una ocasión de una ramita a modo de palillo y otro se rascó la nariz con una paja.

APÉNDICE IV
Algunos hitos en el desarrollo de los chimpancés

Como ocurre entre los seres humanos, unos chimpancés se desarrollan más rápidamente que otros. Más aún, la conducta de la madre deja indudablemente una huella importante en su desarrollo posterior, tanto desde el punto de vista físico como social. La madre puede adoptar, por ejemplo, una actitud positiva o negativa frente a los primeros intentos de caminar por parte del pequeño, o puede mostrarse tolerante o nerviosa durante los contactos iniciales de éste con otros individuos de su misma edad. Las edades que damos en la siguiente lista para los diferentes hitos en la vida física y social del chimpancé son las más tempranas observadas entre los miembros más jóvenes del grupo.

(“Mes 2” se refiere al segundo mes de vida; es decir, que el chimpancé cuenta de cuatro a ocho semanas de edad; de la misma forma, el “año 3” se refiere a un chimpancé entre los veinticuatro y treinta y seis meses de edad.)

APÉNDICE V

De qué modo el estudio de la conducta de los chimpancés es afín al estudio del hombre

El chimpancé es nuestro pariente más próximo. Recientes investigaciones realizadas en bioquímica han revelado que, en cierto modo, el chimpancé se halla tan próximo al hombre como el gorila. Los neuroanatomistas han señalado el hecho de que las circunvoluciones del cerebro del chimpancé se asemejan más a las del cerebro humano que las de otras especies cualesquiera. Las observaciones llevadas a cabo en el Gombe han puesto de manifiesto semejanzas verdaderamente asombrosas entre la conducta del chimpancé y la del ser humano, especialmente en los sistemas de comunicación no verbales. Por tanto, un conocimiento profundo de la conducta del chimpancé constituirá un elemento de valor insustituible para la comprensión de nuestro propio comportamiento.

El problema de la agresividad humana es de vital importancia. Antes de poder controlar eficazmente la violencia debemos saber comprenderla. Los estudios que se están llevando a cabo en el Gombe sobre la agresividad de los chimpancés pueden resultar enormemente significativos.

Los métodos con los cuales educamos a nuestros hijos deberían interesarnos a todos. Nuestras investigaciones en el Gombe relativas a los diversos métodos de crianza y educación y de las fases sucesivas del desarrollo del "niño" han revelado ya su interés para los especialistas de psicología y psiquiatría infantil. Nuestro trabajo destaca la importancia de los lazos afectivos entre la madre y su retoño en los chimpancés, aunque no estemos seguros de por qué algunos chimpancés adultos mantienen unos vínculos familiares más íntimos que otros. La respuesta puede ser muy importante para la comprensión de ciertos problemas familiares humanos.

La adolescencia constituye entre los seres humanos un período difícil; lo mismo sucede con los chimpancés. La comprensión de los cambios fisiológicos que se producen durante la pubertad del chimpancé y de la

forma que los mismos afectan a su comportamiento, hará, sin duda, que podamos comprender y ayudar mejor a nuestros adolescentes.

Las enfermedades mentales son causa, en el hombre, de sufrimientos indecibles y van progresivamente en aumento. Los científicos que trabajan en la prevención y cura de las depresiones patológicas esperan poder provocar síntomas similares en el chimpancé con el fin de utilizarle como modelo experimental. Tales especialistas, sin embargo, antes de poder calibrar exactamente el éxito o el fracaso de un tratamiento dado, deben tener un conocimiento adecuado de la conducta del chimpancé normal. Además, han de conocer perfectamente las condiciones en que se halla el chimpancé en cautividad y las que debe disfrutar para *poder* observar un comportamiento normal. Nuestro trabajo en el Gombe ha de facilitar esta información.

Nuestras investigaciones en el Gombe han estimulado la colaboración entre expertos de diferentes ciencias: ecología, etología, antropología, psicología y psiquiatría. La participación de investigadores y profesores procedentes de las universidades de Dar-es-Salaám, Cambridge, Stanford y Amsterdam estimulará aún más el intercambio de ideas. Esta colaboración interdisciplinaria abrirá, sin duda, nuevas vías de investigación respecto a los muchos problemas del comportamiento humano.

El profesor Hamburg, de la sección de Psiquiatría de la Universidad de Stanford, en colaboración con nosotros, está terminando las instalaciones de un gran recinto para chimpancés al aire libre en Stanford. El estudio acerca de los problemas que no pueden resolverse sobre el terreno (como el análisis de las modificaciones hormonales de la pubertad) se realizará en estrecha colaboración con las investigaciones en marcha en el Gombe. El estudio del comportamiento del chimpancé se hallará cada vez más relacionado, en Stanford, con el de la conducta humana.

Un profundo conocimiento del comportamiento y la dieta alimenticia del chimpancé en estado salvaje constituirá un elemento de gran importancia en el mantenimiento, con éxito, de colonias de chimpancés. Especialmente, la formación de colonias es de vital importancia si hemos de poner fin al constante abuso de los recursos naturales originado por las exigencias de la ciencia.

La conservación de la fauna del mundo constituye hoy otro *dé* nuestros problemas más acuciantes. A fin de proteger a los animales es nece-

sario conocer cuáles son sus necesidades. Los estudios ecológicos y sobre el comportamiento que se realizan en el Gombe están facilitando una serie de datos que serán muy útiles para los responsables de la administración de otros parques y reservas donde existan chimpancés.

Nos proponemos establecer en el Parque Nacional del Gombe una zona de observación para turistas. Gracias a la cortesía del gobierno de Tanzania, de su presidente Mwalimu Julius Nyerere y la dirección de los Parques Nacionales de Tanzania los visitantes de todo el mundo hallarán aquí una oportunidad única de observar a los chimpancés en todo el esplendor de su libertad.

EN LA SENDA DEL HOMBRE

Vida y costumbres de los chimpancés

JANE GOODALL

Este libro se ha convertido ya en un clásico de la literatura científica contemporánea, de lectura obligada para todos aquellos que se interesan por el comportamiento de los primates o por el de nuestra propia especie.
Pero **En la senda del hombre** es también un libro de aventuras, cuya acción se desarrolla en una selvática región cercana al lago Tanganika, en el corazón de Africa. Jane Goodall emprendió en estos parajes un estudio a largo plazo sobre los chimpancés que allí vivían, y tras varios años de perseverancia consiguió un asombroso resultado: ser aceptada por los chimpancés como un compañero más. Gracias a esta circunstancia, pudo estudiar su comportamiento como jamás se había hecho antes con ningún otro primate en libertad.
Jane Goodall es autora de numerosas publicaciones científicas y de divulgación sobre comportamiento de los primates. En la actualidad dirige el Instituto Jane Goodall para la Investigación y Conservación de la Vida Salvaje, ubicado en el Parque Nacional del río Gombe, en Tanzania.


10023
9 788434 582460